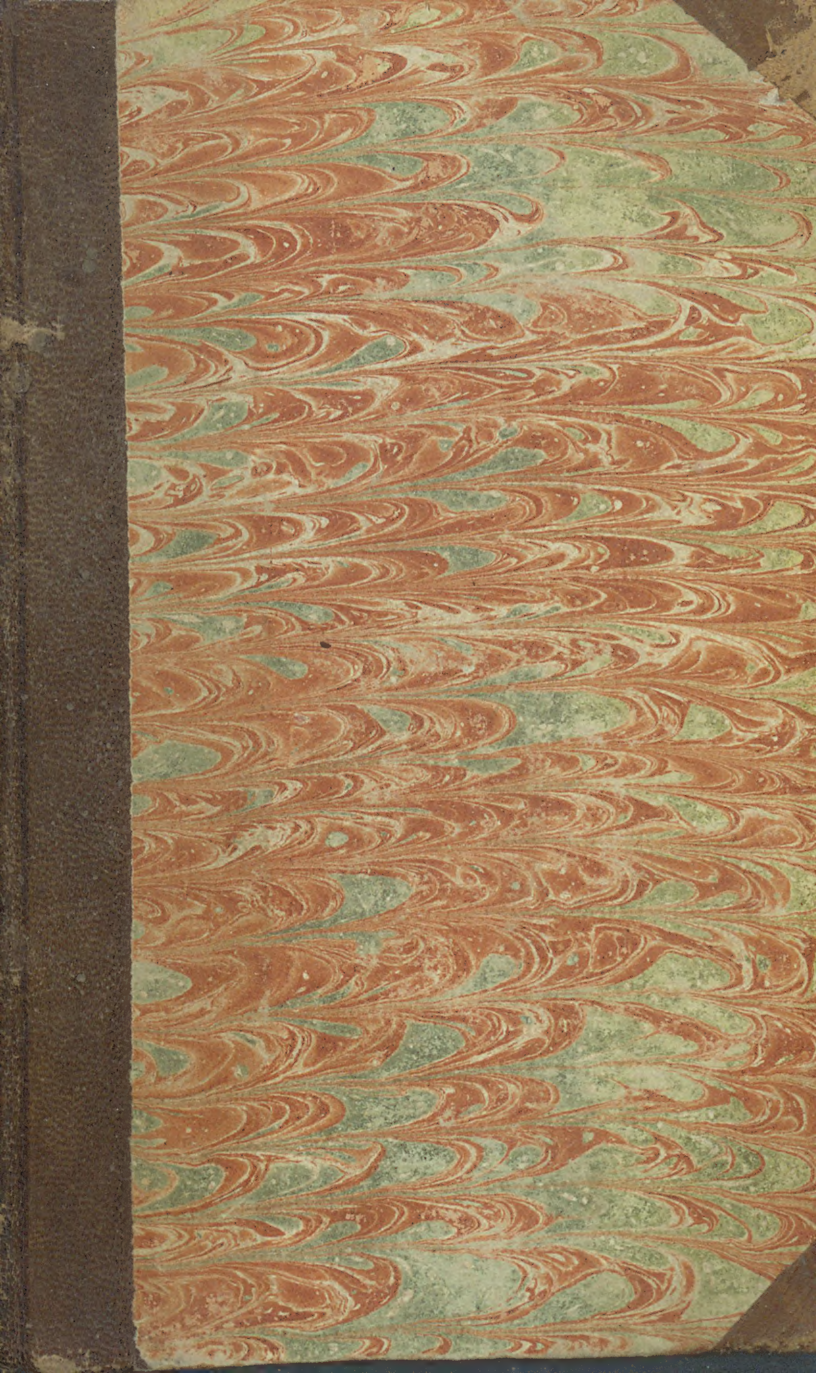
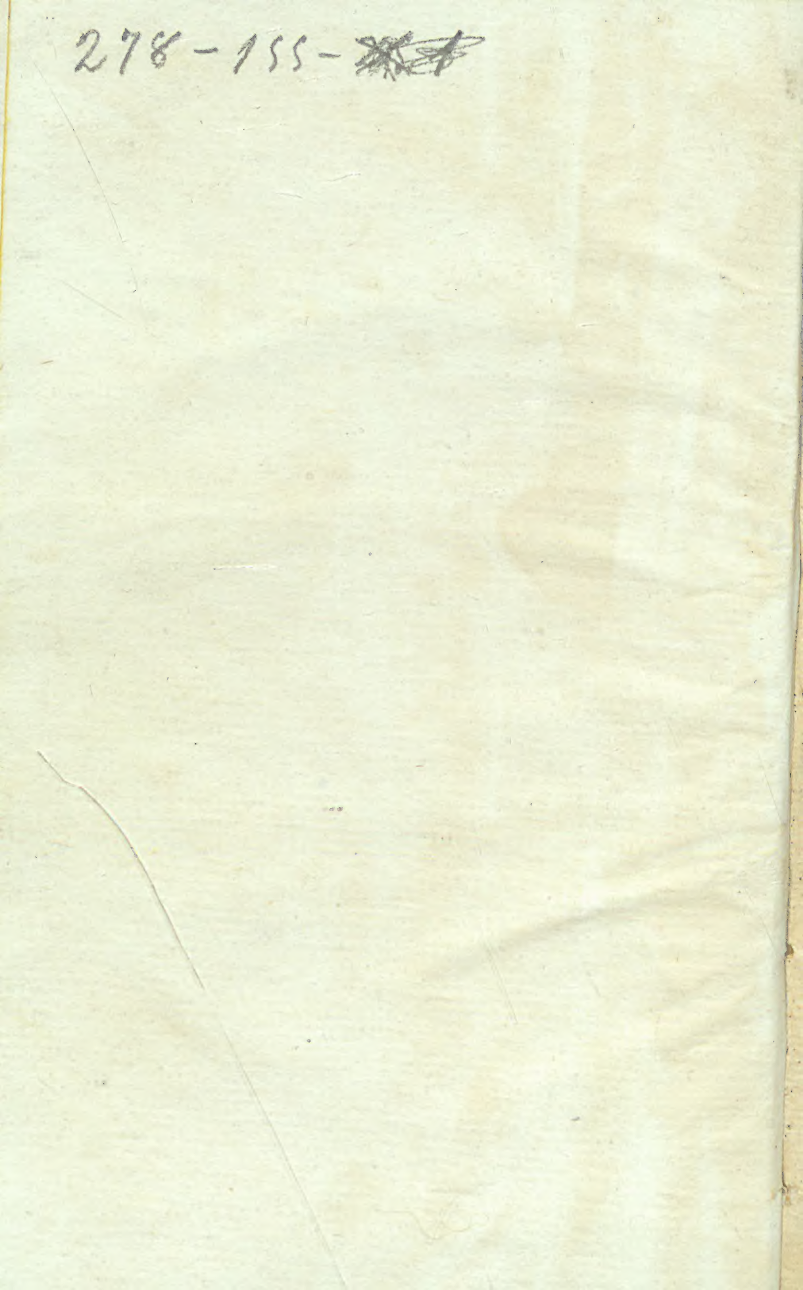



278 - 155 -

BIBLIOTECA



ó sea

Coleccion de obras contra la incredulidad y errores de estos últimos tiempos.

Comede volumen istud, et vadens loquere.
Ezech. III. v. 1.

TOMO I.

Con órden Real.

MADRID:
Imprenta de D. E. Aguado, *bajada de santa Cruz.*

1826.

A los Yllmos. y Rmos.
Señores Arzobispos y
Obispos de España.

ILUSTRÍSIMOS SEÑORES:

La tendencia natural de un proyecto literario de Religion, es como á su centro á los primeros Pastores, á quienes el Espíritu Santo ha pues-

to para regir la Iglesia de Dios. Estos son los maestros de la sana doctrina, los jueces natos en las controversias, los órganos del Espíritu Santo en sus decisiones, y los conservadores del depósito de la fé. La Iglesia de España en todos tiempos ha podido justamente gloriarse del mérito relevante de sus Pastores: desde el primer Concilio general de Nicea, hasta el último de Trento; desde el primer nacional de Elvira, hasta los de estos últimos tiempos en Lima y Mégico, ha brillado la sabiduría y piedad de los Obispos españoles: los Osios, Leandros, Fulgencios, Isidoros, Braulios, Ildefonsos, Julianes, Eugenios, Toribios en los concilios de Toledo, Sevilla, Braga, Tarragona y Zaragoza, forman época en los fastos de la Igle-

sia, y el numeroso catálogo de los sabios y zelosos Prelados del siglo XVI es el mejor ornamento de la España, y honor de la Iglesia católica. El Obispado español jamás se ha desmentido: las revoluciones mismas de estos últimos siglos conservan en sus archivos los nombres de sus mayores enemigos en los Prelados de España: la posteridad misma se admirará de su sabiduría y de su fortaleza apostólica, y no podrá menos de tributar los mas justos homenages al mérito estraordinario que arrojan de sí los documentos justificativos que comprende la Coleccion eclesiástica española, *monumento eterno de honor, y de gloria para la presente y venideras generaciones.*

Bajo la garantía de esta verdad colocada á una inmensa distancia de

la adulacion, y de la misma maledicencia, ofrecemos á VV. Illmas. nuestro pequeño trabajo en la formacion de la Biblioteca de Religion *que presentamos al pueblo español; y si el proyecto ha sido de la aprobacion de VV. Illmas., esperamos que su desempeño logrará igual suerte, y es lo único á que aspiran los editores, prometiéndose por este medio cooperar del modo posible al desempeño del cargo pastoral con el desengaño de los seducidos por los impíos, y lectura de malos libros, con un preservativo para los débiles, y con una obra que comunicando nuevas luces á los sabios, las emplearán en beneficio de sus semejantes.*

Reciban pues VV. Illmas. este segundo, aunque pequeño obsequio, á cuyo feliz resultado los Editores sa-

crifican sus intereses y su reposo, no dudando del acreditado zelo de unos Prelados tan respetables á todas luces, que cooperarán por cuantos medios dictan la Religion y las circunstancias imperiosas de nuestro siglo á la lectura y circulacion de esta obra.

ILUSTRÍSIMOS SEÑORES:

B. L. M. de VV. Ilmas. con el debido respeto sus mas atentos y obedientes Capellanes

Basilio Antonio Carrasco Hernando. *Fr. Juan Antonio Diaz Merino.*

DISCURSO PRELIMINAR.

Negar el influjo de la Religion en la sólida y verdadera prosperidad de las Naciones, es contradecir su misma conciencia, el testimonio de los hombres mas sábios, y el consentimiento universal de todos los pueblos: la Religion ha sido y será siempre el norte fijo de las sociedades morigeradas, y el verdadero barómetro de su grandeza y elevacion. Los Atenienses, los Griegos y los Romanos, las mismas naciones bárbaras en el mas alto grado de su prepotencia, como en el último de su declinacion, nos presentan la fuerza moral de la Religion. Asi es que ni ha existido, ni menos existirá sociedad ni pueblo sin Religion: todos los esfuerzos de los ateos en esta parte han sido infructuosos, y los mismos observadores oculares de los pueblos incultos y menos civilizados han sido testigos, y no pocas veces á pesar suyo, de los indelebles vestigios de una verdad proclamada desde el principio del mundo, sellada por una no interrumpida confesion de todas las naciones, grabada en el corazon de todo hombre por la mano sábia del Hacedor, y conservada, aunque bajo de diversas y á veces monstruosas formas, en medio de innumerables revoluciones de los imperios, y en la dilatada série de mas de seis mil años: *el Hombre es naturalmente Religioso*: la Religion nació con él, le acompañó en su cuna, dirigió sus pasos

en la juventud, y no le abandonó en la ancianidad.

El hombre sin religion nada cree; sin fé no hay esperanza, y hombre sin fé ni esperanza para lo porvenir es un autómato, es una quimera. Si existiesen pueblos de esta naturaleza inconcebible, sus habitantes serian en esta hipótesi hombres sin principio vital del conocimiento, sin objeto y sin fin que moviese y determinase sus acciones; y por una consecuencia natural estos hombres-fenómenos serian por su misma naturaleza insociables é irreligiosos por falta de resortes, de vínculos, de relaciones; hombres sin duda vaciados en el molde intelectual de Rousseau: hasta este esceso de degradacion ha llegado la filosofía de nuestro siglo, ó para hablar con mas propiedad, unos hombres nacidos para oprobio de la humanidad. La idea de la Religion si no nace con los hombres, es de aquellas que se hallan al alcance de su luz intelectual, como dimanada del conocimiento del Ser Supremo que ilumina á todos los hombres, grabando en sus almas su imágen y semejanza, los principios y los medios para conocerle y adorarle.

Todo cuanto hay de mas grande, de mas admirable en el cielo y en la tierra, todo conspira en favor de esta idea tan propia del hombre, como digna de su Hacedor; y aun cuando esta prodigiosa nube de testigos mudos, pero elocuentes é irrecusables, no nos demostrasen una verdad de tanta trascendencia para la sociedad, la voz del mismo Dios se ha dejado oir en todos los ángulos de la tierra, y sus testimonios se han hecho creibles de un modo admirable: *Dios ha hablado á los hombres*; y esta voz de una virtud omnipotente, escrita por el dedo de Dios, divulgada en todas las naciones, transmitida de siglo en siglo, de genera-

cion en generacion, es la que disipa las tinieblas del error, y nos descubre el lleno de las relaciones esenciales, la íntima union de la Religion con la Sociedad. *Dios ha hablado á los hombres*: este es un hecho tan innegable á los ojos de la razon, como marcado en la opinion y creencia de todos los pueblos, figurado en sus ritos, ceremonias y sacrificios: *hecho* sellado por Moisés en su Pentateuco, primer monumento de la antigüedad en esta clase, conservado con mas especialidad por el pueblo judío en su culto, en su fé, en sus misterios, y en los prodigios obrados por su mano omnipotente: *Dios ha hablado á los hombres por medio de su Unigénito Hijo*: otro *hecho*, si es posible, mas evidente que el primero, prefigurado y anunciado en aquel mismo libro divino, creido por los Patriarcas, señalado por los Profetas con los caractéres de la verdad, manifestado por el mismo Jesucristo con estupendos milagros, y con predicciones asombrosas cumplidas á la vista de sus enemigos: *hecho* autenticado por los Evangelistas, y sellado con su sangre; anunciado en todas las naciones por los Apóstoles, probado con toda clase de señales y prodigios, creido y atestiguado en todos los paises del mundo, confesado en medio de los mas atroces tormentos por innumerables Mártires, consignado en los registros públicos del Imperio, en los escritos de sus sábios, y en los monumentos de sus ritos supersticiosos: *hecho* indudable por la misma conversion del mundo; milagro el mas asombroso, comprobado por la série de diez y nueve siglos, y cuyas pruebas se hallan á la vista y alcance de todos.

Descorramos por un momento el velo de las naciones; registremos su historia, y á la primera

página nos veremos obligados á cerrar los ojos por no poder sufrir tanto envilecimiento, tanta degradacion del hombre. La idolatría y la supersticion eran los primeros artículos de su símbolo religioso: una Venus obscena ocupaba para ellos el trono de la divinidad; Júpiter miraba con zelos á los ajos y los puerros: no habia cosa, por inmunda, por abominable, que no recibiese honores divinos: los Dioses llegaron á ser en mayor número que las familias; cada cual se formaba su ídolo, y éste el dios á quien adoraban. La moral no desmentia el carácter de sus deidades: la barbarie, la crueldad, la ferocidad, la indecencia, la obscenidad en toda su estension, eran obsequios dignos de sus deidades: en sus aras se inmolaban la niñez y la ancianidad: la mentira, el hurto y la rapiña eran una parte de su moral: el amor conyugal, la piedad con los padres, la misericordia con los pobres, la caridad con los enfermos, la conmiseracion con los afligidos no entraban en los planes de la educacion moral, y aun la mayor parte de estas virtudes eran desconocidas del pueblo: el orgullo, el egoismo, el interes, la venganza, el perjurio, la infidelidad en los matrimonios, la ninguna fé en los contratos, la sensualidad y embriaguez en la mesa, la prostitucion sin pudor ni reserva, hallaban proteccion en el código de sus leyes.

A esta monstruosidad de costumbres séanos lícito oponer en el siglo XIX y al frente de sus apologistas un breve paralelo de la moral del Evangelio, y presentar un diseño de la asombrosa mutacion que obró la Religion del Crucificado; aquella Religion divina, cuyos felices *anuncios* fueron la paz y tranquilidad de todas las naciones: sus *fundamentos* la verdad eterna, prometida desde el prin-

cipio del mundo, anunciada y manifestada por el Supremo Legislador Jesucristo: los *medios* de su establecimiento y propagacion desde el Oriente al Occidente, y desde el Norte al Mediodia, al parecer los mas débiles, los mas improporcionados: doce Pescadores, hombres rústicos, ignorantes y tímidos: sus *enemigos*, los Emperadores, los Filósofos, los Sacerdotes, los pueblos todos en masa: las *armas* para la conquista del mundo, la mansedumbre, la paciencia, el sufrimiento de toda clase de trabajos, y el anuncio de una nueva Religion, formada de unos misterios incomprensibles á la razon, y de un gran número de preceptos en una total é inmediata oposicion con su creencia, con sus leyes, usos y costumbres, y todo esto propuesto bajo la garantía de su palabra, y de haber sido testigos oculares de unos acontecimientos en un todo estraordinarios y acaecidos en un rincon de la Judea. ¿Sería creible que los Reyes, los Sacerdotes, los sábios, y los pueblos mas feroces, nacidos y educados en la idolatría, en toda clase de supersticion, familiarizados con los vicios mas groseros, con las pasiones mas vergonzosas, con el goce de los deseos mas criminales, de los placeres y deleites mas sensuales, á solo este anuncio abjurasen la Religion de sus padres, sus leyes, usos, costumbres, tan análogas á su felicidad temporal? La muerte cruel de los Apóstoles es la prueba perentoria y decisiva de la resistencia de los pueblos á una Religion tan austera y penitente como la del Crucificado; pero no lo es menos del fruto copiosísimo que produjo la semilla de la divina palabra, anunciada por ellos, confirmada con los mas estupendos milagros, sostenida con una invencible fortaleza, regada y sellada con su sangre: el dedo

de un Dios Omnipotente marcaba esta empresa toda divina, disipaba las tinieblas, movia los corazones, comunicaba sus dones y gracias estraordinarias, y aquel pequeñuelo rebaño de escogidos en poco tiempo se multiplicó con una rapidez incalculable.

Con este *hecho*, que no han podido negar los incrédulos de nuestro siglo, esforzaba esta prueba de la divinidad de la Religion cristiana uno de sus primeros Apologistas, reproduciendo lo que sus mismos enemigos sabian y veian, *que no existia reino, provincia, ciudad, villa ni aldea en donde no hubiese un gran número de Cristianos*: la misma capital del mundo pagano vino á ser en breve tiempo la capital del mundo cristiano, el alcázar de la Religion, y la silla de un pobre Pescador: el trono Pontificio sucedió al de los Césares, y su constante y no interrumpida sucesion es un triunfo visible de la misma Religion.

El mundo Idolatra se hizo Cristiano: es verdad, dicen los incrédulos de nuestros dias; pero este mismo suceso, al parecer tan maravilloso, señala la época de la decadencia de los imperios, y de la infelicidad de los pueblos. La Religion Catolica es incompatible con la felicidad de las naciones, dijo Maquiabelo, y repitió Juan Jacobo: no dijeron menos Celso y el Apóstata coronado, y la esperiencia de muchos siglos los ha desmentido. No debemos ensangrentar la pluma contra unos visionarios que han muerto en los brazos de la incredulidad, y colocados en el panteon de la infamia conservan entre los hombres de bien una fama póstuma digna de sus servicios sociales y religiosos; pero sí debemos, siguiendo el hilo del establecimiento de la Religion, y conversion del Mundo á la fé del Cru-

cificado, insinuar las mejoras, el sublime estado de perfeccion á que elevó á las naciones esta institucion verdaderamente divina en su culto, en sus leyes, en la moral, en sus instituciones, en sus gobiernos, en sus usos y costumbres. Con su influjo todo órden de cosas recibe una nueva perfeccion, el hombre recobra su dignidad, y las naciones sus legítimos derechos.

Dad á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César, pronunció el Soberano Legislador Jesucristo, y en esta breve sentencia descubrió de un modo el mas enérgico y el mas espresivo el enlace esencial de los deberes sociales y religiosos, y sobre ellos trazó el plan admirable de su Religion, y la felicidad de las naciones. El eco del Evangelio, de la nueva Ley, de la Religion Cristiana, se hace sentir en todos los ángulos de la tierra; y á proporcion que los pueblos conocen las ventajas que les proporciona una Religion pura, y sin mezcla de las supersticiones paganas, las ideas groseras se transforman en sublimes, se reconoce la verdadera dignidad del hombre, se contempla en él con admiracion la imágen y semejanza de la divinidad, admiran con entusiasmo el órden maravilloso de la creacion, conocen la causa de los estravíos de la razon en el pecado del primer hombre, la necesidad de un Redentor, de un Legislador, de un Maestro Dios, que ilumine sus tinieblas, disipe sus errores, enseñe los caminos de la salud, y por los medios incomprensibles de su sabiduría infinita renueve la faz de la tierra abandonada al error, á la supersticion, á la idolatría.

El culto del verdadero Dios se establece con toda magestad sobre las ruinas de la mas grosera idolatría: cesan los sacrificios inmundos, se ofre-

ce la víctima pura en las aras del Dios vivo: el incienso de los corazones renovado por la penitencia sube hasta el trono del Omnipotente ; la Religion cubre con su manto á los nuevos hijos, y recibe el homenage de su fé y de su obediencia : se respetan sus leyes, se observan con placer sus preceptos , y al turbulento impulso de las pasiones sucede la paz, la tranquilidad del corazon. Este nuevo órden de ideas divinas no podia menos de influir en la felicidad de las naciones, en su cultura, en su legislacion, y en todos los ramos capaces de contribuir á su prosperidad.

Asi es que desde luego se mejoran sus instituciones, las leyes se uniforman con los principios de la Religion, y de ésta reciben la mas firme, la mas estable sancion: en su virtud desaparece la ferocidad y barbarie, y ocupan su debido lugar la humanidad, la compasion, la dulzura y la amistad: el vínculo matrimonial recibe el sello del amor legítimo, y su perpetuidad: cesa el bárbaro espectáculo de la esposicion de los hijos, la natural rivalidad en la poligamia, y la comunidad brutal de las mugeres: los padres entran en el goce de los derechos de la naturaleza, la educacion moral en los planes de los legisladores, y el debido respeto al derecho de propiedad: la pobreza evangélica ocupa el trono que habia usurpado la avaricia, y la virginidad el de la mas vergonzosa y autorizada prostitucion: á influjo de la Religion las leyes suavizan las cadenas de la esclavitud, y estas víctimas desgraciadas esperimentan su proteccion: la pobreza pierde su deformidad, y la indigencia vé con placer asilos de misericordia: con la Religion la conciencia recobra sus derechos, y se hace respetar: con ella se afirman los Tronos,

las leyes se observan por amor, y los mismos deberes sociales se enlazan con los religiosos por la mas íntima union: podríamos decirlo todo en pocas palabras: al desorden sucede el órden, á la supersticion la verdadera Religion, á la inmoralidad autorizada las virtudes del Evangelio, y al egoismo sistemático las relaciones sociales con sus semejantes, con la sociedad, y por medio de la Religion con el verdadero Dios.

Solo el hombre poseido del frenesí de la incredulidad, podrá poner en duda la gran influencia de estas virtudes religiosas en la verdadera felicidad de las naciones: una paradoja de esta naturaleza no es, ni puede ser obra de la razon: los mismos impíos al grabarla en el papel conocian que su corazon les engañaba. La conversion del Mundo á la Religion, la mejora de sus instituciones, leyes, usos y costumbres, como su tendencia rápida á la felicidad, es un hecho incontrastable: en su favor concuerdan las historias profanas y religiosas, los monumentos de la antigüedad, la tradicion oral de padres á hijos: los mismos judíos, y sobre todo sus mayores enemigos, obligados por la fuerza de la verdad, han sido sus apologistas, aunque involuntarios.

Esta prodigiosa mutacion que (á despecho de los impíos de nuestro siglo) únicamente pudo ser obra de la diestra del Excelso, conmovió los fundamentos de la supersticion, y la idolatría se puso en alarma contra una Religion que la obligaba á cederle el trono, y aun á desaparecer de la faz de la tierra: no hay género de ataque que no se emplee para impedir su propagacion: todas las baterías del error juegan á un mismo tiempo: la opinion, reina del mundo, las ideas, las pasiones,

los intereses, la autoridad, la vida, la muerte, sus dioses son otros tantos egércitos en órden de batalla contra una institucion toda divina, toda paz, toda amor, toda beneficencia, toda felicidad, y que por unos medios incomprensibles á la sabiduría del mundo trastornaba el imperio del error, y la monarquía universal de la supersticion. El hombre desconoce su propia utilidad: arrastrado por las pasiones mas groseras, tan análogas, tan propias del hombre animal, como indignas de la razon, y envilecido por las preocupaciones de la educacion y del egemplo general, á un mismo tiempo declara y hace la mas cruel guerra á la Religion y á su felicidad: el hombre se hace enemigo de sí mismo, y todos los tiros de su maledicencia contra la Religion del Crucificado son otras tantas heridas hechas á sus verdaderos intereses y á los de la sociedad.

Sin embargo, el carácter obstinado de la preocupacion, la violencia de la costumbre, la fuerza de la pasion y la ceguedad del entendimiento habituadas á deferir con placer al dictámen de los sentidos, juran no hacer jamas las paces con una nueva Religion, enemiga por principios de sus dioses, de sus leyes, usos y costumbres: los Emperadores, los Magistrados, los Poderosos, los Sacerdotes, los grandes y pequeños todos se declaran soldados, ó mas bien verdugos de los Cristianos. Los Emperadores sellan sus edictos, se promulgan en todas las provincias y ciudades del imperio, se establecen tribunales, se forman circos y anfiteatros, se hace pesquisa de fieras, se inventan y premian nuevos géneros é instrumentos para martirizar y quitar la vida á los Cristianos; y estas víctimas inocentes, ó despedazadas por las fieras,

ó fritas en aceite, ó tostadas en parrillas, eran un espectáculo de placer para aquellos bárbaros que únicamente se entristecian cuando las fieras se postraban y lamian con su lengua los pies de los Mártires, cuando el acero no podia cortar sus cervices ó el fuego no les quemaba. Solo una Religion toda divina pudo triunfar de diez y siete á veinte persecuciones generales, tan crueles, tan feroces, tan sanguinarias las últimas como las primeras: por espacio de casi trescientos años los Cristianos sufrieron estas pruebas de su fé en todo el ámbito del imperio, sin que en los siglos siguientes hayan cesado en la Persia, en el África, en la España y en otras naciones iguales ó mayores persecuciones. Este es uno de los caractéres mas espresivos de la divinidad de la Religion, colocada como su Divino Fundador *in signum cui contradicetur*, como una señal de contradicion: en su cuna se regó, se alimentó y fortificó con la persecucion de sangre; en su juventud con la persecucion de los hereges, y en su edad varonil con la mas formidable de todas las persecuciones, con la seduccion de los incrédulos é impíos. La bárbara crueldad de los Emperadores lejos de debilitarla, impidiendo su propagacion, la daba el mas brillante realce: la sangre de los Mártires era una fecunda semilla que producia un fruto centuplicado, como se esplicaba Tertuliano. Este nuevo milagro de la incalculable rapidez con que de entre los arroyos de sangre y de los innumerables cadalsos se multiplicaban y reproducian los Cristianos, les obliga á mudar de rumbo, y cambiar de direccion: el odio á los Cristianos se aumenta, y los medios de ataque reciben un nuevo impulso de malignidad: á la violencia substituyen la persuasion, y á la fuerza el raciocinio. Esta nue-

va táctica, tanto mas peligrosa, cuanto que ingeniosamente oculta el blanco de sus operaciones, es la que constantemente se ha presentado en la palestra ya con ataques fingidos, ya disfrazados, ya por el frente, ya por los costados, ya minando sus fundamentos, ya debilitando las fuerzas con el proselitismo, ya en fin con todas las arterías de la maledicencia.

Los hereges de los primeros siglos adoptaron en parte este plan; pero erraban sus cálculos, atacando la Religion con unos sistemas abstractos que interesaban muy poco las pasiones del hombre: aun aquellos mas decantados enemigos del Crucificado *Celso* y *Juliano*, y que son reputados por precursores de los de nuestros siglos no habian descubierto los principios luminosos de éstos: ignoraban en todo rigor la táctica anti-cristiana: les era desconocido el arte de minar por sus fundamentos la Religion: esta invencion, que considerada en todas sus partes es esencialmente diabólica, en nada se parece á las anteriores persecuciones: un descubrimiento de tanta trascendencia estaba reservado á los hereges y á los impíos de los últimos siglos: los del XVIII perfeccionaron la obra, y la revolucion francesa, su hija primogénita, puso en movimiento todas sus arterías; pero ella misma á despecho de sus autores, ha dado un nuevo y brillante testimonio de la verdad de la Religion Cristiana, y de la soberana influencia que egerce en la felicidad de las naciones.

Es verdad que un Mahoma en el Oriente privó al cristianismo de los primeros frutos de su cuna, y con la espada, con la persuasion, con los embustes y patrañas consiguió formar un imperio de idólatras, ó mas bien de bestias epicureas; pe-

ro el Occidente abortó por desgracia, y para oprobio de la humanidad, no sabremos decir si uno, si tres, entre innumerables que se han disputado la gloria de haber sido padres de un aborto sin semejante en los anales de la impiedad. *Lutero*, *Rousseau*, *Voltaire*, he aqui tres fenómenos intelectuales, sin que podamos clasificar su especie ni designar el predicamento á que pertenecen: si la incredulidad los reconoce y aclama por sus héroes, nosotros creemos de nuestro deber colocarlos en otra esfera: no es posible persuadirnos que el hombre por sí solo pueda producir unos monstruos de esta naturaleza: tal fue sin duda el esceso incalculable de su inmoralidad, de la impiedad de sus ideas, de su rabia ferina contra la Religion, contra los tronos, contra la sociedad, contra el mismo hombre. *Lutero* encendió la tea de la independencia religiosa, *Rousseau* la aplicó á la política, y *Voltaire* las reunió en su pluma desoladora. *Lutero* de un solo golpe de su pluma trastornó el órden de Dios y de la naturaleza; quitó la autoridad de donde Dios la habia puesto, la colocó en el espíritu, en el juicio privado, y asi de cada uno de los hombres formó un Gefe de la Religion y un Monarca: de este modo preparó la ruina de la Religion y de los tronos.

No puede dudarse: de este mismo principio parten todas las líneas del pacto social de *Rousseau*, y á su sombra han avanzado *Voltaire* y todos los impíos al término fatal que hemos tocado con nuestros propios ojos en la Francia, y que ya habia contagiado otras no pocas naciones. La pluma de *Voltaire*, mojada en la hiel del odio á la Religion católica, ha sido mas funesta al Occidente que la espada de Mahoma en el Oriente: con ella ha po-

dido éste transformar el pais de la Religion en una media luna habitada de bárbaros sensuales, sin educacion, sin ciencias ni artes, y abandonados á las patrañas de un visionario feroz, que aun despues de muerto se hace adorar en la Meca: mas la pluma de aquel impío, aborto del jacobinismo francés, ha sabido formar un nuevo imperio de incrédulos sistemáticos, tanto mas peligrosos, cuanto que para propagar la irreligion llaman en su auxilio todas las ciencias, las artes, las gracias de la naturaleza, y hasta la misma Religion.

A estos monstruos, que han reunido todas las heces de la impiedad, deben sin disputa agregarse los corifeos de otra Secta maquinadora por principios, que ha trazado el plan de trastornar la Religion ocultando su mano traidora, y aun anhelando á cubrirse con su mismo manto: los Jansenistas, es un hecho incontestable, con una mano han atizado el fuego de las revoluciones, y con la otra preparaban la ruina de la Religion por medio de unas arterías, de unos amaños tan sagaces y tan pérfidos, como desconocidos hasta nuestros dias, pero que seguian el mismo rumbo y los mismos pasos que la revolucion de los imperios. Para separar el supremo honor y la suprema autoridad del Gefe de la Iglesia, en quien la depositó su divino Fundador, formaban la apología del Obispado elevándolo sobre sí mismo, ó, para hablar con mas propiedad, desquiciándolo para destruirlo tan luego como hubiesen egecutado otro igual ensayo con el Clero inferior: adulando á éste, le sublevaban contra el Obispado: estendiendo los límites de éste, deprimian la soberana potestad de su Cabeza; y cuando, para no perder el concepto de católicos, se veian obligados á confesarla con las palabras, la

negaban de hecho con un gran número de suposiciones, restricciones y apelaciones. Conmovido asi el centro de la unidad católica, todo el edificio debia resentirse, y por este medio minaban la Iglesia y la Religion. De todo trastorno, de toda revolucion, de todo incidente político ó religioso procuraban nuevas ventajas á la secta: en todas han entrado su mano destructora; no han omitido medio, por rastrero, por inmoral, por impío que fuese para alucinar, para seducir, para descatolizar el Mundo: parecerian increibles los conatos tan redoblados como impudentes de esta secta, y los daños casi irreparables que ha causado á la Religion, si la historia y la esperiencia no estuviesen de acuerdo en su apoyo.

Sin embargo, si nos es permitido espresar nuestro dictámen en esta materia, la impiedad y el espíritu de la revolucion deben rendir parias al Filósofo de Ginebra: este sér incaracterizable reunió en un mal formado corazon toda la malignidad del hombre, ó para espresarlo de un modo mas análogo, toda la perversidad del demonio de la rebelion, que le sugirió el proyecto de sepultar al hombre en las ruinas de las sociedades y de la Religion. Este genio del mal halló la piedra filosofal de la independencia absoluta del hombre, descubrió el punto céntrico de las pasiones sin freno, ó si le halló trazado por Lutero, poseyó el arte de desenrollar el misterio de la iniquidad, sublevando las pasiones de unos contra otros, de los hijos contra los padres, de los súbditos contra los Soberanos, y en su decantada fábula *del Pacto Social* estampó el germen de la irreligion, las semillas del destronamiento de los Reyes, formó y describió el círculo de las revoluciones, de las guerras civiles, y del trastorno

universal así político como moral del Mundo. No hay que ir mas lejos para ver el orígen de tantas desgracias como han sufrido el Trono y el Altar en el último medio siglo; y no tememos avanzar nuestro cálculo asegurando que iguales ó máyores revoluciones esperimentarán todos los paises del Mundo, do quiera den entrada al Pacto Social: las mismas murallas de la China se resienten á su vista, y la Religion en todos los ángulos de la tierra teme sus funestas consecuencias. Un reflexivo conocimiento del hombre y de sus propensiones basta para convencerse de esta verdad, y esto mismo pudo servir de base á una invencion tan alhagüeña como monstruosa.

El hombre es de todos los paises: en la misma masa de su naturaleza lleva grabado el deseo de la independencia: es fruto del pecado del primer hombre, esta la herencia de todos sus hijos, y por una consecuencia natural el flanco de todo hombre: asi es que todo yugo de autoridad y dependencia se le hace insoportable: la Religion, sola la Religion es la que le hace suave, y ella sola es poderosa para contenerle en los límites de la subordinacion debida á Dios y á los hombres: sin este freno el hombre siempre aspira á la independencia absoluta: *Non serviam*: Dios mismo con toda su omnipotencia no les es un justo título de subordinacion y dependencia. *¿Et quis est Omnipotens ut serviamus ei?* Tal es el abismo á que conducen los principios del Pacto Social: admitidos una vez no es posible evitar sus consecuencias: le es incompatible toda modificacion: su tendencia esencial es á sacudir el yugo de la autoridad y de la Religion: aun cuando su mismo autor no hubiese hecho esta ingenua confesion, y aun cuando hubiese supri-

mido el capítulo que habla *de la Religion*, uno mismo habria sido el resultado: con una mano mina los fundamentos del Trono, y con la otra los del Altar: la independencia absoluta de toda autoridad, este es el *Dogma social* que se quiere persuadir al Mundo, y cuyo ensayo hemos visto en la Francia: la irreligion preparó el camino á los revolucionarios: el estandarte de la impiedad tremolaba en las Sociedades patrióticas, en la Asamblea, en la Convencion, y en el Directorio: los mismos franceses que han sobrevivido á aquel fanático entusiasmo de irreligion se admiran, y como quien despierta de un profundo sueño recuerdan con asombro que fueron testigos del término fatal de este sistema diabólico: la pluma se cae de la mano al querer estampar un decreto original en los anales del Mundo, *la proscripcion de todo culto*: se cumplieron los deseos de aquel monstruo (el frenético Dupont) que embriagado con las heces de la impiedad solo aspiraba á poder anunciar desde la tribuna: *no hay Dios*: desde aquel dia, época memorable para la Francia y para todo pueblo religioso, la *Razon* en trage de prostituta es el Dios de los revolucionarios: en este acto de impiedad el hombre se aniquiló á sí mismo: con él desaparecieron los templos, el culto, el sacrificio, la Religion, Dios; y hombre sin Dios es una verdadera quimera.

¡Tal es el aspecto formidable de esta persecucion sin semejante en los fastos de los tiranos! Sus autores y propagadores se regocijaban ya con la segura esperanza del triunfo: ya se daban el parabien de habér destronado la Religion y su autor; y al parecer morian contentos con la satisfaccion de haber emprendido y consumado una obra que no estuvo al alcance de los Emperadores ni sábios del

mundo. Es indudable, ellos erraron el cálculo: su malicia los cegó para no ver, que errando en los principios es infalible el estraviarse en las consecuencias: por una como forzosa de su impiedad llegaron á persuadirse que la Religion era obra de los hombres, y que el mismo Dios subsistia únicamente por la opinion; y en esta hipótesi debemos confesar que el genio del mal y el espíritu de la revolucion poseian el talento de Lutero, de Voltaire, de Rousseau, Diderot, d'Alembert, Condorcet y sus asociados, y con su auxilio podrian haber mudado la opinion del Mundo á pesar de su imperio esclusivo. Sus esfuerzos casi diabólicos han añadido esta irrecusable demostracion á las incontrastables pruebas de los apologistas de la Religion católica: Dios mismo se ha valido de sus mas encarnizados enemigos para que den testimonio á la verdad: *salutem ex inimicis.*

Nosotros convenimos con ellos en que este ataque al Trono y al Altar es el mas directo, por lo mismo que es el mas astuto y el mas alhagüeño á las grandes pasiones; pero al mismo tiempo deben confesar con nosotros que el lleno de su impiedad ha hecho ver al hombre reflexivo, y ha cooperado contra su voluntad á corroborar mas y mas una verdad que es de todos los siglos, el orígen divino, la firmeza, la estabilidad, la indestructibilidad de la Religion católica: sus fundamentos son la verdad eterna, la palabra de Dios; y antes desaparecerán el cielo y la tierra que la verdad de sus palabras y promesas. Murieron sus primeros perseguidores, el abismo recibió los tiranos manchados con la sangre de tantas víctimas inocentes, y el sepulcro guarda las cenizas hediondas de unos hombres feroces, que fallecieron con el desconsuelo de

haber puesto en egecucion todos los medios que les sugeria su encarnizado odio á la Religion, y les proporcionaba su ilimitada autoridad, sin haber logrado mas triunfo que cooperar al esplendor de la misma con un numeroso catálogo de héroes. Sus muertes á todas luces desgraciadas, y adornadas de su bárbara crueldad y de una infamia póstuma, es lo único que nos ha conservado la historia.

Murieron aquellos monstruos con que de siglo en siglo castigaba Dios los desórdenes del Mundo: murieron los gefes de un número sin número de heregías, y bajaron al sepulcro sin otro mérito ni otro premio que sus errores y apostasía: á nuestra misma vista han fallecido los corifeos de la irreligion, y hasta las mismas circunstancias de su muerte son un testimonio decisivo en favor de la Religion que odiaban con tanto encarnizamiento. Rousseau, cansado de una vida empleada en hacer la guerra á Dios y á los hombres, se quitó la vida de un pistoletazo: Voltaire, recordando la cadena interminable de sus crímenes, y queriendo, sin querer, reconciliarse con la Religion, á quien tan descaradamente habia ultrajado, y con Dios de quien tantas veces y tan á sangre fria habia blasfemado, murió en los brazos de la impiedad, envuelto en su misma hediondez: Condorcet pereció en la cárcel á impulsos de la desesperacion y el veneno: de este mismo modo podríamos formar la apoteosis de los impíos que les han sucedido; pero solo diremos que su epitafio se compone de los anatemas de la Iglesia, y de las imprecaciones de todo hombre religioso.

Sin embargo la esperiencia arranca de nosotros una confesion dolorosa: murieron cargados sin duda con la infamia de su impiedad; empero

viven en sus obras tan alabadas de los iniciados en los misterios de la iniquidad, como odiadas de todo hombre sensato y reflexivo. El sarcasmo, las sales picantes, el ridículo homicida, como le llamaba Voltaire, los coloridos de la elocuencia, el estilo alambicado, los sofismas artificiosos, pinturas obscenas, máximas de libertad é independencia, y todo presentado con los poderosos atractivos de las pasiones propias de grandes y pequeños, han conseguido formar un imperio de ateos, propagar sus ideas irreligiosas y antisociales en la mayor parte del mundo civilizado, y á su impulso los Tronos y el Altar amenazaban desplomarse simultáneamente. Un número incalculable de folletos, de libretes de faltriquera, de obras de todas clases y materias sembradas de impiedades, de bufonadas sacrílegas, de blasfemias las mas execrables, de chistes obscenos, de paralogismos ridículos, pero envueltos en la mas refinada impiedad, han circulado por toda la Europa y América, y por una gran parte del Asia y África. A pesar de las leyes prohibitivas, de la vigilancia de los gobiernos, de los tribunales destinados á impedir su circulacion, se ha hecho una introduccion escandalosa de este género de contrabando: la sola sospecha de la prohibicion de uno de estos folletos, era causa bastante, y un título justo para triplicar su precio: y por la razon inversa, en los desgraciados dias de su libertad indefinida se vendian á precios cómodos, y á la vez se repartian como un obsequio: su lectura era un verdadero anzuelo para los talentos superficiales, para los semisabios, que careciendo de principios sólidos, se dejaban arrastrar de sus atavios, y contentándose con admirar el follage, jamas analizaban sus pruebas. Estos han

sido las tropas auxiliares y los destinados para el enganche: los jóvenes han sido, por desgracia de la generacion presente y futura, los mas fáciles de seducir: una juventud fogosa, en la mayor efervescencia de las pasiones, sin conocimiento ni esperiencia de sus ardides irreligiosos, impelida de los deseos de gloria, y demasiado blanda para resistir á los alhagos, y menos para hacerse superiores á los dicterios y apodos de sus iguales, han contagiado todas las clases y preparado al siglo XIX el complemento de sus desgracias.

No puede dudarse que algunos sabios se han alucinado, se han dejado seducir, y con sus escritos, con la viva voz y con su egemplo se han declarado partidarios de la irreligion; mas esto no debe ser un motivo de admiracion para el hombre reflexivo: la irreligion y la impiedad tienen su origen en el corazon, y tantas cuantas son las pasiones viciosas, son otros tantos arroyos que entran en este mar proceloso: con sus alhagos triunfan de la voluntad, y con el humo de sus inagotables deseos obscurecen la razon, la hacen cambiar de ideas, y la *nada* del mal viene á ocupar el lugar del verdadero bien del hombre, la Religion. Por una como transformacion mágica, el entendimiento obra como pasion, y la pasion juzga como deberia hacerlo la razon; y para espresarlo con toda propiedad, la impiedad del corazon pasa á ser la Religion del entendimiento.

El resultado de este trastorno de ideas es bien conocido de todos: la Religion ha vencido una borrasca sin igual, ni aun semejante en los anales de la impiedad. Omitamos por ahora la historia de las variaciones religiosas de otras naciones: hombres sabios las han consignado á la posteridad como un

preservativo contra la irreligion para las generaciones venideras: nosotros debemos contraernos á nuestra España, á esta Nacion privilegiada entre todas las del mundo. ¡Ojalá hiciésemos justicia á esta verdad, á nuestra gloria y á nuestro propio interés! La naturaleza y la gracia se han disputado sus dones: tenaz y obstinada en romper los lazos de las supersticiones paganas, no ha sido menos inflexible en conservar el depósito de la verdadera Religion: en los tiempos de Recaredo se puso el sello á nuestra creencia, y los españoles parece hemos heredado con la naturaleza la Religion Católica. Doce siglos se han sucedido unos á otros, *y la Religion Católica, Apostólica, Romana ha sido y es la Religion de todos los españoles, con esclusion de toda otra;* este eco ha resonado siempre entre nosotros: la dominacion Agarena asoló sus hermosas y fértiles campiñas, destruyó sus mas bellas y ricas poblaciones; el terror, la ferocidad, la esclavitud, la espada, el fuego y la muerte pasearon como en triunfo por sus mas abundantes provincias; puede decirse con verdad que todo desapareció de este hermoso suelo: solo la Religion y el valor han sido las riquezas que no pudieron robarnos: esta es nuestra herencia y el feliz origen de la emulacion estrangera: la España siempre ha sido la misma, jamas se ha desmentido. Por mas de setecientos años luchó dia y noche contra los enemigos de su Religion y de sus leyes: el corazon religioso de los españoles solo pudo hallar descanso con la expulsion de los moros y judíos: un Dios, una Religion y un Rey, he aqui todo el carácter español: la paz, la riqueza, las artes, las ciencias coronaron sus triunfos, y el siglo XVI adornará eternamente sus sienes.

No es dable señalar otra causa de preferencia; con solo formar un paralelo, ó mas bien un simple cotejo con otras naciones, veremos que la razon en perfecta armonía con los hechos, no reconoce otro origen que la Religion verdadera y la autoridad legítima consolidada con sus bases. "Con »el influjo de esta Religion sublime, dice el sabio y »reflexivo La Mennais, el género humano caminaba »al término de su perfeccion, cuando repentinamen»te aparecen de nuevo en la sociedad las doctrinas »del paganismo sobre el *Poder*. El ensangrentado »espectro de la Soberanía *individual* ó absoluta, invo»cado por la *Reforma*, sale del sepulcro donde le »habia desterrado el Cristianismo. Al momento el es»píritu de independencia subleva las pasiones con»tra la autoridad: guerras atroces desolan toda la »Europa, y la discordia con su implacable encono »penetra hasta el seno de las familias. Lutero y sus »discípulos justifican la rebelion, la autorizan, la »promueven con sus escritos y sermones sediciosos. »Un no sé qué violento fermenta en lo interior de »los corazones, y el fanatismo de la libertad *reli»giosa* produce el fanatismo de la *política*. La Ale»mania, la Francia, los Paises Bajos, Inglaterra y »Escocia, sirviendo de presa á los furores de una »multitud embriagada en doctrinas anti-sociales, se »cubren de ruinas y nadan en su sangre. Vacilan »los tronos, y llegan á hundirse algunos." El espíritu de independencia política y religiosa se apodera de las naciones europeas: unas se vieron al borde del precipicio, otras naufragaron, y todas sin saber cómo se contagiaron: la España es una nave perfectamente carenada, que camina boyante por entre los terribles y peligrosos escollos de tantas heregías y de tan violentas revoluciones como

la rodeaban : ella misma, sin otras armas que su Religion, es un testimonio incontrastable de una verdad que deberia grabarse en el corazon de todos los hombres y en los umbrales de sus casas. *La Religion salva las naciones.* Asi es que el siglo XVI, tan fecundo de héroes de la Religion, como de sabios de primer órden en toda clase de literatura, artes y bellas letras para la España, tan ominoso fue para otras naciones menos religiosas. Él fue la cuna de los primeros ensayos contra la Iglesia y su autoridad infalible: el taller donde se prepararon las armas contra la Religion, y el semillero de toda independencia de autoridad asi civil como religiosa: el siglo XVII vió con dolor, aunque con la mayor apatía, los rápidos progresos de la rebelion; el XVIII la miró con placer sentada en el trono de la felicidad de las naciones, y el XIX nos ha hecho sentir toda la amargura, las heces mismas de sus envenenados principios. Casi por tres siglos la irreligion se ha mofado de la pureza de nuestra fé, de nuestra constancia religiosa: los corifeos de la impiedad nos insultaban á su salvo en los folletos; y para darnos á beber con dulzura el espíritu revolucionario, nos imputaban dos siglos de atraso en la cultura y civilizacion, y lo que en realidad era una prueba evidente de nuestra religiosa y firme adhesion á la creencia de nuestros padres, se nos improperaba como una falta de ilustracion, y se nos hacia pasar en otras naciones ya contagiadas la plaza de hijos legítimos de los siglos bárbaros, adheridos á las ideas de una educacion fanática, supersticiosa y enemiga de las luces. ¡Pluguiese al cielo hubiésemos los españoles permanecido en aquel dichoso *fanatismo*, en aquella feliz *supersticion*, y en

aquellas luminosas *tinieblas!* no nos veríamos ahora obligados á llorar los estravíos de tantos de nuestros compatriotas, ni comprometidos á reparar las ruinas de una Religion que moraba entre nosotros como en su verdadero y legítimo suelo: no habríamos tenido el imponderable sentimiento de ver atacada la Religion de nuestros padres por unos seres desnaturalizados é hijos espúreos de una tierra toda católica; no habríamos tenido el desconsuelo de ver, no sin admiracion, entronizada la impiedad, perseguidas con un ódio encarnizado nuestras piadosas costumbres, nuestras leyes religiosas, y minadas con un furor innominable los fundamentos indestructibles de nuestra siempre amada Religion Católica, Apostólica, Romana: hablamos á la faz de todos los españoles, de aquellos mismos testigos de estas verdades amargas; su testimonio es irrecusable, y en una hipótesi no esperada, los escritos y las prensas se hallan aún manchadas con esta tinta irreligiosa.

En sus escritos, es indudable, proclamaban la libertad, se gloriaban de Padres de la patria, de regeneradores benéficos, de protectores de la Religion y enemigos del despotismo civil y religioso; mas á línea seguida tiranizaban la libertad y la conciencia, minaban las leyes que habian por tantas veces salvado la patria, sacaban de quicio las instituciones benéficas de un gobierno dulce y religioso, comprobado por la serie no interrumpida de tantos siglos, autorizaban un doble despotismo, y quitando de una plumada el antemural de la Religion con el especioso título de *proteccion*, la dejaban á disposicion de sus enemigos. Prevalidos de estas arterías lograron seducir á una juventud incauta, propagar el veneno de la irreligion, desca-

tolizar á no pocos, introducir la impiedad en todas las clases del Estado, y arrebatar á la Religion los frutos preciosos de tantos siglos. No hay motivos para exagerar: todos lo hemos visto, y la posteridad sensata se llenará de rubor al fijar su vista en el cuadro horroroso que presentan un número considerable de españoles imbuidos en los tenebrosos misterios de la impiedad; y aun cuando nuestro catolicismo ó nuestra delicadeza nacional tratase de sepultar en el olvido los estravios religiosos de nuestros compatriotas, sus mismos escritos hablarán por ellos, y lo que es aún mas sensible, la irreligion transmitida por herencia dará un testimonio siempre vivo de la inmoralidad de sus progenitores.

No es facil llegar á persuadirse hasta qué punto ha subido el encono contra la Religion: la generacion presente por su mismo honor trataria de desmentirnos si no tuviese á la vista tantos documentos incontestables del ateismo reducido á sistema, de la impiedad á principios, de la irreligion á reglas, y la misma obscenidad convertida en arte. La decencia, el pundonor, la conciencia misma no permiten formar el diccionario de las impiedades, blasfemias, heregías, burlas sacrílegas, sarcasmos escandalosos, calumnias altamente impías, suposiciones irreligiosas, y tantas otras abominaciones cuantas pudo sugerirles el Émulo de la divinidad. La creacion de cielos y tierra, el origen primordial de los hombres, su civilizacion y Religion, su primer crímen, la pena transcendental á todos sus descendientes, el diluvio universal, las promesas de Dios á los Patriarcas, sus visiones á los Profetas, la libertad del pueblo judío, el paso milagroso del mar Bermejo, la historia, los pre-

ceptos, la moral, las profecías, los libros canónicos del antiguo Testamento, todo se ha negado á la vez, todo se ha ridiculizado.

El Evangelio, tantas veces puesto en el crisol de la razon humana, y otras tantas victorioso de toda clase de enemigos, ha sufrido una contradiccion al parecer inconcebible por el hombre: los asombrosos misterios de un Dios hombre, su nacimiento de una Madre Vírgen, sus leyes, sus preceptos, sus máximas, sus egemplos, sus milagros, su muerte afrentosa de Cruz, y su Resurreccion, todo ha servido de juguete, de mofa y escarnio á la impiedad, á la filosofía de nuestros dias. La Ley evangélica, su propagacion prodigiosa, la conversion del mundo, que puede con razon llamarse el *Milagro permanente* de la Religion católica, la ruina de las supersticiones paganas, el establecimiento de la Iglesia, los Mártires, los milagros, Sacramentos, gerarquía, disciplina, todo ha caido bajo la guadaña destructora del ridículo impío, y de la mas insulsa, pero á todas luces la mas sacrílega crítica. El hombre mismo ha sufrido, ha esperimentado todo el lleno de degradacion: el hombre, imagen viva de su Hacedor, se ha visto asociado al número de las bestias: su alma se ha hecho mortal, sus esperanzas y su fin como el de aquéllas; su voluntad la única ley: la bondad y honestidad de sus acciones la opinion de los hombres, y la diversidad de climas: su felicidad el placer y el deleite: su estado natural silvestre: su conservacion, propagacion y deberes en el mismo órden. Para complemento, para llenar las medidas de la impiedad, se hacia indispensable desquiciar la piedra angular del edificio: *pusieron su boca en el Cielo y dijeron: No hay Dios.* Tal es el catecismo abreviado de la in-

credulidad, y tales los artículos del Símbolo de los ateos.

Sin embargo, ¿quién lo creyera? muchos españoles, degenerando de sus progenitores y del suelo católico en que habian nacido, han suscrito á las mayores estravagancias de la impiedad, y aun se han declarado sus decididos apologistas. En prueba de esta tan dolorosa verdad bastaria leer los folletos publicados en los años de nuestras desventuras, y formar un índice de los monstruosos abortos de la impiedad francesa en los años de sus estravíos, *traducidos, glosados, adicionados,* aplaudidos y propagados por nuestros mismos compatriotas. Entre éstos han circulado por todas partes el *Citador*, el *nuevo Citador*, las *Ruinas de Palmira*, la *Moral Universal*, muchos de los folletos vaciados en el molde del Baron de Holbalch y socios en la impiedad, las obras de Voltaire, de Maquiavelo, Rousseau, Diderot y d'Alembert: entre los españoles el *Diccionario crítico burlesco* de Gallardo, la *Triple Alianza* adoptada por Megía, los *folletos* de Bernabeu, los *Diálogos Argelinos* de Blanco, los *tres Enmascarados* contra el celibato eclesiástico, la *Inquisicion sin máscara*, las obras de Llorente, de Toreno, de Villanueva, de... : un comercio escandaloso de estas impiedades ha circulado por todas nuestras provincias, ciudades, villas y aldeas: en todas las clases, en todos los estados y sexos han hecho sus conquistas, y adquirido un gran número de prosélitos; y si es verdad que unas mismas causas en igualdad de circunstancias siempre producen los mismos efectos, no sería aventurar nuestro juicio, despues de una esperiencia tan deplorable, copiar el informe del Conde de Passeran, testigo nada sospechoso á los impíos, sobre el influjo de los principios irreli-

giosos en ciertas clases del Estado: sin embargo no tratamos de atraernos ni aun por medios indirectos la odiosidad, y sí de presentar á la vista de todos los españoles los males incalculables de los libros é ideas irreligiosas sembradas en nuestra España.

Esta ha sido la mas fatal desgracia, la mayor de todas las pérdidas para la católica, para la religiosa España. A pesar de esta gloria tan poco conocida de otras naciones, la España ha sufrido y ve con el mayor dolor el estravío de un gran número de sus hijos: una llaga de tan dificil curacion debe llenar de amargura á todo español. Sin Religion no hay vínculos, no hay union, no hay ni puede haber relaciones del hombre consigo mismo, con sus semejantes, con la sociedad, ni con el mismo Dios. Es pues de una absoluta necesidad retrogradar en las ideas, y volver al mismo punto en que nos desviamos del respeto, de la veneracion, del amor, de la práctica de las máximas religiosas heredadas de nuestros padres, si queremos recuperar el honor, la gloria, la paz, la abundancia, el verdadero carácter español.

La Religion tiene un derecho de preferencia en los españoles: genio, índole, carácter, propensiones, leyes, usos y costumbres, todo respira un aire religioso: á su sombra hemos sido felices: con su brazo fuerte nos ha salvado de los mismos escollos en que han naufragado otras Naciones católicas: cuando hemos militado bajo sus banderas, el triunfo y la victoria nos han seguido por todos los ángulos de la tierra; y por mas que los émulos de las glorias de España traten de obscurecerlas, jamas podrán aventurar su opinion, ni menos negar, que los españoles han estendido el imperio de la Religion hasta el mismo punto donde han llevado sus

conquistas, y es casi el círculo de la tierra; y lo que en nuestro concepto es aun mas digno de consideracion, que esta firmeza religiosa de los españoles ha sido una contrabarrera á la incredulidad de unas naciones, á la irreligion de otras, y acaso la salvacion de todas: el catolicismo de los españoles (asi habla Mr. Clausel de Consergues despues del naufragio religioso de la Francia) ha salvado del naufragio á la Francia, la Alemania, la Prusia, la Rusia y hasta la misma Inglaterra: los mismos franceses, rivales eternos de nuestras glorias, obligados y como violentados de los hechos innegables de que han sido testigos oculares, nos han hecho justicia en esta ocasion; é imitando nuestra conducta religiosa, han dado una leccion práctica á todas las Naciones, volviendo á religar el hilo de la Religion en el mismo punto en que una revolucion, á todo aspecto impía, lo habia cortado: sus mayores ingenios se han puesto al frente de la Religion, se han declarado sus mas decididos apologistas, y con su pluma han detenido, ó para espresarlo como es en sí, han obligado á retroceder el impetuoso torrente de la irreligion: la Francia misma, como asombrada de su letargo religioso, ha levantado su cabeza orgullosa, y mirando con horror los frutos de la impiedad, ha vuelto presurosa á la fé de sus padres, y descansa tranquila en los brazos de la Religion: los nombres de Chateaubriand, Bonal, Maistre, La Mennais, Fraisinous y otros resonarán en los siglos venideros con el entusiasmo que justamente se han merecido sus obras en defensa de la Religion y de los tronos; y no dudamos asegurar que han demostrado hasta la evidencia dos verdades del mayor mérito, la *necesidad* de la Religion católica para la *felicidad* de las

naciones, y que la *práctica de sus máximas* es el *verdadero barómetro* que señala el grado de felicidad de los Estados; y aun podríamos añadir otra digna del hombre reflexivo, que si bien aparece algun astro irregular en esta materia, es un verdadero fósforo que debe desaparecer con la misma velocidad que se ha formado.

La España, mas feliz en esta parte que otras naciones, no ha llegado al término fatal de sus desgracias. Nuestros Augustos Soberanos y una inmensa mayoría de la Nacion siempre han caminado bajo la egida de la Religion católica, han detestado esos folletos tenebrosos: la sola sospecha de perder su religion ha puesto en movimiento todos sus resortes, y no ha dudado sacrificar en su defensa sus intereses, su reposo, su tranquilidad, todo lo mas amable: nos lamentamos sí de los muchos prosélitos que ha reunido la impiedad en los interregnos de nuestro Augusto y Católico Monarca. La fatalidad de los sucesos, las arterías de los Masones, la siempre osada impudencia de la impiedad los vino á colocar en el Gobierno; ó mas bien prevalidos de estos manejos irreligiosos, se erigieron en Legisladores de una nacion que cifra su mejor divisa en su catolicismo; y al mismo tiempo que estendian sus conquistas contra el trono de nuestros Soberanos, las preparaban y urdian contra la Religion á espensas de un sin número de folletos anti-religiosos é impíos. Con ellos fascinaban á los incautos, y á los que por sus estravíos é inmoralidad se hallaban dispuestos á sacudir el yugo paternal de nuestros Monarcas, y los deberes de la Religion.

Esta dolorosa apostasía de muchos de nuestros compatriotas es, y debe ser, la que llame toda la

atencion de un Gobierno Católico, y de todos aquellos que por sus luces y talentos puedan cooperar á la felicidad de sus conciudadanos; y si, como es indudable, los libros irreligiosos han pervertido su juicio, han cambiado sus ideas, y han sido el orígen de sus estravíos, presentémosles un verdadero antídoto, las obras mas luminosas y mas sólidas de Religion, aquellas que reunan en sí el doble atractivo de instruir y deleitar; aquellas que siendo acomodadas á la capacidad de toda clase de lectores hagan aparecer en toda su belleza la verdad de una Religion toda divina. En su defensa debemos seguir los pasos, la táctica artificiosa de sus enemigos: éstos, sin otras armas que un estilo florido, unas frases sonoras, unos periodos recortados, han logrado seducir á los talentos superficiales, y toda esa nube de semisabios, hombres en verdad susceptibles de ideas tan inconsecuentes como impropias á un talento sólido: por lo mismo es de nuestro deber presentarles las verdades de la Religion en todo su esplendor y con toda dignidad. El error y la mentira siempre han mendigado los adornos y atavíos, y por un medio tan rastrero han logrado no pocas veces ocupar el solio de la verdad: ésta, sin necesidad de agenos coloridos, con un aire sencillo aunque magestuoso, con el brillo que comunica al alma, y con la luz con que hiere los ojos del entendimiento, se ha hecho amable en todos tiempos, en todas épocas al hombre reflexivo.

Sin embargo, como hay verdades amargas para el corazon, la delicadeza de nuestro siglo exige como de justicia que se le presente la verdad con todos los atractivos, con todas las bellezas de una elocuencia penetrante y persuasiva, pero sin degradarla. En tiempos mas felices la verdad desnu-

da de todo follage postizo se hacia amable por sí misma: en nuestros desgraciados dias apenas llama la atencion, aun cuando se nos presente revestida de una elocuencia patética, de un estilo fino, y de aquellas espresiones favoritas al genio y gusto de nuestro siglo: tanta es sin duda nuestra degradacion.

La fuerza de esta verdad es la que ha enriquecido á las Naciones de obras maestras en esta clase; y como por una consecuencia natural la misma tierra que aborta los errores produce los apologistas de la verdad, la Francia, la Italia, Holanda y otras naciones nos suministran pruebas nada equívocas de esta verdad; y esta misma nos demuestra la causa de la escasez de esta clase de obras en nuestra España. Pocos años ha que los nombres de Rousseau, Voltaire, &c. los oíamos en el mismo sentido que las noticias de la China ó del gran Mogol: las ideas confusas que se nos daban de sus errores y estravagancias religiosas, eran miradas por los españoles á sangre fria; sin duda descansábamos de buena fé en la bondad de nuestra causa, y en los fundamentos indestructibles de nuestra adorable Religion: nos parecian sueños los proyectos avanzados de aquellos incrédulos, y por lo mismo que atacaban de frente y por los costados la Religion; la indiferencia y el desprecio característico de los españoles ocupó el lugar debido á la impugnacion de tamaños errores para preservar á nuestros compatriotas. No faltó, es verdad, quien previendo las funestas consecuencias que hemos esperimentado se presentó en la palestra, y dió la señal de alarma á los españoles (el P. Ceballos); pero nuestra confianza, siempre perjudicial por escesiva, y la sagacidad de los ya iniciados en las tramas antisociales é irreligiosas, impidieron el feliz

resultado. La esperiencia debe hacernos cautos: al influjo de estos pestilentes folletos hemos visto trastornados los Tronos, prófuga la Religion en unas naciones, desplomados sus fundamentos en otras, y socabados sus cimientos en todas: lo repetiremos con entusiasmo: las profundas raices de la religiosidad española nos han salvado del naufragio, á pesar de haber esperimentado los violentos y repetidos ataques de la impiedad, y á pesar de muchos españoles degenerados que han suscrito á sus planes, á sus ideas, á sus ataques, y de no pocos que han ensangrentado sus plumas contra la misma Religion, en cuyo seno habian sido educados.

Esta dolorosa confesion de nuestra apatía nacional nos presenta un doble motivo de interes para la empresa que hemos tomado á nuestro cargo: proporcionar un feliz desengaño á los españoles seducidos, y un preservativo eficaz á los incautos, tal es el plan que nos hemos propuesto en beneficio de nuestros compatriotas: las obras mas selectas de los siglos XVIII y XIX formarán esta preciosa coleccion: ellas han sido parto feliz de los mayores talentos de la Europa, hijas de mayores y mas tristes circunstancias, y vaciadas en el molde del genio, del gusto de la presente, y aun de las generaciones venideras. No puede dudarse que cada siglo lo tiene diverso, y los apologistas de los primeros siglos, los de la edad media y la presente han tratado de hallar el secreto de refutar los errores en el idioma mas universal y mas bien recibido, y con las espresiones mas análogas al convencimiento y á la persuasion.

Si tratásemos de acumular erudicion, acaso ninguna otra verdad podria proporcionarnos la gloria de ocupar muchas páginas, y con notoria utilidad

de cierta clase de lectores: con solo abrir la historia de la Iglesia, dar una rápida ojeada sobre el mapa de los errores y estravíos del hombre, y colocar á su frente los campeones de la fé, sus mas sobresalientes apologistas, manifestaríamos de un solo golpe de vista el triunfo de la Religion en Justino é Ireneo, Melito Sardiano, Atenágoras, Clemente Alejandrino, Tertuliano, Orígenes, Gerónimo, Agustino y todos los de la edad media, en cuyo número no podemos menos de colocar al gran Tomás de Aquino en su obra clásica contra los errores de los gentiles y árabes de su tiempo: errores que han reproducido los impíos de nuestro siglo bajo de diversas formas y figuras; pero que analizados por los mayores ingenios de los dos últimos siglos, han patentizado y manifestado á todo hombre reflexivo los poquísimos progresos de los incrédulos, y aun éstos únicamente aparecen como talentos de perspectiva, de adornos sobrepuestos, pero de ninguna solidez.

Mas para oprobio eterno de la incredulidad y de sus propagadores bastan los nombres de Huetio, Valsechi, Gotti, Bergier, Nonote, Pey, Feller en el siglo XVIII, y los de La Mennais, Frayssinous, Chateaubriand, Maistre y Bonald en el XIX: en nuestra misma España se leen con aplauso el *Preservativo* contra la irreligion, y las *Apologías* del trono y del altar de Velez, la *Pastoral* de los Obispos refugiados en Mallorca, las Cartas del *Rancio*, las dos impugnaciones del *Citador*, la *Coleccion Eclesiástica*, el *Dominio Sagrado* de Inguanzo, y otras varias obritas que impugnan los errores de Llorente, Villanueva y otros; y si bien no podemos menos de confesar que los estrangeros nos aventajan en la delicadeza de la espresion, y en la cultura

del estilo, con igual satisfaccion decimos que la solidez de los conceptos y la rectitud del juicio estan por los españoles.

Por lo mismo, el mayor obsequio que podemos hacer á nuestros compatriotas es proporcionarles una *Biblioteca* selecta de Religion, en la que reunidas las obras de mérito conocido por la solidez de sus principios, por la fuerza de sus raciocinios, por la fluidez y elegancia del estilo, y por el nervio de la elocuencia, hija de la verdad y madre del convencimiento, puedan instruirse en los fundamentos de la verdadera y por lo tanto única Religion, comparar la sublimidad de sus verdades con los estravíos y errores del hombre incrédulo, y pesar en la balanza de un juicio libre de preocupaciones los incontrastables motivos de su credibilidad. En este mapa del cristianismo trazado por los primeros talentos del siglo, se manifiestan las verdades mas interesantes, se ven rebatidos los errores, desenmarañados los sofismas de los incrédulos, convertidas las calumnias contra los mismos agresores, cubiertos de oprobio los impíos, y la Religion triunfante.

El hombre religioso al fijar su vista en estas brillantes apologías de su Religion, como que se engrie al verse superior á esos tan decantados genios de la incredulidad, y compadecido de tamaños estravíos de sus semejantes, en su misma degradacion aprende á adorar sus incomprensibles misterios, y á respetar unas verdades que forman su mayor gloria y todo el cúmulo de sus esperanzas. Tal es el fruto de la lectura de estas obras luminosas, en las que la Religion, en vez de cubrir con un velo sus misterios, como nos improperan sus enemigos, aparece en todo su esplendor, les presenta unas verdades que si bien son amargas á un cora-

zon corrompido, tarde ó temprano las verán cumplidas los mismos que ahora se mofan de ellas.

No dudamos asegurar que los verdaderos católicos, los seducidos por los malos libros, los incrédulos por sistema, y aun los mismos indiferentes en materia de Religion, último grado á que puede llegar una razon estraviada, hallarán en esta *Biblioteca* luz abundantísima para conocer el precipicio á que se han dejado arrastrar, desengaños á sus preocupaciones, punto seguro donde fijar su inconstancia, centro donde descansar despues de tantas y tan irregulares revoluciones de ideas, norte á donde dirigir sus mas interesantes especulaciones, y medios los mas poderosos para hacerlas útiles á la sociedad y á sí mismos.

Los editores, siempre constantes en sus ideas, proclaman á la faz de toda la España la sinceridad de sus deseos: no ambicionan empleos, no calculan sobre intereses, ni sus especulaciones tienden á otro objeto que á cooperar al bien de sus compatriotas: conocen el deplorable estado de la literatura española, y no menos el gusto dominante de nuestro siglo: hay hombres sábios, no puede negarse: nosotros conocemos á unos, y otros se han dado á conocer al público por sus escritos llenos de ideas sólidas; pero que reducidos á este pequeño círculo, parece miran con desden los adornos y cultura del estilo, y sea efecto de la educacion ó genialidad española, el resultado es que chocan de frente con el gusto del siglo, y sus obras se hallan cubiertas de polvo en las librerías, cuando por la solidez y exactitud de sus ideas son dignas de mejor suerte: la experiencia deberia desengañarnos: los triunfos que han conseguido los enemigos de la Religion han sido fruto del estilo florido y seductor

con que han vestido sus folletos. ¡Cuántas ventajas podria conseguir la Religion si al profundo estudio de sus verdades reuniésemos el buen gusto! ¡Cuántos de los hombres sábios que han tomado la pluma en nuestros dias habrian escusado el humillante desprecio que por su falta de gusto, por su desaliño, se ven obligados á sufrir al ver que no hay quien pase la vista por sus opúsculos! No podemos menos de aplicar á este asunto las palabras de Jesucristo: *Filii hujus sæculi prudentiores filiis lucis sunt.*

ENSAYO

SOBRE LA INDIFERENCIA

EN MATERIA

DE RELIGION.

POR EL AB. F. LA MENNAIS.

Impius cum in profundum venerit.... contemnit

PROV. 18. v. 3.

ADVERTENCIA.

Deseando los editores merecer la confianza de los sábios en la eleccion de las obras que tratamos de publicar (*), *hemos fijado la consideracion en el primer tomo del* Ensayo de la Indiferencia *en materia de Religion, obra de F. de La Mennais, uno de los primeros sábios de la Europa, y oráculo de la Religion Católica, Apostólica, Romana en el presente siglo. No es posible leer este primer tomo sin ser poseido de la admiracion al contemplar la energía, la vehemencia con que presenta el inminente peligro en que se hallan las Naciones á consecuencia de los errores de estos últimos tiempos, la delica-*

(*) S. M. (que Dios guarde) por su Real decreto de 10 de mayo de este año de 1826, encarga al Eminentísimo Señor Cardenal Arzobispo de Toledo don Pedro Inguanzo y Rivero, nombre tres Eclesiásticos que, en union de los dos editores formen una Junta de Censura, y de eleccion de materias y obras. Los nombrados por su Eminencia son el Doctor don Serapio Serrano, Arcediano de Trasanco, y Ayo del Serenísimo Señor Infante don Sebastian, el Reverendísimo Padre Fr. Clemente Barbagero, ex-General del órden de San Bernardo, y el Reverendísimo Padre Fr. Miguel de Godos, ex-General del órden de San Benito.

deza y solidez con que descubre el funesto origen de estos estravios religiosos, la claridad con que seña- la los pasos por donde la Europa ha llegado al bor- de del precipicio, la precision con que ha sabido con- centrar las arterías y amaños de que se han vali- do los enemigos de la Religion para desacreditarla, la viveza inimitable con que pinta el término fatal, el caos á que caminan con la mayor rapidez los go- biernos protectores de estas doctrinas antisociales é irreligiosas, el abismo á que les conduce la Indife- rencia *en órden á la Religion, vicio característico de nuestro siglo, aunque poco conocido, pero que es una verdadera tisis de las Naciones que las consume, y sin otra esperanza de remedio que la Religion mis- ma á quien atrozmente persiguen, y en fin, aquel estilo sostenido, aquella elocuencia encantadora con que alhaga, arrastra el corazon y convence al en- tendimiento, todos son unos justos títulos para que los sábios y los menos instruidos reciban con gusto la primera muestra de nuestros trabajos; y para que no se crea que en estos primeros rasgos tiene par- te la exageracion, presentamos á nuestros lectores el elogio y analisis que Mr. Genoude, célebre por sus traducciones de los libros de Job, Isaías y los Sal- mos, hizo de esta obra, y nos prometemos será del agrado de cuantos lo lean: dice asi:*

"Aparecieron en el último siglo unos hombres dotados en grado eminente del talento de seducir, ansiosos de gloria á cualquier precio, y que esco- gieron la destruccion como medio para llegar á ella; sedientos de dominacion, devorados por un espíritu inquieto de desorden; *tales, en fin, cua- les nunca dejan de aparecer cuando el cielo quiere des- cargar sobre los pueblos algun castigo grande.*" Las naciones no viven sino por las creencias. Las im-

pugnaron todas, é hicieron la guerra en todas partes al depósito de la verdad confiado á la sociedad. Metafísica, política, poesía, novelas, la literatura toda formó una conspiracion impía. Fue ridiculizado el Cristianismo, y el mundo moral estuvo cercano á sucumbir. Pero aquel que ha dicho á las olas del mar *hasta aqui llegareis y no pasareis mas adelante*, ha señalado al error y á las pasiones humanas un término que no pueden traspasar. Del mismo esceso del mal sale el remedio; y en este caso se ve obrar aquella gran ley de conservacion, que sin violentar la libertad del hombre le detiene en el borde del abismo que él mismo se habia abierto. La Francia estraviada por los sofistas, fue abandonada á sí misma, y la verdad no reinó mas en ella.

"Gobernaron la Francia ateistas, y en el espacio de algunos meses amontonaron en ella mas ruinas que un egército de tártaros habria podido dejar en toda Europa á los diez años de invasion. Jamas desde el principio del mundo fue dado al hombre tal poder para destruir... Se redujo á sistema la muerte hasta en las pequeñas poblaciones; y acabando con decretos lo que se habia comenzado con puñales, fueron esterminadas clases enteras de ciudadanos. Entre tanto el odio al órden, considerándose demasiado estrecho en este vasto teatro de destruccion, rompió sus barreras y fue á amenazar á todos los Soberanos de Europa sobre sus mismos tronos. Tuvo el ateismo sus apostoles, y la anarquía sus *seides* (*). La Francia cubierta de

(*) *Seide*, asesino y parricida en la tragedia de Voltaire, intitulada: *El Fanatismo.*

*

ruinas presentaba la imagen de un inmenso cementerio cuando.... ¡cosa espantosa! he aqui que en medio de estas ruinas las cabezas mismas del desórden, sobrecogidas de un terror repentino, retroceden asombradas, como si el espectro de la nada se les hubiese aparecido. Su orgullo cae por tierra de improviso, conociendo que una fuerza irresistible les arrastra á ellos mismos al sepulcro. Vencidos por el terror proclaman precipitadamente la existencia del Ser supremo y la inmortalidad del alma, y puestos de pie sobre el cadáver palpitante de la sociedad, llaman á grandes gritos al Dios que solo puede reanimarla."

Pero el odio á la Religion católica se conservó todavia en los corazones. Se seguia proscribiendo á los ministros de su culto; solo se habia renunciado al ateismo y la anarquía. Entonces aparecieron la *Teoría del poder político y religioso*, *la legislacion primitiva y el divorcio*. Quedaron descarnados los fundamentos de la sociedad; y Mr. de Bonald leyó en ellos esta verdad, escrita con caracteres de sangre: *una filosofía irreligiosa destruye la sociedad; sola la Religion puede fijar á los hombres en un estado conforme á la naturaleza de los seres.* La filosofía moderna confundia en el hombre el espíritu con los órganos, en la sociedad el Soberano con los súbditos, en el universo la naturaleza con el mismo Dios, y destruia asi todo el órden general y particular, quitando todo poder real al hombre sobre sí mismo, á los gefes de los estados sobre el pueblo, al mismo Dios sobre el universo. Mr. de Bonald resucitando entre nosotros la metafísica de Platon, Descartes, Malebranch y Leibnitz, con la política de los Bossuet, Domat, Aguesseau y Fenelon, puso de nuevo la Religion á la cabeza de la sociedad y

de todos los pensamientos del hombre. Nadie probó mejor que él la union íntima de la Religion con la sociedad; y por lo que hace á la metafísica, sus ideas acerca de la palabra comunican grandes luces á esta ciencia, y la unen con lazos indisolubles á la revelacion. De este modo la razon elocuente de Mr. de Bonald vindicó al catolicismo de la política de Rousseau, y de la metafísica de Helvecio.

Pero quedaba otro género de ataque mas frívolo, y por consiguiente mas usado. Voltaire en el siglo pasado, Parny á principios de este, y una turba multa de escritores en pos de ellos, prodigaron al cristianismo insultos, sarcasmos y calumnias. Era la Religion para muchos una supersticion añeja y triste, una produccion informe de la edad media, con la cual podia acomodarse la política; pero que no se habia hecho mas que para el pueblo. Apareció el *Genio del Cristianismo.* Entonces se desenvolvieron las bellezas poéticas y morales del cristianismo: entonces se vió cuanto debian las artes, el ingenio, las letras y las ciencias tambien á una Religion, cuyo objeto es la perfeccion completa del hombre en todo su ser. Mr. de Chateaubriand se dedicó á hacer ver sus relaciones con la imaginacion, el sentimiento, y todas las facultades del hombre; y en un estilo lleno de encantos y que hizo brillar tanto su imaginacion, probó que todo tiene conexion en el hombre con el sentimiento religioso, y que el cristianismo presenta este testimonio en toda su pureza.

No por esto se dieron por vencidos los enemigos del cristianismo; respondieron á Mr. de Bonald que sus escritos no eran mas que una pura metafísica; á Chateaubriand que habia compuesto una mitología; y abandonando los sistemas de Helvecio

y los sarcasmos de Voltaire se refugiaron á la *indiferencia.* Aqui es donde Mr. de La Mennais vino á atacarlos. Pretendieron inútilmente sostenerse en este atrincheramiento; su terrible contrario les privó de esta última defensa. Vamos á esponer los argumentos de su lógica rigorosa.

" Mr. de La Mennais reconoce dos géneros de indiferencia: la una que no es mas que apatía, pereza y seduccion; de la que se ven egemplos en todos los siglos, y contra la cual clamaron los predicadores en todos tiempos.

» La otra indiferencia que mas particularmente pertenece á este siglo, y que puede llamarse dogmática, consiste en decir que todas las verdades, ó un cierto número de ellas son indiferentes en sí mismas, ó que es indiferente negarlas ó admitirlas; v. gr. si existe Dios ó no, si la única obligacion que tenemos es la de satisfacer nuestros apetitos, ó si debemos arreglarlos como tambien nuestra creencia á una ley fija y divina: he aquí lo que ciertos hombres tienen por un objeto indiferente. No es esta una doctrina, no es tampoco una duda, es, como dice Mr. de La Mennais, una ignorancia sistemática, un sueño voluntario del alma, un entorpecimiento universal de las facultades morales. No puede ser duradero este estado sin destruir la sociedad, porque las doctrinas tienen el mayor influjo en su existencia, porque son necesariamente verdaderas ó falsas, y porque necesariamente producen el bien ó el mal, porque el *error vicia y la verdad perfecciona.* Si nada hay indiferente en política ni en moral, con mas razon tampoco puede darse nada indiferente en lo que toca á la Religion. ¿Qué delirio, pues, enagena á estos indiferentistas sistemáticos que, á fuerza de

haber oido repetir que todas las religiones son indiferentes, las menosprecian todas sin conocerlas, y reusan examinar si alguna es verdadera? Mr. de La Mennais reduce á tres sistemas generales la doctrina de los que no quieren admitir la verdad católica: ateismo, deismo y heregía. La heregía consiste en escoger entre las verdades reveladas aquellas de que mas se paga la razon, desechando las otras como inútiles ó dudosas, ó como errores ciertos. Aquí comienza el desorden: "se convierte »la razon que debe obedecer en autoridad que debe »mandar; y transformando la Religion en pura o»pinion, se destruye el fundamento mismo de las »verdades que se pretende conservar." Si el hombre se resiste á oir á la Iglesia, porque su razon no comprende, muy pronto se resistirá á oir á su Fundador, porque su razon no podrá comprenderle; reusará tambien luego creer la tradicion universal del género humano que atestigua la existencia de Dios, porque su razon no es capaz de comprender á Dios. "Al punto que se desconoce la regla es in»dispensable llegar hasta este estremo; falta todo »medio para detenerse; el principio arrastra, y »cuanto mas vigor y rectitud tenga el espíritu, mas »se ha de estraviar." Los que dicen que Mr. de La Mennais llamaba á los protestantes ateos ó deistas, no le han entendido. Lo que prueba Mr. de La Mennais es que el principio de independencia, que quiere no se admita un artículo del símbolo sino cuando la razon le ha comprendido, lleva á negar todo lo que es incomprensible, á saber, Dios y el hombre mismo. Pone á los protestantes entre los indiferentistas; nombre que el mismo Lutero daba á Zuinglio, el que no era indiferente en cuanto á la divinidad de Jesucristo, pero lo era sobre la presen-

cia real: y el mismo Lutero era indiferente en cuanto á la primacía del Papa y la transubstanciacion, pues que declaró se podia no creer estos dogmas sin dejar de ser cristiano.

Cualquiera, pues, que esté convencido que no es posible ser indiferente en materia de Religion, por fuerza está obligado á probar que es posible y conforme á razon detenerse en uno de los tres sistemas que niegan, ya sea la autoridad de la Iglesia, ya la autoridad del mediador, ya la autoridad de Dios, ó bien que fuera de la Religion católica hay un cuarto sistema. Hasta tanto que esto se haga, Mr. de La Mennais tiene derecho para concluir de sola esta parte de su libro que fuera de la Religion católica no hay mas que sinrazon y falsedad, de donde se deduce la obligacion de abrazarla que tiene todo hombre que no quiera permanecer en la indiferencia.

Mr. de La Mennais hace ver ademas que entrando necesariamente uno en otro los tres sistemas generales de indiferencia, vienen á parar en la indiferencia dogmática absoluta de Religion; de que se sigue, que refutando los principios en que se apoya esta indiferencia general, se refutan al mismo tiempo todos los sistemas particulares de indiferencia. La indiferencia absoluta en materia de Religion no puede apoyarse mas que en la no importancia de la Religion; ó suponiendo esta importancia, en la imposibilidad de discernir entre las diversas religiones aquella que es verdadera. Dificil sería establecer con mas fuerza que lo hace el autor la infinita importancia de la Religion con respecto al hombre, con respecto á la sociedad, y con respecto al mismo Dios. Se propone ademas publicar otro tomo, en el que destruirá la segunda base en que se

apoya la indiferencia, probando que hay para todos los hombres un medio facil y seguro para distinguir la Religion verdadera de cualquiera otra.

El título solo de esta obra es un rayo de luz, y está tan bien apropiado á las circunstancias y tiempo, como el nombre que dió Bossuet á su historia de la Reforma, cuando la llamó Historia de las Variaciones. Solo con haberla hecho conocer debe tener fin la indiferencia. Asi el libro ha sido acogido con tanta ánsia, que la cuarta edicion está ya casi agotada. Al pronto no se mezcló censura alguna con los aplausos que por todas partes se le daban. Hoy se hace oir en algunas bocas la nota de intolerancia. Los que acusan á Mr. La Mennais de intolerante ponderan al mismo tiempo la tolerancia de Fenelon. Pero entendámonos. Si se llama tolerancia aquel sentimiento de caridad que no pide cuenta de su vicio al vicioso, del error al que yerra; que distingue siempre entre opiniones y personas, la encuentro por todas partes en la obra de Mr. de La Mennais como en la de Fenelon: no porque este sea un espíritu particular y privativo de ellos, es el espíritu del cristianismo, y ambos lo tienen porque los dos son cristianos. Si se llama intolerancia la declaracion franca de que no se puede ser indiferente á la verdad, y de que la Religion católica comprende toda verdad, he aqui lo que dice Fenelon en sus cartas al duque de Orleans. "No tiene el hombre que escoger ni deliberar; »cualquier otro culto que el catolico no es una Re»ligion." Mas abajo añade: "No hay medio entre »el ateismo y el catolicismo si se ha de ser consec»cuente." Esto, y nada mas, es lo que pretende Mr. de La Mennais. Nada mas responderemos tampoco nosotros á aquellos á quienes este raciocinio parece

una reconvencion; pero creemos que la luz es intolerante en este sentido, porque donde quiera que ella está no puede haber tinieblas: lo mas que probaria esta acusacion si se repitiese sería la imposibilidad de oponer algo formal. Digámoslo hoy porque es una verdad: asi como el último siglo abortó un enjambre horroroso de talentos contra la Religion, el décimo nono comienza de una manera enteramente opuesta. Se presentan hombres dotados de un verdadero ingenio, y penetrados en un todo de la importancia de la Religion y de su verdad. El cielo, pues, echa ojeadas de clemencia sobre nuestra patria..... ¡Infelices de nosotros si cerramos todavia los ojos á la luz!

El mérito del estilo en el *Ensayo sobre la Indiferencia* se hace tan digno de atencion, que no hay razon que alcance á dispensarnos de hablar de él. Nunca se ha visto desde Pascal reunida tanta profundidad de pensamientos con tan viva fuerza en los coloridos. Hay en esto algo que se asemeja á Tácito y á Bossuet. Aquel estilo pintoresco, la diccion tan enérgica, aquellas espresiones tan vivas con los rasgos de un patético sombrío y una elocuencia irresistible, finalmente aquel arte tan vigoroso de abrazar el todo sin confundir lo mas menudo, hacen ver en él un escritor superior. De tal modo enlaza sus pensamientos con una vasta erudicion, que forma un todo indestructible. Sería muy embarazoso escoger con preferencia algun trozo que presentar aqui, siendo tantos los pasages sobresalientes, las ocurrencias felices y observaciones admirables, tanto en política como en moral é historia. Solo una cosa nos parece puede llamar en esta obra la atencion de una crítica escrupulosa, y es una acumulacion muchas veces desmedida de imágenes; pero

puede ser que otro gusto mejor que el nuestro le absuelva de este defecto. Se ve bien que asi es como se debia hablar á un siglo indiferente. Tácito no escribió la historia como Tito Livio, que escribia en tiempos mas pacíficos. Hay un tono propio y peculiar que viene á hacerse general en cada siglo. Es claro, preciso y profundo en su estilo, y todas las bellezas de éste en el *Ensayo* son del órden mas sublime, y al mismo tiempo originales. Se conoce que el autor era todavia muy jóven cuando vió el espectáculo horroroso que hemos dado al mundo: se estremeció su alma; ha buscado ahora la causa y tiembla todavia al escribir; teme que las mismas causas produzcan de nuevo iguales efectos. Se da prisa, porque es preciso apresurarse cuando todo lo que nos rodea es instantáneo y pasagero; asi su estilo ha tomado el colorido propio de esta posicion. Se advierte, singularmente por lo que tiene de enérgico y sombrío, que temia siempre no decir con la presteza necesaria todas las verdades que anuncia, recelando sea demasiado tarde cuando lleguen á oirse. En la introduccion, que es un trozo separado, es donde especialmente se echa de ver esta inquietud: son treinta y dos páginas que ofrecen cuanto hay mas brillante en la elocuencia. Nadie, ni aun el mismo Bossuet, presentó con mas fuerza las consecuencias de la Reforma, ni el desorden de las filosofías humanas. Mr. de La Mennais ha visto lo que aquel talento superior solo pudo preveer. Tal vez se echarán de menos en esta obra trozos que den lugar al alma para descansar, porque el autor nos arrastra tras sí sin dejarnos respirar: desde la Reforma nos lleva á la Indiferencia: alli nos hace sondear el abismo, y al punto nos eleva para hacernos contemplar las alturas de la Religion y el

cielo. Su talento se mece sobre los aires como el águila. El capítulo mas hermoso que escribió Malebranche, es aquel en que trata de la importancia de la Religion con respecto á Dios; ni aun las elevaciones sobre los misterios presentan cosa que sea mas sublime. Mr. de La Mennais derrama torrentes de luz sobre las cuestiones mas incomprensibles al entendimiento humano. Su libro se conservará como un monumento de su edad, é inutilmente se pretenderá impugnarlo, porque su triunfo irá siempre en aumento, y tendrá la suerte de las obras de los grandes talentos cuando vienen á tiempo.=Genoude (*).

Lo que es mas que suficiente para conocer el verdadero mérito de la obra y de su autor. Mr. de La Mennais, como decia bien el Baron de Eckstein (Le

---

(*) Este elogio de La Mennais lo hemos tomado del prólogo que el R. P. Fr. José María Laso de la Vega, doctor en teología y lector en el convento de san Francisco de Cádiz, puso á su traduccion del primer tomo de aquél, y lo copió del periódico de París titulado el *Conservador*, t. II, página 193. Es bien conocido en nuestra España el mérito y la ilustracion de este sábio religioso. El año de 1820 hizo la traduccion del t. I de La Mennais, sin duda con el objeto de preservar á la Nacion de los desastres que la amenazaban con la nueva instalacion del sistema constitucional; pero como La Mennais ataca por sus bases las constituciones republicanas, el P. Laso para poner á cubierto la publicacion de esta obra, no pudo menos de añadir correctivos á los principios generales de aquél, y aun con esta estratagema fue conocido por los mismos liberales. En el año de 24 dió á luz la impugnacion del Citador, y en ella descubre su vasta erudicion, y los sólidos conocimientos de un sábio teólogo. ¡Ojalá estuviera en manos de todos!

Catholique num. 2) *es un soldado de la Iglesia militante, que armado del raciocinio como de una espada de dos filos, se arroja entre las filas enemigas, y asaltando la Ciudadela en que se ha encastillado la orgullosa Razon, resuelto á morir antes que ceder, trastorna todos sus baluartes, derriba sus atrincheramientos, é imperturbable enarbola entre sus ruinas el estandarte de la Religion y de la fé. Si en la vehemencia de sus espresiones parece alguna vez deprimir demasiado la Razon, no es porque la desconozca; el uso que hace de ella es la mejor prueba de todas; sino para enfrenarla y avergonzarla al presentar sus desvarios. Asi los* PP. *antiguamente al impugnar un error parecian propender al estremo opuesto.*

Sin embargo, para que aun los mas sencillos no hallen en que tropezar, debemos advertir con él mismo (*Prólogo de su segundo tomo*) *que esta palabra* Indiferencia *varía segun que se aplica á las personas, y á los juicios de las doctrinas: en el primer sentido equivale y viene á ser sinónimo de indolencia y apatía; y en el segundo, que es la* dogmática, *cuando se juzga que todas las doctrinas son indiferentes, y ninguna obligatoria. Como el primer capítulo son* Consideraciones generales, *abraza una y otra, y de la primera se deben entender aquellas palabras que la indiferencia es como "estincion de todo sentimiento en »la voluntad, en razon de la falta de todo juicio en el »entendimiento; que el juzgar es vivir; el creer, el »amar es vida" no porque el hombre que actualmente no ama, no viva, sino á la manera que al sueño llamamos imagen de la muerte, asi quien no ama, ni cree, ni juzga, ni siente, parece podia decirse muerto.*

Si contraponiendo en la pág. 90 la Iglesia al gobierno civil llama á la primera "Sociedad espiritual" y que impone solo penas espirituales, no es porque no la

entienda corporal y sensible, pues emplea páginas enteras en demostrar contra Jurieu que es visible, sino para contraponerla al gobierno que sobre las cosas de Religion le usurpó la Inglaterra. La Mennais, eminentemente católico, sabe bien que los Concilios estan llenos de penas esteriores, y unas y otras son del resorte de la Iglesia, aunque ordenadas á la santificacion y bien del espíritu. Siendo demasiado largos en esta advertencia, en el tomo II *daremos su nota biográfica. Solo nos resta añadir, que la presente traduccion se ha hecho por la sesta impresion de París, y la del P. Laso por la cuarta. Creemos de nuestro deber hacer esta advertencia, para que si nuestros lectores notasen alguna diversidad en determinados periodos ó espresiones, puedan cotejarlos por sí mismos.*

INTRODUCCION.

No es el siglo mas corrompido el que se apasiona por el error, sino el que desatiende, menosprecia, y desdeña la verdad. Cuando en un enfermo se ven violentas convulsiones, arrebatamientos furiosos, delirios, aun tiene fuerzas, y hay lugar á esperar su salud; pero cuando cesa en él todo movimiento, desaparece el pulso, el frio de los estremos llega hasta el corazon, ¿qué hay ya que esperar sino una próxima é inevitable disolucion?

En vano nos lo querríamos disimular: la Sociedad en Europa se avanza rápidamente hácia este término fatal: esos estrepitosos ruidos que resuenan en su seno, los sacudimientos que la agitan no son el síntoma mas terrible que ofrece al observador; pero esa indiferencia letárgica en que la vemos caer, de ese adormecimiento profundo en que yace sumida ¿quién la dispertará? ¿quién soplará sobre esos huesos áridos para reanimarlos otra vez? El bien y el mal, el árbol de la vida y el que produce la muerte, nutridos por un mismo suelo, crecen en medio de los pueblos, que sin alzar siquiera la cabeza para distinguirlos, pasan, alargan la mano, y cogen sus frutos á la ventura. Religion, moral, honor, deberes, los principios mas sagrados y los mas nobles sentimientos, no son ya mas que una especie de sueño, unos brillantes y fugaces fantasmas, fuegos fatuos que se dejan ver momentáneamente á lo lejos del pensamiento para desaparecer en breve y no

volver mas. No, nunca jamás se vió cosa semejante, ni aun se hubiera podido imaginar: han sido necesarios largos y pertinaces esfuerzos, una lucha infatigable del hombre contra su conciencia y contra su razon para llegar hasta esta indolencia brutal. Fijad por un momento los ojos en ese Rey de la creacion: ¡ó qué envilecimiento tan incomprensible! Su espíritu postrado y decaido no se halla bien sino en las tinieblas. Ignorar es su gozo, su paz, su felicidad; ha perdido hasta el deseo de conocer lo que mas le interesa. Contemplando con igual tedio y aversion el error y la verdad, afecta creer que no se pueden distinguir á fin de confundirlos en un desprecio comun; último esceso de depravacion intelectual á que es dado llegar al hombre: *cum in profundum venerit, contemnit.*

Cuando se llega á considerar este portentoso estravio, se esperimenta no sé que indecible compasion de la naturaleza humana; porque, en verdad, ¿puede concebirse condicion mas desgraciada y miserable que la de un ser que igualmente ignora sus obligaciones y su fin; ni trastorno mas estraño de la razon que el de poner su dicha, su gloria, su felicidad en aquella misma ignorancia que deberia ser mas bien el objeto de un llanto inconsolable, de un continuo gemir?

La causa primera de tan vergonzosa degradacion no es tanto la debilidad de nuestro espíritu como su vergonzosa sujecion al cuerpo. El hombre subyugado por los sentidos se habitúa á no juzgar sino por ellos, ó por lo que ellos le comunican y transmiten: no ve realidad sino en lo que á ellos les afecta; todo lo demas son para él vagas abstracciones y quimeras: no vive sino en el mundo físico, y el mundo intelectual es como si no fuera para

él. Negaria su pensamiento mismo sino le fuera tan íntimo, y le tuviera tan presente; pero ya que no le es dado, si me es lícito hablar asi, separarse de él, negándose á lo menos á reconocerle por lo que es, le materializa, le llama el resultado de la organizacion, de las afinidades químicas, para no verse obligado á admitir substancias espirituales ó que no esten al alcance de sus sentidos.

El cultivo de las ciencias físicas ¡cosa notable! esas ciencias que á cada paso y á cada instante advierten al hombre de su superioridad sobre los brutos, no parece ha servido sino para corroborar en él esa vil y baja inclinacion de abatirse hasta ponerse al nivel de los seres mas despreciables, ocupándole incesantemente en objetos materiales y terrenos. Desde entonces el alma se ha desagradado de sí misma, se ha avergonzado de su orígen celestial y divino, y aun esforzado á borrar hasta el último vestigio. Ha desviado de su curso natural ese amor inmenso, que forma como el fondo de nuestro ser, para aplicarlo únicamente á los cuerpos: pone en éstos todas sus miras: los ama como su fin; ha querido identificarse con ellos, ser perecedera como ellos, y en esta loca imaginacion diciéndose á sí misma: *Tú tambien morirás*, ha saltado de placer, y regocijádose con esta esperanza.

Ciertamente, si burlando su destino le fuera posible al alma conquistar la muerte, el medio que habia elegido para ello sería infalible; y en efecto destruyendo por lo que respecta á sí y aniquilando la verdad, en cuanto le era dado se ha aniquilado á sí misma, porque en cualquiera sentido que se quiera tomar, la verdad es la vida, y la única causa de la existencia del hombre y de la sociedad. Asi en el orden moral como en el político todo camina

á la destruccion, y marcha mas ó menos rápidamente hácia este término fatal á proporcion que la guerra contra la verdad es mas ó menos activa, mas ó menos feliz. Una nueva, triste y demasiado memorable esperiencia no nos deja duda alguna sobre este punto, y para el que no se quiere cegar voluntariamente, es evidente que la revolucion francesa, tan eminentemente destructiva, no ha debido ese carácter mortífero sino al delirio impío de sus promovedores, que con una rabia y furor hasta entonces inaudito atacaron todas las verdades juntas.

Esto no es decir que no haya existido siempre en el corazon humano una secreta oposicion á la verdad, que contraría sus inclinaciones, y humilla su orgullo. Él la ama y la teme; la desea, la busca por una inclinacion natural como el principio de todo su bien; pero frecuentemente en el momento mismo cansado de su yugo, se irrita de haberla encontrado; contradicion singular que no podrá esplicarla nunca la filosofía sola. Despues de haber fatigado inútilmente nuestro espíritu, es necesario que la Religion, supliendo su impotencia é inaptitud, venga á desatar el nudo cuyos cabos profundamente ocultos se escapan á nuestros ojos y á nuestra consideracion, á nuestras miradas y á nuestras conjeturas: es necesario, en una palabra, que ilustrados é instruidos sobre nuestra verdadera condicion por una luz mas viva que la de nuestra vacilante razon, el autor mismo de nuestro ser nos revele la causa y principio de las contrariedades que nos asombran. Entonces solamente, entonces es cuando cae el velo que cubre nuestros ojos, y vemos al hombre cual es en sí; á esta luz descubrimos en él como dos seres diferentes que luchan y combaten sin cesar, y alternativamente triunfan de sí mismos: uno

prendado y apasionado de todo lo que es bueno, verdadero, noble; el otro inclinado á todo lo malo, falso, vil: uno lanzándose con amor hácia la verdad y la virtud; el otro hundiéndose rabiosamente en el crímen y el error: la fé descubriendo á nuestros ojos este misterio de grandeza y abatimiento, en el primero nos muestra al hombre primitivo cual salió de las manos de Dios, y en el segundo á este mismo hombre degradado, y corrompido por la primera culpa, llevando sobre la frente la marca indeleble de su caida, y recibiendo con la vida una funesta herencia de inclinaciones viciosas y de dolores, que transmitirá de generacion en generacion hasta su último descendiente. Asi el hombre, por lo que tiene de su Criador, participa de las perfecciones de la Divinidad, cuya imágen es; á saber, inteligencia y amor: un deseo infinito de amar y de conocer le eleva incesantemente hácia el Cielo, donde contemplando la verdad que nunca muere, gusta, y se saborea, y goza como las dulces primicias de su propia inmortalidad. La simple apariencia del bien le enagena de alegría: imaginad, si es posible, una accion magnánima, un movimiento generoso que no sea natural á su corazon. ¿Se tratan de hacer, por un noble fin, los mayores, los mas grandes sacrificios? Un instinto sublime mas veloz que el pensamiento le hace palpitar de alegría: no duda, no calcula; bendice su suerte, se olvida de sí mismo, y se sacrifica á ella. ¿Le hablan la humanidad y la conciencia? En el momento le vereis, con el sagrado nombre de Dios en los labios, volar entre los pueblos salvages, hasta el cabo del mundo, para enseñarlos, ilustrarlos, aliviarlos, consolarlos en sus males, suavizar sus trabajos, dulcificar sus costumbres, y estender entre ellos el imperio santo de la

verdad: vereisle bajar á los calabozos mas profundos, salir al encuentro á las torturas y suplicios para dar de ella un brillante testimonio, y morir con alegria para preparar su triunfo.

Hay pues en cada hombre, y por una conexion necesaria en cada pueblo, dos potencias que se hacen mutuamente la guerra y luchan entre sí, á saber: los Sentidos y la Razon; ó para esplicarnos con el lenguage profundamente filosófico de nuestros Libros Santos, *la Carne* y *el Espíritu* (1); y segun que uno ú otra prevalecen, la verdad ó el error, el crímen ó la virtud, dominan en la sociedad y en los individuos.

En efecto, el hombre por su razon aspira á la posesion de la verdad, alimento noble de su inteligencia, y camina con una fuerza invencible hácia el orden conservador de las criaturas. De ahí en él esa inclinacion que manifiesta hácia las creencias sublimes, por las doctrinas elevadas y rígidas, y por los dogmas mas espirituales: de ahí esa ansia insaciable de saber, esa sed inextinguible de la inmortalidad, ese instinto religioso, esa fé, tanto mas ilustrada cuanto mas sencilla, de todo y hácia todo lo bueno, hermoso, sublime, util, y por consiguiente real y verdadero: de ahí ese asombroso dominio que egerce sobre sí mismo, sobre sus sentimientos, pasiones, y hasta sobre sus pensamientos: ese desprecio de los placeres frívolos y fruiciones físicas y materiales: ese tedio insuperable de todo lo transitorio: esos impulsos hácia un bien inmu-

(1) *Caro enim concupiscit adversus spiritum: spiritus autem adversus carnem: hæc enim sibi invicem adversantur.* Ad Gálat. 5. v. 17.

table é infinito que apremian su corazon aun cuando su entendimiento no le comprende: ese amor inmenso de la virtud, y esas angustias y vivos remordimientos, esa inquietud inexplicable cuando ha obrado mal, y se ha apartado de ella: esa tierna compasion de todas las miserias asi físicas como morales, y esa disposicion constante á sacrificarse por sus prógimos, orígen y raiz única de todo lo grande, tierno y amable que se encuentra en la vida humana.

Por los sentidos al contrario, inclinado hácia la tierra, sumergido, encenagado en los placeres sensuales, sin gusto alguno por los del espíritu, se asemeja al bruto, y aun se complace en esta semejanza. Su entendimiento se obscurece; y no siendo esto tan pronto como él quisiera, trabaja y ¡oh cuanto! para ofuscarle y obscurecerle él tambien. No parece sino que la verdad es su suplicio; tan vivo y tan profundo es el aborrecimiento, que su vista le inspira y escita en su corazon: persíguela incansablemente, la ataca é impugna con furor en los otros y en sí mismo, en su entendimiento, en su voluntad, en su conciencia. Pero ¡esfuerzos vanos! en el momento mismo en que ya se cree vencedor, cuando lleno de orgullo se aplaude de haber abatido, y logrado destruir esta verdad implacable, ella como una vision magestuosa, mas amenazadora y formidable que antes, vuelve á affligirle y contristarle de nuevo.

Pero si esclavo de los sentidos el hombre es enemigo de la verdad, y por consiguiente de las elevadas y sublimes doctrinas que emanan del cielo y le llaman á él, no lo es menos de las leyes eternas del orden, porque el orden en substancia no es mas que el conjunto de las verdades que re-

sultan de la naturaleza de los seres y de sus relaciones; verdades á que se les da el nombre de obligaciones y deberes, porque no son solo objeto del entendimiento, sino que deben influir tambien en la conducta que ellas arreglan, imponiendo la doble obligacion de abstenerse de ciertas acciones, y practicar las contrarias. Siendo pues conexas entre sí las virtudes, y confundiéndose en algun modo en su orígen, el hombre está precisado á atacarlas todas, luego que el interes de las pasiones le arrastra á contrariar y trastornar una. Asi es como por una conexion necesaria la corrupcion de las costumbres produce la corrupcion del entendimiento; el desorden de las acciones arrastra al desorden de las ideas ó al error, y la depravacion del ser moral trae otra igual depravacion del ser inteligente. La inconsecuencia atormenta al corazon humano al tiempo mismo que ofende la razon; y de ahí viene que muchas veces basta mudar de vida para creer las verdades que antes se negaban. Pero la verdad aun considerada en sí misma, en abstracto, viene á ser infaliblemente un objeto de odio ínterin que la virtud práctica no sea un objeto de amor; y como el odio por su naturaleza es un principio de destruccion, asi como el amor lo es de produccion y conservacion, el hombre embrutecido por los sentidos y abandonado á los placeres del cuerpo, se hace naturalmente destructor: su alma se endurece y saborea con las ruinas y espectáculos sangrientos: contrae hábitos feroces; y por una observacion singularmente notable se ve que todos los pueblos impíos, ó lo que es lo mismo, incrédulos, ó sin fé alguna, han sido voluptuosos, y todos los pueblos voluptuosos crueles. Considerad las naciones paganas ¡qué olvido de la humanidad asi en la paz

como en la guerra, en las leyes y en las costumbres, en los templos y en el teatro, en el corazon de los amos, y aun en el de los mismos padres! pero al mismo tiempo ¡qué materialismo tan bajo en la Religion! ¡qué aversion á las doctrinas que se ordenan á elevar al hombre, y á espiritualizar su pensamiento! La culta y sábia Grecia condena á Sócrates á muerte porque anuncia la unidad de Dios; y esta misma Grecia, coronada de flores, degüella cantando víctimas humanas, y cubre su hermoso suelo de altares infames.

La servidumbre á los sentidos produce siempre una fuerte oposicion á las verdades morales é intelectuales, y aqui y no en otra parte se debe buscar la causa del encarnizado odio que han mostrado en todos tiempos contra el cristianismo algunos pueblos y algunas personas: ese odio es el combate eterno, la lucha implacable de la carne contra el espíritu, la rebelion de los sentidos que la Religion quiere sojuzgar, contra la razon á quien ella liberta, ilustra, diviniza; porque sus preceptos y sus dogmas no son otra cosa que el conjunto y la manifestacion de todas las verdades útiles al hombre.

Cuando el Cristianismo se dejó ver sobre la tierra, el género humano, permítasenos decirlo asi, no vivia ya sino por los sentidos. El culto, reducido á una vana sombra, no estaba unido ni enlazado á creencia alguna: se conservaba por hábito, por razon de sus pompas y fiestas, y sobre todo porque era una de las instituciones del Estado. Por lo demas la Religion en sí misma no inspiraba ni fé ni veneracion. Los sábios y los grandes la abandonaban con desprecio al populacho, que acaso menos corrompido que ellos queria que los vicios que adoraba bajo nombres supuestos, presentasen á lo me-

nos en los emblemas que los representaban alguna cosa divina. Sin embargo, en realidad no habia mas religion que los deleites; y las sectas mas severas en sus principios, degenerando prontamente de su austeridad facticia, por un trastorno de ideas que se comunicó al lenguage mismo, habian llegado á identificar la virtud con el placer.

Por estas sencillas observaciones se puede juzgar de la buena fé de los escritores que han pretendido que el Cristianismo se estableció naturalmente. En efecto, no tuvo que superar mas que los intereses, las pasiones y las opiniones. Armado de una cruz de madera vióscle súbitamente adelantarse con paso firme y denodado en medio de los deleites que embriagan, y de las religiones relajadas de un mundo envejecido en la corrupcion: oponer á las fiestas brillantes del paganismo, á las graciosas y risueñas imágenes de una mitología encantadora, á la cómoda licencia de la moral filosófica, á toda la seduccion de las artes y de los placeres, la pompa del dolor, graves y lúgubres ceremonias, las lágrimas de la penitencia, amenazas terribles, tremendos misterios, el fausto espantoso de la pobreza, el saco y la ceniza, y todos los símbolos de un desapropio y de una renunciacion absoluta, y de una consternacion profunda; porque esto y nada mas es lo que el mundo pagano descubrió á primera vista en el cristianismo. En el momento mismo las pasiones se lanzan furiosas contra el enemigo que se presenta á disputarles el imperio. Los pueblos á bandadas corren á ponerse bajo sus banderas: la avaricia conduce á ellas á los sacerdotes de los ídolos, el orgullo á los sábios, la política á los emperadores. Comiénzase una guerra espantosa: ni sexo, ni edad, nada

se perdona; las plazas, las calles, los campos, hasta los lugares mas desiertos se llenan de instrumentos de muerte, de potros, hogueras y cadalsos; los juegos se mezclan á la matanza; de todas partes se corre á gozar de la vista de la agonía y muerte de los inocentes que se degüellan á millares; y ese grito bárbaro de *los Cristianos á las fieras*, hace saltar de gozo á una multitud que se embriaga con sangre. Pero en estos espantosos holocaustos que se apresuran á ofrecer á sus divinidades moribundas, era necesario tambien que cada uno tuviese sus víctimas escogidas; y una crueldad refinada inventa nuevos suplicios contra el pudor y la honestidad. Por fin los verdugos cansados de matar se detienen, cáeseles la hacha homicida de las manos; no sé qué virtud celestial emanada de la Cruz comienza á conmoverlos á ellos mismos, y, á egemplo de naciones enteras subyugadas antes que éllos, se arrojan sumisos, se posternan á los pies del Cristianismo, que levantándolos en sus brazos, en cambio de su arrepentimiento les promete la vida eterna, y ya les prodiga la esperanza. Su estandarte luminoso, signo sagrado de paz y de salud, tremola á lo lejos sobre las ruinas del paganismo desplomado. Los Césares envidiosos habian jurado su ruina; y helo ahí sentado ya sobre el solio mismo de los Césares. ¿Y cómo ha vencido tanto poder? Presentando su pecho á las espadas, su cuello al cuchillo, á las cadenas sus manos desarmadas. ¿Cómo ha triunfado de tanto furor? Entregándose sin resistencia á sus perseguidores.

Sí, los primeros ataques que debió sostener fueron los de una violencia ciega. Dios sin duda lo disponia asi porque sabia que el valor y la cons-

tancia de los mártires eran mas á propósito que ningun otro espectáculo para asombrar y convencer á hombres dominados por los sentidos.

Por otra parte el Cristianismo, apenas nacido, no habia podido disipar aún las nubes aglomeradas sobre el espíritu humano, ni familiarizarle con las profundas consideraciones de una metafísica exacta y de una teología toda espiritual. Su doctrina, demasiado elevada sobre las ideas habituales de los pueblos paganos, para que ellos pudiesen ni comprenderla en toda su extension, ni penetrar su profundidad, no podia aún ser materia de un exámen ilustrado, ni de una discusion rigorosa. Era necesario que el Cristianismo fuese poco á poco rectificando y engrandeciendo la razon del hombre para que esta misma razon se hallase en estado de combatir contra él sin deshonrarse demasiado por la inepcia de sus sofismas. Es cierto que Celso movió y agitó cuestiones de suma importancia; y en efecto, en los fragmentos que nos quedan de sus escritos, entre una multitud de opiniones absurdas y de pensamientos estravagantes, se encuentra el germen de las objeciones contra el fundamento de la fé, reproducidas hoy con mas artificio por Rousseau; pero la escesiva superioridad de éste, las elevadas ideas que sobre Dios y su naturaleza, sobre nuestros deberes y nuestros destinos mezcla el autor del Emilio á sus errores (ideas desconocidas á los antiguos y puramente cristianas), muestran el inmenso espacio que el Cristianismo ha hecho correr al espíritu humano en los siglos que separan á los primeros adversarios de nuestra doctrina del sofista de Ginebra. Dificultades y soluciones, luces y sombras, todo está previsto y ordenado con anticipacion con una

sabiduría profunda ; todo se desenvuelve progresivamente en la época precisa en que esta manifestacion era necesaria, y siempre para triunfo de la verdad, triunfo tanto mas glorioso cuanto menos pacífico.

A medida que la razon se perfecciona, y por medio de la meditacion de las verdades intelectuales que la Religion enseña igualmente á los niños que á los hombres del mas vasto ingenio, estiende la esfera de sus conocimientos, ella hace causa comun con las pasiones, se declara su aliada, y ensayando sus fuerzas contra las verdades á que es deudora de aquellas, se disputa á sí misma el pan que le da la vida. Entonces nuevas verdades, que en breve serán tambien atacadas, acuden á la defensa de las que una razon hostil ha puesto en peligro. Cada dogma es ocasion de una heregía particular, porque es necesario que todos sufran el contraste y sean probados para que queden consolidados: las pruebas se multiplican con las objeciones, y el Cristianismo se desarrolla todo entero.

A la persecucion de los sofismas sucede la persecucion de los sentidos: la fé queda intacta, y sin embargo las costumbres se depravan. Aquellos cristianos tan austeros, seducidos por los deleites, se entregan á unos desórdenes, de los cuales hasta el nombre debiera serles eternamente desconocido. La licencia penetra hasta el Santuario ; el altar y el sacrificio es profanado por manos indignas. ¡Ah! ¿qué será del Cristianismo? De pronto un principio vivificante escita en esta masa corrompida una fermentacion saludable ; todo se muda, se renueva todo: apóstoles inflamados de un zelo divino hacen correr las lágrimas de la penitencia ; el órden renace con la santa disciplina ; por todas partes las

decaidas y lánguidas virtudes se reaniman y florecen; prodigios de caridad, milagros de amor asombran de nuevo á la tierra consolada: segunda vez el *Espíritu* triunfa de la *Carne*, y la Iglesia vuelve á encontrar á sus hijos.

Mas no nos lisongeemos que esta paz sea duradera; solo unas treguas de descaecimiento interrumpen el combate del error contra la verdad, cuyo poder, aunque de una fuerza irresistible para el entendimiento, no se estiende hasta destruir por su propio peso la oposicion de una voluntad pervertida. Bajo el imperio mismo de la evidencia el hombre es y queda libre, no para engañarse, sino para rebelarse y resistir; no de no ver, sino de negar lo que ve: libertad terrible, que puesta frecuentemente en uso, es para todo el que sabe pensar la prueba menos equívoca del vicio original de nuestra naturaleza, y al mismo tiempo la esplicacion de las pruebas á que ha estado perpétuamente espuesta la Religion desde su principio. Agitada sin cesar por alguna borrasca, su destino como el del hombre, es el de no gozar jamas en la tierra de un perfecto descanso. El orgullo, la licencia, la avaricia, las pasiones todas coligadas en su daño, le suscitan incesantemente nuevas guerras, pero tambien le preparan nuevos triunfos. ¡Ó fuerza asombrosa de la sociedad cristiana! La heregía, ya deferente, ya atrevida, toma todas las formas, se cubre con mil máscaras, se vuelve y revuelve en todos sentidos para alterar sus dogmas; pero la Iglesia constantemente invariable en su doctrina, ve á las sectas rebeldes una en pos de otra espirar á sus pies: el espíritu de independencia, la ambicion de dominar escita en su mismo seno divisiones, á que frecuentemente

siguen cismas deplorables; luego á luego de sus entrañas despedazadas, pero siempre fecundas, salen en tropas nuevos hijos que la consuelan de los que ha perdido. Los Príncipes envidiosos atentan contra sus derechos, y se esfuerzan á turbar su gerarquía divina: á pesar de sus ardides y violencias, su gobierno afirmado por los golpes que se le dan, subsiste inalterable, y se perpetúa de siglo en siglo en medio de los trastornos y ruinas de los gobiernos humanos: semejante á aquellas antiguas é inmobles pirámides de Egipto, de las que el árabe vagabundo al levantar por la mañana la tienda que habia puesto á su abrigo por la tarde, quiere arrancar de paso algunas piedras, pero que bien presto fatigado de un trabajo infructuoso se entra y desaparece en desiertos no conocidos.

Mas ya el Cristianismo y el mundo moral van á ser combatidos por su base: se ha reconocido que la Iglesia y todos sus dogmas reposan sobre la autoridad como sobre una roca inmoble é inalterable: al punto la multitud de los sectarios, divididos en todo lo demas, se unen para minar este fundamento de todas las verdades. La *reforma* es en el principio su grito de guerra; luego será la *filosofía*: escuchadlos; vienen á limpiar la tierra de los abusos que el tiempo y las pasiones han introducido, y á curar al espíritu humano de las preocupaciones que le obscurecen y degradan. Armados de este pretesto seductor multiplican sin término las *destrucciones*: la supremacía del Gefe de la Iglesia, el Episcopado, el órden de los Pastores, los Sacramentos, el culto y sus santas ceremonias, nada se libra de la temeridad de su zelo reformador. Mutilando á porfia la fé, y apresurándose en algun modo á librarse del tormento de creer

como del de obedecer, proclaman rápidamente en sus símbolos efímeros é inconstantes la abolicion de todos los dogmas religiosos y sociales. Bajo diversos nombres que indican las fases sucesivas de una misma doctrina, Luteranos, Socinianos, Deistas, Ateos, prosiguen con una tenacidad incansable su plan de ataque contra la autoridad. Niegan los misterios del Cristianismo, niegan su moral, niegan á su Autor, "niegan á Dios, y se »niegan á sí mismos. En esto viene á terminar la »razon humana (1)."

Hasta aquí hemos pintado el delirio de sus opiniones; pero su rabia desenfrenada ¿quién la pintará? ¿quién contará sus esfuerzos impíos y negras maquinaciones? ¡Insensatos! En vano atacan una Religion contra la cual no es dado al hombre prevalecer; ella levanta su cabeza coronada de luz, mientras que ellos rodando de abismo en abismo, corriendo en su caida todos los grados del error, sin poderse detener en ninguno, agobiados bajo el peso vengador de las verdades que blasfeman, se precipitan y hunden en el abismo tenebroso de la indiferencia, donde el crimen estupidamente tranquilo, se duerme en los brazos de la voluptuosidad sentada á los pies del horroroso ídolo de la nada.

Tal es el lamentable fin en que viene necesariamente á parar toda esa filosofía sin regla, que en vez de dejarse conducir por una guia superior, por la misma razon divina, se esfuerza á substituir á ésta la razon humana, hace de ella la

(1) *Ensayo analítico sobre las leyes del Orden Social*, por Mr. de Bonald.

base de su fé, y acaba por negarlo todo, porque nada puede comprender y nada quiere practicar. Uno de aquellos hombres singulares que descubren las cosas á largas distancias porque saben colocarse en una grande altura, Bossuet, observando que todos los dogmas habian sido sucesivamente atacados sin éxito alguno, predecia mas de un siglo ha lo que vemos cumplirse en nuestros dias. Espíritus débiles, que palpando los efectos quereis aún desconocer la causa, oid las palabras proféticas del orador cristiano: "Yo preveo, dice, »que los libertinos, y los *espíritus fuertes* llegarán »á verse desacreditados, no porque se conciba hor»ror de sus sentimientos, sino porque todo, escep»to los placeres y los negocios, vendrá á mirarse y »á dar en la indiferencia." ¿Lo habeis oido? Dad ahora una ojeada al rededor de vosotros, y responded. ¿Qué veis por todas partes sino una indiferencia profunda sobre las obligaciones y creencia, junto con un amor desenfrenado á los placeres y un apego y sed insaciable del oro, por cuyo medio nada hay que no se pueda alcanzar? Todo se compra, porque todo se vende; la conciencia, el honor, la Religion, opiniones, dignidades, poder, el respeto mismo; vasto y general naufragio de todas las verdades y de todas las virtudes.

La absoluta extincion del sentido moral hace que ni aun merezca atencion el error especulativo; se le desprecia por lo que es, lo mismo que la verdad; no se piensa, ni aun se hace caso de ello: y no pudiendo aniquilar el libro de la naturaleza que se despliega magníficamente á los ojos de todos, se borra con cuidado el nombre de Dios, y apresurándose á volver las hojas que recuerdan al Criador, se detiene únicamente la vista en las que

nos instruyen de las propiedades de los cuerpos, y de los placeres que de ellas se pueden sacar.

Observad cuán inmenso camino ha sido necesario correr antes de llegar á los últimos escesos que acabo de pintar. La orgullosa razon, que no solo quiere conocer, sino aniquilar y crear segun su capricho y el interes de las pasiones, arrojada sucesivamente de todos los puestos que ocupaba, se refugia de ruina en ruina siempre perseguida por la verdad que la estrecha y no la deja respirar. Repelida hasta los límites del mundo intelectual, no teniendo ya mas asilo que el ateismo, se precipita ciegamente en él para ocultar en las tinieblas la humillacion de su derrota. Pero alli comienza un nuevo suplicio: para asegurarse este asilo comprado á tanta costa le sería necesario destruir aún, y no le queda nada que destruir mas que á sí misma. En situacion tan desesperada ¿qué hará? ¿qué resolucion tomará? Tiembla, se horroriza, pero no duda; el orgullo la arrebata, y consuma el sacrificio.

Desde entonces á la agitacion y á la ardorosa fiebre, tristes pero al fin seguros indicios de vida, suceden la calma y el silencio de la muerte. Ya no hay altercaciones, no hay disputas; parece que reina una perfecta paz; pero ¡ay! paz lúgubre, paz triste, paz mil veces mas destructora que la guerra que la ha precedido.

Desengañada la Filosofía de sus propios desvaríos, no atreviéndose á reproducir los sofismas tantas veces refutados, ni pudiendo inventar otros nuevos, porque no hay ni puede haber mas que un cierto numero de objeciones contra las mismas verdades, irritándose de su impotencia, la que se creia tan poderosa con su razon cesa enteramen-

te de raciocinar. Ya no dice: escuchad mis pruebas; sino, no quiero oir, ni atender las vuestras. No habiendo podido, despues de innumerables tentativas, hacer la menor brecha al Cristianismo, lo declara indigno de sus ataques, y aun de su exámen. Llegada al fondo del abismo lo menosprecia, y demasiado instruida para arrostrar la evidencia que resultaria en breve de una discusion séria, á todo lo que se le puede decir, responde: ¿qué me importa? y sonriéndose con desden vuelve á otra parte la cabeza.

El ateismo, decia Leibnitz, será la última de las heregías; y en efecto, la indiferencia que le sigue, y camina en pos de él, ya no es una doctrina, porque los indiferentistas verdaderos ni niegan ni afirman nada; no es duda, porque ésta, como estado de suspension entre dos probabilidades contrarias, supone un exámen prévio; es sí una ignorancia sistemática, un sueño voluntario del alma que apura su vigor en resistir á sus propios pensamientos, y luchar contra recuerdos importunos, un entorpecimiento universal de las facultades morales, una privacion absoluta de ideas acerca de las cosas que mas le importa al hombre conocer. ¡Tal es, á lo menos en cuanto el discurso puede representar, lo que nada ofrece que no sea vago, indeciso y negativo! ¡tal es el horrible y esteril monstruo que se llama indiferencia! Todas las teorías filosóficas, todas las doctrinas de impiedad vienen á confundirse y desaparecer en este sistema devorador, verdadero sepulcro de la inteligencia, al cual ella baja sola, desnuda, abandonada igualmente de la verdad y del error; sepulcro vacío, en donde ni aun huesos se perciben.

De esta fatal disposicion, hecha casi universal,

ha resultado bajo el nombre de *tolerancia* un nuevo género de persecucion y de pruebas, la última sin duda que debe sufrir el Cristianismo (1). En vano una filosofía hipócrita hace resonar á lo lejos las palabras seductoras de moderacion, indulgencia, condescendencia mútua y de paz: la miel pérfida de estas palabras disfraza muy mal la hiel amarga de los sentimientos que abriga en su corazon. Su ódio inveterado contra todo principio religioso se descubre al traves de esas fingidas demostraciones de benevolencia general y de dulzura. ¡Estraña moderacion en efecto, y mas estraña tolerancia! Hemos oido muchas veces decir que la prudencia aconseja tolerar por algun tiempo ciertos errores; pero tolerar la verdad, ¿qué otra cosa es sino una pretension insolente y sacrílega, una protestacion sediciosa contra la soberanía que le pertenece en el mundo moral, una confesion implícita de la imposibilidad de destruirla? ¿Quién, antes de este siglo de *luces*, oyó jamas tolerar la inmortalidad del alma, la vida futura, el castigo del crimen, y las recompensas de la virtud..... tolerar á Dios? ¿Y a qué se reduce en realidad esta tolerancia? Contemplad el estado de la Religion: no se la proscribe, pero se la esclaviza: no se degüellan sus ministros, pero se les degrada y

(1) La que se nos predice para el fin de los tiempos, será en algun modo una guerra personal del *hombre de pecado* contra Dios; y el estado á que caminamos es una de las señales por donde se reconocerá esta última guerra anunciada por Jesucristo. *¿Creeis que cuando venga el Hijo del Hombre hallara todavia fé sobre la tierra?* Luc. 18. 8.

empobrece para encadenar el ministerio. El envilecimiento es el arma con que se le combate; se le menosprecia, se le prodigan ofensivos y afrentosos disfavores, y la injuria aun mas amarga de una proteccion insultante. Algunas monedas, que la avaricia del que las da, envidia á la miseria del que las recibe, honores irrisorios, trabas sin número, leyes opresoras, disgustos continuos y cadenas; he aqui las liberalidades magníficas con que no se sacian de obsequiarla muchos de los gobiernos. Instruidos por una esperiencia terrible, no se atreven á ensayar el pasarse enteramente sin ella; pero un sentimiento mas fuerte que la voz de la esperiencia los lleva á demoler con una mano lo que edifican con la otra. El interes mismo, ese interes por lo comun tan poderoso, no tiene fuerza bastante para empeñarlos á disimular la aversion secreta que les inspiran las creencias que son su salvaguardia. La *alta política* de nuestros dias, convencida á su pesar de la necesidad de unir la tierra con el cielo, al hombre con su Criador, va á buscar en lo interior del Santuario al Soberano Ser que en él se adora, le cubre con unos harapos de púrpura, le pone un cetro de caña en la mano, una corona de espinas en la cabeza, y mostrándole al pueblo dice: *He aqui á Dios.*

En vista de esto, ¿nos admiraremos que la Religion asi humillada y deshonrada no encuentre mas que indiferencia? Despues de mas de mil y ochocientos años de combates y de triunfos el Cristianismo sufre al fin la misma suerte que su Fundador. Citado, por decirlo asi, á comparecer, no delante de un proconsul, sino ante todo el género humano, se le pregunta: *Rex es tu?* ¿*Eres tu Rey?* ¿Es cierto, como te acusan, que pretendes rei-

nar sobre nosotros? *Tú lo has dicho*, responde: sí, *yo soy Rey*, yo reino en los entendimientos ilustrándolos, en los corazones arreglando sus movimientos y aun sus deseos; reino sobre la sociedad por mis beneficios. El mundo yacía sepultado en las tinieblas del error; yo *he venido á traerle la verdad*: he aqui mi título: *El que ama la verdad, oye mi voz, me escucha*. Pero ya esta palabra no tiene sentido alguno para una razon pervertida, y es necesario esplicársela. *¿Qué es verdad?* pregunta el juez estúpido y distraido, y sin esperar la respuesta, *sale*, declara que *nada halla* en el acusado que lo haga digno de *condenacion*, y le entrega con indiferencia á la multitud para que le sirva de juguete, y de allí á poco de víctima (1).

Está escena tan grandiosa en su sencillez como todo lo que contiene el Evangelio, pinta mejor que los mas largos discursos ese desfallecimiento mortal, esa especie de muerte intelectual en que caen los hombres y los pueblos cuando dejando de ser engañados por las ilusiones del error, se niegan obstinadamente á ceder á la conviccion de la verdad. "Tal es, clamaba pocos años ha un orador elocuente, tal es el dia de hoy la profunda »llaga de la Iglesia; ó para servirnos de la espre»ion de los Libros Santos, su llaga desesperada; »*desperata est plaga ejus* (2). Porque en verdad, »¿qué podemos oponer á este estado de cosas? Se »puede resistir á la violencia y fuerza declarada; »pero ¿qué se podrá oponer á esas armas invisi»bles de la indiferencia y el desprecio, que rehu-

(1) Joan. c. 18. v. 37. 38.
(2) Mich. 1. 9.

»san toda especie de lucha? ¿cómo desalojaremos »á la impiedad de este último puesto, donde fati»gada de los combates ha venido á atrincherar»se últimamente? Se conocen bien los remedios »para las enfermedades corporales; pero ¿quién »encontrará remedio á esta enfermedad epidémica »de los espíritus? Se puede saber cómo se cura un »enfermo que desea la salud; pero ¿por dónde »empezaremos la de aquel que no quiere sanar, »y ni sabe siquiera si está enfermo, y que á las »puertas mismas de la muerte tiene toda la con»fianza y seguridad de la salud? ¿quién le sana»rá? Sabemos cómo y de qué manera se puede re»futar un error ó defender un dogma; mas ¿qué »refutacion queda que hacer, ó qué instruccion »que dar cuando se duda de todo, y el primer dog»ma es despreciar todos los dogmas? Conocemos »el freno que se puede poner al fanatismo religio»so, pues que la Religion misma le señala; ¿pero »qué arbitrio hay para contener el fanatismo filo»sófico? ¿dónde estará su contrapeso? y ¿cómo »hacer oir la razon á unos hombres que no tienen »mas regla de verdad que su propia razon, y que »al modo que aquellos fariseos locamente presun»tuosos de que habla san Juan, nos dicen fria y »dogmáticamente: nosotros somos sabios porque so»mos sabios, y vemos porque vemos: *quia vide»mus* (1)? En fin, podemos contener un torrente »en su curso impetuoso; ¿pero quién moverá esas »aguas cenagosas y estancadas de una corrupcion »reflexiva que se complace en su reposo, y no con»serva energía sino para la intriga y la avaricia?

(1) Joan. 9. 41.

»¿quién las moverá? y ¿quién sino Dios por un »milagro singular de su misericordia puede sacar»nos de este entorpecimiento inesplicable que des»concierta á un tiempo las observaciones de los sa»bios, y la solicitud de los pastores; y de esta con»suncion y postracion moral, contra las que nada »pueden ni la fuerza de la razon, ni la vehemen»cia del zelo, ni el vigor de las leyes, ni la fuer»za tampoco de las armas (1)?"

¡Estupor incomprensible el de los hombres de nuestros dias! Cuanto mas heridos se ven de la luz, mas se endurecen: cuanto mas esfuerzos hace la verdad para atraerlos á sí, mas indiferentes son á la verdad. Mueran, pues, ya que quieren morir; pero quitémosles al menos toda escusa; hagamos patentes sus inconsecuencias y sinrazon: obliguémosles á avergonzarse del ídolo á quien todo lo sacrifican, verdad, virtud, y hasta la misma vida.

Lograremos este fin si demostramos que la indiferencia en materia de Religion, que se ensalza hoy como el último esfuerzo de la razon, y el mas precioso beneficio de la filosofía, es tan absurda en sus principios como funesta en sus efectos: y esperamos dar tanta evidencia á estas dos proposiciones, que aun los mismos que tuvieren el triste valor de negarlas, no lo tendrán para combatirlas é impugnarlas con la fuerza del raciocinio.

Y desde luego, no hay cosa mas absurda que la indiferencia, porque razonablemente no se puede apoyar sino en estos dos principios, á saber: ó que no nos interesa el asegurarnos de la verdad de la

---

(1) Carta pastoral del señor Obispo de Troyes en la entrada en su diócesis, p. 11.

Religion, ó que nos es imposible descubrir una verdad que tanto nos importa conocer: dos principios que haremos ver son igualmente falsos que absurdos; manifestando ademas que todos los hombres en general y cada uno en particular tienen un medio seguro, facil é infalible de convencerse de la necesidad de la Religion, y discernir la verdadera.

Nada es mas funesto que la indiferencia, porque ella conduce directamente á todas las calamidades y á todos los crímenes; enerva y destruye insensiblemente todas las facultades morales; y en fin, es incompatible con el orden de la sociedad.

Por último, para quitar así á la pereza como á la ignorancia aun el mas ligero pretesto de tranquilizarse en este estado deplorable, omitiremos cuidadosamente toda discusion que suponga conocimientos estraños al comun de los hombres, de manera que la luz natural mas regular baste para que se lea con fruto este libro.

Tal vez algunas almas débiles, algunos espíritus ligeros no enteramente pervertidos, despues de haberse dejado arrastrar por lo que llaman *el movimiento del siglo*, penetradas de un justo horror á la vista del abismo á donde corren, se decidirán á examinar seriamente lo que hasta aquí han menospreciado sin conocerlo. Esto es únicamente lo que les pedimos; no les decimos: *creed*, sino *examinad.*

Aunque la materia que nos proponemos no exige que se demuestre la verdad del cristianismo, con todo daremos pruebas suficientísimas para convencer á los incrédulos de buena fé. Acaso encuentren tambien aqui una instruccion mas ventajosa y útil que la que podrian sacar de una refutacion directa de sus errores; pero siempre y seguramente ha-

llarán motivos bastantes que justifican, y aun imperiosamente mandan el examen que les empeñamos á emprender. ¡Quiera Dios se determinen á ello por la gloria de la verdad, y por su propio bien! Sea lo que fuere de su persuasion, estas dos cosas son inseparables: que no hay dicha ni felicidad sino en el seno de la verdad, porque no hay tranquilidad sino en ella. El error embriaga, la indiferencia adormece; pero ni una ni otra llenan el vacío del corazon. Lo repetimos, nuestro único deseo es que se examine de buena fé; esto es lo que únicamente nos hemos propuesto, y si lo conseguimos de uno solo que sea, nos daremos por contentos, y nuestro trabajo está pagado con usuras.



DE LA INDIFERENCIA EN MATERIA DE RELIGION.

CAPÍTULO I.

Consideraciones generales sobre la indiferencia religiosa.

Esposicion de los tres sistemas á que se reduce la indiferencia dogmática.

El espíritu humano tiene sus épocas de sabiduría y de vértigo, de grandeza y de decadencia como las tiene la sociedad: y la sociedad no está sujeta á estas revoluciones diversas sino porque ellas son naturales al espíritu humano, cuya suerte participa invariablemente. Esta verdad que enlazando y uniendo la moral con la legislacion da á las teorías políticas una base fija, no se habia

ocultado al talento penetrante de Pascal: nadie mejor que él conoció el imperio de la opinion, á quien llamó *Reina del Mundo*; y facilmente se conocerá que no exagera nada si se profundiza un poco su pensamiento, y por opinion se entienden las doctrinas dominantes. Su imperio sobre los hombres es absoluto, aunque alguna vez á la larga llegue á ser aparente: que es lo que engaña á tantos observadores superficiales, incapaces de abrazar en una sola ojeada de espíritu una vasta complicacion de relaciones, y unir á largas distancias lo presente con lo pasado. Perciben hechos, buscan la causa, pero muy cerca de sí: espectadores de las tempestades que agitan la sociedad, del flujo y reflujo de los acontecimientos de que se compone su historia, esplican cada uno por el inmediato, cada oleada como si no tuviera mas impulso que el de la que inmediatamente la impele, en vez de remontarse y subir desde luego á la impulsion general que las produce todas. Asi es como seriamente se atribuyó á la envidia de un fraile (1) la

---

(1) Lutero sentido, dicen algunos, de que no le encargaron á él la predicacion de las indulgencias, y prefirieron á otro.

Reforma del siglo XVI, y á un simple *déficit* de algunos millones en las rentas la revolucion francesa.

Es necesario decirlo, porque nunca llegaremos á penetrarnos demasiadamente de esta verdad, que todo sale de las doctrinas: costumbres, literatura, constituciones, leyes, la felicidad de los Estados y sus desastres, la civilizacion ó su barbarie, y esas crisis espantosas que hacen desaparecer los pueblos ó que los renuevan, segun que en ellos hay mas ó menos resto de vida.

El hombre no obra sino porque cree, y los hombres reunidos y formando cuerpo obran siempre conforme á lo que creen, porque las pasiones de la multitud estan determinadas tambien por su creencia. Si esta es pura y verdadera, la tendencia general de las acciones es recta y está en armonía con el órden: si es errónea, las acciones al contrario se depravan; porque el error vicia, y la verdad perfecciona. Esto se hizo sensible en el principio del cristianismo, cuando puestas al lado una de otra la Religion de los sentidos y la Religion del espíritu en una misma sociedad, los ojos podian á cada hora comparar sus efectos, al mismo tiempo que la razon comparaba sus doctrinas.

De aqui se sigue primeramente, que no hay, con respecto á la sociedad, doctrina alguna indiferente en Religion, en moral, en política; en segundo lugar, que la indiferencia considerada como un estado permanente del alma, es opuesta á la naturaleza del hombre, y destructiva de su ser.

Decimos, que con respecto á la sociedad no hay doctrina indiferente, y es estraño se nos obligue á probar en el siglo *de las luces*, y á pueblos cristianos, un principio tan evidente que las naciones paganas habian llegado á sentar como una de las primeras máximas de su política. Conocian bien que la estabilidad de los Estados dependia de la estabilidad de la creencia. Observadlas principalmente en la época de su mayor gloria y poder, cuan zelosas se mostraron de la conservacion de las doctrinas establecidas. Sabido es el juramento que hacian los jóvenes Atenienses en el templo de Agraule: "Juro pelear »hasta morir por los intereses de la Religion »y de la Patria, y que constantemente viviré en la fé de mis mayores." Caton no temia tanto la introduccion de la filosofía de los Griegos en su patria, sino porque preveia que los Romanos, aprendiendo á disputar sobre todo, acabarian por no creer na-

da (1), y el suceso justificó completamente sus temores. Los filósofos, aunque desterrados muchas veces de Roma, triunfaron al fin de la resistencia de las leyes, de la prudencia del Senado, y aun de los mismos destinos de la *Ciudad eterna.* Algunos sofistas, armados de la duda, hicieron lo que no habian podido conseguir las fuerzas del mundo entero: vencieron con opiniones á aquella República soberbia que habia vencido á toda la tierra; y es un hecho digno de la mas atenta consideracion, que todos los imperios, cuya historia es conocida, y que el tiempo y la prudencia habian consolidado y afirmado, fueron trastornados por los sofistas.

Los grandes trastornos en el órden político van siempre unidos con iguales trastornos en las opiniones, y el secreto de conmover los pueblos es el arte de persuadirlos: cuanto mas viva es esta persuasion, mas poderosa es la accion que resulta de ella. Mahoma persuade á algunos Arabes que su cimitarra debe someter el mundo al Alcoran,

(1) He aqui porque nuestros revolucionarios trabajaron con tanto afan por escitar en sus periódicos tantas cuestiones y disputas: el fin es ya conocido: hacer perder el respeto á las cosas mas santas.

y en menos de un siglo la media Luna tremola desde las orillas del Eufrates á las del Ebro. Lutero y sus discípulos persuaden á una parte de la Europa que la *Soberanía reside en el Pueblo*, y bien pronto la sangre de los Reyes corre sobre los cadahalsos. La lógica de las naciones es tan rigorosa como la misma verdad de Dios. Un individuo puede retroceder al ver ciertas consecuencias; la sociedad nunca. Una cosa mas fuerte que el horror de su destruccion la arrastra, y aun pereciendo, obedece á la ley general conservadora de los seres inteligentes, á esa razon inmutable y universal que forma, por decirlo asi, el fondo de todos los espíritus, y cuya rectitud inflexible no puede alterarse por cosa alguna, bien sea que se aplique al error ó á la verdad.

En toda doctrina hay necesariamente ó verdad ó error; luego toda doctrina influye ó en bien ó en mal de la sociedad; luego no hay doctrina alguna que sea indiferente para ella, á menos que no se diga que el vicio y la virtud, el órden y el desorden son cosas indiferentes. Se ha sostenido en efecto asi, y esta es la mejor prueba á mi entender de la existencia de esa ley de que acabamos de hablar, y que tarde ó temprano

obliga á salir de su principio las consecuencias mas estremadas, porque cuesta menos al orgullo confesarlas, y alguna vez á la conciencia practicarlas, que le cuesta el negarlas á la razon.

En los tiempos que se llaman bárbaros, el cristianismo habia afirmado y templado el poder, santificado la obediencia, establecido las verdaderas relaciones sociales, purificado las costumbres, y muchas veces tambien suplia por las leyes. Él enriqueció la Europa con instituciones admirables, que llenando el vacío siempre inmenso que dejan las instituciones políticas, por el dulce influjo de una caridad pródiga en beneficios, estrecharon con el Estado la clase innumerable de los desgraciados. Gracias al imperio que egercia sobre las ideas, y mas aun sobre los corazones, el hombre llegó á ser sagrado para el hombre. Hubo sin duda pasiones, y por consiguiente crímenes y delitos: pero la Religion sabia hacer brotar de ellos por medio del arrepentimiento nuevas virtudes. Las acciones, sujetas á la regla invariable de las obligaciones lo mismo que los pensamientos, se dirigian en su mayor parte al bien general, y esto es lo que caracteriza aquella época. El que era poderoso lo era para bien del débil,

y el rico para favorecer al pobre. En vez de delirar sobre un órden de cosas exento de toda imperfeccion, se dejaba al órden existente perfeccionarse poco á poco por sí mismo, y cada uno en su esfera se dedicaba á remediar el mal particular que mas llamaba su atencion. De aqui, ademas de esas limosnas pasageras y diarias, tantos establecimientos permanentes erigidos en favor de la indigencia, que se levantaban á cada paso en las ciudades, en los campos y en los caminos públicos, como otros tantos arcos triunfales de la caridad. Entonces no se creia haber cumplido todos los deberes de la humanidad alargando un pedazo de pan á un miserable; se sabia que un ser sensible é inteligente *no vive con solo pan* (1), y que los dolores físicos no son los mas penosos. Una doctrina eminentemente espiritual y compasiva produjo una nueva especie de conmiseracion sublime, ocupada constantemente en recoger los entendimientos estraviados, y distribuirles con medida un alimento saludable. No menos noble en sus emociones que inagotable en sus recursos, la piedad no se estendia únicamen-

(1) *Non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo quod procedit de ore Dei.* Math. 4. v. 4.

te á las necesidades de los cuerpos: las almas enfermas, los corazones lastimados tuvieron tambien sus hospicios; y las creencias establecidas obrando á un tiempo sobre los Gobiernos y sobre las Naciones, la sociedad se halló gobernada por un poder infinito de amor.

Es inútil observar, que al recordar el influjo de la Religion sobre los destinos del género humano en esta época, considero únicamente sus efectos generales, permanentes y uniformes en todas las regiones, sin que por eso ignore en cuantas circunstancias fue turbada la felicidad pública, ya por las pasiones particulares, ya por las opiniones mas ó menos opuestas á las doctrinas recibidas; y bajo este respeto, la mayor parte de las calamidades, cuya noticia nos conserva la historia de aquel tiempo, confirman singularmente lo que hemos dicho acerca del poder absoluto de la creencia sobre los hombres reunidos en un cuerpo; porque entre todas estas calamidades las que se pueden atribuir al pueblo, ó á una parte de él, nacieron de algun error religioso ó político en que estaba imbuida la multitud.

Sin embargo, á pesar de los desórdenes parciales, y de algunos ligeros estravíos, la

Europa se adelantaba á la perfeccion, á que el cristianismo llama asi á los pueblos como á los individuos, cuando la Reforma (*) vino súbitamente á detener sus progresos, y á pre-

---

(*) Este es el nombre que dieron á su cisma todas las sectas que se separaron de la Iglesia Romana á principios del siglo XVI. Como hablamos á todos, no se estrañará que insertemos á veces notas que no son necesarias á los instruidos. La Historia Eclesiástica no presenta acaso suceso mas interesante: todo estaba tranquilo en Europa: todas sus Iglesias unidas por una misma fé y unos mismos Sacramentos: todas sumisas al Romano Pontífice, á quien reconocian como cabeza de la Iglesia universal. Lutero en Alemania empieza á declamar contra el abuso de las Indulgencias; en seguida las impugna y ataca, al Papa que las concede, la Iglesia, su autoridad, y se separa de la Iglesia Romana: arma en su favor la Alemania, alhaga las pasiones, y arrastra á la Dinamarca, Suecia, y parte de Polonia y Hungría en su cisma. Zuinglio en Suiza principia casi del mismo modo, sigue los mismos pasos, quita las ceremonias, se desenfrena contra la mayor parte de los dogmas, &c. y uno y otro llaman *Reforma* la variacion que hacen en ellos, y en el culto, y toman la cualidad de *Reformadores* ó *Reformados*: inspiran su fanatismo, y forman discípulos que llevan sus errores de unas partes á otras: enseñan en Inglaterra, y la Iglesia anglicana adopta una parte de ellos: turban los Paises-Bajos; ocasionan la República de Holanda, sublevando aquellas provincias y haciendo dominante en ellas la religion de Calvino: penetran en Francia, se multiplican como tolerados, y obtienen el libre egercicio de su religion por mas de un siglo, formando en ella un semillero de sediciones continuas, que tanta parte han tenido en sus últimos trastornos: la España se li-

cipitarla en un abismo donde ella se hunde de dia en dia, y cuyo fondo no conocemos aún. ¿Cómo se hizo esta revolucion? Por una variacion total en las doctrinas. Al principio

---

bró por el Tribunal de la Fé. No es de nuestro intento esponer aqui sus errores particulares; pero conviene mucho á nuestro propósito manifestar los principios que les eran comunes. No queriendo distinguir entre los abusos ó escesos de algunos particulares (que la Iglesia nunca aprobó), y entre la Iglesia misma que reprobaba estos abusos, no habiendo de culparse á sí mismos, se obstinan y arrojan á decir: 1.º que la Iglesia Romana ha caido en error, ha prevaricado: desconocida su autoridad, y no teniendo ya regla viva que seguir, establecen: 2.º por única regla de la fé la Escritura; y como desechados los pastores no habia mas razon para señalar por intérpretes á unos que á otros, enseñan: 3.º que todo fiel es juez del verdadero sentido de la Escritura, y tiene derecho á juzgar de lo que pertenece á la fé, de separarse de la Sociedad que ha caido en error, y adherirse á otra, ó formar una nueva en la que él restablezca la fé y culto en su pureza. He aqui el germen de la division, y de la independencia, que con tantos desórdenes ha pasado tambien á lo político. Roto el freno y principio de *autoridad* que contenia, é introducido el derecho de *examinar*, ya no hubo término á las interpretaciones; cada uno juzgó é interpretó á su arbitrio, y del seno de la *Reforma* de Lutero, Zuinglio y Calvino nacieron mil sectas diferentes tan opuestas entre sí, como enemigas de la Iglesia Romana; los *Anabaptistas* que se dividieron en trece ó catorce sectas particulares; los *Sacramentarios* distribuidos luego en otras nueve; los *Confesionistas* divididos en veinte y cuatro; los *Estravagantes*, es decir, los que tenian sentimientos opuestos á la confesion de Ausbourg, y se di-

de *autoridad*, base necesaria de la fé religiosa y social, se substituyó el principio de *examen*; es decir, se puso á la razon humana en lugar de la divina, ó al hombre en lugar de Dios. El hombre entonces vino á ser enemigo del hombre, porque creyéndose cada uno Soberano de *derecho* asi en el órden político como religioso, aspiró de *hecho* á la Soberanía, y quiso establecer el reino é imperio de su razon particular, y poder particular; pretension absurda, pero consiguiente, y que inevitablemente debia terminar en la servidumbre política y anarquía religiosa, que en realidad de verdad es hacerse esclavo de todos los errores. Tal fue la causa de las guerras furiosas que inundaron de sangre la

---

vidieron en seis: los *Calvinistas* divididos en *Gomaristas* y *Arminianos*, *Puritanos* y *Anglicanos*; y en fin *Serveto*, *Okino*, los *Socinianos* y nuevos *Arrianos*: ni era estraño; en sus principios cada uno tenia la misma autoridad para interpretar á su modo, y asi lo hicieron: rasgaron la túnica inconsutil de Jesucristo, y de principio en principio, de consecuencia en consecuencia, casi no se sabe lo que creen, y si se sabe hoy no se podrá saber mañana; pero siempre es digno de notarse que estos mismos principios aplicados á lo político, han causado esa fermentacion y trastorno general en casi todo el mundo, y que por último todas estas sectas, cual mas, cual menos, se van precipitando al Deismo, si no han dado ya en el Indiferentismo.

Alemania, Bohemia, Francia, Inglaterra, y los Paises-Bajos. El espíritu de independencia ó de dominacion, que es lo mismo, aunque bajo diversas apariencias, pasó de las opiniones á las costumbres. Se habia negado la autoridad; al primer paso se sacudió el yugo de la obediencia, y cada nueva negacion condujo á una nueva destruccion. Negando el Sacrificio, se destruyó el culto y los monumentos de él: negando el libre alvedrío, y la vida futura, se destruyeron las obligaciones; negando en fin á Dios, se destruyó todo, leyes, sociedad, el hombre mismo.

Despues de una esperiencia tan decisiva, no creo haya quien se atreva á poner en duda el estremado influjo de las doctrinas en la sociedad, ni suponer que pueda haber algunas que sean indiferentes para ella. Mas si no se quiere creer á la esperiencia, créase á lo menos á la filosofía. ¿No se autorizaba ella poco ha para acreditar sus errores, que llamaba verdades, con la relacion íntima é inseparable que hay entre la creencia y las acciones, entre la felicidad ó desgracia del género humano y las opiniones dominantes? Por el espacio de cincuenta años no ha cesado de repetirnos esta máxima; y las pruebas de hecho con que ha querido últimamen-

te apoyarla, la han demostrado hasta la evidencia aun para los mas ciegos.

Bastaria, pues, saber que no hay doctrina alguna indiferente para la sociedad, para concluir que la indiferencia es opuesta á la naturaleza del hombre, que es esencialmente sociable. Sin embargo, sin insistir en una consecuencia, cuya legitimidad y exactitud acaso no será conocida de todos, trataremos de manifestar esta verdad por otro camino.

"Se puede definir la indiferencia absoluta la estincion de todo sentimiento de »amor y de odio en la voluntad, en razon de »la falta de todo juicio y de toda creencia en »el entendimiento." Juzgar y creer, amar y aborrecer, son actos inherentes á la naturaleza de los seres inteligentes y racionales: este es su modo esencial de existir; despojarlos de él, sería aniquilarlos. Quitad el deseo ó el amor, y destruis la voluntad; quitad la conviccion ó la fé (entiendo por esta palabra la acquiescencia (*) ó conformidad de la razon á

(*) S. M. parece confundir aquí el acto con la potencia, pero nosotros los debemos distinguir; entiéndase no precisamente la actual y de hecho, sino la facultad ó poder de adherir ó asentir á la verdad; &c. porque ser inteligente es, no solo el que actualmente y de hecho piensa,

una verdad real ó presunta), y destruis el entendimiento; porque ser inteligente es juzgar, es pronunciar que son buenos ó malos, que hay bien ó mal, verdad ó error en los objetos ó en las ideas que el alma considera. Nuestra razon puede sin duda engañarse porque es finita, limitada; es decir, imperfecta, y mil causas estrañas concurren tambien á turbarla: juzga mal, porque no vé mas que una parte de lo que deberia ver para juzgar bien, ó no lo vé sino entre sombras que lo obscurecen; sin embargo, aun entonces no queda indiferente, necesariamente juzga segun lo que percibe ó cree percibir.

Es cierto que cuando libres de toda preocupacion, reconocemos que no estamos suficientemente instruidos, tenemos la facultad de suspender el juicio; pero esto mismo es un juicio de otra especie, ó sea declaracion de una verdad claramente conocida; á saber, de nuestra ignorancia, ó invencible ó voluntaria. En este caso la indiferencia es no

---

sino el que tiene la facultad y poder de pensar, juzgar, &c. de otra suerte diríamos que la esencia del alma está en el pensamiento, y el hombre dormido no sería ser racional é inteligente: lo mismo debe entenderse del deseo.

solo posible sino inevitable; porque ¿cómo se ha de amar ni aborrecer lo que no se conoce? Sin embargo, esta indiferencia parcial ó relativa no es la destruccion de la inteligencia, como lo es la indiferencia absoluta: es únicamente el estado penoso y aflictivo de su limitacion natural, ó de los límites arbitrarios que le prescribe una voluntad débil ó corrompida; y la indiferencia, considerada bajo este último respeto, vuelve al dominio de la moral; porque cuando depende de nosotros el conocer, puede ser un delito, y delito gravísimo permanecer indiferentes.

Por lo demas la indiferencia, de cualquiera clase que sea, solo es propia para humillarnos, pues siempre resulta de la falta de conocimientos, ó de imperfeccion del entendimiento. Y ¿qué gloria puede resultar á una criatura racional de una ignorancia que la degrada? Supongamos que esta ignorancia va siempre en aumento, la indiferencia crecerá proporcionalmente, y se llegará á un mismo tiempo á una total indiferencia, y á un idiotismo absoluto.

Para que el hombre fuese indiferente sobre aquello que conoce, sería necesario que hubiese alguna cosa indiferente en él mismo:

"mas yo no temo asegurar, dice uno de
»nuestros escritores mas profundos, no temo
»afirmar que nada se halla de este género,
»nada hay indiferente ni en la naturaleza,
»ni en las leyes, ni en las costumbres, ni
»en las ciencias, ni en las artes, y con mu-
»cha mas razon en la Religion..... En todo
»hay verdadero y falso, bien y mal, órden y
»desórden: bien y mal moral, bien y mal fi-
»losófico, político, literario, oratorio, poéti-
»co, &c. &c.; bien y mal en las leyes y en
»las artes, en las costumbres y en los mo-
»dales, en los procedimientos y en las opi-
»niones, en la especulativa y en la prácti-
»ca (1)." Asi el hombre en realidad no es indiferente sino respecto á lo que ignora, ó lo que no existe para él. Él está en relacion de amor ó de odio con todos los objetos de sus pensamientos, y á veces se aferra mas á sus opiniones que á su misma vida (2). De ahí ese deseo innato de que prevalezcan nuestras opiniones, aun sobre las cosas mas frívolas; de ahí ese encanto, esa aficion al es-

(1) Bonald, *sobre la tolerancia de las opiniones*: el Espectador frances en el siglo XIX, t. IV, pág. 69 y 71.

(2) *La opinion suele preferirse á la vida, cuyo amor parece tan fuerte y natural.*

tudio, tanto mas viva cuanto el entendimiento está mas cultivado, y los conocimientos son mas estensos; de ahí las controversias en todas materias, ya sobre física, ya de moral, de teología y de gramática; de ahí las sectas y academias, las discordias públicas, los espectáculos, las pasiones que turban la sociedad y las virtudes que la conservan; de ahí en fin el espíritu de proselitismo, tan ridículamente echado en cara á los cristianos, y que se encuentra en todas partes donde quiera que haya una persuasion, lo mismo en las tertulias que en las cátedras, en la política que en la literatura, en las ciencias que en las costumbres, en la filosofía y en la Religion, con sola la diferencia que en la Religion es mas duradero y mas noble, porque encierra mas verdades, y verdades mas importantes.

Hablad á un labrador ocupado en cultivar la tierra de las leyes de la atraccion que la contienen en su órbita; como son inintelígibles para él vuestros discursos, le dejarán indiferente sobre esas leyes de que le hablais, y él no conoce. Sin embargo, nadie por eso dirá que tales leyes son indiferentes en sí mismas, pues que de ellas pende el órden del universo: no lo serán en manera alguna pa-

ra el astrónomo, que demuestra su existencia, calcúla por ellas los fenómenos celestes, y no se cansa de contemplar su regularidad admirable y fecundidad prodigiosa.

Asi es que el dominio de la indiferencia se estrecha y reduce á proporcion que la inteligencia se dilata y desenvuelve. Dios sobre ninguna cosa es indiferente, porque lo conoce todo: al contrario la materia es indiferente á todo, porque nada conoce. El hombre, colocado entre estos dos estremos, es mas ó menos indiferente segun que conoce mas ó menos; es decir, segun que se acerca mas á los seres puramente materiales, ó al Ser soberanamente inteligente: de donde nace que el materialismo conduce á la indiferencia especulativa, y por consiguiente al embrutecimiento, al paso que la Religion elevando al hombre hácia Dios, y familiarizándole con los pensamientos mas sublimes, y las doctrinas mas espirituales, perfecciona infinitamente su inteligencia (1), y no le permite ser indiferente sobre nada de lo que esencialmente le interesa.

---

(1) *Es claro que únicamente se habla de la Religion verdadera; las otras no son mas que* opiniones, *y en lo que tienen de falso* opiniones perniciosas.

Es necesario recordar aqui nuestra degradacion primitiva, y la perpetua lucha de los sentidos contra el espíritu, que es consecuencia suya, para comprender como la Religion, en virtud de la perfeccion que exige de nosotros, y de la suya propia, viene á ser para muchos un objeto de odio, y en seguida de indiferencia. Como en ella (la Religion) todo es de rigorosa verdad, nada hay á sus ojos indiferente, ni en el dogma, ni en las costumbres, ni en el culto: por consiguiente no puede dejar al hombre libre para creer y obrar á su arbitrio; antes le obliga á someter su razon á la fé, sus apetitos á las obligaciones, su mismo cuerpo á las prácticas que le impone; y es claro que sujetando de esta suerte al hombre en todo, cansa y desespera sus pasiones. Estas, nunca rendidas aun cuando obedecen, trabajan sin descansar por romper el yugo que sufren, á mas no poder, murmurando. El orgullo, *padre de la mentira*, y enemigo eterno de la autoridad, sugiere al espíritu una multitud de sofismas tanto mas seductores, cuanto mas lisonjean los deseos secretos del corazon. Estamos muy cerca de no reconocer una cosa por verdadera, cuando se nos figura tener interes en que sea falsa: poco á poco las preocupaciones se

fortalecen y estienden; el egemplo de otros nos arrastra, y casi siempre dominados, á pesar nuestro, por el principio de autoridad que combatimos, cada uno funda su conviccion en la fingida conviccion de otro. Tal es en compendio la historia de todas las rebeliones contra la verdad: se duda, porque otros dudan; se niega porque niegan, y porque nos acomoda negar y dudar. Con todo, al momento se advierte la necesidad de llenar el vacío de las creencias ó símbolos que se desechan: se quiere todavia y necesariamente creer, porque el creer es natural al hombre, y éste no se arroja sino por grados á la incredulidad. Asi es que ansiosamente se abrazan las apariencias de verdad que se presentan, y nos adherimos á ellas con una especie de obstinacion violenta, como quien se agarra á una tabla en un naufragio, y la persuasion ciega del error produce el fanatismo en el obrar. Mas cada error no tiene sino un tiempo determinado, y este breve; no pueden ellos estar de asiento en la casa de la razon; viven alli como si digéramos bajo de tiendas, y forzosamente se pasa de uno á otro hasta haberlos andado todos. Entonces, antes que volver á la verdad que se teme, nos armamos contra ella de la ignorancia, de la distraccion

y del olvido. Una voluntad perversa la arroja del entendimiento, y se la trata como á aquellos proscriptos á quienes no es posible convencer delante de la ley, pero que un tirano receloso y desconfiado hace desaparecer y destierra de la sociedad.

Cuando un pueblo llega á este estado de indiferencia absoluta hácia la verdad, su fin, no lo dudeis, está muy cercano: esta es la señal menos equívoca de la decrepitud de las naciones. En su indolencia apática se asemejan á un viejo que ha perdido hasta la memoria, y solo falta destruir en él algunos órganos gastados, cuya descomposicion desagradable acaban de dia en dia las causas naturales. Objeto de compasion y fastidio aun para los niños, á quienes un noble instinto no les permite reconocer al hombre donde no perciben ya pensamientos, se le ve arrastrar estúpidamente un resto de vida material, y sin deseos ni sentimientos sumergirse poco á poco en la muerte.

Sin duda depende de los gobiernos evitar ó prevenir esta disolucion terrible, protegiendo las doctrinas vitales, fuente fecunda de la energía y vigor que notamos en ciertas sociedades, contra las pasiones que las combaten. La autoridad todo lo puede, asi

en el bien como en el mal, porque tanto en uno como en otro no se obra sobre los pueblos sino por la autoridad; y la autoridad general, cuando es lo que debe ser, prevalece siempre y necesariamente á las autoridades particulares que aspirasen á trastornar el órden, ó á viva fuerza, ó lo que es mas peligroso, con opiniones: y esta misma es la razon de la duracion perpétua de la sociedad religiosa, cuya autoridad general, en virtud de un privilegio divino, está á cubierto de los errores y debilidades á que se halla sujeta la autoridad en la sociedad política. Pero por lo comun los gobiernos, lejos de poner un freno á la licencia y libertad de pensar cuando es aún tiempo de contener sus progresos, los favorecen al menos con su egemplo (*). Ellos son los primeros

(*) Malhesherbes, ministro y encargado del juzgado de imprentas en Francia, hacia venir bajo su sobre las *pruebas de la nueva Eloisa*, que se imprimia entonces en Amsterdan, y hacia egecutar otra en Francia por Rousseau: solicitó ademas á éste para que imprimiese el *Emilio*, prometiéndole su proteccion; y en efecto, por medio de élla se hicieron dos ediciones de él, una en Holanda, y otra en París. ¡Quién le diria á Malhesherbes que á efecto de aquella desenfrenada licencia habia de tener que abogar un dia por su buen Rey para librarle de la guillotina, sin poderle librar!

que no creen; y la irreligion nace de las autoridades ó de los que las rodean, y de allí viene á derramarse de uno en otro hasta las últimas clases de la nacion. El pueblo mas adicto y firme en su creencia, porque tiene menos motivo para desear que sea falsa, resiste por largo tiempo á la influencia de las clases superiores. Defiende con su conciencia su fe, que ve atacada con sutilezas, y en lo íntimo de su corazon rodea con un muro sagrado sus esperanzas y consuelo. Pero si una vez llega á sucumbir; cuando á fuerza de corromperle se le ha hecho figurarse nuevos intereses; cuando los vicios mas feos y vergonzosos vienen á formar sus costumbres habituales, sin que los remordimientos turben su sueño; cuando los premios y castigos de la otra vida ya le parecen preocupaciones de la niñez; en una palabra, cuando la Religion ha perdido para él sus terrores, é ignora igualmente los dogmas y los preceptos; cuando se rie con desprecio al solo oir el santo nombre de Dios, entonces todo temblando me pregunto á mí mismo: ¿si queda algun medio en lo humano para reducir á este pueblo á la creencia de la verdad y á la práctica de la virtud? ¿si de unos seres tan degradados se puede todavia

formar hombres? Y no sé en verdad qué responder.

Por lo demas es muy del caso notar que se deben escluir del número de los indiferentistas reales y verdaderos á muchos que aparentan serlo, porque no es tan fácil como se piensa, á no ser un insensato ó groseramente ignorante, que un hombre sea indiferente sobre la Religion, que por todas partes se le descubre, á cada instante se le presenta, la hálla dentro y fuera de sí, y donde quiera hace su tormento ó su esperanza. Asi es que ni aun para esa secta de filósofos que poco ha vimos trabajando con furor para abolir hasta su nombre, cerrando y demoliendo templos, y degollando sus ministros, la Religion no era ni es indiferente. Un ódio, un ódio implacable es el sentimiento que anima á estos apóstoles de la impiedad, cuyo ciego fanatismo sacrificaria la sociedad entera al triunfo de sus azarosos é infaustos principios. Ciertamente es necesario tener lástima de estos insensatos, y marcar con el sello del horror sus máximas; pero no pensemos curarlos con razones; han llegado á un esceso de delirio que corta, inutiliza é impide ya toda discusion: no se dirigen tampoco á hombres tan exaltados las

reflexiones que vamos á hacer: la verdad para ser conocida pide un espíritu mas tranquilo, y sobre todo un corazon susceptible de abrirse á sus dulces impresiones.

Hay ademas otra clase de *indiferentistas,* que tampoco intentamos combatir; y lo son esos cristianos débiles, que seducidos por los deleites, distraidos por los negocios, ó subyugados tal vez por los respetos humanos, se dejan llevar del torrente del siglo, alejan de su pensamiento, aunque sin ponerlas en duda, las verdades que les incomodan, y en su consecuencia puede decirse que no pertenecen á la Religion sino por una fé esteril y débiles remordimientos. ¿Qué hemos de decir á estos desventurados? Ellos se condenan á sí mismos; su razon no se niega á confesion alguna: no está aqui la raiz de su mal. A éstos no hay necesidad de convencerlos, sino de moverlos y atemorizarlos con la justa y funesta suerte que les amenaza. Lo que importa es introducir el terror en su conciencia aletargada, y despertarla con el formidable trueno de las venganzas de un Dios, cuya paciencia cansan, y cuya misericordia atormentan.

No es este ahora nuestro intento. En este *Ensayo* únicamente nos dirigimos á los

indiferentistas por sistema, á esos filósofos indolentes, que á fuerza de haber oido repetir que todas las religiones son indiferentes, las desprecian todas sin conocer ninguna, reusan examinar si hay alguna verdadera, y aun tendrian á menos y se avergonzarian de pensar en ello; é imaginándose, sobre la fé ciega de una preocupacion absurda, que la suprema sabiduría consiste en no inquietarse por lo futuro, vegetan en un profundo olvido de la primera obligacion de una criatura racional, que es instruirse en cuál es su fin, su origen y su destino. Entre éstos lo que uno de ellos mira con indiferencia, á otro le parece de la mayor importancia, segun las luces y conocimientos de cada uno: se puede asegurar que su indiferencia varia hasta lo infinito, y presenta tantos grados diferentes, cuantos son no solo los individuos, sino aun los grados de estension de su inteligencia, las combinaciones de pensamientos, y las situaciones posibles del alma en cada individuo.

Sin embargo, considerada, no en las personas sino en las doctrinas, se reduce á tres sistemas, en uno de los cuales es indispensable entrar luego que se sale de la verdad católica; porque ésta no se puede impugnar

sino negando, ó la autoridad de la Iglesia, ó la autoridad de Jesucristo, ó la autoridad de Dios: tres grandes destrucciones ó errores que constituyen la heregía, el deismo y el ateismo.

Dividiremos pues en tres clases los indiferentistas dogmáticos. La primera comprende aquellos que no viendo en la Religion sino una institucion política, no la creen necesaria sino para el pueblo: la segunda los que admiten la necesidad de una Religion para todos los hombres, pero desechan la Revelacion; y la tercera, en fin, se compone de los indiferentistas mitigados ó *moderados*, que reconocen la necesidad de una Religion revelada, pero permiten negar las verdades que enseña, á escepcion de algunos artículos fundamentales.

Despues de algunas reflexiones sobre cada uno de estos sistemas, reflexiones que bastarán para demostrar su inconsecuencia y absurdos, haremos ver que en último resultado todos vienen á parar á un mismo término, á un mismo punto, á saber; en la indiferencia absoluta de la verdad en materia de Religion. Nos dedicaremos pues á combatir esta indiferencia monstruosa, echando abajo los únicos principios en que el racio-

cinio puede querer apoyarla; de manera que todos los indiferentistas, cualquiera que sea la modificacion que cada uno de ellos quiera dar á la doctrina general de la indiferencia, se hallarán refutados á un tiempo por lo que diremos de esta doctrina, la cual probaremos es comun á todos ellos.

Con el mayor encarecimiento que podemos rogamos á las personas á quienes se dirige esta obra, alejen de sí al leerla todo espíritu de contencion y de partido. ¿De qué serviria engañarnos á nosotros mismos? La verdad no se destruye por obstinarse en no conocerla: ella no deja por eso de ser lo que es, y tarde ó temprano llegará su dia. En este, ya acaso cerca de nosotros, y que no podremos evitar, será de poco consuelo la vanidad de haber resistido á su luz. Recibámosla pues con regocijo, venga de donde viniere. Honremos el entendimiento que se nos ha dado elevándole hasta la contemplacion de la verdad infinita é inmutable, que encierra en su seno nuestros intereses eternos. Nuestra perfeccion es conocerla, y nuestra dicha amarla. Criados para ella y para la inmortalidad, reflexionemos que la vida se nos huye, y se nos huye para siempre: elevemos mas alto nuestras miradas; y como viage-

ros que solo por momentos transitamos por estas regiones estrangeras, no pongamos nuestro orgullo en persuadirnos que no tenemos patria.

CAPÍTULO II.

Reflexiones sobre el primer sistema de indiferencia, ó sea sobre la doctrina de los que no viendo en la Religion mas que una institucion política, no la creen necesaria sino para el pueblo.

Se halla al lado de la cuna de todos los pueblos á la Religion, asi como á la filosofía cerca de su sepulcro. "No se ha fundado Esta»do alguno, dice Rousseau, que no tuviese »por base á la Religion (1)." Y cuando la filosofía quiso poco ha fundar un Estado sin ella (2), se vió forzada á cimentarle sobre sus ruinas: estableció el poder sobre el derecho de trastornarle, la propiedad sobre la

(1) *Contrato social*, lib. 4. c. 8.
(2) En la revolucion francesa.

espoliacion, la seguridad personal sobre los intereses sanguinarios de la multitud, las leyes sobre sus caprichos. Este órden social filosófico ha existido algunos meses, y durante ellos la Europa ha visto acumularse en su seno mas calamidades y crímenes que cuantos presenta la historia de los diez siglos precedentes; y si Dios no hubiera abreviado estos dias horrorosos, no sé si habria quedado vivo un solo hombre para recoger el fruto de la leccion mas terrible que jamas se ha dado sobre la tierra.

Digan lo que quieran algunos sofistas, la esperiencia ha hecho ver ya que no puede subsistir un pueblo de Ateos (1), pues sola la tentativa de substituir el ateismo á la Re-

(1) El ateista Diderot, apreciador poco sospechoso de su propia doctrina, conviene en esto, y su confesion es de tanto mas peso, cuanto que está consignada en una correspondencia familiar, que como se creia no habia de ver la luz pública, debe presentar mas fielmente que sus demas obras los verdaderos sentimientos del autor. He aqui sus palabras: «Se ha dicho alguna vez que un pueblo cristiano »que siguiese en un todo el espíritu del Evangelio no po»dria subsistir. Con mas razon y con mas verdad se verifi»caria esto de un pueblo filosofo, si fuese posible formar »uno: este tal encontraria su ruina al salir de la cuna en »el vicio mismo de su constitucion.» *Correspondencia literaria &c.* por Grim. y Diderot, t. 1, pág. 492.

ligion ha trastornado de arriba abajo la Sociedad en Francia, y destruídola enteramente. Asi es que la opinion contraria, sostenida en un principio como una simple paradoxa por algunas cabezas desconcertadas, no ha podido llegar á ser, ni formar creencia, sino para un corto número de insensatos tan faltos y escasos de luces como sobrados de orgullo, y tan profunda y miserablemente pervertidos, que cada pensamiento en ellos era un delito.

En todos tiempos se ha conocido que la Religion era el único fundamento de las obligaciones y deberes, asi como las obligaciones y deberes son el único lazo y vínculo de la sociedad. Nada hay que pueda suplir por la conciencia, y ella suple por todo. Por mas que se hable á los hombres de bien público, y de interes general, el particular será su movil constantemente, y el poder mismo de la Religion consiste en que ofrece y muéstra á cada uno el interes inmenso que tienen en concurrir al bien general y comun. No se necesita mas que tener sentido comun para convencerse de esto: los legisladores de la antigüedad lo conocieron bien; y asi en vez de raciocinar locamente contra la Religion, se sirvieron de ella para consolidar el edifi-

cio social; la hicieron intervenir en todas las cosas, la colocaron en todas partes, en las familias, cerca de los hogares domésticos, y en el Estado como parte de su constitucion y del gobierno. Ellos hicieron descender las leyes del cielo, y por medio de la opinion fijaron un no sé qué de divino á todos los acontecimientos de la vida humana, á todas las instituciones civiles, á los mismos objetos inanimados, á los bosques, á los rios, hasta las piedras destinadas á servir de linderos, y separar las heredades (*); y si se miran las cosas de cerca se verá que el paganismo no multiplicó hasta lo infinito sus dioses, sino por un efecto de la necesidad infinita que el hombre tiene de la divinidad.

Cuando las costumbres se corrompieron, y la razon comenzó á examinar con aversion su fé y creencia, le fue facil sin duda reconocer la falsedad del politeismo; pero no era esto, no era lo que tenia de falso la Religion lo que contrariaba las inclinaciones de su corazon, y escitaba por consiguiente su aborrecimiento; por eso la filosofía dejando en paz

(*) De ahi en efecto tantos dioses, tantos genios para todas y cada una de las cosas: los dioses Lares, Penates, el dios Término, &c.

á la idolatría, dirigió sus principales tiros contra las verdades importunas á las pasiones, contra los principios de la moral, contra las penas y premios de la otra vida, la inmortalidad del alma, y la existencia de Dios. La licencia de costumbres que protegía, la dió numerosos discípulos; pero lejos de poner en duda la necesidad política de la Religion, estuvieron tan penetrados de ella que la confundieron con las instituciones puramente políticas, y la creyeron invencion de los legisladores. Por este título se conservó esteriormente como una cosa tan sagrada como las leyes; y aun el magistrado imbuido en las máximas ateas de Epicuro, hubiera castigado con una severidad inflexible cualquiera atentado contra el culto establecido.

Antes pues de examinar este sistema filosófico, será oportuno verle en accion, digámoslo asi, entre los antiguos y modernos; pues este es el mas breve y seguro medio de formar de él una idea exacta.

Introdújose entre los Romanos hácia el tiempo de la declinacion de la República, y su principio concurre con la decadencia de las virtudes públicas y privadas. Sin embargo se hizo desde luego lugar entre los grandes y poderosos, siempre mas fáciles á dejarse se-

ducir por todo lo que lisonjea el amor propio, tranquiliza las pasiones, y alivia el disgusto del tedio; el pueblo por mucho tiempo no dió entrada á la nueva filosofía, y á esta época se debe referir sin duda el cuadro del estado religioso del imperio trazado por Gibbon.

"El pueblo, dice, miraba las diversas es»pecies de cultos que reinaban en el mundo »romano como igualmente verdaderos, el fi»lósofo como igualmente falsos, y el magis»trado como igualmente útiles; y esta tole»rancia producia no solamente una indulgen»cia mútua, sino una verdadera concordia en»tre las religiones.

»La supersticion del pueblo no abrigaba »odio alguno, ni rencillas teológicas, ni es»taba encadenada en el círculo de un siste»ma esclusivo. El devoto politeista, por ad»herido que estuviese á su culto, y rito na»cional, admitia con una especie de fé im»plícita todas las religiones de la tierra.....

»Los filósofos conservaban en sus escritos »y conversaciones la independencia y digni»dad de su razon; pero en las acciones se so»metian á las reglas establecidas por las le»yes, el uso y la costumbre. Mirando con una »sonrisa de compasion é indulgencia los er»rores del vulgo, practicaban con exactitud

»las ceremonias religiosas de sus antepasados, »frecuentaban devotamente los templos de los »dioses; y aun hubo entre ellos alguno que »haciendo gran papel en el teatro de la su- »persticion, ocultaba los sentimientos de un »ateo bajo la toga de pontífice. Hubiera sido »muy difícil determinar á unos hombres que »pensaban de este modo á disputar entre sí »sobre las diferentes especies de culto ó de »creencia: les era muy indiferente que las lo- »curas de la multitud tomasen esta forma »mas bien que la otra; y con el mismo des- »precio interior, y el mismo respeto aparen- »te, se acercaban á los altares del Júpiter de »Libia, qué del Olímpico ó del Capitoli- »no (1)."

Nos sorprenderia menos la complacencia con que pinta Gibbon la incredulidad romana si hubiese ignorado sus espantosos efectos. Pero él sabia mejor que ningun otro que el *desprecio interior* de los filósofos, no solo *del Júpiter de Libia y Olímpico*, sino de toda divinidad cualquiera, no tardó en propagarse entre los *devotos politeistas*, y que á egemplo

---

(1) Historia de la decadencia y caida del imperio romano, t. 1, c. 11.

de los grandes la multitud, hecha *indiferente* á todo menos á los placeres, se desengañó de tal modo de las *locuras y supersticiones* antiguas, que el imperio privado del apoyo que le daba y tenia en la Religion, bambaleó de golpe como un hombre embriagado, y al fin desapareció en el fango á donde le arrastraron con ignominia los pueblos fuertes y robustos por su creencia y por sus costumbres. Montesquieu no teme atribuir su caida á la filosofía de Epicuro, cuyo resultado admira tan candorosamente Gibbon (1). Este sin duda no advirtió que el cuadro que queria sacar agradable y atractivo, no es mas que una descripcion horrorosa del vicio interior que irremediablemente debia conducir á Roma á su ruina (*).

---

(1) Bolingbrocke piensa en un todo sobre este punto como Montesquieu. «El olvido y el desprecio de la Religion, »dice, fueron la causa principal de los males que sufrió »Roma en lo sucesivo: la Religion y el Estado se destru»yeron en la misma proporcion.» T. IV, pág. 228.

(*) No se debian esperar de Gibbon otras descripciones. Este inglés, convencido por la lectura de la historia de las variaciones y hecho de protestante católico, y de católico otra vez protestante por estar en la casa de un ministro de la secta, parecia nacido para mirarlo todo con indiferencia. Su carácter frio no podia admirar los rasgos de una virtud sublime, y solo parece que los crímenes arrebataban

Si se considera atentamente al género humano en la época en que comenzó esta grande revolucion, á poco trabajo, en medio de los acontecimientos brillantes, se descubrirán las causas que la hacian necesaria. El cuerpo social estaba debilitado, y el vigor aparente que continuó mostrando por algun tiempo, casi únicamente dependia de la disciplina militar, que se alteró bien presto como todo lo demas. El poder absoluto de los Emperadores suplió momentáneamente por las leyes, por las costumbres, y por la Religion: habia en esto no sé qué fria y triste imitacion del órden, porque al fin se obedecia, y se obedecia por puro miedo. La espada del soldado legionario fue el cetro con que se gobernó á aquellos fieros y orgullosos Romanos que habian subyugado al mundo entero; y como nunca se habia visto egemplo de semejante dominacion, tampoco lo hubo de igual esclavitud.

Desde el reinado de Tiberio se ven de-

---

su imaginacion: enemigo de la Religion cristiana echaba de menos el paganismo, y él mismo lo confiesa en su carta al Lord Sheffield diciendo: «que si habia hablado bajamente de los cristianos, era porque estaba adicto y apasionado al paganismo.» Estuvo empleado en el Parlamento, y en el ministerio del Lord North, y murió en 1794.

pravarse las almas hasta tal punto que aun hoy mismo nos asombra; ó mas bien diremos, que se manifestó sin rebozo la degradacion ya existente, que solo esperaba para presentarse con descaro, y tomar, digámoslo así, en algun modo la posesion solemne del oprobio, un primer egemplo, y un premio ó salario indigno y vil. A la verdad, aparecian de cuando en cuando en la sociedad algunas raras virtudes, semejantes á aquellos fuegos que se suelen encender de noche en las costas de un mar borrascoso para indicar el rumbo á los navegantes; pero no alumbraban sino para hacer ver los naufragios que habrian debido evitar. Y aun estas virtudes examinadas sin pasion, ¿qué venian á ser al fin mas que el fácil y débil valor de morir, ó, diremos mejor, de escapar del trabajo de vivir? El vigor de las almas mas elevadas consistia en ceder al peso de estos tiempos terribles: júzguese, pues, del pueblo entero por estas escepciones.

El espíritu humano no sabia ya en qué fijarse. Despojado de su creencia, y aun de sus opiniones, erraba á la ventura en un inmenso océano de dudas é incertidumbres. Ya no habia paganismo, ni tampoco filosofía, á no ser que se quiera dar este nombre á aquellos

pueriles juegos del ingenio, con que algunos Romanos entretenian su ociosidad en los jardines de sus quintas (*villa*), ó bajo los pórticos de sus palacios, sin que de todos estos discursos ingeniosos saliese una regla fija de conducta, ni un principio para la conciencia. Se disertaba sobre los dioses, para dudar si existian; sobre las obligaciones, para eludirlas; sobre la muerte, para inferir que se debian procurar todos los placeres de la vida, y sobre todo, se abandonaban gustosa y descuidadamente al torrente que arrebataba confundidos entre sí las ruinas del órden social, y los hombres, y las instituciones, y el mismo imperio.

Con todo, á pesar de la indiferencia general, y tal vez por un efecto de esta misma indiferencia, se conservaba el culto; pero era un culto vacío de fé, y por consiguiente incapaz de producir efecto alguno. En la tribuna se continuaba invocando por testigos á los dioses inmortales: jamas los retóricos fueron mas fecundos en máximas severas, y pomposas sentencias de moral; pero en el entretanto la sociedad se debilitaba visiblemente, porque las frases y discursos pomposos no son creencias, ni las futiles declamaciones pueden suplir por las doctrinas sociales. La

misma filosofía, aunque decidida á no ver en estas doctrinas mas que preocupaciones, ha reconocido en nuestros dias su necesidad indispensable. "Indudablemente las preocupa-»ciones son necesarias á los hombres, dice uno »de sus mas célebres discípulos, en una obra »en que enseña el ateismo; sin ellas ni »hay resorte, ni accion, todo se entorpece y »muere (1)." Asi es que la *muerte* de la Sociedad, la *muerte* del género humano sería el resultado de la victoria que la sabiduría moderna se esfuerza á alcanzar sobre lo que llama *preocupaciones*. Lo sabíamos ya; pero es útil oirlo de su propia boca.

El Cristianismo pues encontró al imperio en aquel estado de desfallecimiento moral que resulta de la privacion de la verdad, y anuncia una disolucion próxima; y por lo mismo para establecerse tuvo que vencer la indiferencia general, y la resistencia de los magistrados decididos á sostener el paganismo, no como Religion sino como una institucion del Estado. Este fue casi el único motivo que dictó tantos edictos sanguinarios: el fanatis-

(1) *Correspondencia literaria* de Grim. y Diderot, t. V pág. 8.

mo tuvo tan poca parte en ello, que el filósofo Marco-Aurelio y Trajano no fueron menos perseguidores que Neron: proscribieron á los Cristianos como enemigos de las leyes, y es de notar que la intolerancia política es la mas implacable y bárbara, porque no está suavizada por la Religion que prohibe. En toda Religion, aunque sea falsa, hay algo de grande, generoso y favorable á la humanidad; la política, al contrario, no conoce la piedad, y se mantiene constantemente en calma, y fria aun cuando es atroz y cruel. Asi se ha visto en todas las épocas, y bajo este respeto no hay cosa que se parezca mas á las persecuciones de los Emperadores contra los primeros Cristianos que las persecuciones de la Inglaterra contra los Católicos. Pero trataremos despues este importante objeto, que merece una atencion particular.

No hay mas que un medio para arrancar á los hombres de la indiferencia en que los precipita el abuso de la razon; y este es el domar esta razon altanera, obligándola á humillarse bajo una autoridad tan elevada y brillante que no pueda desconocer sus derechos. Es preciso convencerla de que hay una razon superior, regla inmutable de la ver-

dad, á la cual debe someterse como al supremo Monarca de todos los seres inteligentes: en una palabra, es preciso que reconociendo la soberanía de Dios, se eleve hasta una obediencia absoluta, que conteniéndola en su esfera, de la cual nunca sale sino para estraviarse, la impida despojarse á sí misma de la posesion de la verdad. Pues esto es lo què de un modo admirable hizo el Cristianismo. Anúnciase desde luego con caractéres esteriores de divino; y tan pronto como hubo probado su orígen celestial, destierra todas las dudas, sin dejar indecisa ninguna verdad necesaria, y obliga á la razon humana á prosternarse ante la razon divina, y á escuchar silenciosamente y con un pleno asenso las sublimes lecciones que le dictaba. Adquiriendo entonces el principio de accion, ó sea la fé, un grado de fuerza proporcionado á la autoridad infinita que enseñaba, se le pudo decir al hombre: *Sé perfecto como Dios mismo lo es*; se le pudo mandar todo, *porque todo es posible al que cree* (*); y ciertamente, cualquiera que tenga idea de lo que era el género humano bajo Tiberio y sus suce-

(*) *Omnia possibilia sunt credenti.* Marc. v. 20.

*

sores, confesará que no se necesitaba menos que un poder infinito para substituir á las costumbres abominables de aquellos siglos la severa moral del Evangelio, y su doctrina rígida á la filosofía escéptica, cuyas máximas relajadas habian echado tan profundas raices en todos los corazones. A los ojos de quien sabe ver y apreciar las cosas por lo que son, este milagro es mayor que la resurreccion de un muerto; y la palabra que reanima un cadáver restituyéndole á la vida de los sentidos, es menos maravillosa acaso que la que hace revivir á un pueblo entero, restituyéndole la vida del alma.

Por el espacio de quince siglos una fidelidad constante al principio fundamental de la Religion cristiana preservó á la Europa, no de escándalos pasageros del error, sino del letargo mortal de la indiferencia; y no se vió renacer esta enfermedad terrible en su seno hasta el momento en que la razon rebelde á la autoridad suprema, que la habia guiado hasta entonces, se esforzó á recobrar la servil independencia de que el Cristianismo la habia libertado.

La Reforma, que desde luego mostró una inclinacion baja y vil, y una veneracion impía á los héroes de la filosofía an-

tigua (1), no fue en verdad desde su orígen mas que un sistema de filosofía anárquica, y un atentado monstruoso contra el poder general, que rige y gobierna la sociedad de los seres inteligentes. Ella hizo retroceder el espíritu humano hasta el Paganismo (*), y al punto causas semejantes

---

(1) En la profesion de fé presentada por Zuinglio á Francisco I, aquel gefe de la reforma helvética ponia en el cielo, al lado de Jesucristo y de los Apóstoles, no solo á Arístides, Sócrates, Antígono, Numa, Camilo, los Catones y los Scipiones, sino tambien á Hércules y Teseo. «Yo no »sé, dice Bossuet (*Hist. de las Variac.* lib. 2, núm. 19), »por qué no puso tambien á Apolo y Baco, y á Júpiter »mismo; y si lo omitió por las infamias que los poetas les »atribuyen, ¿eran menores las de Hércules? El mismo Lu»tero se horrorizó de ver á la Reforma caer desde su naci»miento en la indiferencia de religiones; y asi escribió que »Zuinglio se habia hecho pagano colocando á unos paganos »impíos, y hasta un Scipion epicureo, hasta un Numa, »órgano del demonio para establecer la idolatría entre los »Romanos, en el número de los bienaventurados. Porque »¿de qué servirian el Bautismo y los demas Sacramentos, »la Escritura y Jesucristo mismo, si los impíos, los idóla»tras y los Epicureos son Santos y Bienaventurados? ¿qué »otra cosa es esto sino enseñar que cada uno se puede sal»var en su Religion y creencia? (*Parv. Confes. Luth. hosp.* »p. 2, 187).»

(*) ¿Qué diremos al ver la ansia con que hoy se nos quiere reducir por nuestros filósofos á lo mismo, haciéndonos gentiles en todo, sin hablarnos mas que de sus héroes, y *gentilizando* todas las cosas?

á las que habian obrado entre los Romanos en los tiempos de su mayor corrupcion, produjeron iguales efectos en algunas naciones modernas, víctimas, sin conocerlo, de los mismos principios destructores. Consideremos sino por un momento á la Inglaterra en particular. Su posicion aislada permitió á la Reforma desenvolverse allí con menos obstáculos, de suerte que en ninguna parte se puede observar mejor su marcha progresiva, y su influencia en la sociedad.

Los anarquistas de 1793 trataron de establecer tambien el órden social sobre la *libertad* y la *igualdad*: *libertad* absoluta de accion, é *igualdad* de autoridad y de derechos, lo que no era más que una consecuencia exacta de la *Soberanía del Pueblo*, la cual, escluyendo, por una parte todo superior, deja á cada uno enteramente *libre*, ó señor de sí mismo; y por la otra perteneciendo *igualmente* á todos, debe repartirse, y participarse por todos *igualmente*. Se sabe muy bien cual fue el resultado de esta doctrina; pero lo que yo quiero hacer observar aqui es su perfecta y entera conformidad con la doctrina teológica de los Protestantes (*). Sentando éstos

(*) Pudiera añadir, y de los Jansenistas. Siendo repu-

como principio la Soberanía de la razon humana, ó de cada particular en materia de fé, intentaron dar por base á la Religion la *libertad* y la *igualdad*, es decir, la *libertad* de creer, y la *igualdad* de autoridad, y esta doctrina comun á los revolucionarios políticos y religiosos, ha debido tener y tuvo realmente un resultado igual en el órden religioso y en el político: en el uno produjo todos los crímenes, y en el otro todos los errores; y durante las fatales discordias que condujeron á uno de sus Reyes al cadahalso, la Inglaterra esperimentó simultáneamente en uno y otro órden el mismo efecto.

Sin embargo cada una de las sectas, al sentirse desfallecer, procuraba apropiarse sobre sus miembros una autoridad reguladora de su creencia y de sus acciones, ó echar mano de algunas reliquias del principio conservador

---

blicana la doctrina gerárquica de éstos, ¿qué habian de ser sino republicanos en la política? Igualando á los Obispos con el Papa, á los curas y simples presbíteros con los Obispos; y reputando á este por el mejor gobierno, ¿qué podria esperarse de ellos sino una democracia? ó por mejor decir, asegurando, como lo hace Febronio, que el gobierno de la Iglesia no debe ser monárquico; estableciendo por otra parte que no es aristocrático, y no pudiendo ser en toda razon democrático, se infiere que no quieren que haya ninguno.

que habian imprudentemente destrozado. ¡Tentativa inútil! Al punto se le hacia ver que no podia reclamar semejante autoridad sin condenarse á sí misma; y la impotencia absoluta de encontrar un punto de apoyo sobre las arenas movedizas de la Reforma, obligó á los espíritus consiguientes á atravesar rápidamente todo el Cristianismo para llegar al mismo término que la filosofía antigua, es decir, primero al Ateismo, y luego á la Indiferencia, que encierra en sí todos los errores juntos, porque escluye á la vez todas las verdades.

Entonces se verificó en las ideas una revolucion igual á la que acaeció en Roma hácia los fines de la República: se dejó de pensar en la Religion como en una cosa verdadera, por considerarla solo bajo un punto de vista puramente político. Se hizo de ella una institucion de Estado sometida en un todo á la cabeza de él, aun en lo tocante al dogma. Se habian negado á creer el cristianismo bajo la garantía y autoridad de Dios, y se llegó á no creer en Dios sino bajo la autoridad del Rey. "Sí, cuando el Sobera-»no ha sancionado un Símbolo, es una in-»moralidad, é impiedad, dice un célebre fi-»lósofo inglés, negar ó poner en duda la

»autoridad divina de una línea, ó de una »sola sílaba de este Símbolo; puesto que el »testimonio y la autoridad de las leyes son »la única garantía que tenemos contra el »error (1)." Igual es el modo de pensar de Hobbes; segun él, los cristianos estan obligados á obedecer á las leyes de un príncipe infiel, aun en materia de Religion: "el »pensamiento, dice, es libre: pero en lo que »toca á la confesion de la fé, la razon parti»cular debe someterse á la razon general, ó »al Soberano, que está en lugar de Dios (2)."

No es posible confundir mas entera y completamente el orden político y religioso, ni mostrar mayor indiferencia por la verdad. Se conocia la necesidad de un culto, y por consiguiente de una autoridad que le defendiese contra la inconstancia de las opiniones; pero como no se conocia otra autoridad esterior que la autoridad humana, ó la fuerza, se hizo al depositario de la fuerza pública el árbitro independiente y supremo de la fé. Las pasiones y el interes se formaron una Religion como se habian da-

---

(1) Lord Shaftsbury's Characteristics, volum. 1, páginas 231, 360.

(2) Leviathan, pág. 238.

do una constitucion (*); y la Religion no fue ya mas que un artículo de esta constitucion: una especie de contrato entre el Pueblo y el Soberano, en que el pueblo estipulaba su esclavitud religiosa, en cambio de la parte que se tomaba de la libertad política. Digo *esclavitud*, y dígolo con toda reflexion, porque la *esclavitud* consiste no en la obediencia á la autoridad, en la que por el contrario estriva la sola libertad verdadera, sino en la sujecion á una autoridad falta de todo derecho.

Luego que la Religion llegó á ser una simple institucion política, y la fé una ley del Estado, debió mirarse como un enemigo del Estado y un rebelde á las leyes á todo el que profesase públicamente una fé diferente. De aquí las persecuciones que padecieron los disidentes en Inglaterra, persecuciones puramente políticas por su naturaleza; porque notad la diferencia: la Iglesia, sociedad espiritual, y que no considera las diversas religiones sino bajo un aspecto espiritual, es de-

(*) ¿Lo veis? las pasiones y los intereses forman esas constituciones, no el amor y el bien de los pueblos: todo por el Pueblo, y bajo el nombre del Pueblo, decia Bonaparte, pero nada para el Pueblo.

cir, como verdaderas ó falsas, es soberana y absolutamente intolerante con los errores, pero no impone contra las personas mas que penas espirituales. Al contrario el poder político, considerando á la Religion bajo un respecto independiente de su verdad, es sumamente tolerante con los errores, y reserva toda su severidad para las personas, porque no puede conocer mas que los delitos esteriores ó las acciones estrínsecas. Así es que las leyes en Inglaterra no declararon por falsas tales ó tales doctrinas; pero privaron de los derechos civiles á los seguidores de tal ó tal culto, y condenaron á las personas convencidas de haber ejercido estos cultos proscriptos, á la prision, al destierro ó la muerte; penas todas puramente civiles.

Sin embargo, la indiferencia por la verdad que formaba el fondo de estas leyes, protegió cada dia mas contra el rigor de ellas á las sectas nacidas del protestantismo, las cuales todas participaban mas ó menos de la misma indiferencia. Hermanas, por decirlo así, de la Religion establecida, se asemejaban en sentimientos é intereses comunes, mientras que la Religion Católica, igualmente opuesta á cada una de ellas, las tuvo á todas por enemigas, y acabó por llevar sola sobre sí

todo el peso de una legislacion opresiva. Lo mismo habia sucedido al cristianismo bajo los emperadores, los cuales le proscribieron rigorosamente á causa de su incompatibilidad con la religion del imperio, y toleraron los cultos idólatras, porque fundados éstos sobre un mismo error, no se escluian mutuamente. Paralelo vergonzoso, y no menos indisputable, porque ¿cómo se podrá contestar su exactitud cuando se ve á la Inglaterra prescribir minuciosamente á sus agentes en el Canadá medidas odiosas de persecucion contra la Religion Católica, y al mismo tiempo garantir, afianzar y asegurar por un tratado solemne á los habitantes de la isla de Ceylan la libertad de la idolatría? ¿autorizar y asistir por sus embajadores á las ceremonias religiosas de estos pueblos, y ofrecer dones sacrílegos á sus divinidades?

Una nacion, á quien un escándalo tan afrentoso no ha arrancado un grito universal de indignacion y de horror, no es ya una nacion cristiana: toca en el último término de la indiferencia religiosa, y he aquí lo que la preserva del fanatismo de la impiedad. Por lo demas, creciendo siempre la indiferencia, debilita progresivamente la intolerancia política, y tarde ó temprano triun-

fará de ella. Este momento será el de la tan deseada época de la emancipacion de los católicos. El comun, ó la masa de la nacion indiferente á todos los errores, será tambien muy pronto indiferente á la verdad; y á fuerza de despreciarla, vendrá á tolerarla. La opinion lo ha hecho ya casi todo en este punto; y solo el gobierno resiste, y se sabe bien el por qué. La existencia de la iglesia anglicana está ligada con la constitucion del Estado; el gobierno tiembla colocar su Religion facticia delante de una religion verdadera. Será necesario al fin que se resuelva á ello, porque este acontecimiento es indispensable. Una política penetrante, cauta, previsiva, tal vez lo aceleraria, en lugar de retardarlo. Por otra parte es fácil de percibir que esto no podia dejar de ser ventajosísimo á la Inglaterra. Víctima hoy de esa codicia devoradora, que jamas deja de apoderarse de las naciones cuando caminan á su ruina, despliega una inquieta y prodigiosa actividad, que á algunos parecerá vida, pero que en realidad solo puede llamarse así en el sentido que lo es una calentura, ó como lo son las contracciones de un cuerpo que se galvaniza. Está muerta en sus costumbres, y al primer golpe imprevisto que llegue á herir

su riqueza, veremos con asombro este gran cuerpo, que se suponia tan vigoroso, espirar de debilidad despues de algunas convulsiones. Existen sin embargo en este pueblo semillas de regeneracion; pero no se reanimará sino por la creencia. Siendo nula hoy bajo este respeto (1) la Religion establecida, la Inglaterra debe elegir entre el fanatismo de algunas sectas turbulentas, y la Religion Católica; es decir, entre opiniones que despues de haberla agitado por algun tiempo, la traerian al mismo punto en que se encuentra al presente; y una doctrina estable, severa, porque es perfecta, eminentemente conservadora, porque es eminentemente verdadera, y la única que puede salvarla á un tiempo de la lenta disolucion de la indiferencia, y de las turbulencias desastrosas en que la precipitarian infaliblemente los errores anárquicos de las sectas independientes.

El resto de la Europa, á escepcion de

---

(1) Warburton, que murió obispo de Glocester en 1779, se horrorizaba de la suerte que preparaba á la Inglaterra la anarquía de las doctrinas de que se veia hecha presa. "¿Qué será, decia, y en qué vendrá á parar esta »pobre nacion situada, á la manera de un cuerpo de tro»pas entre dos fuegos, entre el furor de la irreligion y »el furor del fanatismo?» *Warburton's Letters*, pág. 47.

algunos paises católicos, padece interiormente la misma enfermedad. Por todas partes la indiferencia para con la verdad conduce al sistema de la *libertad* é *igualdad* religiosas. Este sistema se desenvuelve aun en muchos paises con mas rapidez que en la Inglaterra, porque no tiene que vencer la barrera de las leyes y de la constitucion política. Se confiesa, es verdad, que es necesaria al pueblo una Religion, pero una Religion cualquiera: importa poco que sea esta ó aquella; se le deja la eleccion; y para que se decida mas *libremente*, se le presentan todas con igual respeto, ó diremos mas bien, con igual menosprecio. Los gobiernos, si hay alguno aun que mire como cosa importante las doctrinas, en vez de procurar servirse y auxiliarse de ellas y sostenerse con ellas, toman de su cuenta el neutralizarlas recíprocamente por una mezcla ingeniosa. Deslumbrados igualmente que sus súbditos, y mas que sus súbditos, por las luces del siglo, no parece sino que se complacen en agitar sobre los pueblos la antorcha de la sabiduría moderna, á cuya luz nada hay que no parezca indiferente ó falso, empezando por sus mismos derechos. No parece sino que se figuran que los hombres serán mas dóciles y menos sediciosos é

inquietos, cuando lleguen á quedar sin accion
las creencias. Ni aun siquiera se les ofrece
que la obediencia á la autoridad, aun á la ci-
vil, cuando no es el resultado de la violencia
es el mayor esfuerzo de la fé. Si pudiese ha-
ber alguna cosa ridícula ó mirarse como tal
cuando la suerte de las naciones está com-
prometida y espuesta al mayor peligro, lo
sería ciertamente ver á esos absurdos despre-
ciadores del sentido comun y de la esperien-
cia, prodigando su *proteccion* á todas las es-
travagancias llamadas religiosas que han de-
gradado al género humano, y formando co-
lecciones de cultos como se pudiera hacer de
cuadros y pinturas en un museo. Gracias á
esta nueva invencion, la religion pública no
es mas que la reunion de todas las religio-
nes particulares. Se pagan ministros que en-
señen que Jesucristo es el Salvador del mun-
do, y se pagan otros que lo nieguen: el sa-
cerdocio envilecido y puesto como un me-
nor, bajo la tutela *ó tutoría* de la adminis-
tracion, depende de los caprichos del último
comisionado, ú oficial de ella: y mientras
que entre los paganos no habia un templo
que no tuviese sus rentas sagradas, ni una
divinidad á la cual sus adoradores no hubie-
sen hecho en alguna manera independiente,

dotando sus altares, el Dios de los cristianos; admitido á duras penas á un salario provisional, figura todos los años en un presupuesto vilipendioso, como un asalariado del Estado, esperando sin duda que llegue el momento de reformarle.

Sonríase en horabuena la política del siglo complacida y satisfecha de este sublime resultado de sus máximas; vanagloríese de la paz que ha sabido establecer entre religiones enemigas: gemimos, pero no nos sorprendemos. Paz, una profunda paz reinaba tambien en los lúgubres campos en que Germánico encontró confundidos los huesos de los germanos con los de los soldados de Varo.

Contemplad la sociedad; solo observándola viva y atentamente, es como se puede únicamente apreciar en justicia el sistema filosófico que tanto se celebra. La Religion, como creencia, se estendia á todas partes, y hoy en todas se hace sentir su falta. Estaba en el gobierno para velar sobre los intereses del pueblo, y protegerle contra los abusos del poder ó de la tiranía; estaba en el pueblo para velar sobre la perpetuidad del gobierno, y escudarle y protegerle contra las pretensiones de la multitud, ó la anarquía: de donde resultaba que el gobierno era á un tiempo sua-

ve y fuerte, y el pueblo libre y sumiso. Mas apenas la Religion dejó de mirarse como una creencia divina, cuando los gobiernos y los pueblos puestos como en una especie de estado de guerra, porque el poder sin contrapeso propende al despotismo, y la obediencia sin seguridad á la rebelion, se han visto obligados á pedirse garantías mútuas, y buscar su seguridad en *pactos* ilusorios, ilusorios sí, pues que sus infracciones no tienen otro juez que las partes mismas. Tal es la causa que ha producido en Europa esa multitud de constituciones medio monárquicas, medio republicanas; verdaderos tratados temporales, armisticios entre el despotismo y la anarquía.

La Religion era aun en las naciones como un resorte, y un manantial de energía patriótica, donde la sociedad bebia en los momentos de crisis una fuerza infinita de resistencia y de conservacion. Lo que ha pasado en nuestros dias en la España lo hace bien sensible: nunca se olvidará, no, aquel grito generoso inspirado por su catolicismo á todo un pueblo: *muramos por la justa causa* (*). Y los nobles

---

(*) Para desengaño de los enemigos de la Religion, y de nuestra España, no podemos menos de añadir á este pasage de La Menais otro no menos interesante de Mr. Clausel

esfuerzos de este pueblo *fiel*, y católico, por conservar su independencia, esfuerzos que coronó la victoria, y debia necesariamente coronarlos, son mas notables aun por el con-

---

de Conserges, miembro de la Cámara de los Diputados de Francia, y confirmado por Mr. Bignon, de igual clase, en el que, á pesar de la rivalidad eterna de nuestras glorias, la verdad triunfa de la envidia y de las preocupaciones mas envejecidas. Mr. Clausel, despues de haber manifestado en sus *Observaciones sobre la Revolucion de España*, dadas á luz el año de 1823, que la Religion y el amor al Rey y antiguas instituciones ha sido el movil de su heroicidad desde el año de 8, escita la cuestion siguiente: *¿Cuál fuera el estado de la Europa si los Españoles (en vez de haber conservado con todo su vigor aquel espíritu de cristianismo, que hace que se tenga en nada el perder la vida, cuando se trata de conservar la Religion), corrompidos y relajados por el epicureismo moderno, hubiesen quedado sujetos al dominio de Bonaparte, y le hubiesen entregado sus hijos para hacer la guerra á la Europa?* La contestacion es bien sencilla; Bonaparte hubiera tenido para atacar á la Prusia, á la Austria y á la Rusia los seiscientos millones que gastó en la guerra de España, y otra cantidad á lo menos igual que hubiera impuesto á aquel reino, los seiscientos mil hombres que alli perecieron desde 1808 hasta 1814, y otros tantos á lo menos que hubiera podido sacar de la Península en aquellos seis años. Mr. Bignon ha demostrado muy bien cuales fueron los resultados de la resistencia de España al nuevo *Atila*.

Si despues de la dilatada lucha que ha sostenido durante veinte años el gobierno británico (dice este diputado), ha quedado dueño del campo de batalla, ¿á quien lo debe? ¿á su política, á sus tesoros, al continente entero? No; á un aliado solo, á la *nacion española*.

traste de debilidad, ó pudiera decirse cobardia de algunas otras naciones. Así es como la Religion, obligando al hombre á obedecer al poder ó autoridad, asegura la libertad de los

---

La Prusia, despues de una empresa temeraria (en 1806), fue aniquilada..... El palacio de Federico II podia ser aun por mucho tiempo un cuartel general frances. ¿Quién será pues el que intercederá por la Prusia? Una potencia que *no negocia sino con la espada en la mano*; *la España, la España sola*, obligando á los franceses á llevar ciento cincuenta mil hombres á la otra parte del Pirineo. El territorio prusiano queda desocupado, Federico Guillelmo vuelve á su capital: ¿quién lo restituyó á ella? *La nacion española.*

Cuando Napoleon, admirado de los pocos progresos de sus generales, trató de dar en persona un golpe decisivo á aquella nacion, cien veces vencida y siempre invencible, el gabinete austriaco (en 1809) calculó que se le ofrecia una ocasion favorable á sus designios. La division de las fuerzas de la Francia multiplica las probabilidades de su buen éxito. Era ya una gran ventaja el sacar á Napoleon de España, y prolongar aquella guerra devoradora. Napoleon se separa rabioso de las orillas del Manzanares, y corre á las del Danubio; pelea y vence; está en Viena por segunda vez. Todos los obstáculos se allanan, prodígale la victoria sus laureles en los campos de Wagram; se detiene y negocia. Estando en su mano estender mas allá sus conquistas, solo anhela firmar la paz. ¿Cuál es la fuerza superior que le inspira tan repentinamente esta moderacion inesperada? ¿Quién salva á la Austria del enojo de un enemigo vivamente ofendido? *El mismo auxiliar que salvó á la Prusia, la nacion española.*

Una guerra vastísima conduce á Napoleon á Moscow; el vencedor de Smolensko y de la Moscowa vuelve fugitivo

pueblos; cuando la incredulidad, cuyo último término es la indiferencia, destruyendo el principio de la sumision y de la obediencia, dispone á la esclavitud, y tarde ó temprano nos conduce á ella.

La Religion intervenia como árbitra y legisladora en todas las transacciones sociales. El matrimonio la debia su santidad; y despues de haber afirmado y consagrado el fundamento de la familia, la conservaba por una prudente armonía de autoridad y dependencia. Todas las instituciones tomaban de élla algo de moral; mas como la autoridad es

---

á Paris, como Gerges á Persépolis..... ¿Dónde estan pues aquellas huestes aguerridas, cuya presencia le volveria su dominacion pasada sobre la Alemania y la Polonia? ¿Quién las detiene, quién las ocupa, *cuál es el enemigo infatigable* que batieron ayer y las desafia hoy á nuevos combates? *¿quién salva en fin á la Rusia, como á la Prusia y á la Austria? La nacion española.*

La lucha que se ha empeñado en España no ha sido contra un gabinete, pero sí contra una nacion; solo allí ha sido negado á nuestras armas un triunfo definitivo. Si reinára Napoleon, todas las potencias del Continente estarian aun á sus pies, y la Inglaterra hubiera sufrido por segunda vez la paz de Amiens, si limitándose á unas guerras de gabinete contra gabinete, y de egército contra egército, no la hubiese declarado al carácter *moral* de una nacion.

El carácter moral de la España es, como lo hemos demostrado en todas las partes de este escrito, una adhesion

necesaria donde quiera que hay reunion de seres semejantes, así en la mas pequeña escuela como en el mas vasto imperio ennoblecia la obediencia por motivos sublimes. ¡Cosa admirable! Substituia la veneracion á la envidia, mostrando la imágen de Dios en todo lo que participaba de su poder. El espíritu de caridad, que le es propio é inseparable, aproximaba las clases sin confundirlas, y los beneficios y la gratitud formaban los dulces vínculos que las unian. De

---

invencible á la Religion. Esta nacion se ha visto sorprendida otra vez en 1820 por un egército revolucionario, formado en gran parte de todos los foragidos de Europa, atrincherado en aquella inmensa Península, y amenazando ó insultando desde allí á todas las monarquías. Si la Religion no hubiese conservado su influjo en España, y que el pueblo hubiese obedecido á los revolucionarios, se hubieran necesitado las fuerzas de todas las potencias del Continente para combatirlo, y con las inteligencias que tienen los *liberales* en todas partes, ¡cuán difícil y sangrienta hubiera sido esta lucha, y á cuantos riesgos hubiera espuesto á la Europa!

La Providencia parece haber permitido, para que no quepa duda de que la Religion es el único movil de la resistencia de la España, que en las dos guerras contra la revolucion, mandada por Bonaparte diez años atrás, y ahora por las Córtes, los grandes de aquel pais hayan como renunciado á su derecho natural de ser los caudillos del pueblo, y que el egército de la verdadera España no haya podido titularse sino el *Egército de la Fé.*

este modo, desprendiendo al cristiano de los intereses temporales, unia y ligaba estrechamente al hombre con el hombre, las familias con las familias, generaciones con generaciones, pueblos con pueblos. ¿Y qué es lo que hemos visto suceder á este dichoso estado? En el matrimonio, una disolucion brutal, el vínculo conyugal aniquilado, y transformado en un convenio temporal y transitorio; la anarquía en las familias, la oposicion y resistencia á la autoridad en los inferiores, la insensibilidad y dureza en los grandes, y en todos el egoismo; la mala fé en los contratos, el menosprecio sacrílego de los juramentos, la discordia de los ciudadanos, y ódios de pueblo á pueblo, que nos recuerdan las épocas mas horribles de la historia.

La Religion, en fin, existia en los individuos particulares como un freno; sin este, las acciones á que no podia alcanzar la ley, han quedado sin mas regla que las pasiones. Toda la moral se ha escrito en las páginas del código criminal; moral horrorosa, cuyo ministro es el magistrado, y su defensor el verdugo. La distincion de lo bueno y de lo malo comienza al pie del cadahalso, y allí solamente es donde acaba el dominio de

la indiferencia. Han dicho al hombre que la Religion es una invencion de hombres, y al punto todo le ha parecido invencion humana, hasta la sociedad, y la justicia misma; y conociéndose bastante grande y elevado para no obedecer sino á Dios, ha desechado desdeñosamente el yugo del hombre. Desde este instante las leyes no han sido para él sino obstáculos, y obstáculos débiles é ineficaces; porque si no se puede huir de la conciencia, se puede escapar de la ley, y la esperanza de conseguirlo, y burlar su vigilancia, es tan fundada, que sin el temor de la otra vida, sería una locura el dejar de poner los medios. La prudencia está únicamente en proporcionar y valuar el riesgo con el interés. De este modo no solo han desaparecido, y se han desvanecido las virtudes, sino que tambien el crímen (me horrorizo en decirlo) el delito, sin llevar ya consigo la infamia, ni remordimientos, no es mas que una simple combinacion de probabilidades, una especulacion vulgar, un cálculo, menos aún, un juego con que la niñez entretiene su ociosidad, y viene á hacerse en ella un hábito, antes que las pasiones la hagan una necesidad.

Tal es el efecto de la doctrina, cuya

historia acabo de bosquejar. El mundo la ha visto dos veces, y la última con un carácter mucho mas peligroso, estender sus estragos en las naciones enervadas y seducidas. Hace diez y ocho siglos que desapareció á la presencia del cristianismo cuando él estaba aún en su cuna, y de nuevo desaparecerá otra vez delante del cristianismo plenamente formado y desenvuelto, ó la sociedad y el género humano desaparecerán delante de ella.

CAPÍTULO III.

Continuacion de la misma materia.

Vimos en el capítulo anterior que el sistema, cuyo orígen y efectos hemos presentado, es un sistema funesto; vamos ahora á probar que es ademas un sistema absurdo.

Sin Religion no hay sociedad: la filosofía lo confiesa; ¿pero qué infiere ella de aquí? Que pues la sociedad no ha podido establecerse y conservarse sino con el auxilio de las creencias religiosas, los legisladores son los que inventaron la Religion. Preguntadla ¿quién son esos legisladores á quienes es

deudor el género humano de una invencion tan importante? No lo sabe. Decidla que señale siquiera un pueblo, en el cual se haya visto comenzar la Religion, ó asigne la época poco mas ó menos de este maravilloso descubrimiento: no se estienden á tanto sus conocimientos históricos. Por mucho que se remonte, encuentra siempre una fé y un culto anteriores, y todos los monumentos de la antigüedad se reunen para desmentir sus conjeturas.

Podríamos contentarnos con esto, y decirla: tú sostienes un hecho nuevo, un hecho contrario á todos los documentos de la historia, y á la tradicion del mundo entero: una simple asercion no basta para trastornar ese conjunto poderoso y autorizado de testigos: es necesario alguna cosa mas; se necesitan pruebas; ó dadlas, ó callad.

¿Qué podria replicar á quien le hablase de este modo? La que se gloría de no deferir, ni respetar autoridad alguna, ¿exigiria que nos sometiésemos ciegamente á la suya? Los anales de los pueblos estan tambien en nuestras manos; lo que ha leido en ellos, podemos tambien nosotros del mismo modo leerlo: muéstrenos pues la página en que está escrito: *en tal año se inventó Dios.*

¡Estravagante lógica en verdad la de esta filosofía! "Esto es así porque yo lo afirmo, » y yo lo afirmo porque me parece que no pue» de ser de otro modo:" ¿no es en verdad una demostracion poderosa? ¡qué lástima! Pero el desprecio se aumenta cuando se examinan de cerca los incoherentes delirios que nos da por cosas sentadas y evidentes. ¿Cómo, pues, no vé que antes que hubiese legisladores habia ya hombres reunidos, y por consiguiente sociedades, y por una consecuencia necesaria, como ella misma lo confiesa, una Religion? La sociedad es el estado natural, y *necesario* del hombre, pues fuera de la sociedad no puede ni reproducirse ni conservarse. Luego la Religion, sin la cual no puede existir la sociedad, es *necesaria* como la sociedad misma; luego no es una invencion humana. Á la verdad, el hombre puede desechar la fé y creencia antigua, y abrazar otra nueva. Ciertas religiones pueden variar en lo que tienen de arbitrario, sea en bien ó en mal, con ventaja ó detrimento del órden social; pero el fondo ha subsistido siempre, pues sin él la sociedad hubiera carecido de una condicion necesaria á su existencia: pero estos filósofos que impugnamos discurren como el fisio-

logista, que de la necesidad del aire para dar accion y movimiento á los pulmones y vida al cuerpo humano, concluyese que los hombres han inventado el aire.

Es verdad, y yo lo confieso, que los legisladores antiguos se prevalieron de las creencias antiguas para imprimir á sus leyes una especie de consagracion divina; pero si la Religion no hubiera sido mas que una parte de estas mismas leyes; si no las hubiese precedido ¿cómo hubiera podido darlas la autoridad y sancionarlas? La necesidad de las leyes es manifiesta y conocida por todos los hombres; y sin embargo ¿los legisladores, en vez de apoyarse sobre esta necesidad palpable, habrian ido á buscar fuera de la razon humana un absurdo para formar de él la base del órden social? ¿quién lo podrá creer?

Por otra parte, no debemos figurarnos que el hombre pueda mudar con una palabra las ideas de los otros hombres. No se concibe, es cierto, que un pueblo pueda subsistir sin Religion; pero si la Religion es falsa (ó en otros términos) si no es mas que una invencion de la política, es mas dificil aún de concebir que haya podido establecerse y perpetuarse en todos los pueblos, sin esceptuar nin-

guno. No hay egemplo alguno de un error adoptado de este modo universalmente, y sobre todo de un error que contraríe á las pasiones: esto tiene tal oposicion con la naturaleza del hombre, que sería mas facil comprender la adopcion general de una lógica errónea, pues á lo menos esta no hallaria oposicion en las inclinaciones del corazon.

Notad de paso que mientras las leyes, igualmente que las formas de gobierno, variaban casi al infinito, los dogmas fundamentales de la Religion son siempre, é inmutablemente, y en todas partes los mismos. ¿Reconoceis acaso en esta asombrosa uniformidad el carácter de una invencion humana? El error es arbitrario: por eso las religiones, en lo que tienen de falso, ni se asemejan ni convienen unas con otras, antes se contradicen; pero hay ciertos puntos que son comunes á todas: ¿y cuál es la causa? esplíqueseme esta maravillosa concordia y uniformidad entre inventores enteramente desconocidos unos de otros. ¿Se dirá que con el pensamiento de servirse de él para el establecimiento del órden social, un mismo error casualmente ha caido en el espíritu de los legisladores de todos los paises y de todos los

siglos? ¡Casualidad estraña, á la cual debemos la sociedad! Pero la casualidad en substancia nada significa, y ciertamente no se admitiria como causal, ni nadie quedaria satisfecho, si pidiendo razon de la geometría, se respondiese que la casualidad habia hecho que los inventores de esta ciencia en los diversos pueblos, tuviesen la misma idea de la estension, de la magnitud, y de las figuras, y les atribuyeran las mismas propiedades. La cuestion queda siempre en pie, y jamas se resolverá, sino suponiendo una tradicion general mas antigua que los legisladores; es decir, una Religion anterior á las instituciones humanas y á las leyes positivas.

La historia, el raciocinio, la esperiencia propia y la de nuestros semejantes, todo nos reduce á esta conclusion. La Religion es tan natural al hombre, que acaso no hay en él un sentimiento mas indestructible. Aun cuando su entendimiento la repele, todavía queda en su corazon un no sé qué que se la recuerda, y trabaja por conservarla; y este instinto religioso que se encuentra en todos los hombres es uno mismo en todos ellos (1). Entera-

---

(1) Nada decimos aquí que la filosofía antigua no ha-

mente á cubierto de los estravíos de la opinion, nada le desnaturaliza ni le altera. El pobre salvage, que en los bosques desiertos del nuevo Mundo adora al gran Genio, no tiene sin duda una idea tan clara y tan estensa de la divinidad como Bossuet, pero tiene el mismo sentimiento. ¡Ah! ¿Y qué? ¿está en el poder de las leyes, ni alcanzan

---

ya formalmente confesado, y de que no haya inferido de buena fé la consecuencia natural. Hay verdades tan poderosas, que pocos espíritus tienen la triste fuerza de resistir á ellas. "Una prueba indestructible de la existencia de los dioses, decia Ciceron, es que no hay pueblo tan bárbaro, ni hombre tan embrutecido que no tenga el sentimiento de la divinidad. Es cierto que muchos engañados por costumbres viciosas se forman ideas indignas de los dioses; pero sin embargo todos creen que hay un poder y una naturaleza divina. No es esta una opinion que los hombres se hayan comunicado unos á otros por el discurso, ó que se hayan convenido en adoptar; ni una opinion afianzada por las instituciones y las leyes. En todas materias el consentimiento unánime de los pueblos debe mirarse como una ley de la naturaleza." *Firmissimum hoc afferri videtur, cur Deos esse credamus, quod nulla gens tam fera, nemo omnium tam sit immanis, cujus mentem non imbuerit Deorum opinio. Multi de Diis prava sentiunt: id enim vitioso more effici solet: omnes tamen esse vim et naturam divinam arbitrantur. Nec verò id collocutio hominum, aut consensus efficit, non institutis opinio est confirmata, non legibus. Omni autem in re consensio omnium gentium, lex naturæ putanda est.* Tuscul. lib. I.

éstas á crear sentimientos, y sentimientos universales é invencibles? ¿Qué pensaríamos de un hombre que con toda seriedad viniese á decirnos: el género humano vivia disperso por los bosques: nadie pensaba mas que en sí, ni amaba mas que á sí mismo: entre el padre y los hijos no habia vínculo alguno moral, ni afecto recíproco, ni sociedad durable; el legislador inventó el amor paterno y el reconocimiento filial; y de aquí se formaron las familias?

Mas aun cuando nos desentendiésemos de estos absurdos, se nos presentaria otra multitud de ellos. Quitad la Religion, y queda destruida toda moral obligatoria; y en efecto, los filósofos, así antiguos como modernos, que han impugnado las verdades fundamentales de la Religion, han trastornado al mismo tiempo los principios fundamentales de la moral. Los inventores de la Religion seran tambien sin duda inventores de aquélla. Antes de ellos no habia justo, ni injusto; ni crímen ni virtud; nada era bueno ni malo en sí; alimentar á su anciano padre ó degollarle eran acciones indiferentes. (1) No, no: esta sola idea ofende

(1) Segun Hobbes "todo hombre por ley de naturale-

á todo hombre, y la conciencia al oirla da un grito horrorizada: ¿mas qué digo la conciencia? Si la moral no tiene fundamento alguno en la naturaleza de los seres; si, como

---

»za tiene derecho á todas las cosas y sobre todas las »personas; de manera que la condicion natural del hom»bre es un estado de guerra de todos contra cada uno, »y de cada uno contra todos: la razon persuade á cada »hombre que trate de sujetar, sea por fuerza, sea por »maña ó astucia, al mayor número posible de sus se»mejantes, y por todo el tiempo que no corra algun pe»ligro de parte de otro poder superior al suyo: las le»yes civiles son la única regla del bien y del mal, de »lo justo é injusto, de lo honesto, ó de lo que no es; »y así antes que existiesen estas leyes, todas las accio»nes eran indiferentes por su naturaleza." (De Cive, cap. 6. sect. 18. cap. 10. sect. primera cap. 12. *Leviathan*, páginas 24, 25, 60, 61, 62, 63, 71.) No creemos que Hobbes querria establecer directamente estas máximas monstruosas; pero debió ver que en buena lógica necesariamente se deducian de sus principios, y quiso mas bien admitirlas que no abandonar aquellos. Un primer error por lo comun arrastra mas allá de lo que se piensa á las personas que raciocinan. = (Thomas Hobbes nació en Malmesbury en 1588, fue ayo del conde de Devonshire; viajó con él por la Francia, é Italia, y con este motivo trabó conocimientos con Galileo y con Descartes: habiendo escitado un ódio general sus obras de *Cive*, y *Leviatham* contra él en París, donde las publicó, se retiró á Londres, donde tuvo tambien que estar oculto por la misma causa. Murió el 1679 en Harvich á los 92 años, con tanta pusilanimidad como audacia habia mostrado en impugnar los dogmas mas sagrados. Algunos le pintan como buen ciudadano, y amigo fiel; pero todas es-

lo han dicho, y debian decirlo los que no ven en la Religion mas que una institucion política, ella no se apoya ni estriba mas que en las leyes ó voluntades arbitrarias, la conciencia misma no es mas que una preocupacion, una creacion del legislador. No hubo pues conciencia, ni moral, ni Religion hasta que á este legislador desconocido le ocurrió el inventarlas. ¿Y hay hombres que pongan su gloria en persuadir locuras tan inconcebibles? Deberian á lo menos conocer que no les está bien tachar de crédulos á los demas.

Pero no paran las cosas aquí. El sistema que examinamos supone por una parte la falsedad de la Religion, y por otra su necesidad para la conservacion del órden social. Y bien, la Religion no es útil sino en tanto que se la cree: es preciso pues ó que todos los miembros de la sociedad crean la Religion, ó que no sea necesaria sino á una parte de los miembros de ella. Y como sería una

---

tas cualidades se concilian mal con la reputacion de ateista que se adquirió, y la cualidad de impío que no se le puede negar. Es mirado como uno de los corifeos de la moderna secta filosófica, y no le podian faltar elogios: fue célibe, pero como sucede en los que no lo son por Religion, vivió como un libertino, abandonado á las mugeres: ¡tales son los héroes de la filosofía!

contradicion manifiesta que los que tienen por falsa á la Religion la crean, es forzoso establecer como principio, que la Religion no es necesaria al pueblo: principio, por confesion de Condorcet (1), destructivo de toda Religion, y que incluye mas inconsecuencias de las que se pudieran decir ni estamparse en un volumen.

Y desde luego, en el lenguage filosófico, todo el que cree, aunque sea el gefe mismo del Estado, es *vulgo* y *pueblo*; luego cuando se sostiene que la Religion no es necesaria mas que al pueblo, es como si se dijera que es necesaria á todos los hombres, fuera de aquellos que no la creen: de donde se sigue que si nadie la cree, á nadie será necesaria. A la verdad, no es facil de comprender como en este caso no dejaria de ser indispensable á la sociedad; pero este es un misterio, cuyo secreto no se ha dignado la filosofía revelarnos aún, y que parece destinado á egercitar por largo tiempo aún la fé de sus *adeptos* é iniciados.

---

(1) "Toda Religion que se permite defender como una »creencia que es útil dejarla al pueblo, no puede esperar „otra cosa que una agonía mas ó menos prolongada." *Esquisse d'un tableau des progrés de l'esprit humain.*

En segundo lugar, la Religion no se dice necesaria al pueblo mismo, sino porque es la base de las obligaciones y deberes, y la regla de las costumbres. ¿Y qué? ¿el filósofo se creeria independente bajo estos dos respectos, ó habria hallado á la moral otro fundamento? Yo sé que le han buscado con un ardor igual al interes que se figuraban tener en descubrirlo; pero sé tambien lo que pensaba Rousseau de esta vana tentativa, que no tuvo jamas otro fin que el interes particular. Él como filósofo conocia bien á fondo á sus cohermanos; y puedo por consiguiente con toda confianza apoyarme en su testimonio y autoridad sobre un punto en que seguramente no es sospechoso de preocupacion. Ó tú, que sobre la palabra de algunos sofistas, te imaginas que es lo mejor *no creer nada*, pero cuya alma generosa y honesta mira todavía con algun aprecio á la virtud, conserva bien en la memoria, y nunca olvides estas palabras del autor del Emilio. "No entiendo cómo se pueda ser virtuoso sin Religion. »Por mucho tiempo seguí la opinion contraria, de la que ya estoy bien desengañado." (1)

---

(1) Lettres sur les spectacles.

En efecto, sin descender á los argumentos personales, es facil observar que los anales filosóficos no pueden en esta parte sostener la mas ligera comparacion con los anales religiosos. Si es pues alguna vez honroso separarse del pueblo, al menos no lo es cuando con la Religion se le abandona la virtud.

Mas concedamos por un momento que el interes bien entendido, ó cualquiera otro motivo de esta clase supla en ciertos individuos la falta de los preceptos obligatorios de una moral divina y la conciencia: quiero suponer en fin, que la Religion no sea realmente necesaria mas que al pueblo: pues por solo este título debe ser la ley mas sagrada de todas, pues que es la mas importante de las instituciones. Combatirla, impugnarla, desquiciarla, arruinarla en el espíritu de los hombres es minar el Estado por los cimientos, es hacerse reo del enorme crímen de lesa sociedad *in primo capite.* Y bien, entre los filósofos que admiten la necesidad política de la Religion, ¿cuántos hay que no trabajen con todas sus fuerzas, cada uno segun su carácter, y los medios que les son posibles, los unos por escrito, otros de palabra, y todos con su egemplo, en desacreditar la Religion, y propagar la incredulidad hasta en las últi-

mas clases del pueblo? (*) Que *miren con lástima*, como el sabio de Gibbon, *los errores del vulgo*, es una consecuencia natural de sus mismos errores; mas para ser consiguientes

---

(*) Es cosa que pasma la incansable actividad de la filosofía de nuestros dias en pervertir los ánimos. Si sus mismos hijos en su delirio no lo confesasen, se diria que se inventaba para calumniar. No son ya los tres millones y mas de libros impíos, é inmorales que ha puesto en circulacion en estos últimos años, lo que asombra mas, es ese amaño propiamente diabólico de acomodarlos á todas las clases, reduciéndolos á compendios, sumarios, estractos, piezas sueltas de cuatro y cinco cuartos para que no haya quien no las pueda comprar. "En 10 años se han hecho en Francia *treinta y cinco* edi»ciones de Voltaire, una con otra de á dos mil ejempla»res. Así, dice el escritor liberal de quien toma este cál»culo la Gaceta de Leon (del 30 de abril de 1826), anda»rán en las manos de los hombres cuatro millones y dos»cientos mil volúmenes de Voltaire solo, que respiran en »cada página, en cada frase, en cada línea el horror al fa»natismo (es decir á la Religion), y á la opresion (es decir, »los tronos)."= Toda especie de materias, Religion, historia, derecho público, sátiras, comedias, melodramas, todo se trata, y todo se pone al alcance de los mas rudos con notas esplicativas de los pasages en que se pudiera echar de menos alguna claridad ó energía. Todas las obras de los tiempos del último término de impiedad de la revolucion francesa se han vuelto á reimprimir, y para propagar sus doctrinas, por desgracia muchos de ellos se dan traducidos en español. No parece sino que hay un designio formal de corromper los pueblos para disponerlos á la revolucion. Que antes de los desastres pasados viesen la luz pública las obras impías del siglo XVIII se concibe,

deberian, como el mismo sabio, *practicar con exactitud las ceremonias religiosas de sus antepasados, y frecuentar devotamente los templos de Dios.* Su sistema les obliga á ello: ¿mas con todo lo hacen así? Por el contrario, ¿no se avergonzarian de convenir, aun en la apariencia, con las opiniones del pueblo, y de disimular su menosprecio hácia los objetos de su respeto y de su fé? Su orgullo tendria mucho que sufrir si pensasen que se les podia confundir con la multitud de los fieles. Miran á éstos con desprecio, se separan de ellos con desden, se rien de su sencillez con bufonadas é irrisiones tan amargas como frecuentes; y ansiosos de ostentar una superioridad de talentos imaginaria, sacrifican de propósito á las vergonzosas ilusiones de un ciego amor propio el interes sagrado del Estado, y sus mismos principios;

[illegible] igualmente que los escesos de esta revolucion misma; pero que despues de ella y de tantos escarmientos se vean á sangre fria tomar los mismos medios, es lo que asombra. Si las mismas causas producen unos mismos efectos, ¡cómo se ha olvidado tan pronto que los libros impíos fueron los que prepararon los instrumentos de muerte con que fueron asesinados los cristianos y los sacerdotes, los ricos hacendados y comerciantes, los nobles y los Reyes!

de modo que, aun dado que no fuesen los hombres mas insensatos, todavía, juzgándolos por su misma doctrina, serian los mas inconsiguientes y malvados.

Mas aun cuando en obsequio del bien público renunciasen á su miserable vanidad filosófica; aun cuando consintiesen en mezclarse en nuestros templos con el vulgo, no podrian disimular bastantemente sus verdaderos sentimientos para que el pueblo no los conociese. No está en las manos del hombre el violentarse hasta este punto. Por mas que el incrédulo componga su esterior, mida sus palabras y modere sus movimientos, jamás se equivocará con un cristiano, y se le parecerá tanto menos cuanto mas rectitud y delicadeza conserve su alma; porque hay en la hipocresía un no sé qué de vil, que repugna invenciblemente á todo buen corazon. ¿Ni cómo el vago motivo de la utilidad general, que solo le toca indirectamente, alcanzaria del filósofo lo que la fé, aun con todas sus amenazas, premios y esperanzas, no alcanza siempre del fiel? Añadid á estas consideraciones el tédio, y la mortificacion inseparable de unas prácticas que se tienen por ridículas, el orgullo secretamente irritado. y no dudeis en manera alguna que el

desprecio interior, de que habla Gibbon, no se descubra bien pronto á su pesar en medio del *respeto aparente.* Al punto renacen los inconvenientes que acabo de esponer. El pueblo advertirá que se le mira como con lástima y desprecio, y no tardará en avergonzarse de una Religion que le humilla: y luego que se persuada que ella es la herencia de la imbecilidad y de la ignorancia, ¿pensais que le lisongeará mucho este patrimonio?

Filósofos: ¡ó hablad menos de la dignidad del hombre, ó respetadla mas! ¡Cómo! á nombre de la razon, exaltando con énfasis sus derechos imprescriptibles, condenais friamente á mas de las tres cuartas partes del género humano á ser el juguete necio de la impostura! Mostraos mas generosos para con vuestros hermanos; dejad que lleguen hasta éllos algunos rayos de esa luz, de cuya posesion tanto os jactais. Pero no está en vuestras manos el impedirlo; porque, observadlo, si se necesita tener virtudes, y por consiguiente fuerza para ser religioso, para ser incrédulo no se necesitan mas que pasiones, y por consiguiente flaqueza: el corazon se deja llevar por esta senda con todo el peso de su corrupcion. ¿Mas os imaginais que

abandonando la Religion al pueblo, y diciéndole que es un freno necesario para él, se apresurará á recibirle, dejándoos á vosotros las riendas? Verdaderamente, veo que eso sería de gran comodidad. Él se abstendria de gozar del mundo por vosotros, y vosotros gozaríais por él: pero en este cálculo ingenioso habeis olvidado dos cosas, que no eran de olvidar; á saber, el orgullo y la concupiscencia. Aun cuando fuese una opinion admitida que la Religion no es mas que un cebo, ó engaño con que se entretiene al pueblo, ¿quién querrá ser pueblo é imponerse obligaciones penosas para adquirir la lisongera reputacion de necio? Tomando cada uno por modelo la clase superior á él, tratará de ensalzarse y elevarse á ella no creyendo, y no dejará de repetir con un tono desdeñoso que la Religion es necesaria al pueblo. Los Grandes la dejarán con desprecio á los magistrados, los magistrados á la clase media, ésta á los artesanos, los artesanos á los simples menestrales y jornaleros, y éstos á los últimos mendigos ó pordioseros, cuyo menosprecio esperimentará tambien. Esta hija del cielo, semejante á aquellos mensageros divinos, de que se habla en nuestros santos libros, estrangera en medio de la sociedad,

y buscando en vano en ella un lugar de reposo, se verá reducida á sentarse sobre las piedras de las plazas públicas, rodeada de una multitud mofadora, que se avergonzaria de ofrecerle hospitalidad y asilo.

Apelo á la esperiencia: ¿qué es lo que ha introducido la irreligion en las chozas y cabañas? ¿el raciocinio? no, sino el egemplo contagioso, la vergüenza de parecer crédulo. Ésta, junta con la licencia de costumbres, es la verdadera causa de los progresos de la incredulidad. Y cierto que la filosofía es demasiado confiada si ha llegado á prometerse seriamente dividir el género humano en dos clases, de las cuales una creyese para seguridad de la otra, sin recibir mas premio que el desprecio, y la otra se riyera de lo que la primera respetaba por complacerla: una que no reconociese mas obligacion que satisfacer sus apetitos, y otra que renunciase á sus inclinaciones por obedecer á obligaciones quiméricas; de modo que de una parte se encontrase, juntamente con la independencia, todo lo que el hombre puede desear en la tierra; y de la otra, todo cuanto teme y aborrece, con la esclavitud de las preocupaciones, sin mas compensacion que el menosprecio. ¿No es en verdad una feliz y acabada combi-

nacion? ¡Qué delirio! sin embargo, esto es lo que se cree, y se admira con preferencia á la verdad. Pero la naturaleza, cuyas leyes no varían al gusto y capricho de las pasiones, refuta muy pronto de un modo terrible esas teorías que el orgullo humano quiere oponer al órden eterno. Aquí los hechos hablan, y bien alto, para hacerse oir de los mismos que cerrarian los oidos á la razon. Si hubiese alguno que tuviese la triste y miserable arrogancia de celebrarnos las religiones políticas en medio de las ruinas de la fé, de las costumbres, y de la sociedad, todas estas ruinas levantarian juntas á un mismo tiempo la voz para confundirle. Así la Religion es indispensable en su sistema, y admitiendo este sistema, la Religion no puede subsistir. Deduce tú, ó lector mio, y medita la consecuencia.

Pero concedamos á los indiferentistas políticos lo que pretenden; admitamos que la Religion es un error, la moral otro, y veamos lo que de esto se seguirá. Por su confesion misma, estos errores son necesarios á la sociedad. Ahora bien, el hombre no se conserva sino en el estado de sociedad; pues solo en el estado de sociedad se desarrollan y desenvuelven sus facultades intelectuales, se eleva sobre los bru-

tos por el egercicio de su razon, el cultivo de las ciencias, y la práctica de las virtudes. Por otra parte el error no existe necesariamente; pudo ser ó no ser inventado, y es solo el producto contingente de lo que se llama casualidad: luego es preciso inferir.

1.° Que la sociedad es un puro efecto de la casualidad, y que segun todas las apariencias y verosimilitud, el género humano debió perecer al nacer, pues que no ha podido perpetuarse sino con el auxilio de una invencion fortuita y casual, infinitamente menos probable que la de los globos aerostáticos; porque en fin, esta es la aplicacion de leyes ciertas é inmutables, cuando la primera no tiene conexion con cosa alguna real, ni otro fundamento que la imaginacion.

2.° Que segun las leyes de la naturaleza, que no son mas que la espresion de las verdades eternas, ó de las relaciones necesarias de los seres, la sociedad no debia establecerse, ni el género humano perpetuarse; y por consiguiente que la verdad es destructiva de la sociedad y del hombre.

3.° Que el desenvolvimiento ó desarrollo de estas facultades intelectuales, ó el egercicio de su razon, que solo tiene lugar en el estado de sociedad, es opuesto á la naturaleza, ó como

se espresa Rousseau, que "el hombre que »piensa es un animal depravado (1)."

4.° Que todo lo grande y noble que hay en el hombre, sus luces, talento, ingenio, sus virtudes son el producto del error: consecuencia tan absurda que el mismo Diderot sienta y establece como principio la proposicion contraria. "El error de derecho, dice, (ó »el error de la doctrina) influye en toda cria»tura racional y consecuente, y no puede de»jar de hacerla viciosa (2)."

5.° Que la perfeccion del hombre, y su existencia misma está fundada sobre la violacion de las leyes naturales; el conocimiento de la verdad en la persuasion del error; en fin.... ¿qué sé yo? porque los absurdos se complican y multiplican en términos que no es posible computarlos. Y sin embargo, es preciso ó admitirlos todos, ó renunciar á la lógica, ó abandonar el sistema de donde se deducen y derivan necesariamente. Y ¿habrá quien vacile en esta alternativa? ¿Es posible que la razon se condene voluntariamente al tormento de creer, no digo ya lo que no puede com-

---

(1) *Discours sur l'origine et les fondemens de l'inegalité parmi les hommes.*

(2) *Essai sur le Merite et la Vertu, part.* II. *sect.* 3.

prender, sino cosas cuya imposibilidad conoce claramente? ¿Qué hay en esta credulidad estúpida y degradante que pueda lisongear su orgullo? Cualquiera que en física imaginase una teoría fundada en contradiciones tan palpables, escitaria la risa y el desprecio general: ¿y es posible que las contradiciones muden de naturaleza, y se conviertan en pruebas, cuando se trata de trastornar las obligaciones y destruir la Religion? En el sistema que examinamos es imposible que la Religion sea verdadera; en el mismo sistema es imposible tambien que sea falsa: una de estas dos proposiciones es su fundamento, la otra su necesaria consecuencia: ¿qué diremos pues? ¿cómo desembarazarse y salir de este laberinto sino negando la razon misma, y transformando ó convirtiendo los absurdos en motivos de creencia? Soy cristiano, y me glorío en serlo; pero lo declaro espresamente, renuncio al cristianismo, desapruebo su doctrina en el instante que se me muestre que mi fé se apoya sobre una base tan humillante.

No puedo menos de ofrecer aquí al lector una reflexion, que le suplico medite seriamente. Al escribir este capítulo no me propuse, ni mi intencion ha sido probar la verdad de la

Religion; únicamente he querido refutar un sistema particular de filosofía; y por lo mismo la consecuencia inmediata de todo lo que se acaba de leer es, que la Religion es necesariamente verdadera, pues que es un absurdo evidente el suponerla falsa: tan cierto es, que no se puede pensar en la Religion, ni tratar de élla, ni considerarla bajo cualquiera aspecto, sin que su verdad brille de un modo tan admirable, claro y evidente, cual á veces no se podria esperar. Millares de caminos diferentes van á parar al mismo término, mil raciocinios diversos terminan en la misma conclusion; de suerte que en la casi infinita multitud de pruebas que concurren á establecer la verdad mas importante, no hay un solo hombre, por limitados que sean sus alcances y talento, que no descubra con facilidad la que le conviene, la que le estaba, por decirlo así, destinada por la Providencia, con tal que la busque, y no emplee todos sus esfuerzos en rechazarla.

Reasumiendo pues las reflexiones espresadas en este y el anterior capítulo, se vé:

1.° Que la doctrina de aquellos para quienes la Religion no es mas que una institucion política, únicamente necesaria al pueblo, es una doctrina destructiva de la sociedad, por-

que lo es de la Religion, sin la cual se concede, y se confiesa que la sociedad no puede subsistir.

2.º Que esta doctrina es absurda y contradictoria: en primer lugar, porque supone que no podria haber sociedad sin Religion, y que la Religion no ha podido ser inventada ni establecida sino en una sociedad ya existente: y en segundo lugar, porque de ella resulta que la sociedad, que es por su naturaleza un estado necesario, es antinatural ó contraria á la misma naturaleza, una invencion casual y fortuita, una institucion arbitraria fundada en el error, y que no subsiste sino auxiliada por el mismo error: que segun las leyes inmutables del órden, y las relaciones que se derivan de la naturaleza de los seres, el hombre no debia conservarse; así que, su existencia es contraria á la naturaleza, sus deberes y obligaciones lo son igualmente; contrario á ella el desarrollo de la razon humana; y contraria tambien á la naturaleza la virtud: que la verdad es una causa de desórden y muerte, y el error un principio de perfeccion y de vida: en fin, que es imposible que la Religion sea verdadera, y al mismo tiempo es imposible que sea falsa.

3.º Que este sistema, como que no per-

mite considerar las diversas Religiones y la Religion en general sino bajo un punto de vista puramente político, se apoya por consiguiente en la indiferencia absoluta de la verdad en materia de Religion. Refutar pues la doctrina fundamental de la indiferencia, será combatir por sus bases, y destruir por los cimientos este sistema particular.

Y á vista de todo esto ¿no tendré derecho para terminar la discusion intimando á los contrarios, ó que abandonen sus principios, ó prueben que no se siguen de ellos las consecuencias que, como he manifestado, naturalmente se deducen? Mas no: sé cuanto le cuesta al hombre el reconocer que se ha engañado, y que por mucho tiempo lucha contra esta dolorosa conviccion. Lo que espero, y lo que únicamente pido es, que despues de haber meditado las reflexiones que anteceden, los filósofos á quienes se dirigen, se paren á dudar y sospechar que es posible haberse engañado, y que la Religion no sea una invencion humana. Esta simple duda les impone la obligacion de examinar: como criaturas racionales estan obligados á ello, pero mucho mas diciéndose filósofos. Porque al fin ¿qué es lo que ellos echan en cara mas amargamente al pueblo? Que cree

sin examen, por hábito, y por preocupacion. ¿Y será decoroso, ni prudente, ser incrédulo en los mismos términos en que se tiene por un absurdo el ser creyente? El pueblo á lo menos en sus preocupaciones se reserva la esperanza; y aun cuando por imposible se engañase, si fuera necesario elegir entre este sentimiento celestial y divino, y las sombrías y desoladoras luces que no alumbran sino para entrever la nada, la suerte del cristiano siempre sería infinitamente mas feliz.

CAPÍTULO IV.

Consideraciones sobre el segundo sistema de indiferencia, ó sea sobre la doctrina de aquellos, que dudando de la verdad de todas las Religiones positivas, creen que cada uno debe seguir la del pais en que ha nacido, y no admiten, ni reconocen otra por incontestablemente verdadera que la Religion natural.

Obligados algunos filósofos á modificar el sistema anterior por los absurdos y perniciosas consecuencias que de él se deducen, han inventado una nueva teoría de indife-

rencia; pero aunque menos audaz y atrevida que la primera, no es mas satisfactoria, y en breve haremos ver que no puede sostener el mas ligero examen. Ni aun se concebiria cómo ha podido producir ilusion en tantos espíritus, si por otra parte no supiésemos la vergonzosa facilidad con que el hombre admite toda especie de opiniones, cuando éstas lisongean sus apetitos, favorecen su preocupacion, y alientan sus pasiones.

Juan Jacobo Rousseau es sin contradicion el mas sagaz defensor y promotor de esta doctrina que vamos á combatir; y por lo mismo creemos que no podremos proceder mejor que valiéndonos de sus palabras para esponerla; porque ademas de ser menos árido este método que el de un simple análisis, alejará de nuestra parte toda sospecha de infidelidad al presentarla.

Ante todas cosas hagamos ver en qué se diferencian los principios de Rousseau de los adoptados por los filósofos que hemos refutado en los capítulos precedentes; porque este cotejo ayudará mucho al lector para formarse una idea clara y distinta de unos y otros.

El sistema de los *indiferentistas políticos* envuelve en sí el ateismo, y trastorna y da por el pie á todas las obligaciones y esperan-

zas del hombre. Rousseau mira la existencia de Dios, la espiritualidad del alma, la existencia de la otra vida como dogmas sagrados y verdades incontestables; y aun se indigna de que se las quiera combatir. (1) "Huid, dice, huid de aquellos, que bajo »pretesto de esplicar la naturaleza, siembran

(1) Sabido es ya que el ódio de D'Alembert y Diderot contra J. J. Rousseau no tuvo otro motivo que el no haber querido reunirse con ellos para impugnar la existencia de Dios: ¿*Sabeis cuál es mi delito con ellos, y para ellos*? le dijo varias veces á Mr. Anglanier de S. German, á quien se dirigió desde Bourgoin el 9 de noviembre de 1780, y el que nos lo ha dejado consignado en una carta suya fecha en Grenoble á 10 de febrero de 1783: *Porque yo creo en Dios, y ellos no creen en él.* "He sabido, continúa el mismo Anglanier, por otro conducto fidedigno que Mr. Rousseau »agasajado y lisongeado por Diderot y D'Alembert, se in»dispuso irreconciliablemente con ellos, por haberse nega»do con indignacion á impugnar la existencia de Dios. »¿Qué hombre sensato no se hubiera tenido por feliz en te»ner por enemigos á unos hombres entregados á un desig»nio tan criminal y nocivo á la sociedad? Pero su flanco »era el temor de ser aborrecido aun de los malos: ni la »estimacion, ni la amistad, ni el voto de los buenos le »consolaban entonces, &c. = Lamentemos la desgracia de este talento malogrado, obligado en fuerza de sus principios, á contradecirse á sí mismo siempre que el amor á Dios, y á la virtud de que tanto se gloría, le obligaban á raciocinar rectamente. Pero observemos que de ahí viene tambien el peligro de sus doctrinas, y el escándalo que causan sus escritos. "El entusiasmo de la Francia espe»cialmente de las mugeres, dice Proyart (*Louis detroné, &c.*

»en los corazones de los hombres doctrinas »desoladoras; y cuyo aparente scepticismo es »cien veces mas afirmativo y dogmático que »el tono decisivo de sus contrarios. Bajo el »orgulloso pretesto de que solos ellos son »ilustrados, veraces, de buena fé, nos so- »meten imperiosamente á sus secas decisio- »nes, y pretenden darnos por verdaderos

---

»pág. 81), por las producciones de este sofista, si debió »mucho al natural seductor y á la pompa de su estilo, no »por eso deja de acusar la corrupcion de costumbres de su »tiempo.» Era necesario que fuese ésta muy profunda, pues que daba todavía cierta reputacion de probidad y de virtud al cinismo personificado en este escritor, al historiador complacido y satisfecho de sus propias infamias, á un pícaro sin remordimientos, que encuentra satisfaccion en referir que renegó, y abjuró su Religion por dinero, que pagó los mas señalados beneficios con ingratitudes, que siendo lacayo robó, y habiendo robado imputó su delito á una pèrsona inocente; en fin, al libertino, que pretende que el maestro á quien se confia la juventud, puede seducirla sin dejar por esto de ser virtuoso, así como él, sin dejar de ser justo y estando apasionado por la moral pura, llenó las casas de espósitos con el fruto de sus amores adúlteros: y que no obstante en el principio de sus *Confesiones* desafia á Dios á que, cuando se oiga la trompeta del juicio, se presente otro que sea mejor que él. = La contradiccion entre sus sentimientos y principios le hizo tan inconsecuente en sus doctrinas, así como la falta de la moral religiosa le hizo violar frecuentemente con sus acciones las virtudes que celebraba en sus escritos, pero privándolas de su mas firme apoyo y fuerza, que les viene de la revelacion. *P. Laso*, nota 7.

»principios de las cosas los ininteligibles sis-»temas que ellos se han forjado en su ima-»ginacion. Por lo demas, trastornando, des-»truyendo, hollando todo cuanto respetan »los hombres, quitan á los afligidos el últi-»mo consuelo en su miseria, á los ricos y »poderosos el único freno de sus pasiones; ar-»rancan de los corazones el remordimiento »del delito, la esperanza de la virtud, y »despues de esto se jactan de ser los bien-»hechores del género humano. La verdad, »dicen, jamas es nociva á los hombres; lo »creo tambien como ellos, y esta es, á mi »ver, una gran prueba de que lo que ellos »enseñan no lo es, de que lo que dicen no »es verdad. (1)"

Segun los *indiferentistas políticos* la Religion y la moral son instituciones humanas: Rousseau sostiene que "las verdaderas obli-»gaciones son independientes de las institu-»ciones de los hombres... y que sin fé no »hay ninguna virtud verdadera (2)": y como la virtud es un deber, y es de obligacion en el hombre, admite "que hay dog-»mas que todo hombre está obligado á

(1) *Emile*, tom. 3, pág. 197, edit. de la Haye, 1762.
(2) *Ibid.* pág. 196, 197.

»creer (1)": proposicion directamente opuesta al principio que afirma que la Religion es solo necesaria al pueblo.

Rousseau pues desecha todo el sistema de los *indiferentistas políticos.* Lo tiene, como yo tambien lo juzgo, á un mismo tiempo por falso y nocivo, y nocivo precisamente porque es falso; lo que supone que en materia de doctrina la verdad es inseparable de la utilidad; ó en otros términos, que toda doctrina útil y provechosa al género humano, y con mucha mas razon, toda doctrina que le es necesaria, es verdadera. Ruego encarecidamente al lector no eche en olvido esta observacion.

Hasta aquí Rousseau es el órgano de la tradicion universal. Su razon está de acuerdo con la de todos los pueblos, con la esperiencia, y todas las autoridades dignas de ser citadas en una cuestion tan importante; y como sucede siempre cuando se siguen semejantes guias, la verdad poderosa por la escelencia de su causa, y el consentimiento unánime de los siglos, toma en su pluma tal carácter de evidencia, que ni aun se ha intentado responder á sus argumentos.

---

(1) *Ibid.* pág. 187.

Pero en el momento que principia á dejarse llevar de su propio espíritu, y no escuchar mas que á sí mismo; que estrechado entre el cristianismo, á donde le conducen sus principios, y las *tristes doctrinas*, que tan elocuentemente ha refutado, trata de abrirse un nuevo camino, una senda quimérica que no pare en ninguno de los dos estremos, sus ideas se confunden, y perdiéndose de sofisma en sofisma, casi á cada paso cae en inconsecuencias tan groseras, que todas las sutilezas de una fina dialéctica, no alcanzarán jamas á disimular.

Hemos visto que conviene en la necesidad de una Religion para todos los hombres: pues sentado esto, ¿qué resta sino decidirse entre las diversas religiones, despues de un examen suficiente para determinar una eleccion de la cual no tenga que avergonzarse la prudencia? Pero esto es positivamente lo que Rousseau no quiere. "Si se »yerra, dice (1) se priva uno de una gran- »de escusa ante el tribunal del supremo Juez: »¿no perdonará él mas bien el error en que »uno ha sido criado, que el que se escogió »por sí mismo?"

(1) *Emile*, tom. 3, pág. 196.

Pero este raciocinio, ó no tiene sentido alguno, ó el autor supone que hay una Religion verdadera; porque si no la hubiese, ¿en qué estaria el peligro de *estraviarse* y de *errar* buscándola? *Estraviarse* es alejarse del término y fin á donde se camina; y si este término es imaginario, ¿cómo es posible alejarse de él? ¿se aleja nadie de lo que no existe? observemos por otra parte que Rousseau confiesa que en materia de Religion el error puede ser punible, y digno de castigo á los ojos del *supremo* y *soberano Juez*; es indispensable pues que confiese que hay una Religion verdadera; porque si en la materia no hubiese verdad, el error sería inevitable, y un error inevitable no tiene necesidad de *escusa ni de perdon.*

Ademas, no siendo posible que dos doctrinas contrarias sean á un mismo tiempo verdaderas, si hay y existe una Religion verdadera, no puede ser mas que una sola, como el mismo Rousseau formalmente tambien lo confiesa. "Entre tantas religiones di»versas, dice (1), que se proscriben y es»cluyen mutuamente, *solo una es la buena,* »si es cierto que una lo sea." Luego todas

(1) *Ibid.* pág. 158.

las religiones, escepto una, son necesariamente falsas; todas, escepto una, segun el mismo Rousseau, cuyas palabras acabamos de citar, son *dañosas* y *nocivas*. Religiones *nocivas* y *dañosas* no son ciertamente *necesarias* al hombre; luego si una religion, como sostiene Rousseau, es necesaria, esta no puede ser otra que sola la Religion verdadera. Por lo mismo que ella es la única verdadera, es la sola única buena, la sola y única necesaria, la única que viene de Dios. Y bien; ¿es creible que habiendo Dios impuesto á los hombres el deber y obligacion de seguirla, les haya negado los medios de distinguirla y conocerla? Es imposible; y sin embargo es preciso que Rousseau así lo diga, ó que renuncie y abandone sus máximas; y no lo puede decir sin caer, como acabamos de patentizar, en palpables contradiciones.

Para salir de este laberinto, y romper por estos embarazos, se precipita en nuevas contradiciones. Por su confesion resulta que hay una Religion verdadera, y solo una, y que no hay mas que una: la consecuencia natural es que todos los hombres deberian, y estan obligados á abrazarla; pero como esta ilacion, esta consecuencia le conduciria directamente al cristianismo, el cual intenta

y trabaja por destruir, ¿qué hace pues? Afirma que no se puede discernir la verdadera Religion: y como por otra parte reconoce la necesidad de una religion para todos los hombres, aconseja que cada uno siga aquella en que ha nacido (*). Ciertamente, si fuera imposible descubrir y conocer la verdadera, este sería sin duda el partido mas prudente, si todas ellas llenasen el objeto para el cual Rousseau las juzga necesarias. Mas siendo, segun su dictámen, el error esencialmente nocivo, las religiones falsas no pueden llenar aquel objeto: luego es preciso que haya de sostener y decir que todas las religiones son indiferentes; es decir, que todas son igualmente buenas, ó igualmente verdaderas; porque estas dos cosas en sus principios estan inseparablemente unidas y enlazadas: pero oigámosle como se esplica.

"Yo miro, dice, todas las religiones particulares como otras tantas saludables instituciones, que prescriben un modo uniforme de adorar á Dios en cada pais, por medio de un culto público, las cuales todas pueden tener su razon en el clima, en el

(*) Es decir, que el moro sea moro, el judío judío, y el cristiano cristiano.

»gobierno, en el carácter de los pueblos, ó
»en alguna otra causa local que haga prefe-
»rible la una á la otra (1)." Y en otra parte: "Honrad, en general, á todos los Fun-
»dadores de nuestros cultos respectivos; cada
»uno tribute al suyo la veneracion que cree
»le es debida, pero no desprecie el de los
»demas. Ellos tuvieron grandes talentos, y
»grandes virtudes, y esto siempre es digno
»de aprecio. Se han llamado enviados de
»Dios; y puede ser que sea así, y puede no
»serlo (2)."

Es la primera vez que oigo hablar de las *grandes virtudes* de Mahoma. Por lo demas, como sería un absurdo suponer que unos *enviados de Dios* enseñasen el error, y por otra parte una religion fundada en la impostura no puede ser verdadera, las últimas palabras querrán decir, y en efecto literalmente significan: Que es posible que todas las religiones sean verdaderas, y posible que todas sean falsas. Y si no pareciese aún bastante, podemos elegir entre esta proposicion, y estas otras dos que no menos naturalmente se deducen de los principios de Rousseau: Todas

(1) *Emile*, t. 3 pág. 184.
(2) *Lettre á Mr. de Beaumont*, pág. 184.

las religiones son igualmente verdaderas: No existe mas que una sola Religion verdadera.

No es en verdad poco trabajo para quien quiere entender lo que lee, conciliar al autor del Emilio consigo mismo; y me persuado que el dialéctico mas sutil no hallaria á veces medio de conseguirlo. En efecto, con la diferencia de pocas páginas Rousseau nos dice: "Que hay *dogmas* que todo hombre es» tá *obligado* á creer (1); y que no hay *mas* » *dogmas* verdaderamente esenciales que los » deberes y obligaciones de la moral (2)." Y como si intentase hacer aún la contradicion mas palpable, añade inmediatamente que "el » culto interior es la primera de estas obliga» ciones," y que "sin fé no hay virtud ver» dadera (3)." ¡Qué confusion tan estraña de ideas! ¿El culto interior es acaso la moral? ¿lo es la fé? Y si no hay virtud alguna sin la fé, ¿cómo la virtud puede ser *un deber* ú obligacion *esencial*, sin que la fé lo sea igualmente?

Desde el momento en que nos apartamos de la verdad, la razon privada de todo pun-

(1) *Emile* t. 3 pág. 186.
(2) *Ibid.*
(3) *Ibid.* pág. 195.

to de apoyo, semejante á un bagel que no pudiendo arreglar sus movimientos fluctúa á la merced de las olas, obra á la ventura, y sigue alternativamente direcciones opuestas. La inconsecuencia es compañera inseparable del error, porque el hombre nunca se desprende de una vez de todas las verdades; y no pudiendo las que conserva avenirse con el error, le fuerzan á contradecirse inevitablemente. Esto es lo que sucede á Rousseau casi en cada página (*). "En la incertidumbre en que »nos hallamos, dice él, es una presuncion »inescusable profesar otra Religion que la en »que se ha nacido, y una falsedad el no prac»ticar sinceramente la que se profesa (1)." Algunas líneas antes hace hablar así á su héroe: "Volved á la Religion de vuestros padres (era »la Religion de Calvino)..... ella es muy sen»cilla, muy santa; en mi concepto es de to»das las religiones que hay en la tierra la

(*) Y á todos los falsos filósofos ó incrédulos: sus obras no son otra cosa que un tegido de inconsecuencias y contradiciones: hoy defienden el *sí*, y mañana el *no*: y por último no saben á que atenerse. Barruel en sus *Helvianas* lo hace esto evidente, poniendo en las dos páginas las contradictorias doctrinas de unos mismos y en la misma materia: ¿qué remedio para esto? el que les dá, de enviarlos á los Orates.

(1) *Emile* t. 3 pág. 195.

» que enseña moral mas pura, y mas comple-
» tamente satisface á la razon humana (1).”

Hay pues en su dictámen: primero, diversos grados de incertidumbre, y por consiguiente motivos de preferencia, pues que hay una Religion que *contenta y satisface mas que cualquiera otra á la razon.* Si esto es así, ¿por qué fundamento estaré yo obligado á vivir en una religion que *no satisface* á mi razon, *ó la satisface menos?* Juan Jacobo vitupera falsamente al cristianismo el que exige el sacrificio absoluto de la razon; y he aquí que él impone á los hombres la obligacion de obrar contra las luces de ella misma. ¿De qué pues nos sirve, ni aprovechará ya, si no debemos consultarla en un punto de que depende nuestra suerte eterna? Rousseau nos dice en sus *Confesiones* que á él le fue bien tirando á una suerte su predestinacion (*),

---

(1) *Ibid.*

(*) Oigamos su misma relacion, pues de otro modo se haria increible. Agitado sin duda de los remordimientos de su conciencia, despues de haber convalecido de una grave enfermedad, y recordando los vergonzosos estravíos de su vida pasada, se le representaba la idea terrible de “Si yo me hubiera muerto en esta ocasion, ¿qué sería de » mí? y á seguida se preguntaba á sí mismo: ¿Y si en este » instante me muriese, me condenaria? ¿En qué estado me » hallo?” Y no pudiendo apartar de sí este pensamiento tan

y en consecuencia aconseja á todos que hagan lo mismo. Por miedo de engañarse ó de ser engañado escluye juntamente razon y autoridad: es en verdad demasiado: ¿no podria haber lugar á una composicion? La casualidad suele tener á veces parte en las cosas; sin embargo, la filosofía me parece que la hace valer demasiado.

Segundo. A los ojos de Rousseau el calvinismo es una religion *sencilla, y muy santa.* Ahora bien, una religion muy santa es una religion muy verdadera; sino ¿qué significaria esta voz *santa?* La incertidumbre con que nos asombraba poco ha el autor del Emilio no es en realidad tan formidable, pues

amargo, he aquí el espediente que tomó para salir de esta incertidumbre. "Un dia, dice (l. 6 de sus *Confesiones* edit. »de Ginebra de 1782 pág. 194), pensando en este triste a»sunto repentinamente me ocurre hacer una especie de »pronóstico para calmar mis inquietudes. Dígome á mí »mismo: Voy á tirar esta piedra contra aquel arbol que »está enfrente: si le doy, es señal de predestinacion; si »no le doy, señal de que me condeno. Acabando de decir »esto todo temblando, y palpitándome el corazon de sobre»salto, tiro mi piedra tan felizmente, que fue á dar en »medio de su tronco, lo que verdaderamente no era di»fícil, porque yo habia tenido cuidado de escoger uno »muy grueso, y ponerme muy cerca. Desde entonces no »he dudado de mi salvacion.» He aquí un gran medio de acallar remordimientos. Avergonzaos, filósofos, de seguir á tal maestro. Véase la cita de la pág. 133.

que no le ha impedido á él descubrir una Religion *verdaderísima.* Siendo pues otras necesariamente falsas, ¿por qué no ha de ser permitido dejarlas por ésta? Toda la dificultad está en discernir cuál es la *única buena*; se ha hallado segun Rousseau; ya no hay peligro de engañarse: y aun cuando, volviendo á sus propios testimonios, supusiese buenas todas las religiones, pero como no las pone en el mismo grado, cuando se tratase de saber cuál es la mejor, tampoco se deberia vacilar; porque no me llego á persuadir pretenda que nos debe detener el temor de que haya una Religion *mas que verdaderísima.*

Tercero. Si se le cree, *no hay otras obligaciones verdaderamente esenciales sino las de la moral:* sea así como lo supone; ¿será pues *una obligacion esencial* abrazar una Religion *cuya moral es la mas pura?* nada de eso; al contrario sería *una presuncion inescusable.*

Esta consecuencia es tan absurda, que ha obligado al mismo Rousseau á modificar sus principios, aunque como de paso, en una nota, verosimilmente por no desconcertar la perfecta regularidad del testo. De cualquiera manera que sea, él conviene en que "la obli»gacion de seguir y amar la Religion de su

»pais, no se estiende á los dogmas contra-
»rios á la buena moral (1)." No le exijais mas, porque no os concederá otra cosa. Sin embargo, esto poco no deja de ser tal vez demasiado embarazoso; porque sin preceptos religiosos, y sin ley positiva, ¿cómo se distinguiria con certeza lo que es ó no contrario á la sana moral? En fin, cada uno se arbitrará como pueda. Pero en cuanto á lo demas, aun cuando uno estuviese mil veces convencido de que tal dogma es falso, y por consiguiente *nocivo*, y por consiguiente injurioso á la suprema verdad, á nombre de la filosofía se os manda *amarlo*; es una *obligacion*, y seguramente obligacion moral, pues que no hay otras que *sean esenciales* sino estas. A vista de estos absurdos ¿no hizo bien el autor en escluir la razon de su sistema?

Veamos otra contradicion. Despues de haber hecho un magnífico elogio del Evangelio (2), á renglon seguido añade: "Con todo,
»este Evangelio está lleno de cosas increibles,
»de cosas que repugnan á la razon, y que es

---

(1) *Emile*, t. 3 pág. 187.

(2) En el catecismo filosófico se verá en toda su estension este grandioso elogio.

*

»imposible á un hombre sensato admitir ni »concebir (1).” ¿Parece esta decision muy positiva? pues esperad un momento, y se os dirá: que “el cristianismo, no el de hoy, »sino *el del Evangelio.....* es una Religion »santa, sublime, verdadera (2).” Tenemos pues que el cristianismo es *santo, sublime, y que es imposible á todo hombre sensato el admitirlo*: que el cristianismo *repugna á la razon*, y con todo eso que el cristianismo es una Religion *verdadera.* Dóciles admiradores de este sofista inconsecuente, ¿con qué cara vituperais á los cristianos la obediencia de su fé? El cristianismo, examinado con la mayor atencion, les parece como á vuestro maestro *una Religion verdadera*, y la creen: ¡pobres ignorantes! las preocupaciones los ciegan hasta el punto de no ver que *es imposible á todo hombre sensato admitir esta Religion santa, sublime, verdadera,* puesto que ella *repugna á la razon.*

Por lo demas, el sistema de indiferencia adoptado por J. Santiago Rousseau no es todo suyo, ni propiedad que esclusivamente le pertenezca. Hasta en las contradiciones no es

(1) *Emile*, tom. 3. pág. 187.

(2) *Contrat. social*, pág. 194.

mas que un copista de Chubb (*), y de otros deistas ingleses. Este reconoce "que no se »puede esplicar el establecimiento del cristia»nismo sino admitiendo la verdad de la nar»racion evangélica: que habiendo sido el mi»nisterio de Jesucristo, y el poder que desple»gó, favorables, á lo menos en general, al »bien público, es verosimil que Dios era el »primer agente de este poder, y dirigia su »ejercicio." Y despues de algunas otras refle-xiones semejantes añade: "Síguese de aquí, á »mi parecer, que es probable que Jesucristo »tenia una mision divina;" lo que no impide

---

(*) Thomas Chubb, deista inglés, nació en 1679 en East Harnham, cerca de Salisbury. En sus principios fue aprendiz de guantero, y despues fabricante de velas de sebo; pero su gusto por la metafísica le hizo dejar esta profesion: por desgracia los primeros libros que cayeron en sus manos eran tales que podian estraviar á cualquiera: bebió en ellos ideas heterodoxas sobre la Trinidad, y publicó una disertacion intitulada: *La supremacía del Padre establecida*, que le dió crédito entre ciertas gentes, y le suscitó enemigos: aunque encubrió sus opiniones, siempre se deja ver que no miraba á Jesucristo sino como puro hombre. Hay ademas de él una *Coleccion de tratados sobre varios asuntos*, y un *discurso sobre la Razon con respecto á la Revelacion*, en donde quiere probar que la razon basta en materia de Religion, y deja entrever que ni cree Providencia, ni tampoco otra vida. Murió este deista en Salisbury hácia el 1747. He aquí el original del sofista de Ginebra. Véase *Chubb posthumous Works*, vol. 2, páginas 41, 42, 43.

que el mismo Chubb piense que hay tambien *motivos plausibles* para atribuir á la religion de Mahoma un *carácter divino.* Compárense estos pasages con el de Rousseau, cuando hablando de los fundadores de los diferentes cultos, dice: "Ellos se han llamado enviados de Dios; lo que puede ser así, y puede no ser;" y se convendrá en que la identidad de principios es completa: y no lo es menos la consecuencia, porque segun el autor inglés, "pasar del mahometismo al cristianismo, ó del cristianismo al mahometismo, es unicamente dejar una forma esterior de religion por otra; procedimiento que no ofrece otra ventaja real que la que encuentra un hombre en mudar el color de sus vestidos, quitándose, por ejemplo, uno azul por tomar otro encarnado (1);" y nótese que lo que dice Chubb aquí de los mahometanos, lo repite tambien despues de los gentiles (2), que abrazaron en los primeros siglos el cristianismo.

La indiferencia absoluta pues de religiones es el fundamento de este sistema, cien veces mas injurioso á la divinidad que el

(1) *Ibid.* pág. 40.
(2) *Ibid.* páginas 33, 34.

ateismo, y mucho mas humillante para el hombre, á quien en él se tiene valor para decirle: "Mortal imbecil, criatura limitada, » incapaz de descubrir la verdad, ¿de dónde » te viene á tí la *inescusable presuncion* de » intentar buscarla y conocerla? que exista » ó no, ¿qué te importa? no existe para tí. » Tu *obligacion* es obedecer ciegamente á to- » dos los impostores que se digan *enviados* » *de Dios*. Sea cual fuere el error que ense- » ñen, debes *amarlo*; y *practicar sinceramente* » su culto, cualquiera que sea el que esta- » blezcan. La casualidad te hizo nacer en tier- » ra de gentiles, é idólatras, adora los dioses » de tu pais; sacrifica á Júpiter, á Marte, á » Priapo, á Venus; inicia piadosamente á tus » hijas en los misterios de la buena Diosa. Si » es en Egipto, tributarás honores divinos á » los cocodrilos sagrados, y al Buey Apis; en » la Fenicia, ofrecerás tus hijos á Moloch; » en Mégico, tomarás las armas para con- » quistar víctimas humanas al horrible ídolo » que allí se reverencia: en otras partes, te » prosternarás humildemente ante el tronco » de un árbol, de las piedras, plantas, y aun » de los despojos de los animales, restos im- » puros de la muerte. ¿Viste en Constantino- » pla la primera luz? repite de lo íntimo de

» tu corazon; *Dios es Dios*, y *Mahoma es su* » *Profeta.* En Roma, despreciarás á ese Ma- » homa como á un impostor. Todas estas re- » ligiones, y otras mil, *son otras tantas ins-* » *tituciones saludables, que tienen su razon* » *en el clima, en el gobierno, en el genio y* » *carácter de los pueblos, ó en alguna otra* » *causa local que hace preferible la una á la* » *otra.* He ahí la única diferencia; y el sábio, » sin fatigarse, ni atormentarse por la elec- » cion, se atiene á la que le dió la casuali- » dad al nacer."

Tal es sencilla y llanamente la doctrina de Juan Santiago Rousseau, porque la única restriccion que la pone es visiblemente quimérica. Dice así: "La obligacion de seguir » y amar la Religion de su pais no se estien- » de hasta los dogmas contrarios á la sana mo- » ral." Está bien: ¿mas cuáles son los pueblos que obedeciendo á sus leyes religiosas se figuran ofender los deberes y *obligaciones de la sana moral?* Al contrario, violándolas es cuando creerian cometer un delito, y atraerse la ira del cielo. Cuando los discípulos de Mahoma corrian el Asia con la cimitarra en la una mano, y en la otra el Alcoran, intimando *cree ó muere*, ¿pensais que ellos dudaban siquiera si tenian derecho de dego-

llar á los que se resistian á creer á la autoridad de su Profeta? Lejos de sentir algun remordimiento por asesinarlos, se persuadian hacer una obra agradable á Dios. La historia está llena de ejemplos semejantes. Los habitantes de Cartago sacrificando sus hijos á Saturno verosimilmente no sofocaban los sentimientos de la naturaleza por el placer de creerse culpables de un crímen horroroso. Lo repetiremos una y mil veces, porque no hay verdad mas desconocida, ni mas importante: la Religion de los Pueblos es toda su moral; y esto es lo que en parte hace mas peligroso el sistema que impugnamos. Porque en efecto, santificando él todos los cultos, santifica por consiguiente todos los vicios, y aun todos los crímenes, todas las maldades. La poligamia, la prostitucion, todo, hasta el asesinato, viene á ser ya no solo permitido, sino *saludable*, segun el *clíma, gobierno, índole, ó carácter del pueblo.* ¡Gran Dios! ¿Dónde estamos, si es necesario refutar tales doctrinas? y qué ¿no será uno responsable á la humanidad de todos estos desórdenes, ó quedará libre y exento de ellos porque con pérfido artificio, en la dorada copa de un estilo alhagüeño y seductor se den á beber estas execrables máximas, orlea-

das con las mentirosas y lisonjeras voces de concordia, union, tolerancia, y paz?

Notad ademas que Rousseau no quiere que se examinen los dogmas para saber si son verdaderos, sino para ver si son conformes *á la sana moral*; como si este examen fuera mas fácil que el primero, ó estuviese mas al alcance de todos los hombres. Pero ¿cuántos hay que sean capaces de percibir el enlace y conexion, muchas veces remota aunque muy real y verdadera, que hay entre los deberes y obligaciones de la moral, y los dogmas especulativos? ¿Bajo qué principios, y con qué reglas se procederia á este examen? ¿por la de la conciencia? Por esta cuenta cada uno se quedará tranquilo en su Religion; porque no sé que hasta ahora la conciencia del Musulman, del Chino, Indio, Otaitino, &c. haya disgustado á ninguno de su culto. = Se consulta á la razon. = Bien: pero entonces la moral quedará problemática, y esto por necesidad; porque para juzgar si un dogma es *contrario á la sana moral*, es indispensable conocer primero con certeza cuál es la *moral sana*. Hablaremos sin fin, como los filósofos de la Grecia, y como los de nuestros dias, sobre los deberes y obligaciones, y cansados de buscar en vano su fun-

damento con vagas abstracciones, acabaremos por negarlas. Este fue siempre el modo de proceder de la filosofía. Nómbreseme una virtud que haya respetado, ó un vicio de que haya tenido rubor de ser apologista. Desde Aristipo hasta Diderot nunca ha sabido mas que dar rienda y gusto á las pasiones, esforzándose á conciliar las obligaciones del hombre con sus apetitos, ó mas bien, haciendo de los apetitos la única regla de sus deberes y obligaciones. Así que, no hay religion alguna en el mundo, aun cuando fuese la de los Druidas, cuya moral no sea preferible á la moral filosófica. Los Druidas al menos recomendaban las virtudes que mantienen y conservan el orden en las familias, el respeto á los ancianos, la fidelidad conyugal: es cierto que sacrificaban víctimas humanas á sus dioses sanguinarios; pero desde que la filosofía se complació y tuvo á bien el sacrificarlas, y en gran número (*), á una

(*) Doce tomos en 8.° gruesos, y de letra muy metida, forman la lista de las víctimas sacrificadas en los tribunales revolucionarios de Francia, y esto sin contar las matanzas en masa, las mortandades del septiembre, los arrojados á montones al mar en los bárbaros *matrimonios republicanos*, los sacrificados por filas enteras por la metralla de los cañones, &c. Véase *L'influence de la philosophie sur les forfaits de la revolution.*

deidad no menos terrible, no veo que, aun bajo este respeto, presente ventaja alguna; á menos que no sea mas dulce, de mas consuelo, mas conforme á la dignidad del hombre ser degollado sobre los altares de la *diosa Razon*, que sobre los del dios Teutates.

La esperiencia pues nos hace ver, que desde que se considera á la moral independientemente y separada de la Religion, la moral viene á ser tan problemática como la Religion misma. Por consiguiente la restriccion que Rousseau pone á su sistema, es verdaderamente nula. Por una parte escluye el raciocinio, por otra le admite, pero con condiciones que le hacen imposible á la mayor parte de los hombres, y peligroso para todos; porque quitadas las promesas y amenazas de la Religion, todos tienen un interes sensible en engañarse sobre sus deberes y obligaciones, y él mismo Rousseau nos ofrece en sus escritos mas de un ejemplo de el modo con que en beneficio y por dar gusto á las pasiones, se pueden obscurecer los mas claros y mas esenciales preceptos de la moral.

Para reducir la discusion á los términos mas sencillos, no hay mas que tres suposiciones posibles: ó *todas las religiones son verdaderas*, ó *todas son falsas*; ó en fin,

no hay mas que una Religion verdadera.

La suposicion de que *todas las religiones son verdaderas* es evidentemente absurda, porque dogmas contradictorios no pueden ser á un mismo tiempo verdaderos; sería verificar el *sí* y el *no* á un mismo tiempo, y sobre una misma materia. Esto el mismo sentido comun lo dicta; y aun Rousseau lo confiesa: "Entre tantas religiones diversas que »se proscriben, y escluyen mútuamente, solo »una es buena, si es que hay una que lo »sea (1)."

La suposicion de que *todas las religiones son falsas*, arruina por los cimientos el sistema del autor del Emilio. Porque en él la Religion es necesaria á la sociedad, y á todos sus miembros. Es *un deber* y *una obligacion seguir y amar la Religion de su pais.* Es así que el error (el cual por confesion de Rousseau, de Chubb, de Diderot, *es nocivo* por su naturaleza, y *no puede dejar de hacer viciosa á toda criatura racional y consiguiente*), no es ciertamente *necesario* al hombre, ni á la sociedad; ni el *amar* lo que es falso, y por lo mismo pernicioso, no puede ser *un deber*, ni una *obligacion* para nadie:

(1) Emile, t. 3, pág. 158.

luego, si todas las religiones son falsas, la Religion lejos de ser *útil* es perjudicial; lejos de estar obligados á *amar y seguir* alguna, deberemos despreciarlas, aborrecerlas y proscribirlas todas como el mayor azote de la humanidad. Y en efecto, ¿quién se atreveria á constituir un *deber* y dar por *obligacion* á una *criatura racional el amar* el error, *que no puede dejar de hacerla viciosa?* ¿Y qué sería por otra parte de aquel otro principio, que *los deberes y obligaciones de la moral son las únicas esenciales?* La suposicion pues que examinamos es incompatible con el sistema de Rousseau. Admitir la una, es negar evidentemente el otro.

Resta la suposicion de *una sola Religion verdadera*, y por consiguiente única *útil*, y *necesaria*, pues que todas las demas son falsas, y por una ilacion natural dañosas y *nocivas*. Y bien, ¿qué cosa mas absurda, en esta hipótesis, que imponer al hombre la obligacion de seguir la Religion en que ha nacido; presentarle todos los cultos como indiferentes, y como igualmente *saludables;* atribuir al error, fuente impura del vicio, los mismos derechos que á la verdad, madre de la virtud; prohibir á un ser racional el uso de su razon sobre el objeto que le interesa

mas, y precisarle á respetar, y *amar* estravagancias que repugnan invenciblemente al entendimiento? ¿Y es esto lo que se llama filosofía? "Un hijo, dicen, nunca yerra en »seguir la Religion de su padre." ¿Con que el nacimiento en materia de Religion decide de todo? Aquí es y será una *obligacion* ser politeista, allí no adorar mas que un Dios. La fé deberá variar con los climas, y mudarse segun los diversos grados de latitud. Cuantos paises, otras tantas opuestas obligaciones religiosas. El hombre cristiano en Europa, musulman en Persia, idólatra en el Congo, deberá en las riberas del Ganges tributar honores divinos á Vishnou. Vuestro padre un poco crédulo adoraba una piedra, una cebolla; conservad este culto doméstico; *un hijo nunca yerra en seguir la Religion de su padre.* ¿Y si esta religion es indigna de Dios, y vilipendiosa al hombre? No importa: nació en ella: *profesar cualquiera otra, sería una presuncion inescusable.*

Discípulos de Juan Jacobo: reconoced las palabras de vuestro maestro, y decidnos si en la hipótesis de una Religion verdadera, es posible llevar á mas la inconsecuencia, ó digámoslo de una vez, la locura. ¡Cómo! ¡Hay una Religion verdadera, y la ma-

yor parte de los hombres habian de estar obligados á *profesar sinceramente* una falsa! ¿Será para ellos una *obligacion* el ultrajar la Divinidad con un culto que reprueba? Todo deber y obligacion, aun en confesion de Rousseau, dimana y se deriva de la voluntad de Dios (1); ¿con que la verdad suprema es la que impone á las tres cuartas partes del género humano la obligacion de *profesar* el error y *amarle?* ¿Dios es el que prescribe á ciertos pueblos el *deber* de adorar al vicio? Convengamos en que hay artículos raros en el símbolo de la indiferencia.

Pero sea cual fuere la suposicion que se adopte, el sistema de Rousseau repugna evidentemente al sentido comun. Mirado especulativamente, implica y envuelve contradicion, y en la práctica es imposible; porque en él J. Jacobo exige dos cosas manifiestamente inconciliables: á saber, que se crea que todas las religiones son igualmente buenas, y que se *profese sinceramente* la del pais en que se ha nacido. ¿Pero no observa él mismo que las *diversas religiones* se proscriben y escluyen mutuamente? *Profesar sin-*

---

(1) "Toda justicia viene de Dios, y él solo es la fuente de ella." Contrat. social, lib. 2, c. 6.

ceramente la una, ¿no es *escluir* y *proscribir* todas la otras? Un Judío *sincero* aborrece necesariamente el Cristianismo, como un *sincero* Cristiano no quiere la religion judaica. Lo mismo debe decirse de un Mahometano, de un Gentil, y de los sectarios de todos y cualquiera de los cultos opuestos. La naturaleza de las cosas no se muda con hermosas frases retóricas; no es posible que el hombre pueda creer una misma doctrina verdadera y falsa á un mismo tiempo; y así esta imaginaria *fé sincera* en dogmas que se *escluyen mutuamente*, no es en substancia otra cosa que una incredulidad, ó una indiferencia absoluta.

De las reflexiones espuestas en este capítulo podemos, á mi parecer, con toda razon inferir, que los principios de Rousseau, despojados de los prestigios de una elocuencia falaz y seductora, no son mas que un conjunto informe de incoherencias, absurdos, y contradiciones. Esto deberia bastar para que sin mas examen se abandonasen; sin embargo yo me contento solo con pedir que se les examine atentamente. No os apresureis á juzgar, diré á los partidarios de estas máximas; convenid solamente en que hay motivos poderosos para dudar de su verdad; des-

prendeos de toda prevencion, buscad sinceramente lo que es cierto y verdadero; estudiad las pruebas del cristianismo con el mismo cuidado y buena fé que estudiaríais cualquiera ciencia humana, pues seguramente os importa tanto saber si la Religion cristiana es verdadera, como conocer la teoría de la electricidad, ó las leyes de los graves; haced una vez por el interes de vuestra suerte eterna, lo que haceis todos los dias por satisfacer vuestra curiosidad. Por poca estima y valor que deis á la verdad, á la razon, á la virtud, estais obligados mas que ningun otro á buscar una regla fija de creencia y de conducta, supuesto que careceis de ella mas que nadie. La que os lisonjeais poseer es nula, falsa, ilusoria; se admite en la especulativa, pero se la desecha en la práctica. En efecto, yo pregunto, particularmente á vosotros que habeis nacido en un pais católico, y de padres católicos, decidme: ¿*profesais sinceramente*, como Rousseau quiere, la Religion de vuestros padres? ¿practicais las obligaciones que la Religion Católica impone á los que hacen *profesion* de seguirla? ¿asistis con la debida compostura, y con frecuencia en los templos á los Oficios divinos, á los sermones é instrucciones de los Pastores? ¿obede-

ceis, cumplis las leyes y mandamientos de la Iglesia? ¿guardais escrupulosamente los preceptos de la abstinencia, y del ayuno? ¿huis de los espectáculos peligrosos? ¿frecuentais el tribunal de la penitencia? Os sonreis de estas preguntas, y á la verdad en vuestro sistema teneis razon. Persuadidos de que todas las religiones son indiferentes: é ignorando si hay una verdadera, y cuál sea ésta, ¿por qué, en tanta incertidumbre, os habíais de sujetar á tantas privaciones, á tantas prácticas penosas? Sin embargo, en fuerza de vuestros principios debeis hacerlo; mas estos principios contradictorios exigiendo y suponiendo un imposible, os obligan, y es la única utilidad que sacais de ellos, á ser inconsecuentes hasta en el mismo error.

El sistema pues de Rousseau, compatible en la apariencia con todas las religiones, en la realidad las destruye todas. Destruye ademas toda virtud, porque en confesion suya (1): "no se comprende que pueda un »hombre ser virtuoso sin Religion: si por »mucho tiempo, añade, seguí esta opinion »falsa, estoy ya bien desengañado." Ahora bien, destruyendo la virtud y la Religion,

(1) Lettre à d' Alembert sur les spectacles.

por boca del mismo Rousseau se destruye la sociedad: él lo dice tambien (1): "Nunca ja»mas se llegó á fundar un Estado, que la »Religion no le sirviese de base." Quitada la base y los cimientos ¿qué será del edificio? ¡Ah! demasiado bien lo sabemos; y si hoy nos engañásemos no sería ciertamente por falta de esperiencia.

Fundado sobre esta esperiencia eternamente memorable ¿no me será permitido juzgar de la doctrina de Rousseau como él juzga de la de los filósofos que antes he refutado, y dirigirle á él sus mismas palabras? "Nunca jamas, decis, la verdad es nociva á »los hombres; yo tambien lo creo como vos, »y esta es á mi parecer una grande é irre»fragable prueba de que no es verdad lo que »me enseñais."

En virtud de sus mismos principios, y con todo el peso de ellos, cae tambien como Hobbes, en la indiferencia absoluta de religiones. En efecto, el uno las declara todas falsas, ó de institucion humana; el otro no sabe si hay alguna verdadera; y aun suponiendo que la haya, cree que es imposible

(1) Contrat. social, lib. 4. c. 8.

el descubrirla. En ambas hipótesis es igualmente absurdo el creer, é igualmente inútil examinar. La conclusion es la misma, aunque las premisas sean diferentes. Yo no examino ni reflexiono aqui sino sobre las máximas confesadas y reconocidas por sus autores; porque en realidad de verdad Rousseau no evita el ateismo, á donde irremediablemente conduce su sistema, sino multiplicando contradiciones. De cualquier manera que sea, probando que hay una Religion verdadera, acabaré de refutar á los indiferentistas políticos; y refutaré á Rousseau, manifestando que Dios ha dado á todos los hombres un medio seguro, fácil, infalible para discernir la verdadera Religion de las falsas.

Si el lector sintiese alguna repugnancia al seguirme en este examen y discusion importante; si dándosele poco de la verdad, reusase consagrar á serias meditaciones algunos de los instantes, que con tanta prodigalidad dedica á los placeres, no quedaria ya otro consuelo que llorar y gemir profundamente sobre la miseria del hombre, á quien todo le atrae, agita, mueve é interesa menos sus destinos eternos.

CAPÍTULO V.

Siguen las consideraciones sobre el segundo sistema de indiferencia, y reflexiones sobre la Religion natural.

Toda la dificultad que se encuentra al impugnar las doctrinas filosóficas, es reducirlas á máximas fijas y precisas. En llegando á lograr esto está todo hecho, porque ellas se refutan y destruyen por sí mismas. El error no embaraza ni sorprende sino cuando disfrazándose bajo mil formas diversas, y huyendo, digámoslo asi, por su móvil é inconstante inconsecuencia, el cuerpo de la vista del entendimiento que quiere examinarlo, á fuerza de variaciones, logra ocultarse á los ojos de la razon. Este es el grande talento de Rousseau, y su método constante. Demasiado sagaz para no conocer el vicio de su sistema, percibiendo á cada paso las objeciones que desde luego se ofrecen á millones, procura prevenirlas ó eludirlas, ya por discursos ambiguos, ya por concesiones formales, que en seguida tácitamente revoca; y seguro de poder por medio de una lógica fle-

xible y un tono afectuoso y sentimental engañar y hacerse creer de los lectores incautos, muda á cada paso de principios y de cuestion; pasa diestramente segun la necesidad de una hipótesis á otra; establece un supuesto, y lo abandona, y lo reproduce en seguida para abandonarle de nuevo: mezcla artificiosamente el error con la verdad; pone en boca de sus adversarios argumentos ridículos, y opiniones que no admiten para prepararse asi un triunfo brillante; acalora, enardece, deslumbra, fascina con frases cuando no puede convencer por pruebas, y de este modo consigue obrar en los otros una ilusion que él no tiene. Jamas hombre alguno hizo uso mas hábil de las voces. Sin tener casi un pensamiento propio, todo su gusto al parecer es reunir los delirios ya de largo tiempo olvidados, y sorprender el entendimiento, ofreciéndoselos hermoseados con todas las gracias de una elocuencia encantadora. El atractivo de su estilo es tal que se enseñorea de los sentidos como una dulce y suave melodía, y en el entretanto el alma se embriaga con las seductoras máximas de una filosofía que promete una lisongera superioridad de luces al orgullo, la independencia al pensamiento, pero que en realidad ¡ay! no produce mas que la

esclavitud vergonzosa de la razon y la muerte del alma.

La causa principal de las contradiciones que nos han asombrado en Rousseau, proviene de que estando íntimamente convencido que se destruiria la sociedad aboliendo las Religiones positivas, sus principios no obstante le precisaban, y forzaban á desecharlas como falsas, y por consiguiente como nocivas. "Las »revelaciones, dice el mismo, no hacen mas »que degradar á Dios dándole pasiones hu»manas. Los dogmas particulares, léjos de »aclarar las nociones del Ser Supremo, veo »que las embrollan y confunden; en vez de »ennoblecerlas las envilecen; que á los incon»cebibles misterios que le rodean, añaden con»tradiciones absurdas, que hacen al hombre »orgulloso, intolerante, cruel; que en vez, en »fin, de establecer la paz sobre la tierra, »traen á ella el hierro y el fuego. De qué, »y para qué sirve todo esto, me pregunto va»rias veces á mí mismo, y no sé que res»ponder. No veo en ellas otra cosa mas que »los delitos de los hombres, y las miserias »del género humano (1)."

Ateniéndose rigorosamente á esta pintu-

(1) *Emile*, tom. 3, part. 133.

ra, debiera haber sido muy dificil imponer á cada hombre como *una obligacion el amar y seguir la Religion de su pais; es decir, creer contradiciones absurdas; ser orgulloso, intolerante, cruel; abrazar, seguir, y amar doctrinas que en lugar de establecer la paz sobre la tierra, traen á ella el hierro y el fuego;* y en las cuales, en fin, Rousseau *no ve mas que los delitos de los hombres* y *las miserias del género humano*; y sin embargo Rousseau lo hace.

Por otra parte él conoce que proscribiendo los cultos, de los que forma un retrato tan poco lisongero, se acabaria toda Religion entre los hombres; y en su sistema le es absolutamente indispensable tener alguna. Por consecuencia, no quedándole mas recurso que escoger entre las contradiciones, ha preferido sagazmente la que le era útil en aquel momento; y dejando de representar las Religiones positivas como falsas y perniciosas, las ha declarado todas *igualmente saludables*, ó igualmente verdaderas. El *deber y obligacion de profesar sinceramente* la del pais en que se ha nacido se deducia de aqui naturalmente, y esto es lo que Juan Jacobo necesitaba por el pronto.

Sin embargo, no pensemos que por es-

to abandone sus primeras máximas, no: renunciar á ellas sería admitir la revelacion que impugna. Sienta principios cuando le vienen bien á su intento, y los deja cuando no tiene necesidad de ellos, reproduciendo seriamente sus precedentes aserciones.

Asi despues de haber afirmado que *un hijo nunca hace mal en seguir la Religion de su padre*, añade: "¿Buscamos sinceramente la verdad? Pues no demos, ni concedamos nada al derecho del nacimiento, ni á la autoridad de los padres y de los pastores, sino llamemos y sometamos al examen de la conciencia y de la razon todo cuanto nos han enseñado desde la niñez (1)." De lo que se sigue, ó que Juan Jacobo se contradice groseramente, ó que *un hijo nunca obra mal en no buscar sinceramente la verdad.*

Despues de haber promulgado, desenvuelto y aclarado el precepto de *amar y seguir la Religion de su pais*, nos dice con la mayor serenidad: "En tanto que concedamos algo á la autoridad de los padres, y á las preocupaciones del pais en

(1) *Emile*, tom. 3, pág. 139.

»que se ha nacido, las luces solas de la ra-»zon no pueden, segun el órden é institu-»cion de la naturaleza, llevarnos mas allá de »la Religion natural (1).” ¿No es en verdad un modo singular de confirmar el precepto de que se trata, enseñarnos que no tiene especie alguna de fundamento en la razon?

Pues esta misma proposicion ya la habia establecido espresamente Rousseau en el principio de la segunda parte de la Profesion de fé: “No veis, dice, en mi esposi-»cion mas que la Religion natural: *¡es bien »estraño que se necesite otra!* ¿Por dónde »conoceré yo esta necesidad? ¿de qué puedo »sér culpable sirviendo á Dios segun las lu-»ces que da á mi entendimiento, y los sen-»timientos que inspira á mi corazon? ¿qué »moral pura, qué dogma util al hombre y »decoroso á su autor, puedo sacar de una »doctrina positiva, que no pueda sin ella sa-»car del buen uso de mis potencias? Mos-»tradme lo que para gloria de Dios, y para »mi propia utilidad se puede añadir á las »obligaciones de la ley natural; y decidme, »¿qué virtud hareis nacer de un nuevo cul-

(1) *Emile*, tom. 3, part. 204.

»to, que no sea una consecuencia del mio? »Las ideas mas grandes de la divinidad nos »vienen de sola la razon. Poned los ojos en »el espectáculo de la naturaleza; escuchad »la voz interior. ¿No lo ha dicho Dios todo »á nuestros ojos, á nuestra conciencia, á nues- »tro entendimiento? ¿qué mas nos dirán los »hombres?

»Era necesario un culto uniforme; con- »vengo en ello: ¿pero éste era tan impor- »tante que fuese necesario todo el aparato »del poder de Dios para establecerle? No »confundamos la parte ceremonial de la Re- »ligion con la Religion misma. El culto que »Dios nos pide es el del corazon; y aquél, »cuando es sincero, es siempre uniforme; y »es una vanidad bien loca imaginar que Dios »toma un tan grande interes en la forma del »vestido del Sacerdote, en el órden de las »palabras que pronuncia, en los signos que »hace en el altar, y en todas sus genufle- »xiones. ¡Oh amigo mio! por mas elevado »que estés, siempre estarás muy cerca de la »tierra. Dios quiere ser adorado en espíritu »y en verdad: este es un deber de todas las »religiones, de todos los paises, de todos los »hombres. Por lo que hace al culto esterior, »si debe ser uniforme por el buen órden, es

»puramente un negocio de policía: para esto »no se necesita revelacion (1)."

Partiendo de estos principios, y siguiéndolos hasta el fin, se llega á un resultado opuesto á las conclusiones de Rousseau; pero siendo estas, como antes hemos demostrado, contradictorias é implicatorias en sus mismos términos, sus discípulos se ven necesariamente impelidos á abrazar el sistema puro y simple de la Religion natural; es decir, que mirando todas las Religiones positivas como inútiles, absurdas, funestas, las desechan todas sin distincion, y se dispensan de practicar ninguna.

Rousseau es verdad que distingue el *ceremonial de la Religion* de la Religion misma, que mira el culto esterior como *un puro negocio de policía*, y en el caso de *que deba ser uniforme*, sobre lo que no decide, parece aprueba que haya conformidad por *razon del buen órden.* Pero esta condescendencia es manifiestamente ilusoria; porque en toda Religion el culto, enlazado íntimamente con el dogma, no es, por esplicarme así, mas que la espresion de éste; de modo que no se pue-

(1) *Emile*, tom. 3, páginas 132, 135.

de racionalmente negar el uno, y practicar el otro. Asi en la Religion Católica el Sacrificio de la Misa supone la presencia real de Jesucristo, su divinidad, &c. La confesion supone en los Sacerdotes la potestad de *atar* y *desatar*, y lo mismo en los demas Sacramentos. Para practicar pues este culto, es necesario ser, ó católico de buena fé, ó el hipócrita mas vil, y el mas cobarde impostor: no hay medio. Rousseau seguramente no dirá que la mentira, la impostura y la hipocresía son compatibles con la buena moral. Pero aun cuando lo digese, la dificultad no sería menor; porque el filósofo que contra su conciencia se mostrase esteriormente católico, contribuyendo por su egemplo á conservar y propagar dogmas que, segun Rousseau, *hacen al hombre soberbio, orgulloso, intolerante, cruel, y llevan el fuego y el hierro por toda la tierra*, cometeria uno de los mayores delitos y crímenes que la justicia de Dios puede castigar.

Para alucinar al lector, Juan Jacobo finge confundir el culto con lo que no es sino un ligero accesorio; á saber, *la forma ó hechura del vestido del Sacerdote, sus signos y genuflexiones.* Pero este yerro voluntario prueba únicamente que ha presentido la ob-

jecion, y le ha parecido mas facil desfigurarla que responder á ella.

Su sistema, pues, purgado de las contradiciones heterogéneas con que lo reviste y carga con esceso, no es mas que un puro Deismo, especie de secta que abortó el Socinianismo (*) hácia los principios del si-

---

(*) Quitada por los protestantes ó reformados la autoridad de la Iglesia, de la tradicion y de los Padres, y establecida en única regla de fé la Escritura, y dado á cada fiel el derecho de juzgar de su verdadero sentido, el cristiano abandonado á sí mismo en la interpretacion de la Escritura, no tuvo mas guía que sus propios conocimientos, y cada pretendido *reformado* solo descubria en ella lo que era conforme á las opiniones é ideas que habia recibido, ó á los principios que él mismo se habia formado: y como casi todas las heregías no eran otra cosa que falsas interpretaciones de la Escritura, casi todas las heregías volvieron á aparecer en un siglo en que el fanatismo y la licencia de costumbres habian esparcido por la mayor parte de la Europa los principios de la reforma. Bien presto se vieron salir del seno de esta reforma sectas que ya atacaban los dogmas que el mismo Lutero habia respetado, tales como el de la Trinidad, Divinidad de Jesucristo, eficacia de los Sacramentos, necesidad del Bautismo; pero entre todas ellas se levantó con la fama universal la de los *Socinianos*, dicha así de los Socinos, tio y sobrino, Lelio y Fausto. El primero habia asistido con Okino y otros el 1546 á la famosa junta ó conferencia de Vicenza, donde resolvieron la destruccion del cristianismo, y él concentró sus esfuerzos para renovar el arrianismo y arruinar la Religion por sus cimientos, atacando particularmente los misterios de la Trinidad y Encarnacion: no pudiendo ocultarse aquella trama á la autoridad,

glo XVI. Melancthon, testigo de los rápidos progresos de la *libertad de pensar* entre los protestantes, preveia con espanto los mayores desastres, y que no habria verdad ni dog-

---

y temeroso de la Inquisicion, huyó de Italia, y murió en Zurich el 1562: heredero su sobrino de sus escritos, empezó á propagar sus errores, escribió comentarios sobre la Escritura, y otros diversos tratados, siempre con las mismas miras y objeto. Su fé, y la de todos los socinianos, estaba reducida á una naturaleza y simplicidad, dice el célebre autor *del Orígen, progresos y estado actual de la literatura*, que contenia poco mas que la religion natural; pero como ellos enseñaban con todos los protestantes que era necesaria la Escritura, se aplicaron á interpretar del mejor modo posible los pasages que en ella presentan mas aire de sobrenaturalidad en los dogmas de la Religion, y no admitian, ni querian abrazar dogma alguno á que no pudiese alcanzar el entendimiento humano. Trabajando siempre en esto, y huyendo de un lugar á otro, Fausto se fijó últimamente en Polonia, donde murió el 1604. Sus discípulos se hicieron allí un gran partido, pero por sus escesos fueron arrojados del reino el 1654: para escarmiento ademas, de órden de los magistrados se desenterraron las cenizas de Fausto Socino su maestro, y llevadas á las fronteras de la pequeña Tartaria, metidas en un cañon, se arrojaron así al pais de los infieles: decayeron con este motivo mucho sus sectarios en aquellas partes; pero si se considera que el *deismo* es una rama muy natural de esta heregía, y que el ateismo moderno dimana y se deriva de ella de un modo igualmente seguro (como prueba nuestro autor, y afirma el *Diccionario Enciclopédico*), podemos decir que esta heregía es una de las mas fecundas y mas formidables que jamás han existido; y en verdad que en nuestros dias se han dejado ver bien los efectos de la dicha conjuracion tramada contra el cristianismo.

ma alguno que fuese respetado por los novadores (1). Lutero habia dado el impulso fatal; el espíritu humano se habia, por decirlo asi, precipitado, y nada podia ya detenerle, ni suspender su caida; era preciso que fuese siempre cayendo hasta que llegase al fondo del abismo. Aunque el calvinista Viret sea el primero que en una obra publicada el 1563 hace mencion de ciertos sectarios que tomaban el nombre de *Deistas* (2), su orígen es mas antiguo; y en los escritos de los fundadores del Protestantismo, especialmente en sus cartas confidenciales, se vé que la *Reforma* se sentia ya desde entonces interiormente atacada de no sé qué enfermedad terrible, que á ella misma la horrorizaba. Tristes presentimientos agitaban á sus gefes, quienes no descubrian en lo porvenir mas que *horrorosos combates de opiniones, y guerras mas desapiadadas y crueles que las de los centauros. ¡Buen Dios*, esclamaba uno de ellos, *qué tragedias verá la posteridad* (3)! Sin embargo, el contagio se propagaba de unos en otros: la *santa libertad evangelica* preparaba infatigablemente la

(1) Lib. 4 Epist. 14.
(2) *Véase el Dic. de Bayle, art. Viret.*
(3) Historia de las Variaciones, lib. 5, n. 31.

destruccion del Evangelio, porque la *libertad* era entonces tambien el grito de reunion de los sectarios, como lo ha sido despues de los revolucionarios y rebeldes; y la *libertad de obrar* que trastorna y ha destruido el órden político, no era mas que una consecuencia de la *libertad de pensar* que habia trastornado el órden religioso.

Un siglo despues de Socino el veneno del Deismo circulaba ya por todas las venas de la *Reforma*, y sus teólogos rígidos, pocos ya en número en ésta época, no hablan sino de los espantosos progresos de la indiferencia de las Religiones en su seno. Lloraban el mal, pero no podian aplicarle el remedio. El árbol llevaba su fruto, y éste, por mas amargo y dañoso que pareciese cada dia, ¿cómo se podria impedir que naciese y madurase, mientras se conservaba y cultivaba con pasion el árbol que natural y necesariamente le debia producir?

De este modo la Inglaterra y la Holanda, receptáculos impuros en donde fermentaba la hez de las sectas, que el furor de innovar abortaba incesantemente, se poblaban de una nueva especie de hombres, que con el nombre de *tolerantes*, de *pensadores libres*, minaban todas las columnas de la sociedad'

y las bases todas del Cristianismo. En Francia, donde tomaron el título de Espíritus fuertes, contenidos por el temor de las leyes se multiplicaron con lentitud, y se ocultaron entre espesas sombras en tanto que vivió Luis XIV. Si de cuando en cuando *un ruido sordo de impiedad* venia á alarmar el oido atento de Bossuet, é indignar su grande alma, este ruido no era todavia, digámoslo así, mas que subterráneo, y la incredulidad temerosa se ocultaba de las miradas de los Obispos y de los Magistrados, custodios, conservadores y defensores de la sana doctrina. Aquel siglo fue para la Francia el de la gloria y el de la Religion. Con la Regencia se dió principio á un periodo bien diferente (*).

(*) Apenas habia espirado Luis XIV, dice Proyart, cuando el Regente Duque de Orleans, dueño absoluto de los negocios, abrió la puerta en Francia á todo el mal que habia querido precaver el Rey difunto. Este Príncipe al tiempo de morir le habia dicho en presencia de su Corte: *Vais á reinar: lo que especialmente os recomiendo es la Religion.* Pero apenas el Monarca cerró los ojos, cuando la Religion encontró en él y sus consejeros sus mayores enemigos. Con un descuido y abandono que tocaba en irreligion, y hay quien diga que en ateismo, suprimió el *Consejo de Conciencia*, al que confiaba la piedad de Luis XIV las causas religiosas: era inútil para un impío. Creólo despues, y fue peor, pues lo abandonó á los jansenistas; y sus miembros, incluso el presidente (*el famoso Card. de Noailles, quien despues abjuró sus errores*), eran retracta-

Las costumbres de Felipe, y sus opiniones conocidas habian prometido á los espíritus fuertes un protector digno de ellos; y en efecto, apenas el vicio se apoderó del poder, conocieron que iban á reinar. El egemplo del Príncipe, la vanidad, el cebo del libertina-

---

rios. Volvieron á entrar triunfantes en la capital todos los que la sabiduría del Gobierno tenia separados; el confesor del Rey difunto con otros varios jesuitas fueron desterrados, y aun todos ellos sufrieron un entredicho general en París y toda la diócesis. Sin embargo, cansado el duque Regente y temeroso de las cabalas jansenísticas, convirtió en rigor el favor que les habia dispensado, y los separó del Consejo de Conciencia. Pero no cesó este escándalo sino para dar lugar á otro, pues tuvo la imprudencia, é impudencia de dar una plaza en él á Dubois, el hombre mas inmoral, y notoriamente conocido en toda Francia por sus desórdenes; habia sido su maestro, y se convirtió en favorito despues de haber sido fautor de sus primeras disoluciones. Desde entonces se miraron con desprecio en el Gabinete los intereses de Dios, para cuya gloria solo deben reinar los que solo reinan por él, y la Religion fue humillada hasta ponerla á nivel con las instituciones humanas que emplea la política para contener y dirigir la multitud. Entonces se oyó por primera vez el monstruoso axioma de que *con conciencia no se medra*, y que para un hombre de estado la *fidelidad* en las palabras, y la *buena fé* en los tratados no debe ser mas que el arte de engañar con habilidad, dando al doblez la apariencia de la rectitud. Esta moral tan horrorosa era conforme al carácter de su favorito, y fue su regla constante. Desembarazados por este medio de las trabas de la conciencia estos acusadores de la probidad de Luis el Grande, hallaron el secreto de

ge y disolucion, llenaron sus filas de una multitud de prosélitos salidos por la mayor parte de las clases mas distinguidas de la sociedad. Su audacia, aumentada por el buen éxito, traspasó los últimos límites, y atacaron de frente todas las creencias é institucio-

---

adelantar, pero fue en un sentido deplorable. La Francia, que se habia recreado con la idea de un porvenir venturoso bajo el gobierno de un Príncipe idolatrado por sus virtudes (el Delfin duque de Borgoña), privada cruelmente por su muerte (hay sospechas demasiado fundadas de veneno), de esta esperanza, se vió obligada á gemir bajo el peso de todos los vicios. El Regente no la ofreció mas que escándalos domésticos, y calamidades en el Estado, los *asignados* de Law, y la bancarrota pública. Este infame Príncipe habia convertido su palacio en un serrallo de prostitutas, donde tenia por comensales á los hombres mas disolutos, y los impíos mas famosos de su tiempo. Su Corte, que era un volcan de disolucion, inundó en pocos años con sus lavas impuras la capital y las provincias. Su administracion no parecia sino una crítica tan indecente como injusta del reinado anterior; pero trastornándolo todo con sus innovaciones, hacia correr la voz de que no hacia mas que poner en práctica los planes del Duque de Borgoña para cubrirse con una sombra tan querida. No se respetaron mas las disposiciones del difunto Rey relativas á la persona y educacion de su sucesor; antes le quitaron al Rey pupilo su confesor y su ayo. Cada dia señalaba el Regente, Felipe de Orleans, su menosprecio de las costumbres con un nuevo escándalo. Su fin fue digno de su epicureismo, y el último acto de su vida fue tambien el último de sus delitos. Encenagado en la crápula y disolucion, pasó repentinamente, y sin que mediase ni un ins-

nes religiosas. *Tous-Saint* dió la señal por el libro de *las Costumbres* (*), que sublevó contra él toda la Francia cristiana. Pero otros escándalos mucho mayores hicieron bien pronto olvidar este primer escándalo. Un hombre de un ingenio estraordinario, pero no me-

---

tante, de los brazos de una prostituta á los de la muerte y eternidad: tal suele ser la suerte de quien vive así. Mas ¡ cuánto no recuerda este cuadro los dias de aquel Sibarita, en los que se abrieron las puertas tambien á nuestros males! Desde aquella época debemos tambien nosotros datar la de los progresos de la impiedad: antes se oia una que otra voz de alarma, desde entonces se empezó á hacer comun, y así halló preparados tantos espíritus en la revolucion constitucional. *P. Laso*, nota octava.

(*) "Tous-Saint (Francisco Vicente), que en un principio, dice Mr. Fievee, habia sido jansenista y aun convulsionario, se hizo deista para ser acogido de los filósofos, y ateo para conservar el pan que le daba el Rey de Prusia." Su libro de las *Costumbres*, publicado el 1748, abrió la marcha á todos los de la impiedad; deista en él, bajo un título que parece debia prescribir reglas de sana moralidad, las trastorna todas: permite los *amores y conversaciones galantes*; defiende y llama al *concubinato union mas pura, mas santa y mas estimable* que el matrimonio; aniquila el *respeto de los hijos* para con sus padres; condena el *juramento* en juicio, niega á la autoridad el *derecho de castigar* con pena de muerte á los malvados, &c.: pero volvió en sí en sus últimos dias. "Este infeliz, añade el mismo Fievee, en la hora de la muerte hizo reunir á toda su familia al rededor de su cama, la pidió perdon de haber ridiculizado delante de ellos una Religion, que siempre en su interior habia creido verdadera, y con lá-

nos corrompido y depravado (*), se persuadió que faltaria algo á su fama, y su reputacion no sería completa, mientras quedara un adorador á Jesucristo. La actividad increi-

---

»grimas en los ojos, confesando que solo el interes le habia »conducido á tanta vileza é infamia, conjuró á su hijo que »viviese como hombre de bien, y como *buen cristiano*, »pues que el crímen que Dios no podria perdonar á un pa»dre sería el haber corrompido á sus hijos, y no procurar »el desengañarlos.» Nació en París el 1715, y murió en Berlin el 1772: ejerció en París la abogacía, que dejó por darse á la literatura; trabajó en Bruselas en *les Nouvelles publiques*, y el 1764 se le dió la cátedra de elocuencia en la academia de Berlin: los artículos de *jurisprudencia* de los dos primeros tomos de la *Enciclopedia* son suyos, y varias *memorias* de los últimos tomos de la academia de Prusia.

(*) *Voltaire*: este hombre, no menos estraordinario por la profunda perversidad de su corazon, que por la estension de su genio, empleó los años de su larga vida en hacer la guerra al Cristianismo, en corromper las costumbres, en esparcir por todas las clases el espíritu de orgullo, de rebelion é independencia, en ensalzar la razon sobre todo, en presentarla como la única divinidad digna de ser honrada, en apresurar y acelerar aquellos dias de espantosa memoria en que la persona de una prostituta debia presentarse sobre los altares, y recibir las adoraciones públicas de un pueblo que habia venido á ser ó tan estúpido que le diese culto, ó tan aterrado para permitir que se le tributase. Trabajaba en las sombras para acabar toda creencia religiosa; pero especialmente la que unia á los pueblos á Jesucristo, sin la cual ni hay salvacion en la otra vida, ni civilizacion en esta; dirigia en una *Correspondencia* confidencial la egecucion del plan que debia traer el trastorno

ble de este hombre, sus grandes talentos, su ódio implacable contra la Religion, todo contribuyó á colocarle á la cabeza del partido filosófico, por el que trabajó mas que ningun

---

de los Tronos y de los Altares; lanzaba incesantemente de su fecunda pluma libros sediciosos, inmorales, henchidos de licencia é infamia; y tiernamente inquieto por los discípulos á quienes podia alcanzar la vindicta de las leyes, prescribe y traza á cada uno con una prevision maternal la conducta que en un caso imprevisto deberian tener. Ábrase la voluminosa Coleccion de sus obras: ciertas apariencias de órden y regularidad; máximas graves sobre la existencia de un primer Ser; brillantes homenages á la Providencia, á la Religion, á su divino Autor, á la Iglesia, &c. harán acaso admirar un hombre grande; pero penétrese hasta el secreto de sus confianzas íntimas, donde se descubren los misterios, y él manifiesta sus verdaderos sentimientos con tanta mas violencia y energía, cuanto que fuera de allí se vé obligado á contenerlos en su corazon: ¿qué veis? un hombre sin Dios, sin fé, sin ley; un hombre que no reconoce mas divinidad que *la sagrada magestad del Acaso* (Cart. de 29 de Marzo de 1773); mas Providencia que *su divina magestad el Destino* (ibid.); otra moral que la *del placer* (21 de Diciembre de 1772); otro fin que el de una *máquina*, ó *de un pájaro que está en una jaula* (Junio de 1758); un hombre á quien *nada le importa lo que despues de muerto harán de su miserable cuerpo, y de su imaginaria alma* (22 de Diciembre de 1772). La palabra sola de *Religion* escita en él accesos de rabia y de delirio: dice y repite que *todas las religiones no se han hecho sino para los pícaros é imbéciles*; que la Religion cristiana en particular no es mas que *un pan negro que se debe dejar á los perros* (5 de Enero 1767), *y sin contradicion la mas ridícula, la mas absurda, y mas sanguinaria que jamas ha inficionado al mundo* (ib.). = En-

otro en aumentarlo y fomentarlo. La muchedumbre se atropó al rededor de su gloria, y públicamente se tramó una violenta conjuracion contra el Cristianismo. Ya habia

---

carnizado personalmente contra el Fundador de esta Religion divina, como contra un rival, cree no poder satisfacer la horrible ansia que tiene de exhalar su odio, sino vomitando injurias á borbotones. Groseramente sacrílego halla un placer estúpido en tomar el nombre de *Burla-Cristo* (24 de Julio de 1760): el infierno le sugiere llamar *Infame* (perdóunesenos el decirlo por que se le deteste) á Jesucristo y á su culto, y obedece á estas diabólicas sugestiones; y dirigiéndose á todos los que el orgullo del entendimiento, la depravacion de la voluntad, el desarreglo de las pasiones, la impaciencia de la subordinacion, el ansia de los bienes agenos debia alistar bajo las banderas de su *filosofía*; en una palabra, á todos los revolucionarios presentes y futuros, les grita: *Guerra al infame*; *oprimid, acabad con el infame*, y no se afige al tocar ya á las puertas de la muerte sino *por no poder ayudar á los que combatirán contra el infame*; ni se consuela en morir sino por esta esclamacion que lo manifiesta todo entero: *Dentro de veinte años, bueno estará Dios* (25 de Febrero de 1758). El P. Le Jay, herido del atrevimiento de sus ideas cuando pequeño, le predijo que *vendria á ser en Francia el Corifeo del Deismo*, y el suceso ha justificado la profecía. = No hay fuerza en el mundo que pueda soportar el peso de indignacion y de oprobio, que cae sobre los Carrier, Lebon, Saint-Just, los Marat, Robespierres, y sus atroces cómplices; sin embargo para no ser injustos con estos desventurados, es preciso reconozcamos que ellos no hicieron mas que realizar los votos, llenar las intenciones, y en algun modo egecutar el testamento del Patriarca de la Filosofía. Cuando el edificio social agitado en sus diversas partes se desplomaba

mucho tiempo que existia en secreto, segun el parecer de Jurieu, quien nos asegura que muchos de los Ministros refugiados en Holanda, despues de la revocacion del Edicto de Nantes, eran Indiferentistas ocultos, que formaban en las Iglesias reformadas de Francia, de muchos años atras, aquel *desventurado partido que conjuraba contra el Cris-*

---

todo, en aquella hora de ruinas uno de los obreros de la destruccion proclamó la grande obligacion que le tenia el mundo: «*No ha visto todo lo que ha hecho, pero él ha he-* »*cho todo lo que vemos*. Los observadores ilustrados, los que »sepan escribir la historia, probarán á los que saben refle- »xionar, que *el primer autor de esta grande revolucion* que »asombra hoy la Europa, es sin contradicion Voltaire. Él »fue el primero que hizo caer la primera y mas formida- »ble trinchera del despotismo, *el poder religioso y sacerdo-* »*tal*. Si él no hubiera quebrado el yugo de los Sacerdotes, »jamas se hubiera roto el de los tiranos.....» (*Mercurio de France* de 7 de Agosto de 1790, redactado entonces por sus discípulos Laharpe, Marmontel y Chamfort.) Cuando en la asamblea los *hermanos* llevaron como trofeo las insignias de la *superstición* destruida, su digno presidente Laloy les dijo: «En vuestro aire republicano veo que la *filosofia* os »ha conducido: habeis hecho desaparecer diez y ocho si- »glos de error.» (Moniteur de 93.) ¿Cuándo se abrirán los ojos para ver á donde guia esa filosofía altanera? Testigos de tantos desastres, ¿no escarmentaremos nunca? Despues de treinta y mas años de castigos enviados á la Europa para hacerla compreuder que *cuando se desconoce la Religion se destruye la Magestad*, que *trastornado el altar* lleva en sus ruinas los tronos, ¿serán perdidos aún para ella? *Véase la cita de la pág.* 118.

tianismo (Tableau du Socinianisme, Let. 1, pág. 5.*).* Este testimonio no es sospechoso, y nos hace saber tambien á qué escuela pertenecian los primeros autores de la guerra contra la Religion revelada.

Esta escuela no ha cesado un momento de suministrar y proveer de tropas auxiliares á la misma causa. Bayle era protestante: Rousseau, protestante tambien de nacimiento, no ha hecho mas que desenvolver los principios de los protestantes: los Deistas ingleses, de quienes Voltaire y sus discípulos han tomado casi toda su ciencia anti-cristiana, eran protestantes, y protestantes mas consecuentes que los otros, como probaremos. Sí: se principió por reformar ó abolir ciertos dogmas, y se acabó por reformarlos todos, inclusa la revelacion. En este punto tomaron los filósofos modernos el Protestantismo, y siempre *reformando,* llegaron hasta reformar el mismo Dios, y querer realizar la monstruosa ficcion de un pueblo ateo, inventada por Bayle, y tan del gusto de Diderot y de todos los sábios de su escuela. Desde entonces fue facil convencerse que la impiedad tan humana y tan dulce en sus palabras, sabria á su tiempo valerse igualmente de la hacha del verdugo y de la pluma del sofista.

Durante los primeros años que siguieron á esta sangrienta época, la filosofía, que apenas acababa de bajar de los cadahalsos, donde habia tenido y tenia sus córtes y sesiones, todavia, si puede decirse asi, respirando muertes, no fue mas que un ateismo horroroso y fanático. Poco á poco se fue acostumbrando á oir pronunciar sin enfurecerse el nombre de Dios. Robespierre habia dado el egemplo de tolerar al Ser Supremo, y á la inmortalidad del alma, y se juzgó cuerdamente que nadie tenia derecho para mostrarse menos tolerante que Robespierre (*).

(*) Como el autor hablaba á un pueblo que ha presenciado estos horrores y estravíos, se contenta con indicaciones; permítasenos recordarlos á nuestros jóvenes para que vean á donde conduce la lectura de los malos libros. Despues de haber asesinado á los Ministros de Dios, declaró la impiedad la guerra al mismo Dios, y quiso hacer del *Ateismo* una institucion política. Para llegar á este fin insensato, imaginaron fiestas tan sacrílegas como estravagantes, conocidas con el nombre de *Fiestas de la Razon*: Chaumette, su corifeo entonces, hizo derribar los altares de las Iglesias, quitar los cuadros, y todo cuanto podia ofrecer algun vestigio de Religion, y rodeado de una turba numerosa de vándalos, que habian tomado parte en su delirio, vino á dar cuenta á la Convencion de la primera celebracion de las solemnidades. Presentóse en la Asamblea rodeado de una turba inmensa de gente; un grupo de músicos jóvenes abria la marcha; seguia á éstos una tropa de niños coronados de flores, y una horda de Clubistas con el

Hoy la opinion se inclina hácia la Indiferencia universal. Los Gobiernos la favorecen con todo su poder, y ¿quién lo diria? se esfuerzan á arrastrar al Cristianismo á este sistema: nuevo género de persecucion, cuyos efectos estamos todavia muy lejos de conocer en toda su estension. El tiempo los desarrollará, y decidiendo de la suerte de las doctrinas sociales, decidirá de la suerte de la

---

terrible gorro encarnado, haciendo resonar el aire con las voces de Viva la República. *La Diosa de la Razon* se descubria despues sobre una especie de andas llevadas por cuatro hombres, y adornadas con guirnaldas de hojas de encina. Una actriz de la ópera, llamada Maillard, hacia el papel de Diosa: un hermoso manto azul hondeaba sobre su espalda, tenia una larga pica en la mano, y sobre la cabeza el gorro fatal. Apenas se presentan en la barra, la Diosa es recibida con aclamaciones, se la introduce en la Asamblea, se la coloca frente á frente del Presidente, quien á la cabeza de los representantes de la Nacion le prodiga sus admiraciones. Chaumette entonces tomando la palabra: «Lo »habeis visto, dice, Ciudadanos legisladores: el Fanatismo »no ha podido resistir mas, y ha abandonado el lugar que »ocupaba á la *Razon*, la *Justicia*, y á la *Verdad*; sus ojos »estraviados no han podido sostener el brillo de la luz, y »ha huido. Nos hemos apoderado de los templos que nos »abandonaba, y los hemos *regenerado*. Hoy (10 de Noviem»bre de 1793) todo el pueblo de París se ha transportado á »las bóbedas góticas, á donde por tanto tiempo resonó la »voz del *Error*, que por la primera vez han resonado con »los gritos de la *Verdad*; y alli hemos sacrificado en honor »de la *Libertad* y de la *Igualdad*. Hemos gritado: ¡Viva la

sociedad, y de la existencia del género humano. Pero volvámos á nuestra discusion.

La Soberanía de la Razon humana en materia de fé, que es el dogma fundamental del Protestantismo, es tambien el fundamento del Deismo, y su carácter distintivo es la esclusion absoluta de toda revelacion.

"El Deismo, dice un autor inglés, no »es otra cosa que la Religion esencial al »hombre, la verdadera Religion de la natura-

---

» *Montaña* (los mas acalorados Ateistas)! y la montaña nos » ha respondido, porque venia á reunirse con nosotros en el » templo de la Razon. No hemos ofrecido sacrificios á ído» los inanimados, no; una obra maestra de la naturaleza es » la que hemos escogido para representarla, y esta *imagen » sagrada* ha inflamado todos los corazones.» Dice, y fijando los ojos en su Diosa, invita con sus gestos á todos los espectadores á que la consideren bien para que se inflamen por la *imagen sagrada*. «Un solo voto, añade, se ha hecho » oir allí, y un solo grito ha resonado por todas partes: » *Fuera Sacerdotes, no mas Sacerdotes, ya no mas Dioses que » los que la naturaleza nos ofrece.* Nosotros, *sus Magistra» dos*, hemos acogido y aceptado este voto; os lo traemos » desde el templo de la *Razon*; venimos al de la *Ley* para »festejar á la *Libertad*: pedimos que la metrópoli de París » se consagre á la *Libertad* y á la *Razon*.» Estas blasfemias insensatas hacen la mas viva impresion en los Legisladores de la Francia, y la proposicion de Chaumette convertida en *mocion* especial por el apóstata Chabot, se *decreta* solemnemente con espanto de la Europa y del mundo. En seguida algunas secciones de París prohiben á los Sacerdotes decir misa: se mandan quitar las estatuas que se conservaban aún en los templos; y aun alguna de ellas hace

»leza y de la *razon* (1)." Rousseau usa el mismo lenguage. "Las mayores ideas de Dios, »dice, nos vienen por *sola* la *razon*. Poned »los ojos en el espectáculo de la naturaleza; »escuchad la voz interior: ¿No ha hablado, »y lo ha dicho en efecto Dios todo á nues»tros ojos, á nuestra conciencia, á nuestro »entendimiento? ¿Qué es lo que nos añadi»rán los hombres? *Sus revelaciones no ha»cen mas que degradar á Dios*, dándole ó »atribuyéndole pasiones humanas (2)."

---

derribar hasta el campanario, y propone qne se derriben todos los de la capital, como contrarios al sistema de *Igualdad*, &c. &c., y se siguió asi hasta el 7 de Mayo de 1794, en que á propuesta de Robespierre, no menos impío que los otros, pero mas astuto entonces, que lo creia un medio de llegar á un poder mas absoluto aún que el que egercia, decretó la *Convencion* que *el pueblo francés reconocia la existencia del Ser Supremo, y la inmortalidad del alma*, y lo declaró su Pontífice; y el 8 de Junio, vestido de una especie de dalmática de azul violado, trage de luto de los Reyes de Francia, celebró públicamente en el jardin de las Tullerías, acompañado de cánticos llenos de imprecaciones contra la Religion Católica, y aquel dia era el de Pentecostés. Por estos pasos caminó la Francia: los *malos libros* quitaron el amor y respeto á la Religion: el abandono del *culto católico* trajo desde luego el *culto constitucional*; á éste sucedió el *culto de la razon*, y en seguida vino el *culto del Ser Supremo* inventado por el *apóstol* Robespierre para disculpar de ateismo á la Convencion regicida.

(1) *Deism fairly stated, and fully vindicated*, p. 5.

(2) *Emile*, tom. III, p. 132, 133.

Réstanos saber en qué consiste esta Religion de la *naturaleza* y de la *razon*, esta Religion *esencial al hombre*, y con la cual sin embargo el hombre nunca ha podido contentarse; porque es un hecho constante y notable, que jamas ha existido un pueblo deista, antes bien todos han tenido Religiones que creian reveladas, y por consiguiente Religiones opuestas á la *razon* y á la *naturaleza*; lo que no impide á Rousseau para mandar é imponer á todo hombre la *obligacion de seguirlas y amarlas.* Mas eso ¿qué importa? pasemos por alto este juicioso precepto, y á egemplo de los discípulos de Juan Jacobo, dejémosle como olvidado; y pues toda Religion se compone esencialmente de dogmas, de culto y de moral, examinemos la Religion natural bajo estos tres respetos.

Primeramente, por lo que hace á los Dogmas, la Religion de la *naturaleza* parece que deja á cada uno en plena y entera libertad de elegir los que le acomoden, y muy pronto veremos que no podia ser de otro modo: por consiguiente cuantos deistas otros tantos símbolos. El del Lord Cherbury (*), pa-

---

(*) Eduardo Herberto, mas conocido con el nombre de *Lord Cherbury*, nació en el pais de Gales el 1581. Estuvo

triarca de los deistas ingleses, se reduce á cinco artículos. 1.° Que existe un Ser Supremo: 2.° que debemos darle culto: 3.° que la piedad y la virtud son y forman la parte principal de este culto: 4.° que debemos arrepentirnos de nuestras faltas, y si asi lo hacemos Dios nos perdonará: 5.° que los buenos serán premiados, y los malos castigados en la otra vida (1).

Se podian pedir al Lord Cherbury mil esplicaciones sobre este corto símbolo. Por egemplo, ¿qué entiende por piedad? ¿qué por virtud? ¿cómo sabe con certeza que Dios perdonará al arrepentido, &c.? Él insinúa que la Religion cristiana es demasiado indulgente en este punto (2); luego conoce la medida precisa del arrepentimiento que merece el perdon, como si un sentimiento cual-

---

de Embajador cerca de Luis XIII por Jacobo I: escribió varias obras, todas ellas llenas de deismo y naturalismo, y se le considera como uno de los primeros que redujo el Deismo á sistema, y de ser el Padre de los *Latitudinarios*, ó *Racionalistas*. Se dice que en sus escritos bebieron sus errores Spinosa y Hobbes. Un sabio aleman llamado *Korthold* publicó el 1680 una *Disertacion* sobre los tres impostores de su siglo: Spinosa, Hobbes y Cherbury. Éste murió el 1648.

(1) *De Religione Gentilium.*

(2) *Appendix ad op. de Religione laici*, q. 6.

quiera tuviese una medida que pudiera valuarse. Asi es que no se atreve á fijarla, y deja al hombre en la ignorancia mas terrible en que una criatura racional y debil puede hallarse.

¿El símbolo que antecede os ha parecido insuficiente? Blount (*) nos presenta otro en siete artículos: 1.° Que hay un Dios eterno, infinito y criador de todas las cosas: 2.° que gobierna el mundo con su providencia: 3.° que es una obligacion nuestra el darle culto como á nuestro Criador y Señor: 4.° que este culto consiste en la oracion y alabanzas: 5.° obedecer á Dios es conformar-

(*) Cárlos Blount, famoso deista inglés, nació en Upper-Halloway el 1654: empezóse á dar á conocer por una traduccion de los dos primeros libros de la Vida de Apolonio de Tiana, por Filostrato, con notas aun mas estravagantes que la obra misma, todas ellas dirigidas á desfigurar la Religion, y ridiculizar los Libros Santos, copiando las blasfemias, que él daba como originales, de los manuscritos del Lord Herberto, que tenia la misma Religion que él. Su libro fue proscrito en Inglaterra el 1693. En este año enamorado Blount de la viuda de su hermano, y no hallando esperanza de poder casarse con ella, se quitó á sí mismo la vida; fin natural de un hombre que no conocia mas felicidad que el deleite, y veia que no le podia conseguir. Entre otras obras donde compiten las estravagancias con las mentiras, fue el principal autor del libro intitulado: *Los Oráculos de la razon*. El pirronismo que descubre en ella fue refutado por Gildon.

se con las reglas de la recta razon practicando las virtudes morales: 6.º que debemos esperar en la otra vida penas ó premios segun que hayamos obrado en ésta, lo que envuelve en sí la inmortalidad del alma: 7.º, en fin, que si nos hemos separado de la regla de nuestras obligaciones, debemos arrepentirnos, y confiar en la misericordia de Dios que nos perdonará (1).

La razon de Blount, como se vé, pide un poquito mas en materia de fé que la razon del Lord Cherbury. Éste no admite esplícitamente la inmortalidad del alma en su símbolo; puede ser que fuese olvido, porque no se puede tener todo presente.

Por lo demas Blount, arguyendo contra la revelacion, escribia así á Sydenham: "En »nuestro viage al otro mundo, el camino co»mun es sin duda el mas seguro; y aunque »el Deismo sea una buena preparacion para »la conciencia, si se siembra en ella el Cris»tianismo producirá una cosecha mas abun»dante (2)."

Bolingbrocke poco satisfecho de los símbolos de sus antecesores, ensanchó estrañamen-

(1) *The oracles of Reason*, p. 197.
(2) *Ibid.* p. 91.

te la senda de la Religion natural. Niega que Dios puede ser ofendido por el hombre, y por consecuencia ataca la doctrina de los premios y castigos de la otra vida (1). ¿Qué mucho? Todo se perfecciona con el tiempo.

Si el alma es material ó inmaterial; si es distinta del cuerpo, y en este caso, si es perecedera como él, ó debe sobrevivirle, son cuestiones que Chubb no decide, porque no encuentra sobre que pueda fundar la decision. (2). Sin embargo, parece inclinarse mucho al materialismo (3); y aun suponiendo

---

(1) *Bolingbroke's Works*, vol. V, pág. 209, 356, 493, 495, 498, 507, 508, 510. = El vizconde de Bolingbroke nació en Batersea, del Condado de Surry, el 1672. Fue Secretario de Estado de la Reina Ana: tuvo mucha parte en los negocios y las revoluciones ocurridas en los últimos años del reinado de esta Princesa, y fue enviado á París para concluir la negociacion ó tratado de paz entre Francia é Inglaterra. Despues de la muerte de la Reina se retiró de la corte, y repartió su tiempo entre el estudio y los placeres. Temeroso de sus enemigos que lo habian hecho escluir del parlamento, pasó á Francia, donde se casó con Mad. Villete, sobrina de Mad. Maintenon. Volvióse despues á Inglaterra, donde murió el 1751. Hay de él varias obras políticas, &c. Se ha publicado tambien bajo su nombre el *Examen importante de la Religion cristiana*, escrito violento contra el Cristianismo; pero aunque Bolingbroke fue incrédulo, no llegó su furor á tanto: se sabe que es obra de Voltaire.

(2) *Chubb's posthumous Works*, vol. 1, p. 312, 313.

(3) *Ibid.* pág. 317, 318, 324, 326.

que haya castigos y recompensas en la otra vida, cosa para él muy dudosa, la totalidad del género humano no tiene por qué inquietarse de ello, porque estas recompensas y castigos, segun él, no serán sino para hombres cuyas acciones hayan influido poderosamente en la felicidad ó desgracias del género humano: los demas no tienen nada que esperar ni temer: su vida es muy insignificante para que Dios se digne pedirles cuenta de ella. Esto sería lo mismo, dice Chubb, que imaginarse ó creer que Dios ha de juzgar un dia á todos los animales (1).

Segun esto, se ve que la existencia de Dios es el único dogma que admiten formalmente los dos últimos autores de quienes acabamos de hablar. Esta grande y sublime verdad, en medio de las ruinas de todas las doctrinas religiosas, ha quedado en pie en su alma, como suele subsistir una columna de un templo antiguo que el tiempo y los bárbaros destruyeron.

Juan Santiago Rousseau estiende un poco mas el símbolo de la Religion natural; pero en breve haremos ver que segun sus principios no tiene derecho alguno para exi-

(1) *Ibid.* vol. 1, p. 395, 400.

gir que nadie adopte de él ni un solo artículo. Admite la existencia de Dios, la distincion entre el alma y el cuerpo, y una vida futura, en la que cada uno se acordará de lo que ha sentido, y lo que ha hecho durante su vida; *y no duda que esta memoria formará un dia la felicidad de los buenos, y el tormento de los malos.* "No me pregun»teis, añade, si habrá otras fuentes de feli»cidad ó de penas; yo no lo sé (1)".

Esta doctrina es muy satisfactoria para los malvados, especialmente si se les junta la esperanza de que sus *recuerdos* ó *memorias* se acabarán con su existencia; y es puntualmente lo que Rousseau les hace esperar, igualmente que á los buenos el temor de que llegue un dia el término fatal de la vida feliz que les promete. "¿Cuál es esta vida? se pre»gunta á sí mismo: ¿y el alma es inmortal »por su naturaleza? mi limitado entendi»miento, se responde, nada conoce que no »sea limitado; todo lo que se llama infinito »es para mí imperceptible. ¿Qué puedo ne»gar, ni afirmar, ni qué raciocinios hacer »sobre una cosa que no puedo concebir? Creo »que el alma sobrevive al cuerpo lo suficien-

(1) *Emile*, t. 3, p. 87, 88.

»te para la conservacion del órden, ¿pero »quién sabe si esto es lo bastante para que »dure siempre? (1)."

De este modo es como *Dios se lo ha dicho todo á sus ojos, á su conciencia y á su entendimiento.* Notad ademas que deduce el dogma de la otra vida de la nocion de los atributos de Dios. Porque dice: "Si yo llego »á descubrir sucesivamente estos atributos, »de los que no tengo idea alguna absoluta, »es por el buen uso de la razon, y por con»secuencias *forzadas* (2); pero los afirmo sin

(1) *Ibid.* p. 86.

(2) Rousseau se sirve aqui, y tal vez con estudio, de una voz equívoca. En el modo comun de hablar por consecuencias *forzadas*, se entienden consecuencias violentas, falsas, ó al menos dudosas. Se podria decir tambien que son consecuencias necesarias, que el entendimiento se vé *forzado* á admitir. *El buen uso de la razon*, que antes menciona Rousseau, favorece este último sentido; pero lo demas de la frase lo contradice, porque sacar ó deducir una consecuencia, es *afirmar* alguna cosa; y quien no *afirma* nada, nada concluye. Ademas, Rousseau cae en un error grave, suponiendo que para afirmar realmente es necesario comprender; y no es así, basta tener una idea clara de lo que se afirma. Por eg. la palabra *atraccion*, siempre y cuando se nos ofrezca una idea, y en todos ofrezca la misma, podemos afirmar ó negar la existencia de esta fuerza oculta, que no comprendemos en sí misma. Por lo demas, el pasage sobre el cual recae esta nota, no es el único en que Rousseau procura ocultar la inconsecuencia é instabilidad de sus doctrinas á la sombra de espresiones ambiguas.

» comprenderlos, que en substancia es lo mis-
» mo que no afirmar nada. Por mas que yo
» me diga: Dios es así; lo siento; me lo de-
» muestro; no por eso concibo mejor cómo
» Dios puede ser así. En fin, cuanto mas me
» esfuerzo á contemplar su esencia infinita,
» menos la concibo; pero ella existe, me basta;
» cuanto menos la concibo, mas la adoro (1)."

Así es que Rousseau funda la *esperanza del justo* sobre atributos, de que *no tiene idea alguna absoluta, y que afirma sin comprenderlos*, que *en substancia es* no *afirmar nada*. ¿No es en verdad una certeza maravillosa, y una esperanza bien consoladora? *Cuanto mas se esfuerza á contemplar la esencia divina, menos la concibe*; es decir, que no la conoce ni en sí misma, ni en sus atributos: y de esta suerte es *como las mas grandes ideas de la Divinidad nos vienen por sola la razon.* ¡Cosa admirable, y que sola la filosofía nos podia enseñar: la idea mas grande que tenemos de la Divinidad, es no tener idea alguna de ella!

Mas en fin, se dirá que *existe*, y *esto basta*: su existencia es un dogma admitido por todos los sectarios de la Religion natural.

(1) *Emile*, t. 3, pág. 96.

Sea enhorabuena; pero siempre sostendré, y sostengo, que en sus principios se puede legítimamente negar este dogma, y no como quiera se puede, sino que á veces se debe hacer.

En efecto, la primera regla de Rousseau, y de todos los Deistas, su principio fundamental es formar su fé por solas las luces de la razon, y por consiguiente no creer nada sino lo que claramente se conciba: ahora bien; supongamos un filósofo para quien la existencia de Dios no sea mas clara que lo es para Rousseau su esencia y atributos; este podrá y deberá negarla, si es consecuente; quedarse indeciso, él mismo nos asegura que es imposible; luego deberá negarla. "La duda »en cosas que nos importa conocer es un es»tado demasiado violento para el espíritu hu»mano, y no puede resistir y estar en él »mucho tiempo; y así á pesar suyo se deci»de por una ú otra parte (1)."

Figurémonos por un momento el hecho supuesto: pongamos en boca de Rousseau sus mismas palabras, y veamos qué responderia el filósofo de que hablamos; cuidaré para mas exactitud no atribuirle otras opiniones que las

(1) *Emile*, t. 3, p. 27.

de uno de los mas célebres partidarios de la Religion natural.

ROUSSEAU.

Os compadezco de todas veras al ver no creeis en el Ser infinito. No concebis que existe; ¿eso qué hace? yo tampoco concibo mas claramente sus atributos, y lo creo. "El uso »mas digno de mi razon es anonadarse delante de él (1)." Seguid mi egemplo.

FILÓSOFO.

"Decirme que someta mi razon, es ultrajar á su autor (2): otro tanto me puede »decir cualquiera que me engañe: para someter mi razon, necesito razones (3)."

ROUSSEAU.

Y bien. "Poned los ojos en el espectáculo de la naturaleza; en este grande y sublime libro es donde yo aprendo á servir y »adorar á su Divino autor. Nadie es escusable de no leer en él, porque habla á todos los hombres una lengua de facil inteligencia para todos los entendimientos (4). »¿Dios no lo ha dicho todo á nuestros ojos? »Responded."

---

(1) *Id.* t. 3, p. 96.
(2) *Id.* p. 180.
(3) *Ib.* p. 139.
(4) *Emile*, t.3, p. 177.

FILÓSOFO.

Á los vuestros puede ser, pero á los mios no: ademas, permitidme os diga, que raciocinais muy mal. "Tomar fundamento del curso y órden de la naturaleza para inferir la existencia de una causa inteligente que haya establecido, y conserve el órden en el universo, es abrazar un principio incierto é inútil juntamente; porque este objeto no puede caer en modo alguno bajo la esperiencia humana: está muy lejos de su esfera (1)."

ROUSSEAU.

Á lo menos convendreis en que Dios lo ha dicho todo á nuestro entendimiento. "No creo que negueis la eterna correspondencia del efecto con su causa, de donde yo tan claramente he deducido la existencia del primer Ser."

FILÓSOFO.

¿Y porqué no? Á mi entender "no se puede sacar argumento, ni aun probable, de la relacion de la causa con el efecto, ó del efecto con la causa (2): el enlace del efecto con su causa es enteramente ar-

(1) *Hume's Philosophical Essays*, pág. 224.
(2) *Ibid.* pág. 62, 63.

»bitrario, no solo en su primera nocion *à »priori,* sino aun despues que la esperien»cia nos ha sugerido esta nocion indica»da (1)." Ya veis que estamos muy léjos de convenirnos. Vuestras pruebas hacen muy distinta impresion en mi entendimiento que en el vuestro; yo no veo en ellas mas que sofismas, y los sofismas no me convencen. Por otra parte, me hablais de un Dios, *al cual rodean misterios inconcebibles* (2); pues si yo comienzo una vez á creer misterios inconcebibles ¿quién sabe á donde esto me llevará? ¿en qué, ó dónde me detendré? ¿quién me guiará en la eleccion que debo hacer? ¿con qué derecho ni fundamento he de desechar la revelacion? Vos mismo lo habeis dicho. "El que me presenta *misterios*, y »contradiciones en el culto que me predica, »por el mismo hecho me enseña á descon»fiar de él (3)."

ROUSSEAU.

"Os he abierto mi corazon sin reserva »alguna; lo que creo por cierto es única»mente lo que os doy por tal; y os he ma-

(1) *Ibid.* pág. 53, 54.
(2) *Emile*, t. 3, p. 133.
(3) *Ibid.* pág. 150.

»nifestado las razones que me asisten para
»creer. Ahora vos solo sois quien debe juz-
»gar (1). Yo no pretendo darme por infali-
»ble, ni me creo tal: otros pueden hallar du-
»doso lo que á mí me parece demostrado, y
»falso lo que á mí me parece verdadero: ra-
»ciocino para mí, y no para ellos: ni los vi-
»tupero ni los imito: su juicio puede ser me-
»jor que el mio; pero no es culpa mia que
»no lo sea el mio. (2).” Para mí la existen-
cia de Dios está atestiguada por sus obras:
ninguno, os lo repito, *tiene escusa para no*
leer en este grande y sublime libro: conven-
go en que esta máxima es demasiado gene-
ral; y que como otras muchas se me ha es-
capado sin reflexionar bien en ello: sin em-
bargo, en el fondo habeis debido conocer que
este no era ni mi primero, ni mi último
pensamiento. La prueba está clara en las pala-
bras que anteceden un volúmen entero á las
que acabo de citar, y las modifican bastan-
temente. “El filósofo que no cree, obra mal,
»porque usa mal de la razon que ha culti-
»vado, y se halla en estado de entender las
»verdades que desecha (3).” Confieso que es-

---

(1) *Emile*, t. 3, p. 192.

(2) *Ibid.* p. 179.

(3) *Emile*, t. 2, p. 350.

te testo es muy duro: porque si pone al pueblo á cubierto, al filósofo lo deja lleno de embarazos. Lo siento por vos, á quien filosóficamente condeno, y por mí, que aborrezco la bárbara intolerancia. Pero al fin "no es co-
» sa de poca monta conocer que Dios existe;
» pero cuando hemos llegado hasta aquí, y
» nos preguntamos ¿qué es, ó dónde está?
» nuestro entendimiento se confunde, se es-
» travía, y no sabemos ya qué pensar (1)."
He aquí justamente lo que os sucede: "las
» ideas de creacion, aniquilacion, ubiquidad,
» eternidad, omnipotencia, la de los atribu-
» tos divinos, todas estas ideas que pocos
» hombres alcanzan á ver tan confusas y obs-
» curas como son, se os presentan en toda su
» fuerza, es decir, en toda su obscuridad (2)."
¿Y no sería una crueldad verse condenado por haber tenido mas talento que los demas hombres? ¿sería posible que no hubiese salvacion sino para los tontos? Pues sentado lo que acabo de decir, esto es lo que infaliblemente resultaria del principio vulgar: "que
» es necesario creer en Dios para salvarse (*)."

---

(1) *Ibid.* p. 341.

(2) *Ibid.* p. 346.

(*) Y tan vulgar como enseñado por el Apóstol san Pablo: *Accedentem ad Deum opportet credere, quia est, &c.*

No permita la filosofía que yo me obstine en sostener ésta máxima cruel; veo claramente las consecuencias. "Este dogma mal entendi- »do es el principio de la sanguinaria intole- »rancia, y la causa de todas las vanas ins- »tituciones que dan el golpe mortal á la ra- »zon humana acostumbrándola á contentarse »con palabras (1)." Vuestra causa es pues la de la razon humana, y no debeis temer que *yo la dé un golpe mortal.* "Es claro que un »hombre que llegase á la vegez sin creer en »Dios, no sería por esto privado de su pre- »sencia en la otra vida, si su ceguedad no ha »sido voluntaria, y yo digo que no siempre »lo es (2)." Envejeced, pues, tranquilo en vuestra incredulidad; *bien diferente* de aquellos que se persuaden es necesario *confesar tal ó tal artículo* "pienso por el contrario »que lo esencial de la Religion consiste en »la práctica ó en la moral: que no solo es »necesario ser hombre de bien, misericor- »dioso, humano, caritativo, sino que cual- »quiera que lo es verdaderamente tal, cree »lo bastante para salvarse (3)."

---

(1) *Emile*, t. 2, pág. 350.
(2) *Ibid.* p. 352.
(3) *Lettre á Mr. de Beaumont*, p. 59.

"Habeis hecho lo que habeis podido pa-
»ra llegar á la verdad; pero su orígen es muy
»elevado: si os faltan las fuerzas para pasar
»adelante, ¿de qué podeis ser culpable? ella
»es la que debe acercarse á nosotros (1)."

¿Qué es, pues en vista de esto, la Religion natural sino un abismo, un sumidero profundo donde vienen á hundirse todos los dogmas, hasta el de la existencia de Dios? Bossuet la definió completamente cuando dijo que el *deismo no es mas que un ateismo disfrazado.* Entre sus sectarios unos admiten lo que los otros desechan, niegan lo que afirmàn, y así recíprocamente. Con dificultad se hallarán dos que profesen una misma doctrina: ninguno tiene derecho para exigir que otro se someta á sus decisiones; cada uno como supremo juez de su fé, tiene la facultad de estenderla ó restringirla á su gusto, y ninguna creencia por consiguiente es esencial en la única Religion *esencial al hombre.* ¡Estraña Religion, cuyo símbolo puede reducirse al ateismo!

En segundo lugar, no siendo el culto esterior mas que *un vano ceremonial* y *un negocio puramente de policía,* es indiferente en

(1) *Emile*, t. 3, p. 128.

sí, y nada por tanto impide que nos pasemos sin él.

"Las verdaderas obligaciones de la Reli-
»gion son independientes de las instituciones
»de los hombres (1); y el culto que Dios
»quiere y pide es el del corazon (2)." ¿Quién se atreverá á exigir lo que Dios no pide? Debe pues haber plena libertad en este punto, y podrá algun hombre no dar en toda su vida ni una sola señal de Religion, sin ofender por eso, ni faltar á las *verdaderas obligaciones de la Religion.* ¿De qué sirven ni para qué se quieren ceremonias, ni templos? (*). Un corazon recto es el verdadero templo de la Divinidad (3). ¿Qué importa que desde el principio del mundo no haya existido nacion alguna sin culto público? "Nosotros prescindimos, dice Rousseau, de
»toda autoridad humana (4)... Yo por mí des-
»pues de haberlo meditado muchos años he
»tomado mi partido; y á él me atengo (5)."

(1) *Ibid.* p. 196.

(2) *Ibid.* p. 134.

(*) He aqui la razon del desprecio que hacen los libertinos de todas las prácticas, y de su ninguna asistencia é irreverencia en los templos: es consecuencia de sus ideas.

(3) *Emile*, t. 3, p. 196.

(4) *Ibid.* p. 151.

(5) *Ibid.* p. 193.

Esta razon no tiene réplica, y si sus discípulos hubieran *sabido tomar su partido* tan decididamente, y descargado con tanto cuidado la Religion natural de toda especie de *ceremonias*, no hubiéramos visto establecerse en Francia en el siglo XVIII, el culto de la *Razon* representada por una prostituta (*). Pero no insistamos en esta ligera observacion, pues al fin es *puramente un negocio de policía.*

El único culto esencial segun Bolingbrocke, y (1) lo mismo confiesa Rousseau, es el interior: ahora bien, piénsese lo que se quiera del culto esterior, es seguro al menos que el primero depende de los dogmas, y debe dimanar de ellos. El mismo Rousseau impugnando la Religion revelada se esplica en estos términos: "*Viniendo* como viene esta doctrina *de Dios*, debe traer consigo el carácter sagrado de la Divinidad; y no solo debe aclarar las ideas confusas que el raciocinio nos hace formar de ella en nuestro espíritu, sino *que debe tambien proponernos un culto, una moral, y máximas correspondientes á los atributos, por los*

(*) Véase la nota de la pág. 188, 189.

(1) *Bolingbrocke's Works*, vol. 5, p. 97.

»*cuales solo concebimos su esencia* (1)."

Ahora bien: ó la Religion natural *no viene de Dios*, es decir, es falsa, ó debe presentar los caracteres que Rousseau juzga inseparables de una Religion que *viene de Dios*: *debe pues proponernos un culto correspondiente á los atributos por donde únicamente concebimos su esencia:* mas por desgracia vemos que *cuanto mas nos esforzamos á contemplar esta esencia infinita, menos la concebimos; que no tenemos idea alguna absoluta de los atributos de Dios; que los afirmamos sin comprenderlos, que es lo mismo en substancia, que no afirmar nada* (2). De suerte, que "si la Religion natural es insuficiente, »es por la obscuridad que deja en las gran»des verdades que nos enseña (3);" obscuridad que resulta de que ella se apoya en solo el *raciocinio*, el cual *no forma en nuestro espíritu sino ideas confusas de la Divinidad.*

No me detendré á observar el estrecho enlace y perfecta concordancia de estas ideas, ni á hacer notar con cuánta razon nos en-

---

(1) *Emile*, t. 3, p. 148.
(2) *Ibid.* p. 96.
(3) *Ibid.* p. 150.

salza Rousseau una religion, que *deja en la obscuridad las grandes verdades que nos enseña*, *que no forma ni traza en nuestro espíritu sino ideas confusas de la Divinidad*, y cuyos secuaces *en substancia nada afirman porque nada comprenden*. Confieso ingenuamente, que por mas *conmovido* que se encuentre el *buen Juan Jacobo* al darnos esta clara y sublime doctrina, *por mas que se esplique con la mayor vehemencia*, no creo ciertamente "oir al divino Orféo cantar los primeros himnos, y enseñar »á los hombres el culto de los dioses (1).» Por el contrario, mi grande embarazo está en comprender cómo saldrá de estas *obscuridades*, y de estas *ideas confusas*, un culto cualquiera.

Yo en verdad no veo mas que discordancia y contradicion en todo lo que los deistas nos dicen de este culto misterioso que nunca definen. Si Blount le hace consistir en *la oracion y la alabanza*, Rousseau cercena al instante la mitad del precepto. "Yo, »nos dice, me egercito en contemplaciones »sublimes. Medito en el órden del universo, »no para espicarle por vanos sistemas, sino

(1) *Emile*, t. 3, p. 128.

»para admirarle incesantemente, y adorar al »sabio autor que se hacé sentir en él. Hablo »con el autor del universo, mis facultades »todas se penetran de su divina esencia; me »enternezco con sus beneficios, le bendigo »por sus dones; pero *no le suplico, no le* »*pido*: ¿qué le pediria yo? (1)." En efecto, es claro que el hombre nada tiene que pedir á Dios; ¡es tan rico él por sí mismo, su espíritu está tan lleno de luces, su corazon abunda tanto, es tan fértil de buenos sentimientos!

Pero en fin, no pienso que en la enumeracion que se acaba de leer pretenda Rousseau obligar á todos los hombres á cada una de sus prácticas personales. *Egercítese* cuanto quiera en *sublimes contemplaciones, medite en el órden del universo, enternézcase* hasta derramar lágrimas, nada mejor; pero el *enternecerse* no es cosa que se puede siempre que se quiere, y un pobre rústico que con mil trabajos cultiva un rinconcillo de este globo, cuyo *órden* no conoce, sería ciertamente muy digno de lástima si fuese necesario que *meditase* sobre este *órden* á él

(1) *Emile*, p. 126.

desconocido, y se exigiesen absolutamente de él las mas *sublimes contemplaciones.* A lo menos lo *sublime* se debe creer que no es de rigoroso mandato: y aun tambien me imagino que la mayor parte de los hombres no tienen una obligacion rigorosa de que *todas sus facultades se penetren de la divina esencia del Autor del universo.* Sería necesario esplicarles antes lo que esto significa, y no sería facil el hacérselo entender.

Despues de tantos escritores como han hablado de la Religion natural, aun ignoramos á qué nos debemos atener sobre la naturaleza y necesidad del culto interior que ella recomienda; y la incertidumbre se aumenta cuando se considera que deja una entera libertad de creer los dogmas, de los cuales, segun Rousseau, se debe derivar este culto. Querria que se me digese, por egemplo, que motivo pueden tener de practicar un culto, sea esterior, ó interior, los que no esperan otra vida, y qué culto se puede dar á Dios cuando no se cree en Dios.

Se me responderá que el Ateo está fuera de la Religion natural; muy bien: pero segun los principios de la Religion natural no se puede condenar al Ateo; y si este no está obligado á practicar ningun culto, el

culto no es de obligacion para todos los hombres: cuando mas será un deber relativo á la creencia, así como la creencia no es mas que un deber relativo á la razon; aunque en dictámen de Rousseau es *razon sin principio, entendimiento sin regla*; mas no por eso deja de ser árbitro soberano del culto y de la fé, así para el docto como para el ignorante, para el mas imbecil de los mortales como para Bossuet y Newton; porque, como añade Rousseau, "en queriendo mitigar este »método, y dar el menor ensanche á la au»toridad de los hombres, en el instante se »lo abandonais todo (1)."

En tercer lugar, no permitiendo los principios de la Religion natural determinar la creencia de ningun dogma, ni por consiguiente exigir la práctica de culto alguno, se sigue que toda ella se reduce á las obligaciones de la moral; y así es que Juan Jacobo nos asegura que solo estas son esenciales (2). Tampoco Voltaire las da mas estension. *Sed justo*, dice, *y esto basta; lo demas es arbitrario.* Este *demas* es simplemente el culto, la doctrina, la inmortalidad del

(1) *Emile*, t. 3, p. 175.
(2) *Ibid.* p. 196.

alma, los premios y penas de la otra vida, la existencia de Dios; y nada mas.

Pues que los dogmas son *arbitrarios*, y solo los deberes de la moral son *esenciales*, es indispensable que éstos subsistan independientemente de los dogmas: esta consecuencia es en todo rigor necesaria. Y por eso sin duda Bolingbrocke se irrita y declama contra los que "piensan que sin Dios no puede ha-»ber ley natural, á lo menos obligatoria (1);" proposicion en efecto evidentemente contradictoria á sus principios, como á los de Voltaire y Rousseau.

Ahora bien, si se quiere saber qué cosa es la ley *natural* para los ateos, se podrá tomar alguna nocion leyendo este pasage de Voltaire: "Yo no quisiera, dice, verme em-»peñado en ningun lance de honor con un »Príncipe ateo, que hallase su interes en ha-»cerme majar en un mortero; porque estoy »seguro que lo haria: ni si fuera Rey quer-»ria tampoco empeñarme en nada, ni fiar-»me de cortesanos ateistas, que hallasen con-»veniencia en emponzoñarme, porque á ca-»da paso tendria que estar tomando contra-»venenos. Es pues absolutamente necesario

(1) *Bolingbrocke's Works*, vol. 4, p. 284.

»á los Príncipes y á los Pueblos que la idea »de un Ser Supremo, criador, gobernador, »vengador, remunerador, esté profundamen- »te grabada en los corazones (1)." Sí, en verdad lo es: mas ¿cómo lo que un momento ha *era solo arbitrario*, es ya *absolutamente necesario*? Qué ¿la verdad se muda, ó varía segun las movibles é inconstantes conveniencias de la filosofía, y la necesidad de sus sistemas? Pero abramos el *Emilio*, y veamos si Rousseau es mas consecuente.

Despues de haber pintado la influencia que debe tener en su discípulo la doctrina, nueva para él, de la existencia de Dios, y de una vida futura, "Salid de ahí, dice, y yo »no veo mas que injusticia, hipocresía, y »mentira entre los hombres; el interes par- »ticular, que triunfa necesariamente de todas »las cosas, enseña á cada uno de ellos á cu- »brir y disfrazar el vicio con la máscara de »la virtud. Que todos los otros hombres se »desvelen por mí y por mi utilidad, y me »hagan bien aunque sea á costa suya; que »todo se refiera á mí solo, que el género »humano perezca y muera de miseria y de

(1) *Œuvres de Voltaire*, t. 28, p. 12, edit. en 8.°, artículo *Athéisme du Dictionaire philosophique.*

»penalidad, si esto es necesario para que yo
»no sufra un momento la hambre, y el do-
»lor; he aquí el lenguage interior de todo
»incrédulo que raciocina. Sí, lo sostendré to-
»da mi vida. El que ha dicho en su cora-
»zon, no hay Dios, y se espresa de otro mo-
»do, ó es un embustero, ó un insensato (1)."

La imposibilidad de imponer á todos los hombres la obligacion de creer dogma alguno, aunque sea la existencia de Dios, ha precisado á Rousseau á sostener que las *únicas obligaciones esenciales al hombre son las de la moral*; y la imposibilidad no menos completa de hallar en el Ateismo un fundamento para las obligaciones morales, le ha forzado á confesar que *sin la fé no hay verdadera virtud, y que hay dogmas que todo hombre está obligado á creer.* ¿Qué pensaremos de un sistema del cual salen inevitablemente tantas y tan groseras contradiciones?

Pero aun supuesta la existencia de Dios, ¿por qué medios, y conforme á qué reglas descubriremos con certidumbre los deberes y *obligaciones esenciales* de que habla Rousseau? No estando nadie dispensado de practicarlas, tampoco debe haber persona alguna

---

(1) *Emile*, t. 3, p. 206.

á quien no sea facil conocerlas; y como con respecto á la salvacion, Juan Jacobo dice de la moral lo mismo que el cristiano dice de la Religion, las mismas consecuencias que él deduce de la doctrina del cristianismo con respecto á la fé, podemos nosotros deducir de la suya con respecto á las obligaciones. "Es necesario pues que la verdadera moral »tenga caractéres que sean propios de todos »los tiempos y de todos los lugares, igual»mente sensibles á todos los hombres, gran»des y pequeños, sabios é ignorantes, Euro»peos, Indios, Africanos y Salvages. Si se die»se en el mundo una moral que solo pres»cribiese la pena eterna (1), y hubiese en »cualquiera punto de él un solo mortal que »de buena fé no estuviese convencido de su »evidencia, Dios (2) sería el tirano mas ini»cuo y mas cruel (3)."

Todos los Deistas convienen en esto; y en efecto sería un absurdo no admitir la revelacion bajo el pretesto de que encierra obs-

---

(1) Rousseau deja en duda la eternidad de las penas; pero aun cuando la negase formalmente, basta que admita castigos en la otra vida, para que nuestro raciocinio conserve toda su fuerza.

(2) Rousseau dice: *El Dios de esta Religion.*

(3) *Emile*, t. 3, p. 139.

curidades, si no se hiciese mas que substituirle obscuridades de otro género. Bolingbrocke lo conoció bien, y así sostiene que la *ley natural*, la cual dice no es mas que la *ley de la razon* (1) "igualmente inteligi»ble en todos tiempos y en todos los luga»res, y proporcionada á los mas débiles en»tendimientos (2), tiene toda la claridad y »precision que puede dar Dios, y el hom»bre desear (3)."

Tal es la ley en sí misma: no se trata mas que de saber dónde está, y por qué medios llega el hombre á conocerla. Escuchemos á Rousseau.

"Todo lo que yo siento (*) que es bue»no, es bueno, y todo lo que siento ser ma»lo, es malo: el mejor de todos los casuis»tas es la conciencia, y solo cuando se rega»tea con ella es cuando se recurre á las su»tilezas del raciocinio... (4). La razon nos en-

---

(1) *Bolingbrocke's Works*, vol. 5, p. 83.

(2) *Ibid.* p. 94.

(3) *Ibid.* p. 26.

(*) Aunque la voz francesa *sens*, dice aqui con razon el P. Lasso, puede traducirse *conozco*, la he dejado en el significado vago que la da su autor; pues el conocimiento en rigor pertenece al juicio, y aqui pretende huir de él.

(4) *Emile*, t. 3, p. 97.

»gaña muchas veces, y tenemos adquirido demasiado derecho para recusarla; (1) pero la »conciencia no engaña nunca; esta es la verdadera guia del hombre; es para el alma »lo que el instinto para el cuerpo; quien la »sigue, obedece á la naturaleza, y no teme es»traviarse.... (2) ¡Conciencia! ¡Ó conciencia! »instinto divino, voz inmortal y celeste; guia »segura de un ser ignorante y limitado, pe»ro inteligente y libre; juez infalible del »bien y del mal, que haces al hombre se»mejante á Dios; tú eres la que forma la es»celencia de su naturaleza, y la moralidad de »sus acciones; sin tí, nada siento en mí que »me eleve sobre las bestias, sino el triste pri»vilegio de estraviarme de error en error, »por medio de un entendimiento sin regla, »y de una razon sin principio (3)."

La ley natural pues, segun Rousseau, no es *la ley de la Razon,* pues que esta *razon sin principio, que tenemos tanto derecho*

---

(1) He aqui como habla Rousseau un poco despues de *este sobrado derecho que hemos adquirido*: «Decirme que mi »razon me engaña, ¿no es refutar cuanto ella me ha dicho »por vuestro medio? El que quiere recusar la razon, debe »convencer sin servirse de ella.» *Emile*, t. 3, p. 153, 154.

(2) *Ibid.* p. 98.

(3) *Ibid.* p. 114.

de recusar, no nos eleva sobre las bestias sino por el triste privilegio de estraviarnos de error en error. Por lo demas ya hemos visto antes que *las mas grandes ideas que tenemos de la Divinidad nos vienen por sola la razon*, es decir, por aquella noble facultad que, *estraviándonos de error en error, lejos de elevarnos sobre las bestias*, nos deprime y hace inferiores á ellas; porque en verdad, la ignorancia es menos degradante que el error. No deja esto de ser un poco singular; pero pues que en su dictámen es así, pasemos adelante. Buscamos la regla de las obligaciones, y Rousseau nos la muestra en la conciencia, *guia segura de un ser ignorante y limitado, y juez infalible de lo bueno y de lo malo. La razon nos engaña muchas veces, la conciencia nunca;* y antes bien *es para el alma lo que el instinto para el cuerpo.*

Esta doctrina sentada con tanta seguridad por él, parece hacernos vislumbrar la certeza que deseamos. Por desgracia no hallo entre los partidarios de la Religion natural aquella unanimidad de sentimientos que era de esperar en un punto de tanta importancia. Bolingbrocke, por egemplo, trata de *entusiastas*, y gentes que hacen *ridícula* la Religion natural á los que pretenden que "hay

»un instinto ó sentido moral, por medio del »cual los hombres distinguen lo que es mo»ralmente bueno de lo que es moralmente »malo; de manera que de ello resulte una »sensacion intelectual agradable ó molesta (1). »Esto, añade, puede hasta cierto punto ad»quirirse por una larga costumbre, y por »una especie de devocion filosófica; pero for»mar de ello una facultad natural, es una »ilusion de la fantasía (2)."

¿A quién, pues, hemos de creer? ¿á Rousseau ó á Bolingbrocke? ¿Qué harán los discípulos cuando estan tan discordes los maestros? Lo que uno mira como *un principio innato* (3), es para el otro una quimera, *una ilusion de la fantasía.* Si el uno nos dice que la ley natural *es la ley de la razon*, el otro nos asegura que *por sola la razon no se puede establecer ninguna ley natural* (4). Y no olvidemos tampoco que en estas aserciones opuestas se halla, y encuentra *la moral clara, precisa, igualmente inteligible*, segun nos dicen, *en todos tiempos y lugares, y*

---

(1) *Bolingbrocke's Works*, vol. 5, p. 86.
(2) *Ibid.* p. 479.
(3) *Emile*, t. 3, p. 107.
(4) *Emile*, t. 2, p. 263.

proporcionada á los entendimientos mas rudos.

Pero no es esto lo mas singular; el mismo Rousseau destruye la seguridad consoladora con que nos lisongeaba, manifestándonos que la conciencia, *esa guia segura y verdadera del hombre,* no camina sino apoyada en la razon. "Sola la razon nos enseña, dice »(1), á conocer el bien y el mal. La concien»cia que nos hace amar lo uno y aborrecer »lo otro, aunque es independiente de la ra»zon, no puede desenvolverse sin ella." Y poco antes: "Conocer el bien no es amarlo: »el hombre no tiene tal conocimiento innato; »pero en el instante en que su razon se lo »hace conocer, su conciencia le mueve á »amarle; este sentimiento es el innato (2)."

El juez único así de las obligaciones como de la fé, es en último resultado la razon: la conciencia viene despues de ella, pues que *sin ella no puede desenvolverse*; *ama* lo que la razon le da á conocer como *bien,* y *aborrece* lo que le señala como *mal*: en fin, es una esclava pasiva del entendimiento, cuyas funciones se limitan á aplicar á cada idea que él la presenta un sentimiento, cuya na-

(1) *Emile*, t. I, p. 112.
(2) *Ibid.* p. 75.

turaleza está determinada de antemano por el juicio de la razon. *Esta sola conoce el bien y el mal*; luego sola ella puede instruirnos en nuestras obligaciones: en lo que Rousseau parece convenir, porque despues de habernos advertido que "los actos de la conciencia no »son *juicios* (1), sino sentimientos (2)," añade: "toda la moralidad de nuestras accio»nes está en el *juicio* que nos formamos de »ellas (3):" y mas espresamente en otra parte: "El hombre escoge lo bueno, si lo juzga »rectamente; si el juicio es falso, elige mal, »ó escoge lo malo (4)."

Es verdad que en otra parte pone en la conciencia la *moralidad de nuestras acciones*; mas es porque entonces tenia necesidad de encontrar allí la regla infalible de las obligaciones y deberes. Por lo demas, esta regla está tan léjos de ser universal y suficiente á todos los hombres, *grandes y pequeños*, *sabios é ignorantes*, que al contrario, por confesion de Rousseau, "es enteramente nula »para el pobre, es decir, para las tres cuar-

(1) Asi tenemos que la Conciencia *no juzga*, y sin embargo ella es un *Juez infalible.*

(2) *Emile*, t. 3, p. 111.

(3) *Ibid.* p. 100.

(4) *Ibid.* p. 75.

» tas partes del género humano." "La voz
» interior, dice, no se hace oir, ni sabe hacerse
» entender del que no piensa mas que en bus-
» car cómo ha de comer (1)."

¿Qué podremos pues, ni debemos concluir de aquí, sino que en el sistema de la Religion natural no apoyándose las obligaciones mas que en la razon, *que frecuentemente nos engaña*, no tienen ellas ninguna regla cierta, y que la moral del Deismo es tan vaga, indecisa, variable, é insubsistente como lo son sus dogmas? Cada uno se formará, y tendrá la suya, así como cada uno tiene su símbolo, y bastarán algunos de esos sofismas tan familiares á las pasiones, para que la razon engañándose sobre las verdaderas obligaciones, engañe por su parte á la conciencia, *adornando al vicio y cubriéndole con la máscara de la virtud.* ¿Se quiere una prueba efectiva de ello? Hela aquí. Bolingbrocke, raciocinando sobre la ley natural, *tan clara, tan precisa* á su parecer, llega, no digo hasta justificar la poligamia, la relajacion, el libertinage, el adulterio, el incesto, &c. sino á ponerlas en ciertos casos

(1) *Emile*, t. 3, p. 11.

en la clase de las obligaciones (1). Si los Romanos, los Griegos, y otros pueblos prohibieron la pluralidad de las mugeres, y estimularon á la monogamia, es, dice en su lenguage cínico, "porque contrayendo tales »matrimonios, nada, á no ser la falta de »ocasion, impedia á los maridos, y lo mismo á las mugeres, satisfacer libremente sus »apetitos, á pesar de los vínculos sagrados »que los unian, y el derecho recíproco de »propiedad que la ley concedia á cada uno so»bre la persona del otro (2)."

Rousseau, aunque tan grande preconizador de la virtud, no es tampoco mas rígido en esta parte que Bolingbrocke. Confiesa, es verdad, que la *continencia es un deber, una obligacion moral*; pero añade, que *los deberes morales tienen sus modificaciones, y escepciones* (3); y no las deja de hallar para *el deber y obligacion de la continencia*, fundado en que la *debilidad humana* hace algunas veces el delito *inevitable*. Así es que basta ser *flaco* ó *frágil*, para tener el derecho de faltar á ella (*); y así, no obligan-

(1) *Bolingbrocke's Works*, vol. 5, p. 163, 172, 176.
(2) *Ibid.* p. 167.
(3) *Emile*, t. 3, p. 280.
(*) Es decir, *de pecar*: moral bien pura, propia de Rous-

*

do los deberes sino en proporcion de la facilidad que se tiene de cumplirlos, habrá tantas morales diferentes como individuos y personas, y todo le será lícito al malvado envejecido y consumado para quien el crímen ha venido á ser una necesidad casi invencible. Al estampar esto mi rostro se llena de rubor, los colores encienden mis megillas, bajo los ojos, y me avergonzaria de ser hombre, si no me acordase que soy cristiano.

No temo ya decirlo; el Deismo, que se nos representa como la *Religion de la naturaleza*, y la única Religion *esencial al hombre*, es la destruccion de toda doctrina, de todo culto, de toda moral; y diga lo que quiera La Harpe (*), entónces filósofo, Con-

---

seau, abandonado al adulterio, y vicios semejantes; y siendo, como acaba antes de decir, inevitable, sería tambien inevitable el pecar: ¡cómo se vé aqui el lenguage de Calvino, asi como se dan la mano las costumbres! Véase la página 133.

(*) ¡Qué decoroso es este *entonces* para La Harpe! Él nos denota que fue, es verdad, pero que dejó de ser filósofo impío: designa al hombre de talentos y de conocimientos sublimes, cuyos estravíos lloró un dia la Religion; pero que supo tambien docil y sumiso venir á enjugar sus lágrimas. Como por desgracia al principiar su carrera en las bellas letras la filosofía del siglo habia empuñado el cetro de la opinion, y dominaba imperiosamente, el gozar de su favor, y sus necesidades obligaron á La Harpe á ren-

dorcet tenia razon para negar que hubiese

---

dirle sus homenages: trabó amistad con todos los corifeos de la impiedad, y Voltaire le llamaba su hijo querido. Dióse á conocer desde luego por las tragedias del *Warwick* y el *Filoctetes*, que son las mejores de las suyas; y el partido filosófico aplaudió tambien su *Melania*, aunque indecente, por lo mismo que lo era, y que en su arrepentimiento tuvo cuidado de recoger. Los *Elogios de Henrique IV*, *Racine* y *Fenelon* le abrieron las puertas de la academia, en la que fue recibido el 1776. Poco tiempo despues publicó la *Luisiada* de Camoens, con notas, y la vida de éste: compendió hácia el 1779 la *Historia de los Viages*, que es la obra traducida entre nosotros con el título de *El Viagero Universal*. Empleóse por el espacio de cuarenta años en enriquecer los Diarios con varios artículos literarios, y en este estado le halló la revolucion francesa: acalorado filósofo, abrazó sus principios con entusiasmo, aplaudió en sus escritos las nuevas reformas, y cuando la revolucion tomó el carácter espantoso que la distingue, se le vió con el gorro de la libertad incensar á su ídolo, y cantar himnos á la patria. No obstante, no pudo escapar á la persecucion, y el 1794 fue arrojado en las prisiones de Luxembourg. Alli Dios, este padre amoroso, á quien habia insultado, habló á su corazon, y abriéndole sus brazos recibió su arrepentimiento: la lectura casual de aquellas hermosas palabras de la imitacion de Jesucristo ó del Kempis: *Héme aqui, hijo mio, yo vengo á ti, porque me llamaste; quia invocasti me*: venció su espíritu, obró su conversion, y desde entonces fue otro hombre: tradujo en la prision los *Salmos*, á cuya frente puso un escelente *Discurso* sobre el espíritu de los Libros Santos: alentado de su fé no temió dar á su conversion la publicidad que exigian los escándalos que habia causado; y arrostrando á un tiempo los sarcasmos de los revolucionarios y de los filósofos, se le vió en sus lecciones públicas hacer una clara y honrosa retractacion de todos sus errores. Entonces publicó su *Curso de literatura antigua*

una Religion puramente natural (1); á me-

---

y moderna, que habia empezado el 1786, el que le mereci y con razon el título de *Quintiliano frances*. Unióse por el mismo tiempo con M. M. de Fontanes y de Vauxcelles para redactar el *Memorial*, periódico en donde atacó sin descanso la dominacion del Directorio, y procuró atraer á las buenas costumbres y sanas doctrinas al pueblo, á quien las malas lecturas habian arrastrado á tantos desórdenes y escesos. Su franqueza, y sobre todo el escrito que dió á luz bajo el título de *El Fanatismo de la lengua revolucionaria*, lleno de una energía incomparable, le hizo comprender entre los proscriptos del 18 *Fructidor*, y se vió obligado ocultarse en las cercanías de París. Sus escritos y discursos contra el partido filosófico, le atrajeron una órden de Bonaparte que le desterraba veinte y cinco leguas de la capital; pero al fin obtuvo permanecer en Corbeil, y despues debilitándose su salud se le permitió volver á París. Desde este momento se viéron en él los efectos de una resignacion cristiana: ocupado únicamente en egercicios de piedad, trató solo de prepararse para parecer delante del tribunal de Dios, y en estos santos sentimientos murió el 11 de febrero de 1803, á los sesenta y cuatro años de su edad. Ademas de las obras indicadas, y de otras de que no hemos hecho mencion, dejó varias ineditas, entre las cuales se hallan unos *Fragmentos de la apología de la Religion*, en la que ademas de la pureza y elegancia que son comunes á todas las suyas, se nota una uncion y una elevacion admirables bebidas en sus sentimientos religiosos y en la santa Escritura, que fue el objeto de sus meditaciones en los últimos años de su vida. ¡Qué gozo debió haber entre los ángeles de Dios sobre este pecador convertido á penitencia!

(1) Véase su vida de *Voltaire*. En su *Plan de Educacion presentado á la Asamblea legislativa el* 21 *y* 22 *de Abril de* 1791, observando Condorcet que los filósofos Ateistas no estan mas acordes que los teólogos sobre la idea de Dios, y sus relaciones morales con los hombres, concluye que » la

nos que no se entienda por Religion cuatro frases bien dichas, ó que las dudas son una Religion, y que sea Religion tambien el *Ateismo disimulado.*

Ahora pues, un sistema en que todo entra, todo se admite, hasta el Ateismo, ¿qué otra base puede tener sino una indiferencia la mas absoluta por la verdad? Tal es la esencia del Deismo, así como la esclusion de toda revelacion es su carácter distintivo. Le refutaremos pues probando la necesidad, y la existencia de una Religion revelada.

Pero antes de concluir esta materia, permítaseme añadir á las consideraciones que se acaban de leer una última observacion. ¿Quién lo creeria? ¡Quién se podria imaginar que el Deismo fundado única y puramente en el raciocinio habia de conducir á la razon á negarse á sí misma! Sin duda que la filosofía orgullosa en su misma bajeza, no ha sabido comprender en qué consiste la verdadera grandeza de esta noble facultad, á la cual unas veces la hace inferior al instinto del bruto,

» proscripcion debe estenderse hasta lo que llaman Reli-
» gion natural.» Conocia la imposibilidad de pararse ó detenerse en este medio vago, y para asegurar el triunfo de la filosofía sobre el Cristianismo, no veia otro medio que *proscribir* tambien *á Dios.*

y otras superior al mismo Dios. Hemos visto á Rousseau caer alternativamente en estos dos escesos, casi envidiar la suerte de las bestias, de *las cuales no juzgaba distinguirse sino por el triste privilegio de estraviarse y perderse de error en error, con el auxilio de un entendimiento sin regla, y de una razon sin principio*; y querer que esta misma razon sin apoyo alguno, ni mas guia, ni mas enseñanza estrínseca, sea el árbitro esclusivo de la fé, decidiendo por sí sola de los mas elevados dogmas. ¿Y qué otra cosa es tomar á nuestro entendimiento por única regla de creencia, repeler desdeñosamente las verdades que él no haya descubierto inmediatamente, negar á Dios el derecho de revelarnos por otro medio algunos de los arcanos de su Ser; ¿qué otra cosa es, repito, sino encadenar su sabiduría y omnipotencia, someterle á las leyes que se nos antoje dictarle, y sujetar la razon eterna á nuestra débil razon? ¡Delirio estraño! ¿Quién somos nosotros para prescribir altaneramente á Dios un modo de obrar, del cual no pueda ni tenga accion, ni libertad de separarse? ¿quién somos nosotros para osar, y atrevernos á decirle: he ahí el medio único que te permitimos emplear para ilustrarnos? ¿Mas si este medio es insuficien-

te; si como conviene el mismo filósofo, nuestra razon *sin principio* no es buena sino *para estraviarnos de unos errores en otros*, ¿será necesario de toda necesidad, ó perdernos y estraviarnos escuchándola, ó imponerla silencio, y consumirnos eternamente en una ignorancia irremediable, y en las espesas tinieblas de una voluntaria imbecilidad? Tal es, en conclusion, la única eleccion que dejais al hombre; y la verdad para él no es mas que un enigma insoluble, una quimera, una ilusion.

¿Y quién lo duda, responde Rousseau? ¿he dicho yo por ventura que el hombre hubiese nacido, ni fuese formado para conocer la verdad? ¿que él puede descubrirla, ni que debe buscarla? No, en manera alguna; comprended mas bien mi doctrina, y acordaos que á mis ojos *el hombre que piensa es un animal depravado* (1). El uso mejor de la razon es aprender á no hacer uso alguno de élla: ella misma nos advierte que sofoquemos su voz engañosa, y aniquilemos, en cuanto esté de nuestra parte, la facultad que concibe y juzga, y estingamos con el mas es-

(1) *Discours sur l'origine et les fondemens de l'inegalité parmi les hommes.*

crupuloso cuidado todas las luces del entendimiento. "Supuesto que cuanto mas saben »los hombres, mas se engañan, el único medio de evitar el error es la ignorancia. No »juzgueis, y nunca os engañareis. Esta es la »leccion que dá la naturaleza igualmente que »la razon (1)."

¿Y era necesario raciocinar tanto, y tanto discurrir para venir por último á darnos este consejo? Comparad ahora métodos con métodos, doctrinas con doctrinas. El cristianismo promulgando con autoridad, y sin vacilar un punto las verdades necesarias al hombre, no exije de él que las conciba plenamente, porque el hombre nada concibe de este modo; pero quiere que los motivos de su fé sean evidentes á la razon, *rationabile obsequium vestrum* (2). La filosofía temblando propone dudas, á estas opone al momento otras, y desesperanzada de poder conocer lo cierto, para evitar el error que la amenaza y estrecha por todas partes, renuncia á la verdad, y proclama solemnemente este axioma, que encierra en compendio toda la sabiduría humana: *La leccion de la razon* es

(1) *Emile*, t. 2, p. 156.
(2) *Epist. ad Rom.* 12, 1.

destruirse á sí misma; y no pensar, no juzgar, ignorarlo todo, la perfeccion del ser racional.

La pluma se me cae de las manos ¿Qué he de decir á unos hombres que han llegado á este estremo? El escepticismo absoluto es una doctrina sensata en comparacion de estos delirios. ¡Cómo! ¿Dios nos ha dado el conocimiento para que nos sirva de lazo; y el pensar es errar casi infaliblemente? En fin, he aquí lo que la filosofía promete á los que se empeñan en seguirla; el error, y nada mas que el error. Hemos visto, y pienso que con bastante claridad, que en éste punto se la puede creer. El Cristianismo por el contrario, promete con no menos seguridad y certidumbre la verdad. ¿Habrá acaso tanto riesgo en escucharle? Si por un imposible nos engañase ¿qué habremos perdido? Algunas de esas horas, cuyo peso frecuentemente nos fatiga. ¿Y no nos quedaria siempre sobrado tiempo que consagrar al cuidado sublime de estinguir en nosotros las luces de la razon, y elevarnos á la ignorancia, á la sabia estupidez de los brutos?

CAPÍTULO VI.

Consideraciones sobre el tercer sistema de indiferencia, ó sobre la doctrina de los que admiten una religion revelada, pero de tal manera, que quede libertad para desechar las verdades que enseña, á escepcion de algunos artículos fundamentales.

Algunos filósofos formados en la escuela del protestantismo y criados con su doctrina, á fuerza de meditar, ahondar y profundizar en un solo error, se vieron conducidos á negar todas las verdades religiosas, morales y políticas. Precisados por un encadenamiento de consecuencias inevitables á desechar una primera causa inteligente, esplicaron el órden por el acaso, el universo por el caos, la sociedad por la anarquía, los deberes y obligaciones por la fuerza, el pensamiento mismo por la estension animada de un movimiento ciego. Sin embargo, dos hechos los embarazaban. En todas partes, y en todos tiempos veian que el hombre tenia idea de Dios, y le ha dado culto público; que en to-

das partes y en todos tiempos ha reconocido distincion esencial entre lo bueno y lo malo, lo justo é injusto; y á pesar de los diversos engaños y equivocaciones que suele haber en la estimacion y aprecio de las acciones libres consideradas como punibles ó virtuosas, jamas pueblo alguno ha confundido las nociones opuestas del vicio y de la virtud. Estas nociones inmutables, junto con los sentimientos y obligaciones que se derivan de éllas, son la base de toda sociedad, así como la existencia de un Ser Eterno, remunerador y justiciero es el único fundamento de estas nociones. ¿Qué hicieron pues nuestros filósofos para conciliar su sistema con la conciencia del género humano? Convinieron en la necesidad de la Religion, y de esta misma necesidad concluyeron que la Religion no era mas que una institucion política; dijeron: Para que los hombres renuncien á su independencia natural, y acepten el yugo de las leyes, es necesario hacerles creer hay sobre ellos un poder infinito que les impone este yugo pesado, y que algun dia reparará con una rigorosa equidad las injusticias de los poderosos del mundo, y aun las sinrazones de la fortuna: sin esta creencia, no puede haber sociedad; los legislado-

res lo advirtieron, é inventaron á Dios. Aún mas: no hay, ni puede haber sociedad sin deberes mútuos y obligaciones recíprocas, de las cuales resulte una concurrencia general de voluntades al mantenimiento y conservacion del órden, y el sacrificio de los intereses particulares al interes comun de todos: advirtiéronlo tambien los legisladores, é inventaron la moral. Tal es la doctrina de los indiferentistas ateos.

Los Deistas, convencidos de los absurdos que ella encierra, y de las funestas consecuencias á que arrastra, armados con argumentos irresistibles, demuestran hasta la evidencia su estravagancia y peligro. Enhorabuena, dicen á sus adversarios, deséchense todas las religiones positivas; por ahora os lo concedemos, porque aun cuando alguna de ellas fuera verdadera, nosotros no tendríamos medios para discernirla. Pero negar la existencia de Dios, una vida futura, la diferencia esencial de lo bueno y lo malo, es cegarse voluntariamente, es autorizar todos los delitos, es trastornar la sociedad por sus cimientos. Escuchad la voz interior, y ella os dirá que hay una Religion verdadera, necesaria; Religion que descansa y se apoya en sola la razon, y que nosotros llamamos *na-*

tural, porque la naturaleza la enseña á todos los hombres, cuyo juicio no ha pervertido la pasion. Asi hablan los Deistas; pero cuando se llega á examinar de cerca su sistema, no se encuentra en él mas que inconsecuencia y contradicion. La naturaleza tiene para cada uno de ellos distinto lenguage: no se pueden convenir ni en símbolo, ni en culto alguno. Precisados á concedérselo todo á la razon, y á negárselo igualmente todo, no atinan con los dogmas, la moral se desvanece á sus ojos, y de cualquiera modo que se espresen ú obren, se ven impelidos hasta la tolerancia del Ateismo, ó la indiferencia absoluta.

Aqui se presenta una nueva clase de Indiferentistas, que probando sin mucho trabajo la insuficiencia, ó mas bien la nulidad de la Religion natural, establecen invenciblemente la necesidad de una revelacion, y la verdad del Cristianismo. Pero partiendo substancialmente del mismo principio que los Deistas, á saber, de la soberanía de la razon humana en materia de fé, someten la revelacion misma á la razon, y sostienen que con tal que se crean ciertos dogmas revelados, se pueden desechar los demas sin dejar por eso de ser Cristiano, ni quedar escluido de la salvacion.

Contra éstos, pues, que son de los que nos falta que hablar, haré ver, que reduciendo en esta forma el Cristianismo á algunos artículos fundamentales, los que jamas se han podido determinar ni definir, el hombre inmediatamente es conducido al Deismo, y á la tolerancia de todos los errores sin escepcion alguna; y como este sistema ha venido á ser la base de la Teología protestante, manifestaré que la *Reforma* forzosamente ha sido conducida á este término en virtud de sus mismos principios, de donde por último se concluirá que, segun la prediccion de Bossuet (1), ella debia venir á parar necesariamente en la indiferencia absoluta de religion.

Es demasiado importante probar la íntima conexion del protestantismo con la filosofía moderna para que temamos poder desagradar á los lectores, haciendo un análisis circunstanciado de las controversias que hacen palpable esta verdad.

En la época en que Lutero comenzó á dogmatizar, hacia ya quince siglos que existia una Iglesia ó Sociedad religiosa, gobernada por un cuerpo de Pastores subordina-

---

(1) Véase la sexta Advertencia á los Protestantes, parte 3, núm. 3.

dos, bajo la autoridad de un Gefe ó Cabeza suprema, los cuales, conforme á las palabras de Jesucristo, siempre se habian creido, y los miembros de esta sociedad los habian creido igualmente revestidos del poder de juzgar soberanamente; ó para espresar la misma idea con palabras mas conocidas, de poder decidir infaliblemente las cuestiones relativas á la fé y á las costumbres; no creando nuevos dogmas, porque esto sería crear verdades, lo que es imposible; ni citando tampoco al tribunal de la razon los dogmas antiguos para examinarlos en sí mismos, porque esto habria sido someter la revelacion ó la razon divina á la razon humana; sino por via de testimonio, contestando ó testificando la tradicion ó la fé universal por la tradicion ó fé de cada Iglesia particular.=La doctrina que anunciais, se les decia á los novadores, es inaudita: ayer aun no se habia oido hablar de ella; luego no es la verdadera doctrina: la verdad no es de hoy ni de ayer, es de todos los tiempos; existia en el principio, y existirá hasta el fin: al contrario el error lleva consigo el sello de la novedad, y ésta es su carácter mas seguro. Ahora bien, ó no nos enseñais lo que enseñó Jesucristo, y en este caso ni aun oiros se debe, ó vuestras

doctrinas son conformes á las suyas, y entonces debeis mostrar que son conformes con las de la Iglesia; porque la Iglesia *docente*, con la cual ha prometido Jesucristo *estar todos los dias hasta la consumacion de los siglos* (1), no ha podido ni un *solo dia* enseñar otra doctrina que la recibida de su maestro Jesucristo. Insistiendo en este principio inalterable é indestructible, sin argumentar (*), sin discutir arriesgadamente lo substancial ó el fondo de los dogmas, sin perderse en interminables disputas con los heresiarcas, los Concilios pronunciaban la sentencia irrevocable, y la Iglesia entera anatematizaba á Arrio, Nestorio, Eutiques, y á todos los insensatos que se atrevian á substituir los delirios de su propio espíritu á la antigüa creencia.

---

(1) *Euntes ergo docete omnes gentes... et ecce ego vobiscum sum omnibus diebus, usque ad consummationem sæculi.* Math. 28, 20.

(*) No quiere decir que no se examinase, ni discutiese absolutamente en los Concilios, no; en el mismo de Jerusalen *facta est conquisitio magna*, ni como dice bien Melchor Cano, *oscitantibus et dormientibus Spiritus Sanctus assistit*, allí se discutia, se examinaba, se inquiria para ver cual era la tradicion de los mayores, y averiguada ésta, entonces se proponia á creer sin argumentacion alguna.

Antes de la Reforma ningun Sectario atacó directamente la autoridad de la Iglesia, ninguno la disputó el derecho de juzgar de la fé, ni puso en duda la infalibilidad de sus decisiones. Introdugeron, sí, varios incidentes ó cuestiones sobre la forma de los juicios: negaron que los Concilios que los condenaban fuesen legítimos y verdaderos Concilios, que se hubiesen observado con éllos las reglas indispensables; pero á ninguno de éllos se le oyó jamas pronunciar, ni aun murmurando, la palabra fatal de independencia, ni pretendió no tener otro juez que su razon; tan vivo era aun y tan eficaz el terror que inspiraban aquellas fulminantes palabras: "Si »él no oye á la Iglesia, miradle como un pu»blicano ó un gentil (1)."

El mismo Lutero en un principio protestaba con sinceridad, al menos aparente, su sumision al juicio de la Iglesia: pedia con instancia y solicitud la convocacion de un Concilio, y este hombre exaltado, cuya alma no parecia sino un conjunto de pasiones violentas alimentadas por un orgullo sin límites, al pronto se mostró resuelto á hu-

(1) *Si autem Ecclesiam non audierit, sit tibi sicut ethnicus et publicanus.* Math. 18, v. 17.

millar su orgullosa frente á la autoridad de los primeros Pastores, y de su cabeza el Romano Pontífice (*). La práctica constante de todos los siglos, fundada en los testos formales de la Escritura, que aun no se habia atrevido á tergiversar, no le permitia concebir la idea de que se pudiese destruir esta poderosa barrera que Jesucristo habia opuesto á las innovaciones. Pero luego que en Roma fueron proscriptos sus errores, y el rápido acrecentamiento de su partido llevó su audacia hasta lo sumo, entonces no tomando consejo sino con sus sombríos resenti-

---

(*) «No soy tan temerario, decia, que prefiera mi opinion particular á la de todos los demas (*Protest. Lut.* título I, fol. 195.).» En sus escritos contra el Dominicano Prierias repite «que esperaba con profundo respeto el juicio de la Iglesia» declarando aún mas «*que si no se atenia á su determinacion, consentia en que se le tratase como herege* (*Contra Prierias*, tít. I, fól. 117.).» El 1518 escribia tambien en estos términos á Leon X. «*Dad la vida, ó la muerte, llamad ó repeled, aprobad ó reprobad como os parezca, que yo escucharé vuestra voz como la del mismo Jesucristo.*» Y porque no se crea que habla sin fundamento, da en otra parte la razon. «Doy gracias á Jesucristo porque con un gran milagro conserva en la tierra á esta única Iglesia, la única que puede mostrar que nuestra fé es verdadera; de suerte que ella jamas se ha apartado de la verdadera fé con decreto alguno suyo (*Disp. lips.* tít. I, fól. 251.).» Parece que no se puede llevar á mas la deferencia.

mientos, mudó repentinamente de lenguage, y no guardando moderacion alguna, enfurecido lanzó anatema contra anatema, y enarboló el estandarte de la rebelion.

Entonces se abrió en Europa como un vasto curso de Religion esperimental, porque en el espacio de tres siglos no ha quedado una sola doctrina religiosa de que no se haya hecho la aplicacion á alguna sociedad. Con todo, en el primer momento la antigua creencia estaba aún muy arraigada en el corazon de los pueblos, y aun en el espíritu mismo de los Gefes de la Reforma (*), para que el

(*) Nos contentaremos con citar aqui á Melancthon, que es uno de los que mas brillan á la frente de sus literatos. Éste, en una carta confidencial, se espresa en estos términos: «No hay que discutir nada sobre la superioridad »del Papa y la autoridad de los Obispos: el Papa, asi como éstos, pueden muy bien conservar esta autoridad, porque es de necesidad que la Iglesia tenga inspectores que »vigilen para conservar el órden, y atender á los que son »llamados al servicio de la Iglesia, para examinar la doctrina de los Sacerdotes, y hacer egecutar las sentencias »eclesiásticas; y he aqui porque si no hubiese Obispos, sería necesario crearlos ó establecerlos. La monarquía del »Papa contribuiria tambien mucho á conservar la union en »la doctrina entre las diferentes naciones: si se entendiesen sobre los otros puntos, se estaria bien pronto de »acuerdo sobre la supremacía del Papa (*Melancthon resp.* »*ad Bel.*» Lo mismo repite en otras cien partes, y esto mismo confirman otros de los suyos.

sistema de los errores que se esforzaban á substituirle, se desplegase sin obstáculos en toda su estension. Algunos hombres de penetracion y de un carácter incapaz de retroceder por temor de consecuencia alguna, divisaron de una sola mirada su último término, y avanzaron á él, y le arrostraron. Mas el pueblo, caminando con disimulo y con lentitud sobre sus huellas, descubriendo á lo lejos el término fatal que ellos le señalaban, y acercándose á él con repugnancia, se miraba con indignacion turbulenta adelantada y prevenida por ellos. Las sectas primitivas estaban aún fuertemente asidas á muchas de las principales verdades del Cristianismo, y ¡cosa notable! cuantas mas de estas conservaban, tanta mas inclinacion mostraban á retener el principio de autoridad, tan necesario, que sin él nada subsiste ni en el órden político, ni en el moral, ni en el religioso. Rousseau, que le escluyó en la especulativa, cuando quiere establecer preceptos positivos, le restituye todo su vigor en la práctica; y aun abusa de él hasta destruir la razon enteramente, obligando á cada uno á *seguir* sin exámen la *Religion de su pais*, por mas absurda que sea, y aun cuando lo sea con toda evidencia. No aniquila la autoridad, la muda

y saca de su quicio, y quita de su lugar; y de hecho ella existe donde quiera que se hallan dogmas, donde hay un culto cualquiera, una ley moral, sea la que fuere. La única diferencia es haberla trasladado de la autoridad legítima á la autoridad usurpada, de la monarquía establecida á la anarquía ó despotismo. La Iglesia anglicana en su organizacion esencial no es mas que una sociedad religiosa gobernada despóticamente, pues *en élla uno solo lo arrastra todo por su voluntad y sus caprichos* (1). La Reforma en general, por la misma ley de su existencia, es una república; ó mas bien una anarquía re-

---

(1) *Esprit des loix*, lib. 2.º ch. 1. * La Iglesia anglicana, como que no reconoce mas cabeza que al Rey, depende en un todo de lo que éste ó sus ministros quieran: asi todos obran únicamente como comisionados suyos, y los rigores despóticos de Henrique VIII prueban bien lo que deben esperar cuantos se separan de la verdadera Iglesia: mas contribuciones impuso él solo á sus vasallos, que todos sus antecesores juntos: esta felicidad trajo al pueblo inglés la usurpacion de las rentas de las iglesias y monasterios que confiscó, y se atribuyó con pretesto de utilidad comun; y nunca se vió mas patentemente que los bienes de la Iglesia distraidos de su verdadero destino, son un orin que consume los del Erario: declarado el Rey cabeza suprema de la Iglesia, vió el mundo con asombro mezclado de compasion á una muger (Isabel) tomar el dictado de Gefe supremo de la Religion, dar autoridad para todos los

ligiosa (*), en la cual la autoridad, sin estabilidad y sin regla, pertenece al mas hábil, ó al mas atrevido; pero el principio de autoridad, á pesar de las máximas que lo proscriben, subsiste, y subsistirá mientras se crea en ella alguna cosa (1). Este no perece sino con la última verdad, y aun dudo yo que hombre alguno creyese firmemente en Dios, si el testimonio de su razon no estuviese confirmado por la autoridad del género humano (*). He aqui porque todo sistema religio-

---

negocios espirituales, y arreglarse y formar una Religion á su gusto: el fondo es la Reforma; pero modificada al gusto y capricho de sus Reyes. Cuando demos la *Historia* de la *Reforma* de Inglaterra recientemente publicada, se verá lo que han adelantado aun en literatura.

(*) En efecto, como no hay cabeza á quien esten subordinados los diversos ministros, no puede dársele otro título que mas bien le corresponda.

(1) La falta de una autoridad general, segun observa Burke, hace que la autoridad personal de cada Pastor sea alli mucho mayor que entre los católicos. Un protestante no cree á la Iglesia; pero cree á su *Ministro* ó *Predicante*. Véase á *Edmund Burke's Letter to his son Ortodox. Journal*, vol. 4, n. 37 *june* 1816.

(*) El consentimiento general de todas las gentes en la fé de *un Dios*, viene con su testimonio á confirmar lo que ya antes dictaba al hombre su razon, y como que le quita todo motivo ó pretesto de recelar. Si viese que los demas hombres no pensaban así, podria sospechar si le engañaba su razon, pues á los otros no dictaba lo que á él, y no debia sin soberbia creerse mas sábio y de mas penetracion que

so, fundado sobre la esclusion de la autoridad, encierra en sí el Ateismo, y tarde ó temprano lo da á luz.

En un principio los teólogos de la Reforma admitian los primeros Concilios ecuménicos, y oponian sus decisiones á los nuevos Arrianos y Socinianos: por lo general hablaban con respeto de los antiguos Padres, los citaban con honor, procuraban apoyarse con su autoridad, y se la atribuian muy grande en la decision de las controversias (1). En

---

todos ellos; vé al contrario que todos piensan asi, y gozosamente se afirma en su creencia. ¿Cree pues un Dios Criador, &c. precisamente porque los demas creen? No: el sábio cree, ó diremos mas bien, asiente á esta verdad *preliminar* de un Dios Criador, &c. porque sus ojos, su razon, le persuaden la necesidad de un primer ser, de una primera causa, un primer motor, un remunerador que equilibre, digámoslo asi, en otra vida las diversas suertes de buenos y malos, que no reciben en esta su castigo ó galardon..... el testimonio de los hombres viene y confirma con su peso esta verdad. En una palabra: el rústico fiel cree porque Dios lo dice, y la Iglesia lo propone: el filósofo cristiano cree un Dios sobrenatural, y autor de la gracia; mas como autor de la naturaleza lo conoce por demostracion física, metafísica y moral.

(1) Stillingfleet, aunque uno de los defensores de la doctrina de la inspiracion particular, confiesa que los Padres son de un grande auxilio, *were admirable helps*, para interpretar la Escritura. *Stillingfleet fue limosnero de Cárlos II de Inglaterra, y encargado despues por el Rey Guillelmo III para *rever la Liturgia anglicana*; y entre sus

efecto, es fácil de conocer que ó la Religion cristiana no es mas que una palabra vana, ó se la debe hallar tal cual la estableció Jesucristo en los escritos de los santos Doctores que vivieron tan inmediatos al tiempo de los Apóstoles: de otro modo sería necesario decir que la doctrina de salud, esta doctrina celestial que el Hijo de Dios vivo vino á anunciar á los hombres, no se ha principiado á entender hasta quince siglos despues de su predicacion: que Lutero ha sido el primer Cristiano; pero cristiano aun muy niño, y en gran manera ignorante, pues que sus discípulos han modificado tan estrañamente su símbolo. El corazon se estremece, y el sentido comun tiembla de horror al ver tantos absurdos; y sin embargo la Reforma se ha visto obligada á sostenerlos, al menos implí-

---

sectarios es de mucho crédito: escribió contra Locke, y en uno de sus tratados sostiene lo mismo que los otros doctores protestantes consultados por Henrique IV de Francia, que un *Protestante que deje su secta por abrazar la Comunion de la Iglesia católica, puede salvarse en esta. Vid. Catholicon,* vol. 3, pág. 100. Vid. etiam Daillé, *De vero usu Patrum,* lib. 2, c. 6, y á Cave, Grabe, Reeves, Blakvaal, Pearson, Beveridge, Bullus, Hammond, Fell, &c. y el mismo Mosheim, *Vindic. antiq. christian. disciplinæ advers. Tolandi Nazarenum.* Sect. 1, cap. 5, v. 3 y 4. *Disc. sobre la Hist. Eccles.* Sect. 9, tom. 1, p. 238.

citamente, cuando oprimida por los testimonios de los Padres, le fue forzoso reconocer que la fé de estos ilustres defensores del Cristianismo no se diferenciaba en nada de la misma que élla contradecia é impugnaba: que habian creido y enseñado todo lo que élla censuraba y zaheria á la Iglesia católica creer y enseñar hoy; y que élla misma no podia abrir sus obras inmortales sin leer en cada página su espresa condenacion.

No fue menor el embarazo de los novadores respecto á los Concilios. Tenian que defenderse á un mismo tiempo de los Católicos, y de una turba de teólogos de su propio partido. Ó reputais, les decian los Católicos, á los antiguos Concilios por infalibles, ó pensais que pudieron errar: si lo primero, su infalibilidad no puede tener otro fundamento que las promesas de Jesucristo, promesas indefinidas, y cuyo efecto no está en vuestro arbitrio limitar á un determinado tiempo, ó punto de la duracion de la Iglesia. Si ha sido infalible por el espacio de seis siglos, lo es tambien hoy, y lo será siempre; por lo tanto, resistiendo á sus decisiones, resistís al mismo Jesucristo, porque de todas las objeciones que haceis contra los últimos Concilios, y especialmente contra el que os con-

dena, no hay una que no se pueda aplicar con la misma verosimilitud á los Concilios que recibis. Negar la autoridad de uno, es negar la de todos: despreciar uno, despreciarlos todos; y así, ó subsisten todos, ó caen todos juntos. Los discípulos de Eutiques y de Dioscoro hablaban del Concilio de Calcedonia como vosotros hablais del de Trento: decian como vosotros, que sus enemigos dominaban en él, y la verdad habia sucumbido á las cabalas é intrigas. No se les escuchó, y vosotros mismos confesais la justicia de este procedimiento; porque en efecto, ¿qué contienda se acabaria jamas, si fuese necesario que el juicio ó sentencia, para ser firme y valedera, hubiera de tener la aprobacion de cada una de las partes interesadas? Siendo incompatible la fé con la mas pequeña incertidumbre, no hay medio; ó no hay un tribunal para terminar las contestaciones que sobre élla se originen, ó si lo hay es infalible. No podreis pues admitir la autoridad de un solo Concilio general sin reconocerlos á todos por infalibles, y por una consecuencia inevitable sin declararos rebeldes á la Iglesia y á Dios.

Y si para evitar estas dificultades urgentísimas, negais la infabilidad á los antiguos

Concilios generales, ¿qué ventaja sacareis entonces de ellos contra los Arrianos y Socinianos? ¿Les impondreis el deber de obedecer á decisiones humanas? ¿no os opondrán ellos vuestros mismos principios y egemplo? Y en efecto: ¿por qué razon se ha de deferir en materia de fé al juicio de quien puede errar? ¿no sería esto evidentemente abandonar su salvacion á la casualidad, y creer por puro capricho, sin certeza, y sin regla alguna?

Pero los primeros Concilios, decis, aunque sujetos á errar, no erraron. Dios *permitió* que conservasen en su primitiva integridad el depósito de las verdades santas. Esto es precisamente lo que negamos, os dirán los discípulos de Socino: dais por supuesto lo mismo de que se disputa. Probadnos por la razon y la Escritura los dogmas que desechamos, y entonces será supérfluo alegar la autoridad de los Concilios; y si no podeis probarlo de este modo, aún es mas inútil para convencernos alegar unos Concilios, que como vosotros mismos confesais, pudieron errar. ¿Qué podreis responder, continuaban los católicos, ni qué replicaríais á los sectarios que os hablasen así? Será necesario, á pesar vuestro, volver á discutir la doctrina en sí mis-

ma, prescindiendo y desentendiéndose de lo que ha creido y definido la antigüedad; y con riesgo de estraviarse en el tenebroso laberinto del raciocinio, examinar una tras otra todas las verdades del cristianismo: porque esto es lo único que resta, quitada la autoridad; y en materia de fé toda autoridad falible es nula por derecho.

Por otra parte, los *Tolerantes* y los *Unitarios*, mas consecuentes en los principios de la Teología protestante, se quejaban con ardor de que, por tal de obligarles á admitir dogmas repugnantes á su razon, se trastornaba el fundamento de la Reforma, y se daban armas, y aun se decidia la causa á favor de los Papistas. Ó la antigua Iglesia, decian ellos, era infalible, ó no lo era. Si lo era, todavía lo es, y no se debe buscar la verdadera fé sino en sus decisiones; nuestro deber incontestable es callar y someternos. Mas si la Iglesia de hoy no es infalible, tampoco lo ha sido nunca; y siempre, aun despues de sus decisiones, se habrá podido y debido examinar; querer por consiguiente ahora obligarnos á cautivar nuestro entendimiento á la autoridad de algunos de sus decretos, cuando por otra parte os desentendeis de obedecer á todos los demas que no son me-

nos importantes, ni menos claros, ni menos solemnes, es una grosera ilusion. ¡Qué! ¿no habreis rompido con la Iglesia Católica sino para poneros en su lugar? ¿no la acusásteis de tiranía sino para establecer sobre sus ruinas otra tiranía mas irritante? Porque al fin, ella tenia en su favor por lo menos una posesion larga y tranquila, y usando del poder que vosotros pretendeis usurparla, no contradecia como vosotros sus propias máximas. Vosotros recibis algunos Concilios, y desechais otros: ¿en qué principios fundais esta eleccion? ¿Cómo sabeis que habiendo entre estos Concilios algunos que han enseñado el error, los que vosotros recibis han enseñado fielmente la verdadera doctrina? ¿Qué otra certeza teneis, ni qué otro criterio mas que vuestro juicio particular, y vuestra opinion? En una palabra, lo que pretendeis es sujetarnos á vuestra autoridad particular. Pero os engañais: despues de habernos enseñado á negar la infalibilidad de los Obispos de todos los siglos, y de la Iglesia entera, no es facil decidirnos á reconocer vuestra infalibilidad personal.

Las doctrinas, lo mismo que los rios, no retroceden hácia su orígen; y así la Reforma se esforzaba inútilmente en detener la cor-

riente que la arrastraba. Fue necesario que todos sus miembros proclamasen de comun consentimiento este gran principio: "La Escritura es la única regla de fé, independientemente de toda interpretacion particular, y con esclusion de toda autoridad visible." "Para conocer la religion de los protestantes, »dice Chillingworth (1), no debemos considerar ni la doctrina de Lutero, ni la de »Calvino, ó Melancthon, ni tomar la Con»fesion de Ausbourg ó de Ginebra, ni el »Catecismo de Heidelberg, ni los artículos »de la Iglesia Anglicana, ni aún la Harmonía »de todas las Confesiones protestantes; sino »aquello en que todos convienen, y á que »todos subscriben como á una regla perfec»ta de su fé y de sus acciones, es decir, la

(1) *La Religion des protestans, une voie sûre au salut.* Chap. 6, 56. * Chillingworth fue convencido por los Misioneros Jesuitas que entraron en Inglaterra en los reinados de Jacobo I y Cárlos I, y obligado á confesar la necesidad de un juez infalible en materia de fé, y de resultas de estas conferencias abrazó el Catolicismo; pero el interes le sedujo despues: la cancillería de Salysbury, y la prebenda de Brixworth en el Northampton, le hicieron abjurarlo de nuevo: siempre alguna pasion vil ha sido el móvil de todos los que han abandonado la fé de la Iglesia: entonces fue cuando escribió esta obra que le sirviese de escusa; pero la verdad no varía, es una: las pasiones son las que hacen al hombre abandonarla.

»Biblia. Sí, la Biblia, sola la Biblia es la »Religion de los Protestantes (*).”

He aquí á donde habia llegado ya la Reforma en menos de dos siglos despues de su nacimiento. Avergonzada y cansada de errar de símbolo en símbolo; los desaprobó todos, igualmente que á sus autores. Leyendo nuestras numerosas profesiones de fé, no es co-

(*) De aqui dimana ese frenético proselitismo de las *Sociedades Bíblicas*, especie de misiones (dice La Mennais *Conservador*, t. 3, pág. 49, 291), encargadas de propagar la independencia de toda autoridad en la interpretacion de las santas Escrituras; misiones verdaderas de anarquía religiosa, que por sí solas bastarian para arrastrar á la anarquía política. Mr. Wix en una docta obra las ha combatido, haciendo ver que ellas, obrando de concierto con personas de todas sectas, caminan ciertamente á propagar un vasto sistema de indiferencia: se las creen debidos los movimientos revoltosos de la juventud alemana en estos últimos años, y los de los *Radicales* de Inglaterra. Su furor propagandista es tal, que en los once años que precedieron al 1815 habian empleado mas de veinte millones en repartir un millon y trescientos mil egemplares de la Biblia, traducida en cincuenta y cinco lenguas ó dialectos, *sin nota, esplicacion, ni comentario* alguno. Despues acá la Sociedad madre de París, con sus treinta y seis auxiliares, lleva repartidos diez millones de Biblias protestantes (*Ami de la Religion et du Roi*). Y cuando el hombre enemigo siembra á vueltas de la buena semilla tanta zizaña, ¿no velarán los encargados del padre de familias? Desconfiemos de toda traduccion, que segun lo prescrito por la Iglesia, no lleve sus notas ó esplicaciones de los PP. Véase la Encíclica del santo P. Leon XII al tiempo de su exaltacion.

mo se ha de venir en conocimiento de nuestra creencia, dicen los protestantes; no: nosotros nos burlamos de Lutero, de Calvino, de Melancthon , de todas nuestras Iglesias, de todas nuestras *Confesiones*, y aun de la *Harmonía* que se hizo de ellas: la Biblia, sola la Biblia es nuestra Religion.

Mas como la Biblia es muchas veces y en varios pasages obscura (*), y no se esplica á sí misma, ¿quién la esplicará? Siendo llamados todos los hombres al conocimiento de la verdadera Religion, es necesario que todos los hombres descubran claramente en la Escritura las verdades que deben creer. Los reformados convienen en ello; porque no era posible negar tampoco una consecuencia tan manifiesta; pero no han podido convenirse sin tropezar y caer en dificultades tan intrincadas, y contradiciones tan estrañas que

---

(*) El doctor Thiess ha contado ochenta y cinco esplicaciones diferentes de Protestantes de la Parábola tan clara del mal administrador (*Villicum iniquitatis*), que se halla en el cap. XVI de san Lucas, y 150 del vers. 20, del cap. 3 de la Carta á los Gálatas (*Mediator autem unius non est: Deus autem unus est.*). ¿Cuál se habrá de seguir? Convengamos en que si no se quiere que la Escritura sea inútil, y aun perniciosa, y si ha de ser regla cierta de nuestra fé, debe absolutamente estar acompañada de un tribunal que decida de su sentido, y tenga autoridad infalible.

causan rubor, y desacreditan el entendimiento humano. Despues de haber imaginado el estravagante sistema de la *inspiracion particular*, y haber sostenido que los dogmas necesarios á la salud se reconocian en los libros Santos por *sentimiento*, por cierta especie de *sabor*, ó *gusto interior*, *como distinguimos el frio y el calor*, *lo dulce y amargo*, avergonzados de esta ridícula Religion *sensitiva*, acabaron por atribuir á la razon el derecho esclusivo de interpretar las divinas Escrituras, y la declararon único juez y árbitro de la fé. No tratamos ahora de examinar á fondo esta doctrina, ni es este su lugar; nos limitaremos por el pronto á considerar sus efectos.

La Religion transformada por ella en una ciencia de puro raciocinio, tomó tantas formas cuantas eran sus cabezas: nacieron unas sectas de otras, y de éstas otras, sin término ni fin. Jamas se habia visto tal fecundidad de opiniones estraordinarias, semejante profusion de símbolos opuestos, y todos, segun ellos decian, fundados en *la pura palabra de Dios*. Por otra parte no faltaban egemplos para justificar las innovaciones. En la Reforma se conservaba como si digéramos una tradicion de duda y de inquietud; y las variaciones per-

sonales de Lutero, y las de sus discípulos, y sobre todo sus máximas, las autorizaban todas.

No obstante, á pesar de estas máximas, el apego natural del hombre á su propio dictámen, y tal vez un resto moribundo de respeto á la fé, y de amor á la verdad, conducian á los protestantes anatematizados por la Iglesia Romana á anatematizarse mútuamente unos á otros. Sabido es hasta qué estremo aborrecia Lutero (*) la doctrina de Calvino, y el suplicio de Serveto (**) prueba

(*) No se pueden leer las espresiones soeces de éste contra los Sacramentarios y Calvinistas: unas veces los llama *hombres de dos lenguas*, otras los amenaza que se *retractará de todo lo que ha dicho contra el Papa, para que queden abandonados*; los epitetos de *diablos*, *endiablados*, *diabólicos*, *endemoniados*, son los mas frecuentes con que los saluda. = Estas y otras semejantes palabras hicieron decir á Bayle que eran «dos Sectarios que se aborrecian entre sí » aun mas que al tronco de que se habian separado.» La historia de la Reforma ofrece una infinidad de semejantes egemplos. Léase la de las *Variacciones* de Bossuet.

(**) Es bien conocida la conducta de Calvino con este desgraciado: habiéndose refugiado en Ginebra donde se hallaba Calvino, su mas cruel enemigo, y que gozaba de mayor crédito, éste le hizo prender, y á fuerza de instar á los jueces, *de clamar y hacer clamar que Dios pedia el suplicio de este anti-trinitario*, le hizo quemar vivo en 1553. Mas hizo aún: escribió una apología de esta conducta, probando que se debian castigar con pena de muerte los hereges.

bastantemente que Calvino no aborreció menos la doctrina de los Unitarios. No se percibe facilmente qué es lo que podian echarse en cara mútuamente estas dos cabezas del protestantismo en punto á dogmas abominables; porque si Lutero destruia y aniquilaba la moral negando el libre alvedrío, y declarando las buenas obras *nocivas á la salvacion;* Calvino no la destruia menos de raiz con el dogma inaudito de la *inamisibilidad* de la justicia, segun el cual, un hombre una vez justificado (*), lo quedaba para siempre; y á pesar de todos cuantos delitos y crímenes pudiese cometer, permanecia plenamente seguro de su salvacion. Uno y otro llegaron

---

lo notable es que los Ministros Calvinistas de Basilea, Berna y Schaffousa, consultados antes de la condenacion, respondieron unánimemente que el acusado merecia la muerte: hasta el *dulce* y *pacífico* Melancthon aprobó el juicio y suplicio de Serveto, y felicitó á los Magistrados de Ginebra por el castigo que habian impuesto á este *Unitario.* Mas si su delito era el interpretar la Escritura segun su capricho, y á su parecer ver en ella sus nuevos dogmas, ¿qué otra regla tenia Calvino de interpretarla? Y si la pena segun él fue justa, justo, justísimo hubiera sido habérsela aplicado á él mismo.

(*) Por consiguiente un niño que lo queda en el Bautismo ya no podrá perder la gracia, y he ahi á todos los hijos de los cristianos impecables, aunque se abandonen á los mayores delitos.

tambien á un mismo fin, que era la abolicion de todas las obligaciones, enseñando que no habia otra para el cristiano que la fé, como que estaba exento de todas las leyes eclesiásticas y divinas en virtud de la *libertad* que habia adquirido en el Bautismo. El temor les hizo no eximirle tambien de las leyes civiles, aunque sus principios conducian á eso; pero los *Metodistas* (*) como buenos lógicos, franquearon este paso, y uno de los artículos de su símbolo es no reconocer ni en el órden religioso, ni en el político, mas superior que á Jesucristo. Máxima que, en verdad no temo decirlo, no será estéril. Cuando, por una terrible permision de Dios, el infierno prepara al género humano calamidades espantosas, y el espectáculo de algunos grandes crímenes, arroja un error en el mundo, y deja al tiempo que complete y acabe la obra.

No es mi intento seguir á la Reforma en todos sus estravíos, ni recordar todas las opiniones insensatas que ha abortado; sería mas

---

(*) Secta que junta los principios jacobinos con la Religion. El *Metodismo*, hoy muy estendido en Inglaterra, reconoce por sus autores á Juan Wesley y á Jorge Whitefield, éste muerto el 1769, y aquél el 1791.

facil contar las nubes que en un dia de tempestad pasan y obscurecen el sol. En vano se hacian esfuerzos para contener este torrente é inundacion de religiones y creencias nuevas; la Escritura, esa *regla tan perfecta de fé*, no decidia, no fijaba, nada determinaba, callaba, ó hablaba á cada sectario un lenguage diferente. Con la Biblia en la mano se enseñaba el sí y el no, el pro y el contra con una confianza imperturbable. Los reformadores, viendo que todas las verdades cristianas sucesivamente unas en pos de otras se les deslizaban y perdian, quisieron, á egemplo de los católicos, retenerlas por la fuerza de la autoridad; pero este medio, cuyo uso minaba por sus cimientos la Reforma, no tuvo otro efecto que hacer patente la desesperacion á que estaba reducida. Se burlaron de los Sínodos, de sus escomuniones y de sus decretos, y cada uno continuó dogmatizando segun su capricho.

El medio de *conciliacion* no tuvo mejor éxito. Todo vino á parar en algunas reuniones aparentes, ó á tratados parciales de tolerancia, que bajo el pretesto de caridad (*),

(*) Siempre ha sido la caridad el pretesto de que se han valido los sectarios para que se les deje maquinar y

acostumbraban los espíritus á mirarlo y tenerlo todo por indiferente. Por otra parte, esas negociaciones religiosas eran un escándalo ináudito en el Cristianismo: en éllas se pretendia comprar la paz por cesiones, ó concesiones mútuas de dogmas; se cedian de una y otra parte artículos de fé, á la manera que despues de una desastrosa guerra, cansados los Príncipes se ceden mútuamente territorios y ciudades, y en donde se estipulaban indemnizaciones impías por las verdades que se abandonaban.

En el entretanto los católicos, testigos de estas contínuas variaciones que desde un principio habian previsto, requerian á los novadores para que declarasen de una vez clara y sencillamente el término en que se fijaban, y mostrasen entre tanta multitud de profe-

---

pervertir: porque no se turbase la caridad con disputas indiscretas estendió el *Henotico* Zenon, la *Ectesis* Heraclio, el *Typo* Constante, y aun se sorprendió la piedad de Cárlos V para publicar el *Interin* que trajo tanto mal. ¿Y cuánto no acriminan los enemigos de Roma al Papa Honorio esta su *connivencia* ó falsa caridad en no turbar el error de los Monothelitas? No es caridad dejar el error que cunda como cancer, es querer perderse en él; al menos es indiscrecion. Sobre la verdadera inteligencia de la Caridad con los impíos, sectarios, &c. véase al Filósofo Rancio Carta XI.

siones de fé, contradictorias unas de otras, aquel carácter de unidad que es esencial á la fé verdadera, segun san Pablo: *una fides* (1). La Religion de Jesucristo, les decian, se funda y apoya en la revelacion; siendo pues la revelacion inmutable, toda secta, cuya doctrina varía, no posee la Religion de Jesucristo. Bossuet en su Historia de las Variaciones, modèlo inimitable de analisis y de elocuencia, presenta este formidable argumento con una energía, una profundidad de ciencia y una fuerza de raciocinio irresistible. La Reforma aterrada no supo que responder, calló, ó mas bien confesó las innumerables y evidentes variaciones de que se le reconvenia, y aun pareció admirada de no haber variado mas (2): ¡tan vivamente conoció su instabilidad!

Despues de una confesion semejante no le quedaba mas que una defensa, y era sostener que los dogmas sobre que variaba, no eran esenciales, y que se podian admitir ó desechar sin perjudicar por eso en cosa alguna al Cristianismo, ni quedar escluido de la

---

(1) *Ep. ad Ephes.* 4, 5.

(2) Vid. Burnet, *Crit. des Variat.* pág. 7, 8. = Jurieu, *Lettres* 5, 6, 7 y 8, *de l'an* 1686. = Basnage, *Resp. aux Variat. Préf.*

salvacion. De esta manera nació el sistema de los *artículos fundamentales*, que reduciendo á algunos puntos no definidos la fé necesaria, y tolerando como indiferentes todos los demas, consagra á un mismo tiempo la libertad de creer aun los errores mas execrables, y la libertad de negarlo todo hasta el mismo Dios.

Los protestantes se vieron tambien forzosamente conducidos á este sistema por la controversia sobre la Iglesia; controversia, cuya decision lo terminaba todo, y que los católicos por lo mismo procuraron aclarar é ilustrar con particular cuidado. Habiendo de tratar despues este importante asunto, no hablaré de él aquí sino lo muy preciso para hacer comprender cómo la Reforma se vió estrechada á abrazar la doctrina de los *artículos fundamentales.*

Siendo la verdadera Religion, como la verdad, esencialmente *una*, la Iglesia que profesa esta Religion, es decir, la incontestablemente verdadera, debe ser *una* igualmente: *Unus Deus, una fides, unum baptisma* (1).

La Religion no es un simple pensamiento sepultado allá en el fondo del espíritu; es

---

(1) *Ep. ad Ephes.* 4, 5.

una creencia que se manifiesta esteriormente por obras ó acciones, ó por un culto conservador de los dogmas, de que él mismo es una viva espresion; luego la Iglesia ó Congregacion de los fieles que profesen la verdadera Religion, debe ser y es una sociedad *visible.* Por otra parte, ó la Religion no es mas que un ser moral, una pura abstraccion, ó hay hombres que creen las verdades que élla enseña: ahora bien, para creerlas es necesario conocerlas; para conocerlas es necesario oirlas anunciar; porque, en efecto, *la fé*, dice el Apóstol, *viene por el oido; ¿y cómo creerán lo que no oyeron? ¿y cómo oirán si no hay quien les enseñe* (1)?

Luego la Iglesia necesariamente se compone de pastores que enseñen, y de un pueblo que cree todo cuanto se le enseña: un pueblo y pastores son seres visibles; luego la Iglesia es visible: y en efecto, el Evangelio así lo supone cuando compara á la Iglesia, y nos la representa como *una ciudad edificada sobre un monte* (2), como un tribunal

---

(1) *Fides est ex auditu... quomodo credent ei quem non audierunt? quomodo autem audient sine prædicante?* Ep. ad Rom. v. 17, 14.

(2) *Math.* 5, 14.

á donde los cristianos deben recurrir en sus contiendas y contestaciones, *dic Ecclesiæ* (1). Y ¿sería posible para ser juzgados dirigirse á un tribunal invisible? Ademas, que Jesucristo ha prometido á los pastores, que son los *que enseñan*, estar con ellos *todos los dias* (2) hasta la consumacion de los siglos: luego la Iglesia ha sido, y será siempre visible.

Habiendo establecido Dios la Religion para todos los hombres, y no solamente para algunos, la Religion establecida por Dios debe subsistir y subsistirá perpetuamente segun sus promesas, *omnibus diebus*: luego, por lo que respecta al tiempo, la Iglesia es y debe ser *Católica*, ó universal, es decir, que abraza todos los siglos, todos los tiempos: aun mas, Jesucristo mandó á sus Apóstoles anunciar el Evangelio *á todas las naciones, docete omnes gentes* (3); luego por su institucion la Iglesia es Católica, ó universal, tambien en cuanto á los lugares ó paises.

No pudiendo pues acabarse jamas la Religion, y debiendo por otra parte ser visible

---

(1). *Ibid.* 18, 17.
(2) *Ibid.* 28, 20.
(3) *Ibid.* 19.

la sociedad de los que la profesan, los pastores deben sucederse en ella sin interrupcion, de suerte que en todos tiempos, y en todas las épocas de su duracion, se pueda subir ó llegar por una serie no interrumpida de pastores, desde los actuales hasta los Apóstoles: luego la Iglesia es *Apostólica.*

Estas nociones fundadas en la razon y en los formales testimonios de la Escritura, estan confirmadas por una tradicion unánime, por la autoridad de los Concilios, de los Padres, de los escritores eclesiásticos de todas las edades, por las Liturgias, y la Historia toda de la Iglesia desde su principio; de manera que la razon, los libros Santos, el consentimiento unánime de los siglos, todo concurre á presentarnos como las señales, ó *notas* distintivas de la Iglesia, los caractéres que acabamos de indicar.

Supuestos y admitidos estos principios, que no se podian tampoco negar sin trastornar de arriba abajo todo el Cristianismo, los protestantes que atacaban una Iglesia establecida hacia ya tantos siglos, debian y estaban obligados á probar dos cosas: que la Iglesia Católica no tenia las *notas* ó caractéres esenciales á la verdadera Iglesia, y que éstos pertenecian esclusivamente á la Reforma.

Luego que la cuestion se redujo á estos precisos y sencillos términos, no es facil esplicar el conflicto y embarazo de los novadores, convencidos de que no les era menos imposible arrogarse con alguna verosimilitud una sola de las *notas* ó propiedades de la verdadera Iglesia, como dejar de reconocerlas en la Iglesia antigua, de la cual se habian separado.

Y en efecto, ¿qué podian responder, cuando los católicos apoyados en máximas innegables, y sobre hechos tan claros y visibles como el sol, les decian: la fé es *una*, y vosotros no habeis podido concordaros en ella, ni convenir en un símbolo comun, ni quedar satisfechos con ninguno de los símbolos particulares que sucesivamente ha adoptado cada uno de vosotros, sino que *fluctuando á la ventura como niños* abandonados á su propia flaqueza, y *dejándoos arrebatar de todo viento de doctrina* (1), no habeis hecho otra cosa que ir vagueando sin término ni fin, de dogma en dogma, de opinion en opinion, incapaces eternamente de fijar la inconstancia de vuestro espíritu, y la instabilidad de vuestra fé; luego no formais, ni sois aquella Igle-

(1) *Epist. ad Ephes.* 4, 14.

sia santa que Jesucristo ha edificado sobre una roca inmoble é indestructible (1).

La verdadera Iglesia es *una*, y vosotros estais divididos en mil sectas diferentes, esencialmente opuestas, que tan presto se toleran como se anatematizan mútuamente: luego no sois la verdadera Iglesia.

La verdadera Iglesia ha sido siempre *visible*; decidnos pues ¿dónde estaba la vuestra antes de Lutero? Mostradnos antes de este apóstata una sociedad en que se profesase vuestra doctrina. ¿Callais? Observad que callar, cuando se trata de justificar su fé, es confesar que nada hay que responder, y condenarse á sí mismo irrevocablemente. Vedlos entonces con qué fogosa inquietud ojean los anales de la heregía, cómo amontonan en este cieno varios restos esparcidos de errores; y siguiendo la serie de los tiempos, pero á largas distancias unos de otros, se apresuran á recoger los despojos de algunos sectarios ya sepultados en el olvido, con el fin de formarse un vestido de gala, sin poder con todo eso llegar á cubrir su desnudez. Si encuentran en el siglo V un Vigilancio, enemigo de las santas Reliquias, en

(1) *Math.* 16, 18.

el X un Berengario, que negaba la presencia real, hallan tambien que estos heresiarcas, condenados por la Iglesia entera tan luego como aparecieron, apenas tuvieron un discípulo, y que el uno de ellos abjuró públicamente su impiedad. Por otra parte, no teniéndo ningun error comun, se diferenciaban tambien de los reformados en puntos de la mayor importancia. En vano pues se esfuerzan éstos á inquietarlos y despertarlos en sus sepulcros, á fin de que los adopten por hijos sus sombras proscriptas. Los diez primeros siglos pasan, y al verse sin *padres*, y *sin ascendientes*, su único recurso es buscarse antepasados entre los *Albigenses*, aquella colonia infame de Maniqueos, que pasaron del Oriente á la Italia, y de esta á las Galias, á cuyos habitantes horrorizaron con delitos y crímenes no conocidos; entre los *Waldenses*, puñado de fanáticos obscuros, imbuidos en muchas opiniones desechadas por la Reforma, y que no admitian tampoco la mayor parte de la doctrina que ella recibe. Avergonzándose al fin de los mayores que se habian escogido, renuncian á una filiacion tan deshonrosa como falsa, y se reducen á sostener que siempre hubo en el seno de la Iglesia Católica un cierto número de *justos*

ocultos, que profesaban en secreto los principios que ellos profesan. ¡Sociedad graciosa! Pero si estos pretendidos *justos*, replicaban los católicos, estaban tan ocultos que no ha quedado vestigio alguno de ellos, ¿cómo habeis descubierto vosotros su existencia? ¿cómo conoceis tan exactamente las opiniones *secretas* de unos hombres, que no han sido jamas conocidos de persona alguna? ¡Qué invencion, qué descubrimiento este tan pasmoso! Hallarse al golpe con unos justos ignorados de todo el mundo; diremos mejor, crearlos de un rasgo de pluma para eludir un argumento que estrecha é incomoda, porque no se halla respuesta. Pero aun cuando se admitiese esa absurda suposicion, ¿qué podeis inferir en vuestro favor? Nada: con ella nada remediais, á nada respondeis: porque unos *justos ocultos* no forman una Iglesia visible, y una Iglesia visible compuesta de fieles que oyen, y de pastores que enseñan es la que nos debeis mostrar. No lo habeis hecho hasta ahora, ni lo hareis jamas; luego no sois la verdadera Iglesia.

La verdadera Iglesia es *universal*, y vosotros sois de ayer: cada una de vuestras sectas, considerada por sí sola, apenas es conocida en un rincon del mundo; porque, con-

tad, si es posible, en Francia, Inglaterra, Alemania, la multitud de diversas doctrinas comprendidas bajo el nombre general de Luteranismo, Calvinismo, Anglicanismo &c. (*), y cada familia os ofrecerá una diferente Religion. Aspirais tan poco á la universalidad, que aun habeis abandonado á la antigua Iglesia ese glorioso timbre de *Católica* ó universal, que esclusivamente la distingue, y la hace reconocer en toda la tierra. Lo que propiamente os pertenece es el espíritu particular, ese espíritu privado, que separa y divide hasta lo infinito; ese es vuestro carácter indeleble: luego no sois la verdadera Iglesia.

En fin, la verdadera Iglesia es *Apostólica*, y vosotros lejos de poder subir hasta los Apóstoles por una no interrumpida sucesion de Pastores, que hayan enseñado en todos los tiempos la misma fé; por vuestra confesion misma no sucedeis á nadie, ni por el espacio de quince siglos podeis nombrar, no digo un solo pastor, pero ni un solo hombre, cualquiera que sea, que haya tenido la misma Religion que vosotros teneis: luego no sois, repito, la verdadera Iglesia.

(*) Solo en Inglaterra se cuentan mas de doscientas sectas; propietario hay que tiene en su territorio trece religiones diferentes. V. *L'Etoile* 15 de Nov. de 1826.

La ignorancia y la necedad son atrevidas, no se amilanan por objecion alguna; charlan, y creen que esto es responder. Pero entre los teólogos reformados habia hombres ciertamente instruidos y de mucha penetracion; y estos comprendieron bien pronto que era absoluta é indispensablemente necesario, ó renunciar á la defensa de la Reforma, ó mudar y trastornar todas las ideas que los cristianos habian tenido hasta entonces acerca de la Iglesia.

Mestrezat (1), y Jacobo I (2) bosqueja-

---

(1) *Traité de l'Eglise*, páginas 186 y 371. *Juan Mestrezat, este fue un teólogo protestante, que nació en Ginebra hácia el año de 1592, y murió el 1657, despues de haber sido empleado por los de su partido en diferentes negocios: dejó varias obrillas: tuvo un sobrino (Felipe Mestrezat) que fue ministro, y enseñó la teología en Ginebra, y murió el 1690: compuso un tratado contra Socino, y otras obras de Controversia.

(2) Rey de Inglaterra (Véase la *Réplica del Card. du Perron*, c. 60.). *Este Príncipe, hijo de una madre tan católica como María Stuart, señaló su advenimiento al trono con un edicto que obligaba, sopena de muerte, á salir de Inglaterra á todos los Católicos, é hizo correr arroyos de sangre por los cadahalsos en casi todas las ciudades de sus tres reinos: ¡tal es la moderacion y tolerancia de las sectas cuando se apoderan de la autoridad! En su tiempo se formaron los famosos partidos de los *Torys* y *Wigts*: en vez de gobernar el reino se mezclaba en la controversia, y entregado á sus favoritos, mereció de los mismos Protestan-

ron el nuevo sistema: (*) Claudio despues viendo la causa desesperada, trató de sostenerlo á todo trance para afirmar á sus hermanos vacilantes. Hablóles de "un cuerpo de cristia»nos dividido en muchas comuniones parti»culares, al cual en algun sentido se puede »dar el nombre de Iglesia, porque todos los »cristianos, bajo ciertos respetos, estan tam»bien en el recinto general de la vocacion »del Evangelio (1)." Parece que la conciencia del ministro detenia á cada palabra su pluma: siempre habla como quien no se atreve

---

tes el sangriento epígrama, *Rex fuit Elisabet, nunc est Regina Jacobus*. Escribió varias obras contra Belarmino, Comentarios sobre el *Apocalipsis*, y creyó engrandecer su nombre autorizando por un edicto los bailes en dias festivos, mandando á todos los Obispos Anglicanos, que en su egecucion pusiesen el mayor esmero, con el doble objeto de que los Protestantes no se hiciesen estúpidos y sombríos, y de atraer á su creencia á los Católicos: ¡medios á la verdad maravillosos para propagar el *puro Evangelio*! Murió el año de 1625.

(*) Este Ministro, célebre entre los de su secta, nació en Sauvetat, cerca de Agen, en 1619: enseñó la teología en Nimes por espacio de ocho años; y habiéndose opuesto á los que trataban de la reunion de los Protestantes con los Católicos, se vio obligado á salir del Languedoc; llegó á París, y nombrado Ministro de Charenton, permaneció allí desde 1666 hasta el de 1685, en que revocado el edicto de Nantes pasó á la Holanda. Es el mas seductor de todos los Protestantes; pero fue rebatido vigorosamente por Bossuet.

(1) *Defense de la Reforme*, pág. 200.

á espresar, vacilando, dudando, temblando: las fórmulas de *bajo cierto respeto*, *en alguna manera*, *en cierto modo*, *en algun sentido*, no se le caen de la pluma, como si se diese en esta parte un medio, ó como si habiendo Jesucristo establecido una sola Iglesia verdadera, cualquiera otra sociedad, *en manera alguna*, *y bajo cualquier respeto* pudiese ser la Iglesia establecida por Jesucristo.

Jurieu (*), mas atrevidamente desatinado, pero tambien mas consiguiente, tomando unas veces el tono de profeta, y otras

---

(*) Pedro Jurieu, sobrino de los famosos Olivet y Moulins, nació en la diócesis de Blois el 1637, y sucedió á su padre en el ministerio protestante: enseñó teología y hebreo en Sedan, de alli se retiró á Ruan, y últimamente á Roterdam: señalóse por sus estravagancias y profecías, y sus disputas con los filósofos de su partido, y particularmente con Bayle, cuyo trato amoroso con su muger ignoró por largo tiempo, á pesar de que en su conocimiento profético veia tantas cosas ocultas en el Apocalipsis: no perdonó en sus furores á las potencias de la Europa, opuestas al protestantismo: hizo acuñar monedas que eternizasen su demencia y odio contra Roma: era de mucha imaginacion; pero es comun sentir que fue mas propio para predicar á frenéticos que á hombres racionales: él fue el que aclaró en un todo el sistema de los *artículos ó dogmas fundamentales*, por los cuales abre la puerta de la Iglesia á todas las heregías: murió el 1713, de setenta y seis años. = Como el autor va señalando los pasos de la Reforma, nos ha parecido conveniente señalar la época de sus propagadores.

el de sofista, controversista impetuoso, y el terror de su propio partido, en el que era temido por la aspereza de su carácter, y la violencia de sus arrebatamientos; Jurieu tomó á su cargo desenvolver manifiestamente, y publicar sin rodeos el sistema que hasta entonces no se habia propuesto sino con reserva.

Sostuvo pues y defendió que la verdadera Iglesia, léjos de formar una sociedad distinta y separada de todas las demas, por el contrario se compone de la reunion de todas las sectas cristianas, que hacen profesion de creer ciertas verdades, que él llama *fundamentales.* "Queremos, dice, que la Iglesia »Católica y universal esté esparcida por todas »las sectas, y que tenga verdaderos miem»bros en todas aquellas sociedades que no han »trastornado el fundamento de la Religion »cristiana, aun cuando esten tan desunidas »entre sí, que lleguen á escomulgarse mú»tuamente (1)."

Imperiosa necesidad debia ser la que obligaba á la Reforma á precipitarse en esta doctrina: en efecto, lo era: veíase reducida á no poder ya aspirar á formar parte de la verdadera Iglesia establecida por Jesucristo,

(1) *Le vrai systême de l'Eglise*, pág. 79.

sino introduciendo consigo en ella todos los errores, y aniquilando el Cristianismo; y tomó este medio: por lo demas, no consistiendo la verdadera Religion, segun esta estraña hipótesis, sino en un corto número de dogmas comunes á la mayor parte de las sectas, y por una consecuencia inmediata, no formando éstas mas que un cuerpo, ó una sola Iglesia, todas las objeciones de los católicos se desvanecian por sí mismas.

Sosteneis, decian los reformadores, que la verdadera Iglesia es *una;* tambien nosotros; pero esta unidad resulta de la creencia de unos mismos dogmas fundamentales: *todo lo que se cree fuera de esto, como que es materia de opinion y no de fé* (1), no rompe la unidad.

Defendeis que la verdadera Iglesia ha sido siempre *visible*; nosotros tambien. "Es »cierto que ha habido y hay siempre en el »mundo una Iglesia visible; pero es falso »que esta Iglesia sea una Congregacion ó »Comunion determinada, distinta de todas las »demas Congregaciones. La Iglesia permane»ció y se conservó visible en todos los siglos

---

(1) *La Religion des protestans, une voie sûre au salut,* chap. 6, 56.

»en aquellas Comuniones, que á pesar de su »separacion y los anatemas que mútuamen»te lanzaban unas contra otras, conservaron »siempre las verdades principales (1).”

Sosteneis y decis que la verdadera Iglesia es *universal*; tambien nosotros lo decimos; tenemos satisfaccion en confesarlo, este carácter *le es esencial* (2). ¿Pero qué mayor ni mas completa universalidad que la que no tiene otros límites que la estension, no ya de una Comunion sola, sino de todas las Comuniones que en todos tiempos han conservado las verdades principales?

Sosteneis que la verdadera Iglesia es *Apostólica*; nosotros tambien; porque (3) esta es una consecuencia evidente de su perpetua visibilidad. Pero observad que el dia de hoy no os acusamos de haber desechado al-

(1) *Le vrai systeme de l'Eglise*, pág. 226.

(2) *Accomplissement des prophéties*, par Jurieu, pág. 82.

(3) «Dicen que es necesario recibir el ministerio de »manos de la Iglesia, fuera de la cual no se da el Espíritu »Santo: convengo en ello; pero esta Iglesia, que da el de»recho de egercer el ministerio, no es ni la Iglesia Roma»na, ni la Griega, ni la Protestante, es *la Iglesia Univer»sal*; la cual tampoco da este derecho por sí misma, sino »por las diversas sociedades cristianas que viven bajo dife»rentes confederaciones, y las cuales tienen cada una en »sí misma el poder de establecer el ministerio para la edi»ficacion de los pueblos.» *Le vrai systéme de l'Eglise.*

guna verdad fundamental: os concedemos que sois miembros de la Iglesia, miembros enfermos sí, pero miembros vivos al fin; y por último, á falta de otra sucesion constante, en vosotros hallaremos una, cuya legitimidad verosímilmente no negareis.

No se puede menos de convenir en que estas consecuencias se deducian claramente del sistema de Jurieu; pero en el capítulo siguiente demostraremos que este sistema es absurdo é insostenible, y que la doctrina de los puntos fundamentales es destructiva de toda Religion y de toda razon.

En el ínterin consideremos el espacio inmenso que habian corrido ya los reformadores en la época que tocamos. El pensamiento se estremece al calcularlo. ¡Qué terrible y espantosa es la marcha rápida del error! Lutero ofendido de algunos abusos reales, en lugar de reconocer en ellos el efecto inevitable de las pasiones humanas, los imputa, y atribuye á la doctrina misma: ataca un punto al parecer poco importante de la fé católica: ¡espíritu débil, no conocia el íntimo y rigoroso enlace de las verdades del Cristianismo (*)! no bien desunió un anillo de esta ca-

(*) «Lutero, dice Sartorio, autor de la *Historia de la*

dena, cuando toda ella se deshizo: un error llama á otro error: ya no son algunos dogmas aislados los que impugna; de un solo golpe derriba el fundamento de todos ellos. Le embaraza la tradicion, la niega: la Iglesia proscribe sus máximas; niega la autoridad de la Iglesia, y declara que no admite mas regla de fé que la Escritura: en fin, la Escritura misma le condena; escluye osadamente de los libros Santos una Epístola canónica toda entera (1): y cuando se le pregunta con qué derecho ó autoridad hace esto, responde con arrogancia: *Yo, Martin Lutero, lo quiero así: yo lo mando: mi voluntad vale por toda razon* (2). De este modo, Lutero no era solamente el fundador y gefe de la Reforma, era tambien su Dios, pues que su voluntad, sin otra razon alguna, prevalecia contra las revelaciones divinas consignadas en un monumento auténtico y sagrado.

»*guerra de los paisanos* (pág. 42), no conocia el camino que »debia correr, y así muchas veces dió en escollos que ab»solutamente no habia previsto: no tenia idea alguna de »esos planes concebidos con un espíritu estenso, y egecu»tados despues con vigor.» El Baron D'Eckteiu conviene en lo mismo. *Le Catholique*, tom. 2, n. 5.

(1) La Epístola de Santiago.

(2) *Ego Martinus Luther, sic volo, sic jubeo, sit pro ratione voluntas.*

Con todo eso, muchos de sus discípulos sacuden el yugo de hierro que pretendia imponerles, y oponiéndole opiniones á opiniones, orgullo á orgullo, arrostran y desprecian sus furores, dividen y menoscaban su imperio. Nuevas sectas se levantan, y al punto se dividen, y se subdividen luego al infinito (*). Se enseña toda especie de doctrinas, y se niegan igualmente; la confusion del infierno no es mayor, ni mas espantoso su desórden. La Reforma entonces, perdiendo la esperanza de establecer la paz en su seno, y de sostenerse por sus propias fuerzas, llama en su socorro á la antigua Iglesia que habia repudiado: llama á los hereges de todos los siglos; llama á sus numerosos hijos; los junta al rededor de sí á pesar de su recíproco é implacable odio, de su fogoso encono, y de sus símbolos contradictorios: de este heterogéneo é incoherente agregado de errores y de verdades trata de formar una sola Religion; y de esta anarquía monstruosa de sectas que se repelen mútuamente, de estos partidos irreconciliables, una sola Iglesia... ¡O eterno oprobio y vergüenza de la razon humana! Ved ahí la verdadera Religion; sí, del mismo

(*) Véase la nota pág.

modo que los pensamientos inconstantes del hombre son los pensamientos inmutables de Dios: he ahí la Iglesia; del mismo modo que el imperio dividido de Satanás es el reino de Jesucristo. Mas al fin, estas ideas habian prevalecido en la Reforma: á pesar y despecho suyo cedia á la superioridad y predominio invencible de sus máximas; y ofreciendo la paz á todos los errores, tolerándolo todo, hasta la verdad misma, se avanzaba á pasos agigantados hácia la indiferencia absoluta de Religion, á donde inevitablemente conduce el sistema de los dogmas ó artículos fundamentales, como inmediatamente lo vamos á ver.

CAPÍTULO VII.

Sigue la misma materia. Exámen del sistema de los artículos ó dogmas fundamentales.

Si no hubiésemos hecho ver cómo la Reforma, despues de haber agotado todos los otros medios de defensa, se habia visto por su naturaleza misma obligada á refugiarse al sistema de los artículos ó dogmas fundamen-

tales, tal vez se hubiera podido creer por alguno, que este sistema no era mas que una opinion arbitraria, y no habria sido facil comprender los motivos que determinaron á los protestantes á abrazar una doctrina no solo absurda en sí misma, sino incompatible ademas con sus máximas; una doctrina en fin que no podia ser verdadera á menos que el Cristianismo no sea falso, y que inevitablemente va á terminar en la tolerancia del Ateismo.

Para justificar ante todas cosas la reconvencion de inconsecuencia que dirigimos á los Reformados, recordemos, que segun ellos la Escritura es la única regla de fé. Deben pues probar que la Escritura establece claramente la distincion de artículos *fundamentales* y *no fundamentales*, y que con la misma claridad especifíca lo que se debe entender por unos y por otros, cuáles son fundamentales, y cuáles no. Mas esto es justamente lo que nunca han podido hacer, aunque se les instó y ha estrechado á ello repetidas veces. Nunca jamas han producido un solo testo que en su sentido natural y verdadero, favoreciese ni aun indirectamente tan estravagante doctrina. Al contrario, la Escritura está llena de testimonios que la conde-

nan. ¿Cuando Jesucristo envió á sus Apóstoles á anunciar el Evangelio á las naciones, les dijo acaso, enseñad á los hombres á discernir cuidadosamente los dogmas fundamentales de los que no lo son; á no confundir los artículos de fé que estan absolutamente obligados á creer, con los que pueden negar sin quedar escluidos de la salvacion? No, Jesucristo no se esplicó así, ni dijo cosa semejante. ¿Qué es lo que dice? "Id, instruid á todas las naciones: enseñándoles á guardar *todo* lo que os he mandado (1);" todo sin escepcion, *omnia quæcumque*: ó como se espresa otro escritor sagrado: "Id por todo el mundo, predicad el Evangelio á toda criatura; el que creyere será salvo, el que no creyere se condenará (2)." Luego es necesario creer, implícitamente á lo menos, todas las verdades reveladas, pues que el Evangelio, ó la palabra de Jesucristo las comprende todas: y es necesario creerlas, ó *condenarse:* lo que hizo decir á san Pablo

(1) *Euntes ergo docete omnes gentes..... docentes eos servare omnia quæcumque mandavi vobis.* Math. XXVIII. 19, 20.

(2) *Euntes in mundum universum prædicate Evangelium omni creaturæ. Qui crediderit et baptizatus fuerit, salvus erit: qui verò non crediderit, condemnabitur.* Marc. XXVI. 15, 16.

que el herege *se condena á sí mismo* (1), porque reconoce la autoridad de los libros Santos en donde está escrita su condenacion. Ahora pues, un sistema de fé, al cual se opone la Escritura, ó por lo menos que no está claramente establecido en ella, es incompatible con el principio ya sentado, *que no se debe admitir otra regla de fé que la Escritura.* Los Protestantes pues no pueden adoptar el sistema de los artículos fundamentales sin renunciar á sus máximas y principios, ó contradecirse groseramente.

Añado aun mas, que este sistema no puede ser verdadero, á no ser que el Cristianismo sea falso: porque en primer lugar, Jesucristo, como acabamos de ver, ha enseñado una doctrina contraria; de donde se sigue, ó que él se ha engañado, ó nos ha engañado á nosotros, y por consiguiente que era ó un fanático ó un impostor.

En segundo lugar, sus discípulos, fieles egecutores de las órdenes que de él habian recibido, no permitieron jamas que se alterasen, ni se tocase en lo mas mínimo á los dogmas revelados.

San Pablo declara que la fé es *una*, así

---

(1) *Epist. ad Tit.* III. 2.

como el mismo Dios es *uno* (1): y por lo mismo nada se le puede añadir, ni quitar sin destruirla; y á su consecuencia fulmina anatema contra cualquiera que se atreviese á predicar otro Evangelio, ú otra fé que la anunciada por él (2); manda evitar y huir del *herege*; enseña que todos los novadores, jactándose de una falsa ciencia, *han decaido de la fé* (3); y comprende formalmente entre los delitos que escluyen del reino de Dios los cismas y heregías: *Sectæ* (4). San Pedro las llama á todas en general *sectas de perdicion*, y mira á los que las introducen *como blasfemos* (5). "Cualquiera que se separa, dice »san Juan, y no persevera en la doctrina de »Jesucristo, no tiene Dios (6)." No puede ser mas terminante: el Apóstol no encuentra diferencia alguna entre negar á Dios, y negar un solo artículo de la doctrina de Jesucristo; y en vano sería buscar distincion ni restriccion alguna en sus palabras. "Si alguno, continúa despues, viene á vosotros, y

(1) *Epist. ad Ephes.* IV. 5.
(2) *Epist. ad Galat.* I. 8.
(3) *Epist.* II. *ad Timoth.* II. 17.
(4) *Epist. ad Galat.* V. 20.
(5) *Epist.* II. I, 10.
(6) *Ibid.* 9.

no trae esta misma doctrina.... ¿Qué pensais va á decir? ¿examinareis si las verdades que desecha son ó no fundamentales; y si no ataca el fundamento, le tolerareis, y admitireis en vuestra comunion como un miembro de la verdadera Iglesia? Esa es la respuesta que debia dar segun los protestantes; ¿pero cuál es la del Apóstol? Vedla aquí: "No le »recibais en vuestra casa, ni aun le saludeis; »porque el que le saluda participa en su pe»cado, *operibus ejus malignis* (1)." Tal es la tolerancia de los Apóstoles, y tal es su doctrina: esta doctrina sería falsa, si el sistema de los artículos ó puntos fundamentales fuese verdadero; luego este sistema y el Cristianismo, segun y como le enseñaron los Apóstoles, son incompatibles.

En tercer lugar, todos los Padres, todos los Concilios y todos los cristianos, así católicos como hereges, han ignorado, hasta que apareció la Reforma, la distincion de los dogmas fundamentales y no fundamentales; y creyeron que no habia mas que una sola fé, por la cual pudiésemos ser salvos; una sola Iglesia que profesase esta fé (2), esclu-

(1) *Epist. II. S. Joan. X. II.*
(2) Véase *le traité de l'Unité de l'Eglise*, por Nico-

yendo de la salvacion á todas las sectas separadas de esta union y verdadera Iglesia. Ahora bien, si un error tan transcendental ha podido reinar universalmente por el espacio de diez y seis siglos; si durante todos ellos nadie ha sabido lo que era Iglesia; si recitando el símbolo de los Apóstoles, los cristianos de todo el mundo han profesado un error *absurdo*, que Jurieu califica *de prodigio de crueldad, y de la idea mas insensata que haya cabido jamas en entendimiento humano* (1); si todos estos cristianos y todas las Iglesias particulares constantemente han arreglado su conducta sobre este error *absurdo y cruel*, el Cristianismo es evidentemente falso, pues que un Enviado de Dios no ha podido enseñar un error, cuyas consecuencias son tan terribles: ni hombres verdaderamente inspirados consagrarle en sus escritos, y autorizarle con su egemplo; ó en todo caso, Dios no hubiera permitido que él hubiera prevalecido sin reclamacion por tanto tiempo, en una Iglesia que habia establecido para recibir un culto digno de su grandeza, de su santidad, de su verdad.

---

le; *la quinta advert. de Bossuet á los Protestantes*; Wallembourg, *de controv. tract.* 3.

(1) *Le vrai systême de l'Eglise*, pág. 79, 92.

Dejamos á los protestantes el cuidado de examinar sobre qué fundamentos estriban para tranquilizarse en sus principios anticristianos. La Escritura no es; no lo es igualmente la autoridad de los primeros siglos, como hemos demostrado; y que no es tampoco la razon, lo vamos á manifestar, considerando bajo un punto de vista mas filosófico ó mas general el sistema de los puntos, dogmas ó artículos fundamentales.

¿Qué hacen los partidarios de este sistema para demostrar contra los Deistas la necesidad de la revelacion? Valiéndose de las confesiones de los Deistas mismos, prueban que es necesaria una Religion, y que por consiguiente existe una Religion verdadera. En seguida, con los Anales de la Filosofía en la mano hacen ver que es imposible por sola la razon asegurarse plenamente, ni tener certeza de dogma alguno, y que tomándola por única guia, no se hace otra cosa mas que errar vagueando de duda en duda, de incertidumbre en incertidumbre, y que lejos de llegar por su medio á tener una creencia fija, es preciso tolerar hasta el Ateismo, ó la negacion de todo dogma, la esclusion de todo culto, y la destruccion de toda moral. De donde exactísimamente concluyen que

si, como confiesan, es necesaria una Religion verdadera, es necesario tambien que Dios haya revelado esta verdadera Religion.

¿Y qué, Dios revelará á los hombres verdades que les son absolutamente necesarias, y los hombres no estarán obligados á creerle, y serán árbitros de desechar las verdades que les revela? Entonces ¿para qué se necesita la revelacion? Mejor, y mas decoroso sería para Dios guardar un profundo silencio, y no revelar cosa alguna, si el hombre es libre para desmentirle, y reformar sus instrucciones, diciéndole: *te conocemos nosotros mejor que tú te conoces á tí mismo.* Pues tal es la libertad que consagra la tolerancia. Porque querer escudarse con el pretesto de obscuridad para tener suspensa la autoridad de la revelacion, ó de una parte de élla, no siendo otro el objeto de la dicha revelacion que disipar las dudas del entendimiento humano acerca de las verdades que debe creer, es contradecirse visiblemente, es burlarse de los hombres, y del mismo Dios.

Me parece oigo responder á los discípulos de Jurieu: "nosotros no pretendemos que »sin renunciar á la salvacion se puedan ne»gar todos los dogmas revelados, sino pre-

» cisa y únicamente los que no son funda-
» mentales." De aquí á poco veremos que esta distincion es enteramente ilusoria. Pero admitámosla por un momento, y tomemos el sistema cual nos le presentan, con las restricciones arbitrarias, que una especie de pudor cristiano se esfuerza á ponerle. Siempre es verdad que nuestras objeciones conservan toda su fuerza con respecto á los dogmas no fundamentales, es decir, respecto á la mayor parte de los dogmas revelados. Ademas, permítaseme preguntar á los indiferentistas mitigados, ¿de dónde saben que Dios ha revelado verdades no necesarias? ¿Cómo, ó por dónde, decid, ha llegado á vosotros esa noticia? Esta arbitraria y gratuita hipótesis repugna á la sabiduría de Dios, y trastorna enteramente el principio en que apoyais, y sobre que estableceis la necesidad de una revelacion. Ni es esto todo; sostengo aun mas, que es un absurdo infinitamente mayor pretender sea lícito negar solamente una parte de la revelacion, que negarla toda entera; ó en términos mas precisos y acomodados á la materia que tratamos, que el sistema de los artículos, dogmas, ó puntos fundamentales es mas absurdo, mas irracional, é inconsecuente, mas injurioso á Dios, y mas des-

consolador aún para el hombre que el Deismo.

En efecto, el Deista no admite la revelacion, porque no cree que Dios haya hablado ó revelado ; el Cristiano de Jurieu niega una parte de esta revelacion, á pesar de que cree que Dios la ha hecho, y dicho ó anunciado á los hombres. El primero, persuadiéndose, aunque falsamente, que el Cristianismo está fundado en una autoridad puramente humana, no lo admite sino en cuanto le considera conforme á su razon: el segundo, convencido de que el Cristianismo se apoya en la autoridad de Dios, niega la obligacion de someterse en todo y siempre á esta misma autoridad: atribuye al hombre en un gran número de casos y circunstancias el derecho de anteponer y preferir su razon á la del mismo Dios, y de desobedecer á sus leyes. En fin, el Deista conociendo la insuficiencia de la razon para establecer inmoblemente los dogmas, no hace depender la salvacion de la creencia de ninguno de ellos: Jurieu por el contrario, declara que la fé y creencia de los dogmas fundamentales es de indispensable necesidad: y como ni él, ni sus discípulos han podido jamas definir clara y sencillamente cuáles son estos dogmas fundamentales; como no hay un punto de doc-

trina sobre que los protestantes esten menos acordes; no hay por consiguiente uno solo entre éllos que pueda estar cierto de que cree todo lo que es necesario creer para la salvacion: incertidumbre, supuesta la fé y verdad de la revelacion, tan desoladora que no es posible figurársela mayor.

Pues he aquí á donde irremediablemente se llega cuando se quiere obligar al Cristianismo á capitular con la razon humana, con sus inconstantes caprichos, y oposiciones verdaderamente desdeñosas. Ni se sabe lo que se puede ceder, ni lo que se debe conservar. Faltan los principios para hacer una distincion, lo diré sin temor, sacrílega: porque imaginarse que Dios habla en vano, y que revela dogmas supérfluos, es ultrajar su sabiduría, y acreditarse de loco á sí mismo censurando los decretos de sus impenetrables consejos. Ademas, ¿quién no vé que todos los dogmas de la fé cristiana estan íntimamente enlazados, y encadenados entre sí? Ahora bien, donde todo está íntimamente unido, todo es esencial. El objeto de la Religion es señalar al hombre su lugar en el órden de los seres, y mantenerle en él arreglando sus pensamientos, sus afectos, y sus acciones por las dos grandes leyes de la ver-

dad y la justicia, cuya viva espresion son los dogmas y preceptos. Y estas leyes ¿qué pueden prescribir, ni qué puede haber en ellas que sea indiferente? ¿Por qué título será menos inviolable la verdad que la justicia? No. Ambas se hermanan en su orígen; separarlas, es destruirlas: la justicia no es otra cosa que la verdad sensibilizada por las obras, segun aquella profunda sentencia del Apóstol: "El »que obra la verdad, viene á la luz, para »que se manifieste que sus obras vienen de »Dios, son hechas en Dios (1)." Tan repugnante como es en Dios el pecado, es el error; no puede tolerar mas el uno que el otro; y así la tolerancia del crímen es un resultado necesario de toda doctrina que consagra la tolerancia del error. En el sistema mismo que examinamos hallaremos la prueba.

En el entretanto, obsérvese la inconsecuencia de sus partidarios. Admitir la revelacion, es creer las verdades reveladas por la autoridad infalible de Dios que las revela; luego siendo esta autoridad siempre la misma, sea cual sea la importancia relativa de las verdades reveladas, hay siempre la mis-

(1) *Qui facit veritatem, venit ad lucem, ut manifestentur opera ejus, quia in Deo sunt facta.* Joan. III. 21.

ma obligacion de creerlas: y desechar una, es negar la autoridad en que todas se fundan (*), es destruir la base de la revelacion, y abandonarla sin defensa á los Deistas.

Mas para hacer sentir mejor el enlace íntimo y conexion de la doctrina de Jurieu con el Deismo, examinemos el sistema de los artículos fundamentales, como hemos examinado la Religion natural, bajo el triple respeto de dogmas, culto, y moral; y la identidad de principios se manifestará por la identidad de consecuencias y resultados.

Supuesto que hay dogmas que se pueden negar sin quedar por eso escluidos de la salvacion, y otros que es absolutamente necesario creer para salvarse, lo primero que deben hacer los protestantes es dar una regla segura para juzgar "cuáles son unos y cuáles otros," "cuáles son los fundamentales »y distinguirlos de los que no lo son; cues»tion, añade sencillamente Jurieu, espinosí»sima, y muy dificil de resolver (1). Y ved-

(*) Se creen porque Dios, que no puede mentir, las ha revelado: todas las ha revelado; luego todas deben creerse: tan infalible es Dios revelando unas como otras; por consiguiente si se duda de la verdad de unas, con la misma razon se podria dudar de las demas.

(1) *Le vrai système de l'Eglise*, pág. 237.

le ahí desde el primer paso embarazado por una dificultad terrible; porque en fin, la salvacion, á lo menos para un gran número de personas, depende de la solucion de esta *cuestion tan espinosa, y tan dificil de decidir.* Los artículos fundamentales se encuentran en la Escritura. = Enhorabuena; pero como en la Escritura, segun vuestro testimonio, "ademas de las verdades fundamentales »se encuentra un sin fin de ellas, así de he»cho como de derecho, cuya ignorancia no »puede hacernos reos de condenacion (1)," y en ninguna parte especifica lo que es fundamental y lo que no lo es, jamas nos da reglas para hacer este discernimiento. Es necesario pues que los mismos protestantes se las formen á su arbitrio: y vedlos ya dueños y señores de su fé, pues que lo son de las reglas por las cuales ellos la determinan.

Tres propone Jurieu enteramente inadmisibles, y que la Reforma tambien hace mucho tiempo mira con desprecio. La primera se puede llamar regla de *sentimiento.* Segun Claudio y Jurieu *se sienten* las verdades fundamentales "como se siente la luz »cuando se la ve, se siente el calor cuando

(1) *Jurieu, Axis, Tr.* I, art. I, pág. 19. *Tabl. Lett.* III.

»estamos cerca del fuego, lo dulce y amar-
»go cuando se come (1)." Otro tanto dicen los Deistas: oigamos á Rousseau (2). "El »*sentimiento* interior es el que me debe »guiar y conducir (3): mi regla es entre- »garme al *sentimiento* mas que á la razon »(4): Yo diviso á Dios en todas sus obras; »le *siento en mí*; le veo en todo al rededor »de mí (5). *Siento* mi alma, la conozco por »el *sentimiento* y por el pensamiento (6)." La diferencia única es que los Deistas no *sienten* mas que la Religion natural, y Ju-

---

(1) *Le vrai syst. de l'Eglise*, lib. II, cap. 25, pág. 453.

(2) Apenas hay error que no contenga alguna verdad, y esta es la causa por que él se introduce tan facilmente en el espíritu del hombre: abraza lo falso por razon de lo verdadero que con él se encuentra mezclado. En el segundo tomo de esta obra se verá que hay efectivamente verdades de sentimiento, es decir, verdades que pasan del entendimiento al corazon, donde se conservan; y todas las verdades sociales son de esta clase. Pero no se sigue de aqui que el sentimiento sea el medio que se nos ha dado para conocer con certeza la verdad; y la consecuencia opuesta, falsamente deducida de un hecho incontestable, y exagerada sobre toda ponderacion por Claudio y Jurieu, y aun por Rousseau, conduce primero á un fanatismo absurdo, y últimamente á la destruccion de toda verdad.

(3) *Emile*, tom. 3, pág. 129.

(4) *Ibid.* p. 42.

(5) *Ibid.* p. 63.

(6) *Ibid.* p. 87.

rieu sentia tambien la revelada. El Ateo que nada de esto *siente*, es digno de compasion; pero al fin segun esta regla no se le puede condenar; porque nadie es dueño de darse un *sentimiento* que no tiene. En el seno mismo de la Reforma, teniendo cada uno su modo de *sentir*; el *Arminiano* (*), por egemplo, no *sintiendo* la necesidad de la gracia, ni el Sociniano la Trinidad, ni la Divinidad de Jesucristo; el Luterano *sintiendo* la Presencia real, que el Calvinista no *siente*, fue necesario abandonar luego á luego esta regla estravagante, propia solo para fomentar un insensato fanatismo.

La segunda regla de Jurieu para discernir los artículos fundamentales se toma del enlace de éstos con el fundamento del Cristianismo. Mas como los protestantes no se han podido convenir jamas entre sí en determinar el constitutivo de dicho fundamento, esta regla por consiguiente viene á ser inutil; porque ¿quién puede juzgar del

---

(*) Los *Arminianos* ó *Remonstrantes* tomaron el nombre de Jacobo Arminio, natural de Oude-Water en Holanda, donde nació el 1560: fue Ministro en Amsterdam quince años, y despues catedrático en Leyden. Su secta prevalece aun en Brandemburgo, Brema y Ginebra. Grocio fue de ella. Son sumamente tolerantes.

enlace ó union de un dogma con otro dogma que no conoce? Fuera de esto, es evidente que Jurieu padece una ilusion grosera, y quiere hacerla sufrir á los demas. Porque en efecto, ¿qué otra cosa es el fundamento de la Religion Cristiana sino ciertas verdades de fé, á las que es necesario dar crédito para ser cristiano? Lo mismo es pues fundamento que verdades fundamentales, y por consiguiente la regla de Jurieu se reduce á este grande y luminoso principio. El fundamento del Cristianismo se conoce por su enlace y union con el fundamento del Cristianismo.

No habiendo parecido, ni aun al mismo Jurieu, de mucha utilidad en la práctica esta regla, propuso otra tercera concebida en estos términos: "Todo lo que los »Cristianos han creido unánimemente, y »creen aún en todas partes, es fundamen»tal y necesario para la salvacion: y yo tam»bien creo, añade, que esta entre todas es »la regla mas segura (1)." Lo que debemos con verdad inferir es, que entonces lo mas *seguro* es no creer nada, ó no creer sino lo que á cada uno se le antoje; porque como

(1) *Le vrai système de l'Eglise*, pág. 237.

no hay un solo dogma que no haya sido negado por algun herege, se sigue que no hay semejantes verdades fundamentales, y que el buscarlas es perder el tiempo. Que lo *mas seguro* es pensar que se puede uno salvar en todas las sectas, aun en el Mahometismo; porque si, segun Jurieu, los Mahometanos no son mas que *una secta del Cristianismo,* (1), nada de cuanto niegan podrá ser fundamental; y el Deista Chubb tendria razon en sostener "que pasar del Mahometismo al Cristianismo, ó del Cristianismo al Mahometismo, es únicamente abandonar una forma esterior de Religion por otra forma esterior (2)."

Pero aun cuando no nos horrorizáran tales consecuencias, la regla de que se deducian no sería menos inadmisible en los principios de los protestantes. Su máxima principal es no reconocer ninguna autoridad humana en materia de fé: segun ellos mismos (*) el consentimiento de todos los cristia-

(1) *Ibid.* p. 148.

(2) *Chubb ' s posthumous Works*, vol. 2, pág. 40.

(*) Para los Católicos el consentimiento general de todos los Cristianos forma una autoridad divina é infalible, y no como quiera el de los Cristianos todos, sino tambien el de los Pastores, unidos con su cabeza el Romano Pontífice:

nos, de cualquiera manera que se entienda, no forma mas que una autoridad humana, y por consiguiente espuesta y sujeta á errar; luego en sus principios es insuficiente para determinar con toda certeza lo que es fundamental, y lo que no lo es, y de servir por lo tanto de base y cimiento á la fé.

Hay en todos los entendimientos una cierta rectitud natural, que aun cuando se estravian, los obliga, si puedo esplicarme así, á estraviarse en regla: era por lo tanto imposible que la Reforma, permaneciendo en este estado, adoptase las reglas arbitrarias de Jurieu. Se formó pues otras diferentes, las

---

son hombres, es verdad; pero hombres asistidos del Espíritu Santo segun sus promesas: los Cristianos con sus Pastores y Cabeza son la Iglesia, y la Iglesia no puede errar ni en creer, ni en enseñar: Dios se desposó con ella en la fé, segun la espresion de un Profeta: ha prometido asistirla hasta la consumacion de los siglos; y si errase, así cuando consintiese en el error, como si se lo enseñasen los Pastores con su Cabeza, el error se atribuiria al mismo Dios. No: el padre de la mentira, que son las puertas del infierno, no prevalecerán contra ella: Satanás podrá solicitar acribar sus hijos y Pastores como el trigo; pero el Hijo del hombre rogó á su Padre para que no faltase ni desfalleciese en la fé: su testimonio por consiguiente es mas que humano. Los Protestantes que han negado estas promesas, no tienen que replicar: son envueltos en sus mismos principios.

cuales universalmente han prevalecido, porque salen del fondo mismo de su doctrina. Jurieu las vió establecer, y Bossuet le demostró que no podia desechar ninguna. (1).

La 1.ª es: *que no se debe reconocer otra autoridad que la Escritura, interpretada por la razon.* En efecto, siendo esta regla el fundamento del protestantismo, no se puede desechar sin dejar de ser protestante.

2.ª Que *la Escritura para obligar debe ser clara.* El sentido comun lo dicta así: porque de otro modo se creeria sin saber lo que se cree, y es un absurdo; ó á lo menos sin estar cierto que la Escritura obliga á creer; es decir, se creeria sin razon, lo que es contra la primera regla.

3.ª Que *donde la Escritura enseña al parecer cosas ininteligibles, y que no estan al alcance de la razon, es necesario darla un sentido acomodado á la misma razon, aun cuando por ello aparezca que se violenta el testo*: lo que es tambien una consecuencia, ó sea aclaracion de la primera regla. En el mismo hecho de suponer que la razon es el único intérprete de la Escritura, es necesa-

---

(1) *Sexta Advertencia á los Protestantes*, part. 3, número 17 y siguientes.

rio establecer que no puede interpretarla contra lo que le dicten sus luces, ni atribuirla un sentido que choque á su modo de entender. En una palabra, las interpretaciones de la razon deben ser evidentemente racionables; pues de lo contrario, si fuesen á un mismo tiempo *claras*, como la segunda regla prescribe, y por otra parte, segun se supone, *absurdas*, resultaria la obligacion de creer un *absurdo claro y manifiesto* (1).

Admitido el principio fundamental del Protestantismo, es necesario admitir las reglas que deducen de él los indiferentistas. ¿Pero quién no vé tambien que entonces la autoridad de la Escritura viene á ser la autoridad de la razon sola, de modo que en substancia todas las reglas se reducen á esta: cada uno debe creer lo que su razon le dicte claramente que es verdad? Principio idéntico con el del Deista y el Ateo, como ya hemos manifestado. Pero en breve volveremos á tratar este punto.

---

(1) Los Deistas no tienen dificultad en reconocer la autoridad de la Escritura con la restriccion puesta en esta tercera regla: «La Biblia no puede ser una guia segura para el género humano á menos, dice Chubb, que no se la »interprete de un modo conforme á las reglas de la recta »razon, *lo que exige que se la haga violencia alguna vez.*» *Chubb's posthumous Works*, vol. 2, pág. 326.

En el ínterin, para evitar de nuestra parte hasta la mas leve sospecha de exageracion en las consecuencias del sistema que impugnamos, añadiremos á la fuerza del raciocinio la incontestable autoridad de los hechos.

Jurieu, el mas intolerante de los hombres por carácter, y el mas tolerante de todos por sus máximas, se negó á admitir á los Socinianos en el número de las sectas que han conservado el fundamento del Cristianismo; pero en el momento se le preguntó, ¿con qué derecho escluia de la salvacion á unos hombres que admitian como él la Escritura? ¿qué privilegio tenia para pretender que su razon fuese superior á la de los demas? ¿con qué motivo ni derecho, en fin, decidia él lo que no decidia la Escritura, determinando los dogmas que era necesario creer para salvarse? No era fácil, en verdad, satisfacer á estas preguntas: la Reforma lo conoció, y estendió la tolerancia á los Socinianos (1). Fue permitido ya negar la divi-

(1) «Mr. de Huisseau, Ministro de Saumur, publicó habrá unos quince ó veinte años una *Reunion del Cristianismo*, sobre el pie de la tolerancia universal, sin escluir herege alguno, ni aun á los Socinianos.» Bossuet, *Adv.*

nidad de Jesucristo, la Trinidad, la eternidad de las penas del infierno; en fin, cuanto se quiso.

Esto supuesto, ¿de qué servian las confesiones de fé, sino de coartar la razon y la libertad que tienen todos los hombres de interpretar la Escritura? La enseñanza, por sencilla que fuese, preocupando el espíritu de los pueblos con ciertas opiniones, se encaminaba á substituir la autoridad de los ministros al exámen particular, absolutamente indispensable, segun las máximas de los Protestantes. Movidos de estos inconvenientes los Brownistas (*) ó Independientes, desecharon todas las fórmulas, catecismos, símbolos, hasta el de los Apóstoles, para atenerse únicamente, segun decian, á sola la palabra de Dios; y en verdad que de todos los Reformados estos eran los mas consecuentes.

Sin embargo el fanatismo, abusando del testo sagrado, multiplicaba las religiones á

---

sesta á los Protestantes, part. 3, n. 5. = Por confesion de Jurieu estos modos de opinar estaban generalmente estendidos entre los Calvinistas de Francia, Inglaterra, y de las Provincias-Unidas.

(*) Rama de *Presbiterianos*, discípulos del Inglés Roberto *Brown*, los cuales negaban toda oracion vocal, hasta la del *Padre nuestro*.

medida de sus insensatos delirios, y la Reforma se poblaba de mil sectas estravagantes, que por absurdas y contradictorias que fuesen tenian todas igual derecho á la tolerancia. Asi se estableció poco á poco el *Latitudinarismo* (*) mas escesivo, cuyos progresos eran tambien favorecidos singularmente por una disposicion de espíritu, generalmente estendida entre aquellos Protestantes, cuyo carácter repugnaba los escesos del fanatismo. El calor con que algunos sectarios sostenian dogmas evidentemente impíos ó insensatos, les inspiraba un disgusto interior á toda especie de dogmas. La razon, incapaz por sí sola de soportar el peso de los misterios, abatia toda la sublimidad del Cristianismo, allanaba, digámoslo así, todas sus alturas, y á fuerza de ahondar para descubrir sus cimientos, acabó por no dejar en él piedra sobre piedra. Cercenando siempre, y siempre simplificando, la Reforma, vino á ser aquella Religion llana y vulgar (*de plain pied*), que

---

(*) ¡*O Racionalismo*! Hácia el último tercio del siglo XVII se formó en Inglaterra esta secta de los *Racionalistas ó Latitudinarios*, cuyos fundamentos echó Lord Eduardo Herberto Cherbury en la obra intitulada: *Religio Gentilium*, impresa en Amsterdam el 1663. No admitian mas dogmas que los que fuesen acomodados á la razon, y perceptibles por ella. Véase la nota de la pág. 192.

Jurieu echaba en cara á los Indiferentes (*) querian introducir, y que en realidad, aunque bajo otro nombre, no es mas que un Deismo tímido y mal disimulado. Tal es el estado á que Hoadly y sus discípulos han reducido el Cristianismo en Inglaterra. Obligados por sus principios á tolerar hasta los Mahometanos (1), á los Deistas (2), y aun á los Idólatras mismos (3), han abierto un abis-

---

(*) Especie de *Anabaptistas*, que no tomaban partido en materia de Religion, y las creian todas igualmente buenas.

(1) Vid. *Milner's Letters to á Prebendary.*

(2) El doctor Watson, que murió Obispo de Saint-Asaph, no hace dificultad en salvar á los Deistas de buena fé, cuya conducta moral sea buena. «Los Cristianos, dice, esperamos y creemos que el Supremo Juez mirará con »compasion, y atenderá á *nuestros hábitos* originados del »*estudio* y de la *reflexion*, por las diversas circunstancias »que influyen en el espíritu de los hombres con una eficacia y actividad que no podemos calcular ni comprender. El Dr. Watson no se equivoca en ponderarnos tanto »la moderacion de la Iglesia Anglicana, que llega á permitir á cada individuo *et sentire quæ velit*, *et quæ sentiat*, »*dicere.*» *An apology for Christianity, in à series of letters, addressed to Edward Gibbon By R. Watson, professor of Divinity in the university of Cambridge.*

(3) El autor de una refutacion de Gibbon, intitulada: *Observaciones sobre los dos últimos capítulos de la Historia de la decadencia y ruina del imperio Romano, por Mr. Gibbon*, protesta, en nombre de la Iglesia Anglicana, contra la doctrina que Gibbon atribuye á todas las Iglesias cristianas,

mo donde todas las religiones van á reunirse, diré mejor, van á perderse; porque ninguna religion puede subsistir sino escluyendo todas las demas. Éstas en llegándose á abrazar espiran. Asi es como derribando el muro que separa al Cristianismo de los cultos inventados por el hombre, se ha llegado á destruir hasta el signo ó señal distintivo del Cristiano. El Bautismo, cuya necesidad enseña tan claramente el Evangelio (1), no es á los ojos de Hoadly mas que un rito vano, una ceremonia pueril; y ha sido necesario en algunos Estados protestantes que intervenga la autoridad civil para estorbar su entera abolicion. Si el niño, en aquellos paises, es aún un sér sagrado, si la Religion rodea todavia su cuna con su proteccion poderosa, se debe á la política, que ha defendido á la humanidad contra la inexorable indiferencia de aquella bárbara teología.

Estas doctrinas anti-cristianas han pasado de Inglaterra á la América. La juventud va á imbuirse en ellas á la universidad de

---

tocante á la condenacion de los idólatras: «No temo afirmar, dice, que las suaves decisiones de nuestra Iglesia no estan manchadas con un borron tan negro cual lo sería *la condenacion de los paganos mas sabios y virtuosos.*

(1) *Joan.* 3. v. 5.

Cambridge, y desde alli las estiende por todas las provincias de aquel vasto Continente. Alli fermentan, brotan, se desarrollan, y se propagan con una celeridad que ya la *vieja Reforma* parece como sofocada bajo su sombra. Alli, como en Europa, los ministros de las diversas sectas evitan chocar entre sí predicando los dogmas controvertidos, ó en que no convienen; y como en ninguno convienen, y todos estan disputados, no se enseña ningun dogma, y se contentan con disertar vagamente sobre la moral, á la que, á egemplo de los Deistas, miran como la única esencial. Sin perdonar gastos, ni medios, se pone la Biblia, sin notas, sin comentario ni esplicacion alguna, en las manos del pueblo, último juez de las controversias que han apurado la sagacidad, y cansado la paciencia de sus doctores; y dándole un libro que no lee, ó que lo lee sin entenderlo, se cree darle una Religion.

La Alemania protestante ofrece un espectáculo acaso aún mas deplorable. Diríase, y en efecto parece que únicamente se trabaja alli con todo empeño en destruir toda la Escritura, sin dejar por eso de reconocerla esteriormente como la única regla de fé. Se sostiene que Jesucristo no tuvo designio, ni

intentó establecer una religion distinta del judaismo; que la Iglesia, obra de la casualidad, no fue en el principio mas que una reunion fortuita de personas, ó de cortas sociedades particulares, de las cuales algunos hombres ambiciosos, favorecidos por las circunstancias, formaron una confederacion general (1). A merced de lo que se llama *Exégêsis bíblica*, es decir, de una crítica desenfrenada, se niegan las profecías, los milagros, la verdad de la narracion de Moisés; y el Génesis, en el juicio de estos doctos intérpretes, es un tegido de alegorías, ó, para usar de su mismo lenguage, de *mythos*, ó puras fábulas.

Y en los principios establecidos, ¿quién probará que estas cómodas interpretaciones, hoy casi universalmente recibidas, ofenden ni perjudican el fundamento del Cristianismo? Es verdad que parecen opuestas á la Escritura; pero si bajo este pretesto se desechan, será necesario desechar tambien al mismo tiempo la regla que prescribe *violentar* en ciertos casos el *testo sagrado.* No se podrá

(1) *Geshicte der Christlich* = *Kirlichen*, &c. *von D. Planck*, tom. 1, ch. 1. = *Kirchenstaat der drey Iahrhunderte*, *von J. H. Bohmer*, pág. 8. = *Oberthir Idea Biblica Ecclesiæ Dei*, tom. 1, pág. 1, 6, 100, 104.

menos de tolerarlas, y aun, si se ha de guardar consecuencia, de admitirlas, como *mas claras*, y mas satisfactorias ó acomodadas á la razon.

Asi es como se llega al *Cristianismo racional* tan celebrado en Alemania é Inglaterra. Se separa de la Religion todo lo que la razon no comprende, es decir, todos los misterios, y por consiguiente todos los dogmas; porque no hay un solo dogma que no incluya algun misterio, pues que no lo hay que por alguna parte no diga relacion al Ser Infinito. Y entonces, ¿qué resta mas que el Deismo? Pero no puede pararse aqui: el principio arrastra mas allá; es preciso hacer *violencia* no solo á la Escritura, sino tambien á la razon, á la conciencia, al testimonio unánime del género humano; es preciso negar á Dios, porque no se puede dejar de confesar que le *rodean misterios inconcebibles* (1). En llegando á este punto las divisiones cesan, no por la concordancia de doctrinas, sino por su entera destruccion. La discordancia de opiniones, la diversidad infinita de creencias llenan todo el espacio que separa la Religion

---

(1) *Emile*, t. 3, pág. 133.

Católica del Ateismo: la unidad no se halla sino en estos dos términos estremos. *Unidad de fé* en la Religion Católica, porque encierra la plenitud de la verdad; y *unidad de indiferencia* en el Ateismo, porque el Ateismo no es en substancia mas que la plenitud del error.

En vano los Protestantes se esfuerzan á mantenerse á una distancia igual de estos dos estremos; la razon no puede sostenerse en el medio, como ellos erradamente se imaginan: tolerar dogmáticamente un solo error, es obligarse á tolerarlos todos. En el caso supuesto era necesario resolver este problema: *Conservar el Cristianismo, sin exigir fé especial de dogma alguno*: y ¿cómo se verificará? Por mas que se haga, nunca se pudo ni se podrá jamas hallarle otra resolucion que la de Chillingworth, el cual reduce los artículos fundamentales "á una fé implícita en Jesu» cristo, y en su palabra (1)." Símbolo en verdad breve, pero que por mas compendioso que parezca, Bossuet precisaba al Ministro inglés á abreviarle todavia mas; estre-

---

(1) *La Religion des Protestans, une voie sûre au salut.* Rep. á la Pref. de son advers. n. 26.

chándolo, sin que pudiese defenderse, hasta conceder la tolerancia del Ateismo. "Esta fé, »con la cual se da por satisfecho, decia el »Obispo de Meaux; á saber, yo *creo lo que »quiere Jesucristo, ó lo que enseña su Es- »critura*, es lo mismo que decir: creo todo »lo que quiero, y todo lo que me agrada »atribuir á Jesucristo y á su palabra, sin es- »cluir de esta fé ninguna Religion, ni sec- »ta alguna de las que reciben la Santa Es- »critura, ni aun á los Judíos, pues que ellos »pueden decir como nosotros: creo todo lo »que Dios quiere, y todo lo que ha hecho »decir del Mesías á sus Profetas: lo que en- »cierra toda verdad, y en particular la fé en »Jesucristo, como la proposicion con que »nuestro protestante se da por satisfecho. Por »este modelo se puede formar tambien otra »fé implícita, que el Mahometano y el Deista »pueden tener igualmente que el Judío y el »Cristiano: á saber, creo todo lo que Dios »sabe; y si se quiere llevar aun mas adelante, »y por esplicarme así, dar hasta al Ateo una »fórmula de fé implícita, facil es: hela aquí: »creo todo lo que es verdadero, todo lo que es »conforme á la razon: en lo que implícita- »mente se comprende todo, y hasta la fé cris- »tiana, pues que indudablemente ella es con-

»forme á la verdad, y *nuestro culto es racio-»nal*, como dice san Pablo (1)."

Bayle, aunque interesado como protestante en justificar el sistema de los artículos

---

(1) *Sesta Advertencia á los Protestantes*, part. 3, número 109. = Chillingworth, conociendo la fuerza de estas objeciones, procura volverlas contra los católicos; modo de argüir viciosísimo en el caso presente. Porque, aun cuando tuviese razon, solo probaria que la Religion Católica es falsa; pero no que el Protestantismo es verdadero, que es lo que debia probar. ¿Por qué regla de derecho se justificará uno de un delito, por qué acuse de complicidad á otro tercero? Ademas, que la acusacion del Ministro es palpablemente falsa. «¿Por qué, pregunta él á un Católico, no ha »de bastar una fé implícita en Jesucristo y en su palabra, »asi como basta una fé implícita á vuestra Iglesia? ¿Por qué? »Oigamos responder á Bossuet. No hay una persona sola, »dice éste, que no conozca la diferencia que hay entre un »Católico, que dice: *Creo lo que cree la Iglesia*, y nuestro »Protestante, que dice: *Yo creo lo que Jesucristo quiere que »crea, y lo que ha querido enseñar en su palabra*: porque es »facil saber lo que cree la Iglesia, cuyas decisiones sobre »cada error se hallan en manos de todo el mundo; y si »queda en ellas alguna obscuridad, siempre está viva para »esplicarlas y esplicarse; de manera, que estar dispuesto á »creer lo que cree la Iglesia, es someterse espresamente á »renunciar á su propia opinion si es contraria á las de la »Iglesia, las cuales se pueden facilmente conocer; lo que »envuelve una renuncia absoluta de todo error que ella »condene, ó haya condenado. Pero el Protestante que yer-»ra, está muy lejos de esta disposicion, pues aunque él »diga: Creo todo lo que quiere Jesucristo, y todo lo que es-»tá en su palabra, Jesucristo no vendrá á desengañarle de »su error, ni la Escritura tomará otra forma que la que

fundamentales, es del mismo modo de pensar que Bossuet; y prueba (1) que segun los principios de Jurieu, no se puede escluir de la salvacion á ningun herege, ni á los Judíos, ni Mahometanos ni Gentiles: es decir, que aboliendo la verdad, como ley de todo ser inteligente ó racional, se proclama la libertad absoluta de creencia, y se establecen otras tantas religiones, como pensamientos pueden ocurrir al hombre: porque no admitiendo límites el principio de donde se parte, en vano se le querrian poner á sus consecuencias. En cualquier punto que se pretenda detener su curso, al momento el principio de donde dimanan reclama contra la violencia que se le hace, y triunfa de la conciencia misma en el tribunal de una lógica inflexible.

Lo he dicho, y lo repito nuevamente: todos los errores se enlazan entre sí, lo mismo que las verdades; y así, tolerar algunos

---

» tiene para sacarlo de él; de manera que esta fé implícita, que se jacta tener en Jesucristo y su palabra, no es en realidad mas que una indiferencia absoluta á todos los sentidos que se quieran dar á la Escritura; y contentarse con semejante profesion de fé, es espresamente aprobar toda suerte de Religiones.» Bossuet, *ut supra*.

(1) *Janua Cœlorum omnibus reserata.* Œuvres de Bayle, t. 2.

errores en un sistema religioso fundado únicamente en el raciocinio, y no tolerar los demas que se derivan de ellos, es lo mismo que absolver á una clase de hombres porque son inconsiguientes, y condenar á otros porque raciocinan mejor. Por mas que se quiera arrostrar contra lo que dicta el sentido comun, él siempre triunfará, y la tolerancia universal, ley general y necesaria del error, establecerá su imperio sobre las ruinas de todas las verdades.

En efecto, partamos del principio que sirve de base al protestantismo, y especialmente al sistema de los artículos fundamentales. Siendo en él la Escritura la única regla de fé, y no habiendo dejado Jesucristo sobre la tierra autoridad alguna viva para interpretarla, cada uno está obligado á hacerlo por sí, y buscar en ella la Religion en que debe vivir (1). Su obligacion se limita á creer todo cuanto á su parecer enseña claramente la Escritura, y no lo contradice su razon; y como ningun hombre tie-

(1) «Todo hombre, dice el Dr. Míddleton, tiene dere»cho de juzgar por sí mismo; y la diversidad de opiniones »es tan natural como la diversidad de gustos.» *Introductory Discourse to a free Enquiry into the miraculous powers*, pág. 38.

ne derecho para decir á los otros hombres: "yo tengo mas razon que vosotros, mi juicio es mas acertado y seguro que el vuestro" se sigue de aqui que cada uno se debe abstener de condenar la interpretacion de los otros, y debe mirar todas las religiones como tan seguras y tan buenas como la suya. Por otra parte, aun cuando se llegase á persuadir que él solo tenia, é infaliblemente, razon, como nadie es dueño y árbitro de darse esta infalibilidad, no se podria escluir de la salvacion á los que, en una hipótesis, se engañasen haciendo el mejor uso posible de la razon que recibieron.

Por la misma causa no se puede tampoco escluir de la salud á aquellos á quienes no mostrándoles claramente su razon que la Escritura es inspirada, dudan de la revelacion, ó formalmente la niegan, porque despues de haberla, á su parecer, con la mayor diligencia examinado, se imaginan que hay contra ella objeciones perentorias. Siendo pues la razon en último analisis el fundamento de la fé, como que en su dictámen es el único intérprete y juez de la Escritura, sería absurdo, contradictorio, impío obligarlos á creer lo que repugna á su razon.

Y he aquí ya á los protestantes, ó *in-*

diferentistas mitigados, precisados á tolerar no solo todas las sectas que reciben la Escritura, como los Arrianos, Socinianos é Independientes, sino tambien á los Deistas que la desechan, ó mas bien, que desechan las interpretaciones humanas de los protestantes; porque realmente del modo que estos admiten la Escritura (*), la admiten tambien ellos, la interpretan segun el mismo método, y, como ellos, no reusan creer sino lo que les parece obscuro y contrario á la razon. Rousseau hace elogios manifiestos de los libros Santos; se sabe que los leia con frecuencia, y confesaba que la *santidad del Evangelio hablaba á su corazon* (1). El Lord Herberto de Cherbury llama al Cristianismo *la mas hermosa de todas las Religiones* (2). Los demas Deistas usan el mismo lenguage, y negando la revelacion, lo mismo que los Socinianos negando la divinidad de Jesucristo, pretenden entender mejor la Escritura que los Reformados, y obedecer mas fiel-

(*) Es decir, como otro cualquier libro, cuya doctrina y contenido se examina, y se asiente ó no se asiente á lo que dice, segun nos parece conforme ó no conforme á nuestra razon.

(1) *Emile*, t. 3, p. 179.

(2) *Religio laici*, p. 28.

mente á Jesucristo, quien, segun ellos, no predicó ni enseñó mas que la Religion natural.

Preséntase tambien el Ateo por su parte, y con aire de seguridad, dice: Yo no reconozco, como vosotros, mas autoridad que la de la razon; como vosotros, creo lo que comprendo claramente, y nada mas. El Calvinista no comprende la presencia real, la niega; segun estos principios tiene razon: el Sociniano no comprende la Trinidad, y la desecha, en el mismo orden tiene razon: el Deista, que no comprende ningun misterio, los desecha todos, é igualmente tiene razon: pues para mí, concluye, la Divinidad es el misterio mas impenetrable, mas inconcebible: no alcanzando mi razon á comprender á Dios, tampoco debo admitirle: reclamo pues para mí la misma tolerancia que el Calvinista, el Sociniano, y el Deista. Todos tenemos la misma regla de fé, é igualmente todos escluimos la autoridad: ¿pues con cuál se querria condenarme? ¿cuál es la vuestra para hacerlo? Si yo debo renunciar á mi razon, si me juzgais culpable porque doy oidos á lo que ella me dicta, renunciad tambien vosotros á la vuestra, que no es mas infalible que la mia; abjurad vuestra regla de fé, y declarad sencillamente, que todo lo que

habeis enseñado hasta aquí, siguiéndola, no tiene apoyo, ni fundamento alguno; y que si existe la verdad, todavia no habeis dado con el medio de hallarla.

En efecto, á no abandonar sus máximas, los Protestantes no pueden negar la toleráncia al Ateo. Dirán acaso que él usa mal de su razon, y que carece de buena fé. Otro tanto se puede decir del Deista, del Sociniano, y de todos los hereges sin escepcion. Esta reconvencion no tiene fuerza en la boca de los sectarios, porque todos tienen igual derecho para hacérsela mutuamente. Lo que el Luterano dice del Ateo, el Ateo lo dirá del Luterano: y ¿quién será el juez que lo decida? ¿la razon? Su juicio y sentencia es lo que se disputa; porque cada parte sostiene que ella decide á su favor: apelar á la razon para terminar esta diferencia, es resolver la cuestion por la cuestion misma; es responder lo mismo que se pregunta; es mofarse claramente del sentido comun.

Por mas esfuerzos que haga el Protestante para poner límites á la indiferencia, exigiendo la fé de ciertas verdades, que arbitrariamente llama fundamentales, no conseguirá mas que mostrar á las claras su inconsecuencia. Porque, en primer lugar, él

no determina cuáles son estas verdades fundamentales; y en segundo, porque le es imposible determinarlas. Y en efecto, ¿cómo se ha de separar lo que está esencialmente unido? En la Religion nada hay aislado é inconexo; una verdad se apoya en otra, que es como su fundamento: todas ellas mútuamente se enlazan, unas se derivan de otras, se siguen y encadenan entre sí; de modo que de una en otra, sin la menor division ni interrupcion, se sube hasta el mismo Dios, fuente siempre y eternamente viva de todas las verdades. No se puede negar una sin verse forzado á negarlas todas, y el Ateismo no es mas que la última consecuencia del sistema de los Reformados, y su complemento necesario; y en efecto, hasta que no se llega á él, no se encuentra mas que contradicion en sus ideas.

Parece que Jurieu llegó á conocerlo, pues para conservar la Religion, no halló otro recurso, que ponerla en manos del Príncipe, ó transformarla en una institucion política; que es el grado de indiferencia mas inmediato al ateismo, sino es el ateismo puro, como antes hemos demostrado (1). El Mi-

(1) Véanse los cap. 2 y 3.

*

nistro no quiere que se dude ni por un momento de esta doctrina; tan urgente es la necesidad que de ella tiene la Reforma. "Es *cierto*, dice, que los Príncipes son gefes natos de la Iglesia Cristiana, lo mismo que de la sociedad civil; tan *igualmente señores de la Religion como del Estado* (1). No dicen mas Hobbes y Shaftsbury. Pero si los Príncipes son árbitros y dueños de prescribir á su antojo símbolos de fé, y su voluntad forma toda la Religion, es escusado hablar de Escritura, de revelacion, ni de verdad; las creencias envilecidas vienen á ser una especie de impuestos que el Soberano carga sobre la razon pública; por el bien del Estado, los cuales unas veces alivia, y agrava otras segun las circunstancias, ó segun sus caprichos (*).

Entre los Protestantes las revoluciones en el culto han seguido á las de los dogmas;

(1) *Tabl. Lett.* 8, pág. 478, 482.

(*) Ese viene á ser el término de la decantada máxima de que la Religion está en el Estado, cuando no se quiere debidamente entender; y el buscar su esplicacion en autores protestantes es la causa de que los jóvenes, á quienes se les ponen en las manos, se impresionen insensiblemente de ideas perniciosas. Con esta cautela debe leerse el Grocio, pues fue herege arminiano. *Está en el Estado*, pero en lo espiritual, no como esclava, sino como señora é in-

porque en toda Religion el culto es la espresion del dogma ó de lo que se cree.

De una doctrina, digámoslo así, indigente, pobre y mezquina, nace un culto pobre y mezquino como ella. Cuantos mas dogmas ha conservado una secta, tanto mas vida, pompa y grandeza tiene su culto. Esto se ve claramente comparando el culto de los Luteranos con el de los Calvinistas, y aun mucho mejor con el de los Socinianos. Los Independientes, que desechan toda fórmula esclusiva de fé, desechan tambien toda fórmula esclusiva de culto, y en esto obran consiguientes; porque las liturgias, respecto á los símbolos, son poco mas ó menos lo mismo que las palabras con respecto á las ideas; cuando las ideas se pierden, desaparecen las palabras, ó á lo mas, subsisten como aquellas inscripciones en lenguas desconocidas, monumentos misteriosos de algun pueblo antiguo, que ya no existe.

Sin embargo, no basta admitir algunas verdades especulativas para tener un culto

---

dependiente, asi como el Estado lo es en lo que toca al órden civil: si este quisiese decidir de la fé, mudar el culto, tocar á la gerarquía, modificar su gobierno, en este caso no habria en él ya Iglesia Católica, sino una Iglesia cismática, herética, separada de la comunion de Jesucristo.

propiamente dicho. El Deista admite un Dios, y no le da culto alguno, ó no sabe qué culto darle. ¿Y por qué? Porque el Deismo no es una religion, sino una *opinion*. La *fe* quiere manifestarse esteriormente con obras y acciones, porque reside principalmente en el corazon ó voluntad (*), donde está el principio de accion. Por el contrario las *opiniones* no existen mas que en el en-

---

(*) Esta espresion de La Mennais, en la que funda toda la fuerza del presente raciocinio, pudiera parecer obscura ó falta de solidez á los menos instruidos, y por lo mismo nos ha parecido conveniente darla alguna claridad. Es indudable que la fé es una virtud *intelectual*, y por lo mismo reside en el entendimiento. Mas como para el egercicio de sus actos, y es de lo que ahora trata La Mennais, necesita indispensablemente de la voluntad, que es el principio de toda accion, con justo motivo atribuye al corazon, ó á la voluntad, la principal parte en las obras de la fé, como lo hizo el Apóstol cuando dijo, que *con el corazon se cree para justicia*; y en esta justicia de la fé se incluyen principalmente las obras de esta sublime virtud que *obra por la caridad*, en frase del mismo Apóstol, esto es, que recibe de la caridad accion, movimiento y energía, siendo cierto que la fé sin obras es una fé imperfecta, una fé muerta, en sentir del Apóstol Santiago.

Asi que cuando La Mennais hace residir la fé principalmente en el corazon ó en la voluntad, habla de la fé en toda *su estension*, y comprende toda la Religion, como aparece del periodo anterior, y habla de la fé en su debida *perfeccion* en cuanto al egercicio de sus actos, y éstos dimanan principalmente del corazon ó de la voluntad animada por la caridad, que es la vida de la fe.

tendimiento, y su espresion natural es la palabra. Así es que los Protestantes, cuyas máximas destruyen el fundamento de la fé, mostraron desde el principio una gran repugnancia á las ceremonias religiosas, ó culto esterior. Sus frias liturgias compuestas casi únicamente de oraciones enfáticas, y sin jugo de devocion, escluyen todos los signos sensibles, que son la lengua del corazon; y las notas de idolatría, que la Reforma imputaba en otro tiempo á los católicos, nacian menos de la diferencia de doctrina, que de la variacion total que élla habia obrado en la naturaleza de la fé. Todos los ritos de un culto magestuoso, que era la sublime espresion de una fé sublime, debieron parecerle opuestos á la esencia del Cristianismo, cuando el Cristianismo se convirtió para élla en una simple *opinion*.

Por lo demas, es evidente que obligando el sistema de los artículos fundamentales á tolerar todas las doctrinas, obliga á tolerar tambien todos los cultos, y conduce naturalmente á la abolicion de todos ellos, conduciendo como conduce á la negacion de todos los dogmas.

Pero y la moral, ¿no escapará de este naufragio de todas las verdades? ¡O dolor!

esto es lo mismo que preguntar, si el hombre consentirá en ser inconsiguiente por tener el placer de desconsolar y afligir á lo que mas ama, á sus pasiones. Las obligaciones dependen de la fé: cuantos sean los símbolos, otras tantas serán las especies de moral: será necesario tolerar todas estas, como se toleran todos aquellos. La regla de las costumbres es perfecta entre los Cristianos, y completos los preceptos de justicia, porque en el Cristianismo se encuentra toda verdad, y se conserva por medio de una regla de fé perfecta. El Mahometismo, mezclando con la verdad el error, corrompe en parte las nociones de lo honesto y de lo justo, y une á los preceptos de la virtud otros preceptos del vicio. El Deismo, como creencia incierta y limitada, no ofrece mas que preceptos limitados é inciertos: su moral es toda de opinion, todo frases pomposas lo mismo que su doctrina. El Ateo no tiene mas que un deber, una obligacion, y es, no conocer ninguna. "Propiamente hablando, dice un filósofo célebre, no hay mas que un deber, y es el de hacerse feliz (1)." Consa-

(1) *Hist. philosoph. des Etabl. des Europ. dans les deux Indes*, lib. 19.

grando pues Jurieu la indiferencia absoluta de dogmas, consagra por consiguiente la indiferencia absoluta en punto de obligaciones. Cualquiera será libre de obrar como le pareciere, así como lo es de creer, ó de negarlo todo; porque estas dos facultades son inseparables.

La Reforma no lo puede ignorar, pues desde su principio, en su misma cuna, se vió obligada á unir la tolerancia del crímen á la tolerancia del error. Sabida es la famosa Consulta, en la cual Lutero, Melancthon, y algunos otros Doctores de la misma escuela autorizaron formalmente la poligamia, permitiendo al Landgrave de Hesse contraer matrimonio con una segunda muger, viviendo y cohabitando con la primera.

¿Pero quién no vé que apenas se desecha toda autoridad viva, la regla de las costumbres ha de ser tan variable, y tan incierta como la regla de la fé? En efecto, es necesario distinguir en el Evangelio, primeramente, lo que es de precepto de lo que no es mas que de consejo: primera cuestion importante que el Evangelio deja indecisa: segundo, discernir los preceptos fundamentales de los que no lo son, y para esto esplicar la Escritura segun las reglas genera-

les de la interpretacion protestante, las cuales permitiendo en algunos casos *hacer violencia al testo sagrado*, se reducen, como hemos visto, al juicio ó dictámen de la razon particular, y por consiguiente dejan á cada uno igualmente árbitro de su conducta y de su fé.

Aún se estiende á mas la Reforma; pues como el Evangelio espresa tan claramente algunos preceptos, que es imposible desconocerlos, ó desnaturalizarlos, encuentra y pone *escepciones* al Evangelio, que es el último esceso que se puede imaginar. "La buena fé, »y las leyes del Príncipe, dice Jurieu, son »los intérpretes de las escepciones que se pue»den dar á la ley evangélica que prohibe »el divorcio, y ellas bastan para tranquilizar »la conciencia (1)." Era muy natural que el Ministro, despues de haber hecho al Príncipe árbitro Soberano de la fé, lo hiciese igualmente árbitro Soberano de las costumbres. "Las conciencias, dice á este propósito »el Obispo de Meaux, estan tan adormecidas, »y los corazones tan endurecidos en la Re»forma, que, á pesar de todas las decisio»nes del Evangelio, viven *tranquilos*, fun-

(1) *Tabl. Lett.* 6, p. 308.

»dados en las escepciones que le ponen las »leyes, y una autoridad humana. No es esta »como quiera la opinion de un ministro par»ticular; es el modo de pensar de Ginebra, »donde ha nacido el *Derecho Canónico* de »la Reforma; lo es el de la Iglesia Angli»cana, que es su parte principal, como la »llama nuestro Ministro; y Mr. Legrand aca»ba de hacer ver á Mr. Burnet, que segun »las leyes de esta Iglesia, *puede verificarse el* »*divorcio por haber abandonado la consor*»*te, por una larga ausencia, por enemiga ca*»*pital, por malos tratamientos; y que en* »*todos estos casos se puede pasar á otras* »*nupcias.* He aquí cuatro escepciones al Evan»gelio, sacadas del Código de las leyes Ecle»siásticas de Inglaterra, resueltas y admiti»das como leyes en una junta en que pre»dicaba Thomas Cranmer, Arzobispo de Can»torbery, el gran reformador de aquel rei»no (1)."

De este modo la Reforma, tan débil contra los vicios como contra el error, sacrifica la Escritura á las pasiones, se aparta de su base, y se levanta contra ella, para abrirles un campo mas vasto y mas desembara-

(1) *Sesta Advert. á los Protest.* Part. 3, n. 80.

zado. Pero oigamos de nuevo á Bossuet.

"Nuestros *Indiferentistas*, avergonzados »de las divisiones á donde los conduce el mé»todo que proponen para entender este Li»bro divino, creen hallar un remedio des»entendiéndose de los dogmas especulativos »y abstractos, como ellos los llaman, y fi»jando toda su atencion en la doctrina de las »costumbres. Esta es la máxima de esos *La»titudinarios*, de que acabamos de hablar, »quienes dicen que en las costumbres es don»de se debe estrechar el camino del cielo, »dilatándole y ensanchándole en lo que res»peta á los dogmas..... No hablan sino de vi»vir bien, como si el creer bien no fuese »el fundamento del bien obrar. Pero ciñén»donos simplemente á lo que ellos llaman »costumbres, en lo que al parecer quieren »consista toda la Religion, los Socinianos y »demas que tanto las ponderan, ¿no han si»do los primeros en censurar los principios »de la Reforma, en cuyos dias se habia res»friado la práctica de las buenas obras, en»señando claramente que no eran necesarias »para la justificacion, ni para la salud, ni aun »el amor de Dios, sino solo la fé de las pro»mesas, como tantas veces lo hemos demos»trado? ¿Los mismos Socinianos, igualmente

» que los Católicos, no probaban invencible-
» mente que no hay cosa mas perniciosa para
» las buenas costumbres que la inamisibilidad
» de la justicia, la certidumbre de la salva-
» cion, y la imputacion, en fin, de la justi-
» cia de Jesucristo en el modo que esto se en-
» señaba en la Reforma? Esto es mas que su-
» ficiente para convencerlos que se pueden
» hallar en la Escritura, asi sobre las costum-
» bres como sobre los dogmas, generalidades
» en que se ocultan tantas opiniones, y tan-
» tos errores diferentes. ¿Y dónde iremos á
» parar si, cómo frecuentemente se hace, nos
» ponemos á disputar en materia de costum-
» bres sobre las enemistades, usuras, morti-
» ficacion, mentira, castidad, matrimonio, &c.
» siguiendo el principio de que es necesario
» reducir la santa Escritura á la recta ra-
» zon (1)? ¿No se ha visto ya á los Protes-

(1) En efecto, se ha ido bien lejos. Ha habido teólogos protestantes que no han tenido rubor de hacer la apología del vicio con un descaro tan escandaloso, que ni aun me atreveria á copiar sus palabras. Las virtudes, que mas formalmente recomienda el Evangelio, han sido despreciadas públicamente como *restos de Monaquismo*, y no se ha temido decir que la doctrina de las costumbres no tiene otro apoyo que una fé ciega (Véanse los núm. 1 y 3 de la segunda parte *du Magasin* de Mr. Henke de Helmstadt, y el núm. 3 de su *Eusebia*, y la *Crítica de la doctrina cristiana*

»tantes enseñar práctica, y especulativamente »la poligamia? ¿Y no será igualmente facil »persuadir á los hombres, que Dios no ha »querido estender sus obligaciones y precep-»tos mas allá de las reglas de un buen sen-»tido comun, como lo ha sido el persuadir-»les que no ha querido estender su fé mas »allá de lo que dicta su recta razon? Y en »llegando á esto, ¿qué será ese buen senti-»do comun en las costumbres, sino lo que »ha sido ya la recta razon en los dogmas, »es decir, lo que agrade á cada uno? Asi per-»deremos toda la utilidad de las decisiones »de Jesucristo: la autoridad de su palabra, »sujeta á interpretaciones arbitrarias, no ten-

---

práctica, pág. 189, por el superintendente Cannabich.). En fin, para derribar de un solo golpe toda la moral, se ha enseñado y defendido que «la Religion nada tiene que ver »con las obligaciones (*Investigateur biblique*, par Mr. Sche-»rer, núm. 1.)» de donde se sigue que se pueden cometer habitualmente todos los delitos, sin ser por esto menos religioso. Tales son las máximas que se enseñan hoy en la Reforma, y todavia la oiremos hablar de Cristianismo (Esto asemeja á los que tanto ensalzan hoy el Cristianismo de los Griegos, sin acordarse que son cismáticos.). Los que deseen conocer mas circunstanciadamente el estado actual del Protestantismo, pueden consultar la obra intitulada: *Conversaciones filosóficas sobre la reunion de las diferentes comuniones cristianas, por el baron de Stark, ministro protestante.*

»drá mas fuerza para calmar nuestras agita-
»ciones, que lo haria la libertad natural de
»nuestro raciocinio, y nos veremos sepulta-
»dos de nuevo en las interminables disputas
»que han trastornado el juicio á los filósofos.
»De este modo será necesario tolerar á los
»que yerren en punto á costumbres, igual-
»mente que á los que yerren acerca de los
»misterios, y reducir el Cristianismo, como
»lo hacen muchos, á la generalidad del amor
»de Dios y del prógimo, dejando á cada uno
»la libertad de aplicarle del modo que mejor
»le parezca. ¿Cuánto no han dogmatizado los
»anabaptistas y demas entusiastas, ó preten-
»didos inspirados, sobre el juramento, los
»castigos, el modo de orar, el matrimonio,
»la magistratura, y sobre todo el gobierno
»eclesiástico y secular, cosas tan esenciales á
»la vida cristiana? Los Socinianos, que na-
»da ponderan ni creen importante sino una
»vida recta, y el camino estrecho en mate-
»ria de costumbres, ¿cuánto no la ensan-
»chan sometiendo únicamente los *hábitos vi-*
»*ciosos* á la pena de condenacion, y á la pri-
»vacion de la vida eterna? Su laxitud es tal
»que Socino no teme decir *que el asesino ú*
»*homicida que se juzga digno de muerte,*
»*y que no puede tener parte en la vida eter-*

»*na, no es aquel que ha matado á un hom-*
»*bre, ó cometido un acto de homicidio, sino*
»*el que ha contraido una especie de hábito*
»*repitiendo este gran crímen.* No hay en efec-
»to cosa mas inculcada en todas sus obras.
»Esta es tambien la opinion de la mayor par-
»te de sus discípulos, entre otros de Crellio,
»uno de los mas célebres, y apreciado en-
»tre éllos por su moderacion en la doctrina
»sobre las costumbres; y sin embargo este
»mismo hace consistir claramente la natura-
»leza del pecado que escluye de la vida eter-
»na, en el *hábito vicioso*, ó costumbre de
»pecar..... No se trata aqui de libertarse de la
»condenacion por una verdadera y sincera
»penitencia de sus pecados, porque de esto
»no se habla palabra en todos estos discur-
»sos; y es bien sabido que todos los pecados,
»por enormes, por frecuentes y deliberados
»que hayan sido, pueden perdonarse de este
»modo; se trata sí de buscar escusas al pe-
»cado en el pecado mismo, y esto es lo que
»han pensado en el particular los protestan-
»tes que mas se precian de conservar en to-
»do su vigor la regla de las costumbres. Por
»lo dicho se ve cuan relajados son en esta
»parte, cuando por otra se nota en ellos un
»escesivo rigorismo, pues con los anabaptis-

»tas condenan entre los Cristianos el juramento, la magistratura, la pena de muerte y la guerra, por justa que parezca, y »aunque sea emprendida por la autoridad »pública (1)."

Se ve pues que ciento cincuenta años ha la Reforma habia llegado á tener por indiferentes todos los dogmas, y que arrastrada por sus principios, al mismo tiempo que ensalzaba la moral como la única cosa esencial, caia en materia de costumbres en una relajacion inaudita, tolerando hasta el asesinato, con tal que no se hiciese ya por hábito y costumbre (2): monstruosa doctrina.

Queda pues demostrado por la razon y la esperiencia que el Protestantismo, ó sea el sistema de los artículos fundamentales que forma su base, conduce inevitablemente á la tolerancia universal, ó á la *indiferencia absoluta* de religiones: que en él la doctrina, culto, moral, todo irremisiblemente se desploma, y solo queda el Ateismo en medio de estas ruinas.

---

(1) *Sesta Advert. á los Protest.* parte 3, n. 114.

(2) Claramente se ve, sin necesidad de que yo lo diga, que no se trata aqui sino de las doctrinas. En la práctica, no nos metemos. En todas partes se hallan, y en crecido número, hombres inconsiguientes asi para el bien como para el mal.

Ahora que hemos visto ya como los sistemas de *indiferencia*, dándose la mano unos á otros, terminan todos en la indiferencia absoluta, se concibe como refutando la doctrina general de la indiferencia, se refutan estos diversos sistemas, y en particular el de los Protestantes, contra los cuales probaré ademas, que asi como no hay mas que una sola Religion verdadera, tampoco hay mas que una sociedad que profese esta verdadera Religion; sociedad, por consiguiente, fuera de la cual no hay salvacion.

Sobre todo, no olvidemos que esta obra no es propiamente una Apología del Cristianismo; y que si, despues de haberla leido, el lector no se hallase penetrado y persuadido de la verdad de la Religion Cristiana, con tal que llegue á convencerse de la necesidad de hacer un estudio serio de ella, mi fin se habria conseguido. En una palabra, mi objeto es, en ese abandono absoluto é indiferencia que en el siglo se ve, despertar en el ánimo de los estraviados una duda saludable de su error, y hacerles conocer que ese menosprecio ciego que hacen de lo que mas les puede interesar, y que la razon y el sentido comun desaprueban, es una prenda tan mezquina de seguridad, como debil título de su-

perioridad de talento: mostrar, en fin, que á no renunciar á la racionalidad, deben comparar con todo el esmero de que el hombre es capaz, los débiles fundamentos de la incredulidad, y los ineluctables de la fé. Entremos en materia.

FIN DEL TOMO I.

*

ERRATAS.

Pág. 54 en la cita dice: *S. M. parece confundir aqui;* léase *podria parecer á alguno confundir L. M. aqui.*

Pág. 133 en la cita, lín. 6 dice 1780, léase 1768.

ÍNDICE DEL TOMO I.


28
RELIGION
1
155



colorchecker CLASSIC
calibrite
mm